

VV AA

PSICOLOGÍA SOCIAL CRÍTICA



La psicología social crítica pretende hacer crítica de la psicología social estandarizada e institucionalizada (cuyo idioma oficial no es el castellano). El apellido de críticos, proviene de crisis, tanto de estar en crisis como de poner en crisis; parece, pues, que lo que tienen en común quienes hacen psicología social crítica es la voluntad de salirse de las corrientes principales de la psicología social, ya sea en la teoría, en la academia o en las prácticas profesionales o políticas.

El origen de este libro, al menos en parte, es, a la vez, la consecuencia del descontento radical de los autores con la orientación teórica y metodológica de la psicología social dominante (individualista, psicologista y experimentalista) y de su anhelo con contribuir a la construcción de una Psicología social menos frustrante.

Obra protegida por derechos de autor

Anastasio Ovejero
Júpiter Ramos [Coords.]



Psicología social crítica

MANUALES UNIVERSIDAD

BIBLIOTECA NUEVA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO
UNIVERSIDAD MICHOACANA SAN NICOLÁS HIDALGO

Obra protegida por derechos de autor

VV AA

PSICOLOGÍA SOCIAL CRÍTICA

Anastasio Ovejero y Júpiter Ramos (Coords.)

PSICOLOGÍA SOCIAL CRÍTICA

Biblioteca Nueva

Universidad Autónoma De Queretaro

Universidad Michoacana San Nicolás Hidalgo

www.bibliotecanueva.es

editorial@bibliotecanueva.es

Cubierta original: A. Imbert

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Introducción, Anastasio Ovejero y Júpiter Ramos

I. Psicología y contexto social: el desarrollo histórico de la psicología social y sus implicaciones para el futuro, Anastasio Ovejero

II. Lo psicosocial, Pablo Fernández Christlieb

III. La construcción social y la investigación psicológica, Kenneth J. Gergen y Mary M. Gergen

IV. Psicologías feministas: perspectivas críticas, posmodernas y radicales, Teresa Cabruja y Concepción Fernández–Villanueva

V. El discurso en la psicología social: desarrollo y prospectiva, Lupicinio Íñiguez–Rueda, Antar Martínez–Guzmán y Gemma Flores–Pons

VI. Psicología discursiva: mente y realidad en la práctica, Jonathan Potter y Alexa Hepburn

VII. La razón dialógica en el diagrama del poder. una reflexión sobre la noción de *diálogo* desde el pensamiento de Michel Foucault, Raúl Ernesto García

VIII. La construcción social de las emociones, Anastasio Ovejero

IX. El papel de la psicología social de la salud en las políticas públicas en materia de salud, Gabriela Navarro Contreras y Adriana Marcela Meza Calleja

X. Representaciones sociales: una perspectiva sobre la sociedad pensante, Júpiter Ramos Esquivel

XI. Contextualizando las nuevas propuestas de la psicología de la ciencia, Rubén Martínez Miranda y Melissa G. Orozco

XII. Seis tesis acerca de la economía de la información, Enrique de la Garza Toledo

XIII. Identidad y vida cotidiana, Iraam Maldonado Hernández y Marco Antonio Carrillo Pacheco

XIV. Regulación del trabajo y el gobierno de la subjetividad: la psicologización política del trabajo, Eduardo Crespo y Amparo Serrano

XV. Procesos de precarización laboral y social, reflexiones en torno a consecuencias psicosociales, Candy Uribe Pineda y Rolando Javier Salinas García

XVI. Invitación al deseo de un mundo sin iglesias, alias, variaciones sobre el relativismo, Tomás Ibáñez

INTRODUCCIÓN

Anastasio Ovejero
Júpiter Ramos

El origen de este libro, al menos en parte, es, a la vez, la consecuencia de nuestro descontento radical con la orientación teórica y metodológica de la psicología social dominante (individualista, psicologista y experimentalista) y de nuestro anhelo con contribuir a la construcción de una Psicología social menos frustrante. En efecto, al igual que Gergen (1997), fuimos muchos los que comenzamos creyendo en la promesa, que tantos y tantos de nuestros profesores de psicología nos transmitían, de que si pudiéramos generar conocimiento científico de la conducta humana, la sociedad sería capaz de resolver muchos de sus

más graves problemas, como la violencia, la explotación o los prejuicios. Y fuimos muchos los que, entusiasmados con estas perspectivas, comenzamos a trabajar en este campo, con el convencimiento de que nuestros experimentos y nuestros conocimientos científicos perfeccionarían la psicología social y, a la vez, la sociedad y hasta el género humano.

En resumen, el mensaje de la psicología social inherente al 'zeitgeist' predominante en ese momento era que la investigación empírica puede proporcionarnos una descripción y una explicación no sesgadas y sistemáticas de la conducta social, que la precisión y la generalización de tales explicaciones teóricas estaban sometidas a una continua mejora a través de la investigación, y que no hay nada tan práctico para la sociedad como una teoría precisa y apoyada empíricamente (Gergen, 1997, pág. 115).

Sin embargo, también fuimos muchos los que pronto sentimos muchas dudas de que por el camino empírico y experimental pudiera avanzar la psicología social, a la vez que fuimos convenciéndonos de que tales supuestos avances no mejorarían para nada la sociedad ni la condición humana. Es más, a fuerza de meros datos y de una experimentación socialmente vacía, la psicología social se estaba convirtiendo en una mera tecnología que se movía exclusivamente por una razón instrumental, con lo que, además de bastante estéril, fácilmente estaba siendo utilizada, tanto ella como sus posibles hallazgos, por

diferentes instancias del poder y, con frecuencia, lo que es más grave, sin enterarse los propios psicólogos sociales de tal utilización. Por este camino, difícilmente la psicología social podría satisfacer nuestros anhelos críticos y emancipadores. Todo lo contrario. Y también somos muchos los que creemos que la psicología social dominante no ha sido capaz, hasta el momento, de escapar a tal trampa. Pero somos optimistas, y creemos que las cosas pueden hacerse de otras maneras, que existen otras formas de pensar la psicología social y de actuar conforme a ella, como pretenden hacer los autores de este libro.

No es que el tiempo y los inevitables reveses que con frecuencia nos da la vida hayan terminado con nuestros sueños emancipadores y ahora nos hayamos hecho más realistas. No es eso. Seguimos con esos ideales, pero vemos que esa psicología social tradicional, individualista, empiricista y experimentalista, no sirve para alcanzarlos. Por el contrario, creemos que puede existir otra forma de hacer psicología social radicalmente diferente –y en muchos aspectos hasta opuesta– a la tradicional, que sea intelectualmente más sólida y socialmente más relevante. Una parte de esa nueva manera de hacer psicología social es una de las cosas que pretendemos mostrar en este libro.

Por otro lado, quisiéramos dejar claro que uno de los principales problemas de la psicología actual estriba, como consecuencia de su positivismo militante, en creer que la nuestra es una ciencia natural y que, por tanto, en ella el

conocimiento es acumulativo. Por tanto, y éste es uno de sus efectos más serios, nos creemos en la obligación de citar sólo –y peor aún: de leer sólo– las publicaciones más recientes, menospreciando e ignorando todo lo que se publicó hace más de cinco o diez años y, por consiguiente, desconociendo total o casi totalmente a los clásicos, tanto los de la psicología, (como es el caso el imprescindible G.H. Mead) o de otras ciencias sociales (como Kropotkin, Marx, Durkheim, Weber u Ortega y Gasset). Y ello resulta particularmente grave si tenemos presente que son estos autores los que han dado algunas de las mejores y más profundas respuestas a problemas que aún nos acucian actualmente. Libros como *El apoyo mutuo* de Kropotkin, *El suicidio* de Durkheim o *La Historia como sistema* o *Investigaciones psicológicas* de Ortega, siguen siendo no sólo útiles para la psicología de hoy día sino que probablemente tengan más actualidad incluso que cuando se publicaron. ¿Cómo vamos a ser capaces de reconducir y de corregir los errores de trayectoria de nuestra disciplina si ni siquiera los conocemos, y si los conocemos no los admitimos, y en los pocos casos en que llegamos a admitirlos no contamos con las potentes herramientas de los clásicos? Seamos claros: la psicología y la psicología social ni son ni pueden ser ciencias positivas, su objeto –el ser humano y sus relaciones interpersonales, intergrupales y sociales– es algo enormemente complejo, porque es un producto social, cultural e histórico, y, por ello, no cabe entre las estrechas paredes del laboratorio. El experimento de laboratorio es realmente inviable en nuestro ámbito porque

resulta absolutamente imposible controlar todas las variables extrañas, como desde hace tiempo ya quedó sobradamente demostrado. Por tanto, nunca podremos concluir, por utilizar la terminología positivista-experimentalista, que los cambios en las variables dependientes se han debido realmente a nuestra manipulación de las variables independientes, lo que conlleva la imposibilidad total de llegar a leyes de causa-efecto. En psicología social las cosas son más complejas y, por tanto, necesitamos enfoques teóricos también más complejos, como algunos de los que se proponen y se utilizan en este libro (Análisis del discurso, construccionismo social, etc.). Porque, no lo olvidemos nunca, *debe ser siempre el objeto el que determine el método a utilizar* y nunca al revés. Y si nuestro objeto es muy complejo, el método utilizado deberá tener por fuerza la capacidad de captar tal complejidad.

La psicología dominante, la experimentalista y empirista, no deja aun de asumir a la realidad, la única realidad, la que se describe a partir de la rigurosidad de los métodos, la que es descrita a detalle, como una realidad que existe como independiente de nosotros, más por su reiteración que por el valor de las interpretaciones que podemos hacer de ella. Para esta psicología tradicional las interpretaciones son sesgos. Pero para nosotros, la realidad es interpretativa, es comprensiva, no está sesgada por nuestros puntos de vista, sino que está conformada también por ellos. Y los métodos para comprenderla deben recuperar la complejidad del

mundo que nos envuelve, que no se reitera acríticamente, sino que se cuestiona argumentativamente. No encontramos la necesidad de enfatizar tanto en la técnica instrumental de los métodos, sino en la diversidad de las perspectivas y de la realidad que pueden argumentar. Recordemos, como decía Gadamer, que método no es conocimiento.

Si lo anterior debería haberlo admitido la psicología desde sus inicios (no olvidemos que Ortega escribió su *Investigaciones Psicológicas* durante el curso 1915–1916), hoy día es aún más necesario tenerlo presente (véase Ovejero, 2000a). En efecto, como uno de nosotros decía en otro lugar (Ovejero, 2000b, pág. 16), tras los sucesos parisinos de Mayo del 68 y los del Campus universitario de Berkeley, por no mencionar sino sólo los dos más conocidos, comenzó a echar a andar otra época, que venía siendo anunciada ya desde Weber, Simmel y, sobre todo, desde Nietzsche, y que, a mi juicio, está representada principalmente por Michel Foucault así como también por todo el movimiento, amplio, confuso y hasta caótico, que significa el *postmodernismo*, hasta el punto de que este final de milenio anuncia una paulatina, pero imparable y vertiginosa, profundización en los cambios drásticos que vienen teniendo lugar desde hace unas décadas y especialmente en los últimos 25 años y que podríamos englobar dentro de lo que llamamos *Postmodernidad*. Estos cambios están afectando radicalmente a nuestra disciplina y están

exigiendo a la psicología que rectifique el camino que ha seguido en los últimos 150 años.

Y es que estos cambios drásticos –debidos en gran medida a la actual Revolución Tecnológica y su influencia en nuestras vidas– están produciendo cambios profundos en el ser humano y en su conducta. No olvidemos que, como ya escribía Carlos Marx en los *Gründisse*, «los individuos desarrollados universalmente... no son producto de la naturaleza, sino de la historia». Y con más rotundidad aún nos repetía una y otra vez Ortega y Gasset: «El hombre no tiene naturaleza, tiene historia». Algo similar defendían Heidegger así como su discípulo Gadamer. Si el ser humano no tiene esencia sino existencia, y si tal existencia está perfectamente situada social, cultural e históricamente, entonces es inevitable el relativismo defendido por los postmodernos y que tanto alarmaron siempre a los pensadores de orden de todos los tiempos, ya desde que los sofistas defendieran la postura relativista. Y es que el caos produce una incertidumbre insoportable. Pero tras Nietzsche, Heidegger, Wittgenstein y Foucault, defensores todos ellos del relativismo, aunque cada uno a su manera, las cosas ya no podrán volver a ser como antes y ya no cabe el tranquilizador orden de otros tiempos.

Recientemente lo decía también Tomás Ibáñez (2010, pág. 57):

Hoy, sin embargo, no podemos disimular cierta

perplejidad frente a la pregunta sobre lo que convendría hacer para torcer el rumbo cada vez más preocupante que siguen nuestras sociedades, y, por decirlo sin eufemismos, nuestra situación es, desde hace ya demasiado tiempo, la de *un enorme desconcierto*. Nuestros antiguos referentes nos resultan de poca ayuda para orientarnos en unos cambios cuya *creciente aceleración* ni siquiera nos deja el tiempo suficiente para intentar descifrarlos y para procurar entenderlos... Sin embargo, si bien es cierto que el esfuerzo por descifrar la sociedad nos confronta hoy a la complejidad de tener que *apresar lo movedizo*, también es verdad que, en este panorama, fluido, inestable, velozmente cambiante, y cargado de incertidumbre, hay algo que permanece *invariante y constante*. En efecto, resulta que, tanto hoy como ayer, no se puede ejercer el poder sin *engendrar resistencias*, porque de lo contrario ya no sería propiamente un ejercicio de poder sino un simple mecanismo de determinación causal.

Y si la psicología es persistentemente utilizada por el sistema para sus objetivos de dominación, y si muchos psicólogos se convierten en colaboradores directos de esos objetivos, los psicólogos que no coincidan con ello deben también establecer los dispositivos que permitan a la psicología ponerse al servicio de la *resistencia a la dominación*. Ése es uno de los objetivos fundamentales de la Nueva Psicología Social, sobre todo de algunas de sus

corrientes como la psicología feminista (Ovejero, 2010a, cap. 6). Porque si, como muestra la psicología social construccionista, las teorías de la psicología no sólo describen la realidad psicológica, a la vez, la construyen también.

Resistir es crear. En efecto, luchar ya no es sólo oponerse y enfrentarse, es también crear *aquí y ahora* unas prácticas distintas, capaces de *transformar realidades*, de forma parcial pero radical, poniendo además todo el cuerpo en esas transformaciones que también transforman profundamente a quienes se implican en ellas... Unos modos de lucha que diluyan identidades, que ayuden a politizar la existencia y, sobre todo, que alumbren *nuevas subjetividades* radicalmente insumisas (Ibáñez, 2010, pág. 62).

Y la psicología social crítica y radical debería desempeñar un papel central en esta tarea. También éste es uno de los objetivos, siquiera parcial, de este libro.

Por consiguiente, ya no cabe seguir refugiándonos en una psicología social de verdades universales y de seguridades: la realidad está construida socialmente y, por tanto, somos nosotros los que la construimos, con un alto protagonismo por parte de los psicólogos. Por consiguiente, ya no podemos seguir escondiendo la cabeza bajo el ala por más tiempo y no nos queda más remedio que afrontar nuestras responsabilidades como psicólogos sociales. Porque

tenemos que tener muy clara una cosa: la psicología no se limita a describir la realidad que está ahí fuera, tal como es, sino que lo que hace realmente es *construirla*: la esquizofrenia, la neurosis fóbica, el fracaso escolar o la normalidad/anormalidad psicológica y psicosocial, no son entes que están ahí fuera, existiendo independientemente de nosotros y al margen de nosotros, como suponía y afirmaba el positivismo. Por el contrario, su existir depende de nuestro existir, de nuestro reflexionar y sobre todo de nuestras prácticas sociales y discursivas: es nuestro pensamiento, nuestro lenguaje, nuestras teorías psicológicas y nuestros instrumentos de medida y de evaluación (tests, discusión de grupo, etc.) los que los construye y produce. Por consiguiente, los psicólogos somos más importantes y más protagonistas de lo que creíamos, y por consiguiente debemos ser también más responsables de nuestras prácticas profesionales: la psicología se convierte así en una 'ciencia' peligrosa, pero también con enormes posibilidades positivas (Ovejero, 2000b, pág. 17).

Ésta es una de las principales premisas en que se basa la Nueva Psicología Social o Psicología Postmoderna (véase Ovejero, 1999) en la que, cada uno a su manera, nos colocamos los autores de este libro. Sea realizando una crítica directa a los conocimientos de la Psicología Social o a la realidad social, sea realizando nuevas perspectivas de análisis sobre ambos.

Ahora bien, si tan importante es la psicología para

construir diferentes realidades sociales, no es de extrañar que haya sido y siga siendo utilizada por quienes detentan el poder –diferentes tipos de poder– para ponerla a su servicio. Por tanto, defendemos que una de las tareas más urgentes en que deberíamos embarcarnos los psicólogos, al menos si queremos ser críticos y si queremos mantener una mínima honradez intelectual, es justamente la de desenmascarar los intereses y fines ocultos que se esconden tras muchas de nuestras prácticas profesionales, pues no olvidemos que lo primero que hacen las organizaciones de todo tipo es echar una tupida cortina de humo para ocultar sus verdaderas intenciones y para que ni siquiera sus propios miembros conozcan en numerosos casos su funcionamiento y sus objetivos reales. Es el caso de las diferentes iglesias y religiones, pero es el caso también de las demás organizaciones, incluyendo la propia psicología: bajo la etiqueta de «ayuda a los demás» y de «mejora de la calidad de vida» a menudo se esconden intereses y objetivos de muy diferente tipo, como ocurría con la aplicación de los tests de inteligencia (véase Ovejero, 2003).

La psicología y la psicología social, pues, han servido –y siguen sirviendo– al mantenimiento del *status quo* y, por consiguiente, a la defensa de los intereses de los poderosos, de diferentes formas: prescribiendo quiénes son psicológicamente normales (que son precisamente los que mejor se adaptan a las exigencias del capitalismo), de tal forma que si son pobres se conformarán con lo que tienen

sin pedir ni exigir más; si son trabajadores, serán sumisos y ahorradores, y si ya tienen dinero, su conducta predilecta será el consumo sin restricciones; psicologizando los problemas sociales, de manera que la culpa de tales problemas será no del sistema sino de sus víctimas; y contribuyendo con todo ello a la producción de una ideología legitimadora que consiga que los ciudadanos ni siquiera sean capaces de ver la injusticia allí donde existe y cuando las desigualdades económicas y sociales sean tan enormes que se haga imposible ocultarlas, tenderán a creer en un mundo justo en el que cada uno tiene lo que se merece. De hecho, es evidente que vivimos en una sociedad injusta en la que tanto las riquezas como toda clase de recursos y de poder están muy desigualmente repartidos, siendo bien conocido que es precisamente la desigualdad entre individuos, entre grupos sociales y entre los países la esencia definitoria del propio capitalismo (Edwards, Reich y Weisskopt, 1986). Tales desigualdades se han desbocado en los últimos 30 años con la actual globalización o tardocapitalismo ultraliberal, donde el beneficio es lo único que cuenta (véase Ovejero, 2004, 2005; 2010b; Ramonet, 2009). Por ejemplo, como nos recuerda Ramonet (2009, pág. 111), «mientras que las clases medias se empobrecieron, la riqueza no deja de concentrarse en la punta de la pirámide: hace treinta años, el presidente de una empresa (multinacional) ganaba alrededor de cuarenta veces el salario promedio de un trabajador. En 2002, ganaba mil veces más...». Por tanto, no es de extrañar que haya algunas

personas que tengan más riquezas que estados enteros y que las 225 fortunas más grandes del mundo tengan una riqueza equivalente a la que tienen en conjunto los 2.500 millones de personas más pobres (véase Ovejero, 2004, 2005, 2010b).

Si ello es así, ¿cómo es posible que la ciudadanía acepte acríticamente tal situación e incluso que vote a partidos que dicen explícitamente que seguirán políticas que llevan a tal situación, incluso hoy día cuando la crisis profunda en que se encuentra el neoliberalismo está afectando a todos los sectores de la vida social y económica? Por ejemplo, en casi todos los países europeos están ganando las elecciones los partidos más ferozmente partidarios de las medidas que han llevado a la crisis y al incremento imparable de las desigualdades. En el caso de América Latina, la mayor parte de los gobernantes han dado continuidad también a las políticas neoliberales y respondiendo a las exigencias de organismos internacionales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. ¿Cómo es ello posible? La respuesta es obvia: *a causa y a través de la inculcación de una ideología legitimadora de tal sistema neoliberal*. Como escribe Prilleltensky (1994, pág. 17), «a la gente se la hace creer, a través de una serie de distorsiones, que la actual situación social es justamente la mejor de las posibles», y/o que, como preconizaba Margaret Thatcher, *no existe otra alternativa*. El TINA («*there is not alternative*»), que inexorablemente lleva a fuertes sentimientos de fatalismo,

es la verdadera columna vertebral del pensamiento único o ideología del actual capitalismo neoliberal (Chomsky, 2001; Estefanía, 1998).

Por otra parte, el concepto gramsciano de *hegemonía* nos puede ayudar a entender mejor el papel que están desempeñando la psicología y la psicología social positivistas: al psicologizar los problemas sociales, a veces con conceptos tan inocentes y hasta aparentemente tan positivos como el de sentimiento de autoeficacia (Bandura, 1999) o el más reciente de «resiliencia» (Rojas Marcos, 2010), conceptos que están contribuyendo real y poderosamente a que en la tarea de conseguir que los ciudadanos desvíen su atención de las causas reales de las injusticias sociales (desigualdades económicas, desempleo, fracaso escolar, etc.) y se fijen exclusivamente en sí mismos como *individuos* y como auténticos culpables de lo que les pasa. Para esta ideología dominante, es el único responsable por sus éxitos y fracasos (Bauman, 2001). La psicología, entonces, y por decirlo en términos de Althusser, se convierte en un poderoso *aparato ideológico del Estado*. Y no olvidemos que los mensajes persuasivos de tales aparatos ideológicos «penetran tan profundamente en la conciencia de una cultura que la gente acepta incuestionablemente sus presiones... Las personas desconocen totalmente las ideologías que gobiernan su existencia, al menos como ideologías» (Sampson, 1983/1974, págs. 128–129). De ahí que «una de las principales tareas de la psicología crítica

consista en exponer las formas en que la moderna psicología y los psicólogos –incluso si tienen buena intención– contribuyen a mantener un *status quo* social y cultural que es injusto, frívolo e incluso, en cierta medida, perjudicial para el bienestar humano» (Richardson y Fowers, 1997, pág. 266).

Y es que, queramos o no, la psicología social tiene importantes efectos políticos. En efecto, como hace unos años argumentaba Tomás Ibáñez (1993, pág. 23), «cuando se afirma que los conocimientos de las ciencias sociales pueden ser *utilizados* al servicio de finalidades antagónicas, se está aceptando implícitamente que dichos conocimientos son *neutros* en sí mismos, y que sus eventuales efectos socio–políticos dependen tan sólo del uso que de ellos se hace». Sin embargo, las cosas no son así de sencillas, sino que «si consideramos que, lejos de ser *exterior* al campo de la política, la psicología social es *intrínsecamente política*, el problema de la ‘aplicabilidad’ del conocimiento psicosocial al ámbito político se torna mucho mas complejo, y obliga a tratar directamente la difícil cuestión de la ‘reflexibilidad’, es decir, la cuestión de los discursos que forman parte ellos mismos de aquello de lo que hablan». Ello, unido a nuestra ya mencionada capacidad de construir la realidad psicológica, muestra el gran protagonismo que tenemos –e la consiguiente e inexcusable responsabilidad– como psicólogos sociales tanto cuando investigamos como cuando intervenimos. No olvidemos que la psicología y la psicología social, sobre todo algunas de sus ramas como la psicología

del trabajo y de los recursos humanos, hablan *desde los presupuestos ideológicos* de la sociedad capitalista de mercado, tras haber internalizado previamente tales presupuestos (individualismo, competición, capacidad de ahorro, etc.).

De lo dicho hasta ahora pueden deducirse al menos dos cosas relacionadas con los efectos políticos y de poder de la propia psicología social. Por una parte, ya a nivel teórico la psicología social tiene importantes efectos de poder al menos a dos niveles: ante todo, como ya hemos dicho, *psicologizando* los problemas sociales y, de esta manera, despolitizando lo que es intrínsecamente político (injusto reparto de las riquezas y los recursos, del empleo, etc.) y, después, pero unido a lo anterior, *normalizando*, prescribiendo lo que debe ser normal. Por otra parte, la propia acción interventiva de los psicólogos sociales posee, también ella, importantes efectos de poder (Ovejero, 2000b, págs. 20–30).

El individualismo extremo de la psicología occidental, pues, está contribuyendo con gran eficacia al mantenimiento tanto del control social como del propio orden social dominante (Israel, 1979). De ahí que «la psicología sea, por una parte, un producto de la sociedad capitalista, individualista y conservadora, pero también, por otra parte, contribuya poderosamente al mantenimiento de tales conservadurismo e individualismo. Y ello no es ajeno a su temprana adopción de la epistemología positivista»

(Ovejero, 2000b, pág. 19): al considerarse a sí misma como neutra y objetiva, la psicología dice *describir* la realidad psicológica y social tal como es, cuando lo que realmente está haciendo es *prescribir* y, por consiguiente, *construir una realidad que interesa al sistema y a los poderosos*, de forma que incluso las enfermedades mentales son más inventadas que descritas (véase Álvarez, 2008; González y Pérez, 2008). No olvidemos que como señalan tanto Torregrosa (1988) como Gross (1983/1974), la función ideológica esencial de la psicología y la psicología social positivistas consiste precisamente en *despolitizar* la ciencia psicosociológica y presentarse como un campo del conocimiento objetivo y neutral. Sin embargo, coincidimos con Martí-Baró (1983) cuando defiende que en psicología –y no sólo en ella– las supuestas asepsia y neutralidad no son sino un mero *engaño ideológico*, disfrazado de falsa epistemología. «La psicología social tendría como función contribuir, con sus formulaciones teóricas y sus técnicas, al mantenimiento de esta situación de dominación y no a la resolución de los problemas derivados de la misma» (Torregrosa, 1988, pág. 656). Por tanto, se hace necesario un enfoque *crítico* que no explique los problemas sociales acudiendo a explicaciones psicologistas sino haciendo hincapié en las contradicciones de la propia sociedad. Desde el momento en que la psicología define sus temas a investigar, define realidades que tienen efectos políticos, no solamente sobre su acción, sino sobre aquellos a los cuales se dirigirán sus interpretaciones. Esto es lo que ha hecho también toda la

psicología tradicional, centrando su interés en las desviaciones de la normalidad y en las patologías psicológicas, que no sirven más que para el control social y el mantenimiento del orden, porque nunca cuestionan siquiera las relaciones sociales a partir de las cuales las argumentan.

Los dos procesos mencionados son sutiles y, por ello, difíciles de captar, por lo que se van colando en los intersticios de la propia psicología hasta darle una identidad de ayuda cuando a menudo sus efectos reales son justamente los contrarios. Por ejemplo, el mero hecho de estudiar, en el campo de la influencia, la sumisión y el conformismo, y no la independencia y la rebeldía, como sistemáticamente han hecho en psicología social autores tan relevantes en nuestra disciplina como Asch, Milgram o Zimbardo (véase Ovejero, 2010a), constituye un mecanismo sutil de ponerse al servicio de las instancias de poder que tienen un enorme interés en conseguir conformismo y sumisión en los ciudadanos, en los trabajadores, en el alumnado o en los clientes y consumidores. No olvidemos, como señalaba hace más de veinte años José Ramón Torregrosa (1988, pág. 656), que los problemas sociales susceptibles de intervención psicosociológica están inscritos en procesos sociales más amplios atravesados de conflictos de intereses. El poder es una variable ubicua en la realidad social. En cierto modo, pueden verse los problemas sociales como una distribución desigual, real o percibida, del poder.

Estas consideraciones elementales confieren al problema de la intervención una dimensión política e ideológica... Conviene subrayar esto porque nada podría ser más ideológico que una aproximación *sólo psicológica* a los problemas sociales. Este ha sido uno de los mecanismos tradicionales de la sociedad burguesa para disolver los problemas sociales, no para entenderlos ni solucionarlos. Inscribir globalmente la psicología social en este proceso resultaría coherente con las demandas de ciertos sectores dominantes de la sociedad. La psicología social tendría como función contribuir, con sus formulaciones teóricas y sus técnicas, al mantenimiento de esta situación de dominación y no a la resolución de los problemas derivados de la misma, dándoles a los diferentes poderes del sistema una eficacia que no alcanzarían sin la contribución de los psicólogos, como es el caso, por ejemplo, del poder judicial, donde, como señala Ibáñez (1987, pág. 16), la psicología social debería efectuar «una *problematización* psicosociológica del derecho y no limitarse a contribuir a su mejor funcionamiento» (véase Ovejero, 2009a).

Por consiguiente, se hace necesario un enfoque crítico que sea capaz de poner en tela de juicio incluso la misma psicología social, tanto en su definición intencional, como en su definición operativa, pues no olvidemos que reducir la psicología social a lo que de hecho han estudiado y cómo lo han estudiado, los psicólogos sociales significa aceptar que una ciencia es definida por aquéllos que han dispuesto del

poder económico y social para determinar los problemas que debían ser estudiados y las formas como debían resolverse. En el presente caso, es bien sabido que los problemas actuales tratados por los textos de psicología social son fundamentalmente los problemas que los centros de poder de la sociedad norteamericana han planteado a sus académicos, y las respuestas que los psicólogos sociales norteamericanos han proporcionado a estos problemas para afirmarse en el interior del mundo científico de los Estados Unidos. Estas respuestas, claro está, son lógicas en el contexto de este sistema social y de esta estructura productora de conocimiento. Sin embargo, el alcance y sentido de las preguntas están determinados por los intereses de la clase que tiene el poder para plantearlas (Martín-Baró, 1983, pág. 3).

Así, tras el 11-S, cuando murieron casi tres mil neoyorkinos, se incrementó sustancialmente la investigación sobre terrorismo, mientras que la muerte en el mundo pobre de cincuenta mil personas al día por hambre, o por problemas relacionados con el hambre, apenas si se nota en la investigación psicológica, y menos aún influyó en la investigación psicosociológica la tragedia de otro 11 de septiembre, éste en Chile, donde las personas asesinadas fueron más de 3.000. Y es que a la actual psicología y psicología sociales sólo le interesa el 5 por 100 de la población mundial, que, por otra parte, es la única que es estudiada y de la que se extraen las muestras a investigar

(Arnett, 2008). Pero lo más grave no es tanto que las muestras en que se basa la psicología actual sean poco representativas de la población mundial, sino que, como consecuencia de la adopción de la epistemología positivista, creen sus autores que, a pesar de sus serias limitaciones de muestreo y no sólo de muestreo, están «descubriendo la verdadera naturaleza humana».

Más aún, la acción de los psicólogos en los servicios sociales (salud, educación, protección de menores, etc.) puede estar desempeñando, al menos en parte, un papel conservador de control social. Porque, como ya hemos dicho, la psicología social no se limita a describir la realidad, sino que también la construye, o al menos ayuda a construirla, con sus teorías, con sus instrumentos de medida, con su lenguaje y, tal vez sobre todo, con sus definiciones. La psicología –hoy día tal vez más aún que cualquier otra disciplina– crea normas, *construye la normalidad* y, por tanto, construye también la anormalidad, es decir, las categorías de personas no normales, entre ellas el niño torpe o incluso fracasado, el delincuente, el inadaptado, el loco, etc. En consecuencia, los servicios sociales serían, pues, el instrumento que la sociedad moderna y democrática utiliza para solucionar los problemas que ella misma ha creado, pero apuntándose el tanto de ser ella misma quien los soluciona, a la vez que oculta su responsabilidad en su origen y causalidad. Como se ve, la psicología constituye un potentísimo instrumento de control social. Y en todo ello, la

psicología y los psicólogos juegan un papel realmente protagonista y, lo que es peor, sin enterarse de que lo están jugando. En muchas ocasiones, la psicología se ve también envuelta en la inercia de la sociedad neoliberal, centrando su interés en los temas de moda o en los que la *ideología dominante* tiene mayor interés, desarrollando una acción acrítica y sí muy conveniente con el *status quo*.

Sin embargo, tengamos en cuenta que el poder no lo detentan sólo las instituciones públicas y privadas a las que generalmente atribuimos poder. Como defiende Michel Foucault (1975), el poder no se tiene, sino que se ejerce, y además no se trata sólo de una instancia negativa que solamente amenaza, castiga y reprime, sino que también es una instancia positiva que premia y que construye subjetividades a su imagen de forma que se reduzca toda posibilidad de resistencia. Y en la construcción de esa subjetividad será fundamental la psicología social y sus prácticas profesionales, por ejemplo en el mundo del trabajo (véase Crespo, Prieto y Serrano, 2009).

En definitiva, el tipo de psicología social por el que se apuesta en este libro, con todas las matizaciones que introduzcan cada uno de sus autores, es sin duda ninguna el de una psicología social crítica, construccionista y que coloque el lenguaje en el lugar central que le corresponde y que ayude a la gente a pensar. Al mismo tiempo, se invita a llevar a cabo un amplio elenco de actividades adicionales, entre las que una de las principales consiste en reflexionar

sobre la propia historia de nuestra disciplina o sobre el lenguaje y sobre los intereses ideológicos que se esconden tras el sentido común del lenguaje ordinario y tras los aspectos dados por supuestos en ese sentido común, sobre las ideologías del trabajo en la actual situación ultraliberal, sobre la situación de la psicología feminista desde una perspectiva abiertamente crítica. Al fin y al cabo, la reflexión no debe ser patrimonio exclusivo de los académicos, pero sí una de sus obligaciones prioritarias: no se nos paga sólo para «hacer cosas» (impartir clases, hacer exámenes, muchas reuniones, muchísimas tareas burocráticas, generar numerosos conflictos interpersonales, etc.), sino también para reflexionar, así como para proporcionar a la sociedad argumentos que «den qué pensar».

A la vez pretendemos que este libro constituya un instrumento que pueda ser utilizado por sus lectoras y lectores con fines emancipatorios y, siempre que oigan un discurso o lean un texto, sean capaces de plantearse cuestiones como las siguientes (Stainton-Rogers y otros, 1995, pág. 38): ¿en qué contexto se ha realizado? ¿a qué cuestiones se dice que es aplicable? ¿a qué intereses está sirviendo? ¿cuáles son las alternativas que está ocultando? Pero sin olvidar nunca aquella perspicaz máxima de Foucault según la cual cuando oigas a alguien afirmar que lo que él dice es científico, párate un rato a pensar qué efectos de poder está persiguiendo.

En suma, los autores de este libro participamos de al

menos algunas de las premisas de las que, a juicio de los coordinadores, debería partir toda psicología social que quiera ser útil, socialmente relevante y no reduccionista, ni tampoco sea un simple instrumento de dominación al servicio del poder y del sistema (Ovejero, 1999, págs. 553–555):

1. Una crítica tanto a la concepción convencional de psicología social, como a los métodos tradicionales (sobre todo los experimentales) y, principalmente, al concepto mecanicista de ser humano que subyace a todos ellos.

2. La existencia de una profunda indisociabilidad de las ciencias sociales en general y de la psicología social en particular con la filosofía, entendida ésta como reflexión profunda y fundamentada sobre lo que hacemos los psicólogos sociales y sobre las consecuencias de lo que hacemos, es decir, sobre los efectos de nuestras prácticas como psicólogos sociales.

3. La necesidad de una transdisciplinariedad que pocas veces ha tenido nuestra disciplina, subrayando la artificialidad de las fronteras entre las ciencias sociales y mostrando la enorme fertilidad de incluir en todo enfoque psicosocial también la Antropología, la Lingüística o la Historia.

4. Imposibilidad de separar la psicología social de la dimensión histórica de la disciplina, dado que histórico es

nuestro objeto, el ser humano. Es más, la dimensión histórica atraviesa tanto la sociedad como las propias prácticas sociales. E histórico es incluso todo conocimiento, incluido el conocimiento psicosocial y, por tanto, histórica es la propia psicología social.

5. Si una característica central de lo humano es ser esencialmente histórico, otra, no menos crucial, consiste en ser también esencialmente *simbólico*. Es más, el propio sujeto está constituido histórica y simbólicamente, lingüísticamente. De ahí la necesidad absoluta de estudiar, a todos los niveles, *el lenguaje*, pero no como algo aislado y estático, sino más bien como algo que dialécticamente construye la realidad social y al propio sujeto, tal como mostró, y no sólo él, Wittgenstein. En suma, se hace altamente necesario el análisis psicosocial de los discursos y de las conversaciones que, inmersos en nuestras prácticas sociales, contribuyen a construir la realidad social.

6. Por tanto, la realidad psicosocial en todos sus ámbitos (salud, educación, etc.), que es el objeto de nuestros estudios, debe ser considerada como socialmente construida, construída también por la propia psicología social, por nuestros conceptos, por nuestras teorías, por nuestro lenguaje psicosocial y, tal vez sobre todo, por nuestras prácticas sociales.

7. La psicología social tradicional, es decir, la psicología social tal como la hemos conocido hasta ahora, forma parte

de todo un andamiaje cultural dirigido a ocultar las contradicciones e injusticias sociales, para ocultar los auténticos problemas sociales, en definitiva, tras unas técnicas aparentemente neutras y asépticas. De ahí la necesidad de una metapsico-sociología que, con unos métodos des-constructivistas, sea capaz de descubrir («aletheia») lo que se esconde tras las apariencias.

8. Finalmente, se hace imprescindible un enfoque crítico, que desenmascare la función controladora de la psicología social y que intente hacer de la psicología social una disciplina que sea un instrumento al servicio real de la sociedad, es decir, una psicología social auténticamente emancipadora que sea capaz por decirlo con palabras de Torregrosa, de elevar el nivel de racionalidad, de libertad y de solidaridad en nuestra sociedad.

En conclusión, al contemplar un siglo de psicología social, nuestra sensación es altamente agri dulce: es agria porque, como decía Wittgenstein en el *Tractatus*, «sentimos que cuando todas nuestras posibles preguntas ya han sido contestadas, nuestros problemas vitales no han sido ni siquiera tocados», lo que refleja claramente la excesiva esterilidad social y humana de tantas investigaciones psicológicas.

Pero a la vez es dulce nuestra sensación ante la esperanza de que la nueva psicología social, crítica, posmoderna y construccionista, consiga modificar radicalmente esa

situación. Confiamos en que este libro sea de utilidad en esta tarea.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBEE, G. W. (1996), Social darwinism and political models of mental/emotional problems, *Journal of Primary Prevention*, 17,1.
- ÁLVAREZ, J. M. (2008), *Invención de las enfermedades mentales*, Madrid, Gredos.
- ARNETT, J. J. (2008), The neglected 95%: Why American Psychology needs to become less american. *American Psychologist*, 63, 602–614.
- BANDURA, A. (1999), *Auto-eficacia: Cómo afrontamos los cambios de la sociedad actual*, Bilbao, Desclée de Brouwer.
- CHOMSKY, N. (2001), *El beneficio es lo único que cuenta: Neoliberalismo y orden global*, Barcelona, Crítica.
- CRESPO, E., PRIETO, C. y SERRANO, A. (eds.) (2009), *Trabajo, subjetividad y ciudadanía: Paradojas del empleo en una sociedad en transformacion*, Madrid, Editorial Complutense/CIS.
- EDWARDS, R. C., REICH, M. y WEISSKOPF, T. E. (eds.) (1986), *The capitalism system* (3.^a edición), Englewood Cliffs, NJ, Prentice–Hall.

- ESTEFANÍA, J. (1998), *Contra el pensamiento único*, Madrid, Taurus.
- FOUCAULT, M. (1975), *Vigilar y castigar*, México, sigloXXi.
- FOX, D. y PRILLELTENSKY, i.(eds.) (1997), *Critical psychology: an introduction*, Londres, sage.
- GERGEN, K. J. (1997), social psychology as social construction: The emerging vision, en C. McGarty y S. A. Haslam (eds.), *The message of social psychology: Perspectives on mind in society*, Cambridge, Mass., Blackwells Publishers, págs. 113–128.
- GONZÁLEZ, H. y PÉREZ, M. (2008), *La invención de trastornos mentales*, Madrid, Alianza.
- GROSS, G. (1983), selección artificial, en N. Armistead (ed.), *La reconstrucción de la psicología social*, Barcelona, Hora (original, 1974), págs. 41–50.
- HARDING, s. (ed.) (2007), *The feminist standpoint theory reader: Intellectual and political controversies*, Nueva York, Routledge.
- HESSE-BIBER, s. H. y Levy, P. L. (eds.) (2008), *Feminist research practice: A primer*, Thousand Oaks, CA, Sage.
- IBÁÑEZ, T. (1987), «Por una psicología social del derecho», *Boletín de Psicología*, 15, 13–21.
- (2009), «Los nuevos códigos de la dominación y de las luchas», *Libre Pensamiento*, 62, 56–63.

ISRAEL, J. (1979), «From level of aspiration to dissonance: Or, what the middle class worries about», en A. R. Buss (ed.), *Psychology in social context*, Nueva York, Wiley, págs. 239–257.

MARTÍN–BARÓ, i. (1983), *Psicología social desde Centroamérica: Acción e ideología*, san salvador, UCA.

OVEJERO, A. (1999), *La nueva psicología social y la actual postmodernidad*, Oviedo, Universidad de Oviedo.

- (2000a), *Ortega y la Postmodernidad: Elementos para la construcción de una psicología postpositivista*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2000b), «Necesidad de una nueva psicología social: Perspectivas para el siglo XXI», en A. Ovejero (ed.), *La psicología social en España al filo del año 2000*, Madrid: Biblioteca Nueva, págs. 15–39.
- (2003), *La cara oculta de los tests de inteligencia*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2004), *Globalización, sociedad y escuela*, Valladolid, Universidad de Valladolid (reimpresión, 2009).
- (2005), *Qué es realmente la globalización y cuáles están siendo sus consecuencias*, Lección inaugural del curso académico 2005–2006, Valladolid, Universidad de Valladolid (Campus de Palencia).
- (2009a), *Fundamentos de Psicología Jurídica e investigación criminal*, Salamanca, Universidad de Salamanca.

- (2009b), «Ciencia, política e ideología: Algunos factores explicativos del extraordinario éxito de “El origen de las especies”», Trabajo presentado en el Simposio coordinado por F. Jiménez Burillo, *Darwin y la psicología social. XI Congreso Nacional de Psicología Social*, Tarragona (septiembre–octubre).
- (2010), *Psicología social: Algunas claves para entender la conducta humana*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2010b), «Pobreza, subdesarrollo y globalización. En Instituto de Estudios por la Paz y la Cooperación (Universidad Abierta)», *Educación para la paz, la cooperación y la resolución de conflictos*, Oviedo, Eukasia Editorial.

PRILLELTENSKY, I. (1994), *The morals and politics of psychology: values, assumptions, and the status quo*, en D. Fox el. Prilleltensky (eds.), *Critical psychology: An introduction*, Londres, Sage, págs. 3–20.

RAMONET, I. (2009), *La catástrofe perfecta: Crisis del siglo y refundación del porvenir*, Barcelona, Icaria.

RICHARDSON, F.C. y FOWERS, B.J. (1997), «Critical theory, postmodernism, and hermeneutics: Insights for critical psychology», en D. Fox el. Prilleltensky (eds.), *Critical psychology: an introduction*, Londres, Sage, págs. 265–283.

ROJAS MARCOS, L. (2010), *Superar la adversidad: El poder de la resiliencia*, Madrid, Es– pasa.

RUDMAN, L. A. y GLICK, P. (2008), *The Social Psychology of Gender*,

Nueva York/Londres, Guilford Press, 2008.

SAMPSON, E. E. (1983), *Justice and the critique of pure psychology*, Nueva York, Plenum Press.

STAINTON ROGERS, W., STENNER, P., GLESSON, K. y STAINTON Rogers, W. (1995), *Social psychology: A critical agenda*, Cambridge, Polity.

TORREGROSA, J. R. (1988), «Hacia una definición psicosociológica de los problemas sociales: El problema de las relaciones entre teoría y práctica en la psicología social», *Actas del I Congreso Nacional de Psicología social*, Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada.

Capítulo I

PSICOLOGÍA Y CONTEXTO SOCIAL: EL DESARROLLO HISTÓRICO DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL Y SUS IMPLICACIONES PARA EL FUTURO

Anastasio Ovejero

1. Introducción

Individuo y sociedad son dos caras de la misma moneda, de tal forma que sin individuos no hay sociedad. Pero tampoco hay personas sin sociedad, pues la persona se construye en su esencialidad dentro y sólo dentro de la sociedad: es a través de la interacción social dentro de los grupos humanos como nos construimos como personas y pasamos de ser el mero organismo biológico que éramos al

nacer para ser la persona que somos ahora. De ahí que como dice Eberle (1993, pág. 1), «la psicología no puede ser otra cosa que psicología social». Por ello hablaré indistintamente de psicología o de psicología social.

Por otra parte, la psicología tiene dos caras menos relacionadas entre sí de lo que pudiera parecer: la teórica y la aplicada. La primera nació en Europa a lo largo de varios siglos y se desarrolló de una forma muy lenta y compleja, mientras que la segunda, a pesar de haber tenido sus inicios en autores europeos como Alfred Binet, es en Estados Unidos donde se desarrolló rápidamente a lo largo de las primeras décadas del siglo XX. Ahora bien, mientras que la psicología aplicada se implantó también en Europa, y con unas características bastante parecidas a las que ya tenía y sigue teniendo en Estados Unidos, en cambio la psicología teórica europea apenas fue adoptada por los estadounidenses, dado su carácter eminentemente práctico, de tal manera que la psicología que conocemos es un producto típicamente estadounidense, sobre todo si nos referimos a su faceta aplicada.

En cuanto a la cara teórica, la propia complejidad del proceso de su desarrollo hizo que la psicología fuera bifurcándose en distintas ramas que podríamos resumir en estas dos: la que nace con Locke (1632–1704) y que, yendo por derroteros individualistas y experimentalistas, sería la propia del mundo anglosajón y se convertiría en hegemónica, y la que nace con Herder (1744–1803), como

reacción a ciertos elementos de la Ilustración, entre ellos el simplismo y la uniformización que subyacía a su psicología, que ya apuntaba hacia el individualismo metodológico. Esta segunda rama, a pesar de que siempre sería minoritaria, fue constituyendo la fuente de la que con el tiempo beberían las diferentes corrientes de la Nueva Psicología Social que surgiría con cierta fuerza tras la crisis en que nuestra disciplina estuvo inmersa al menos durante los años 70 y los 80. Con respecto a la primera rama, hay que recordar que, ya desde sus inicios, incluyó dos corrientes, una *Psicología Social Psicológica*, que con Floyd Allport a la cabeza, era esencialmente individualista y experimental, y una *Psicología Social Sociológica*, que con George H. Mead como figura más relevante, era más social y no experimentalista. La primera de ellas pronto se hizo hegemónica, no sólo en Estados Unidos sino también en el resto del mundo. En concreto, la victoria de los Estados Unidos en la primera guerra mundial significó, entre otras cosas, que también su psicología se hiciera dominante, con estos tres rasgos que se harían absolutamente definitorios de nuestra disciplina: un progresivo individualismo, un decidido afán de aplicación social, y una profunda tendencia a psicologizar los problemas sociales, desapareciendo con ello «cualquier residuo de justificación o preocupación filosófica, tan típica de la psicología europea, y buscándose preponderantemente el suministrar respuestas prácticas a los problemas concretos planteados por la estructura social dominante» (Martín-Baró, 1983, pág. 36). El peligro de tal empresa proviene

principalmente de que «la pretensión científica conduce a un reduccionismo radical, en el que lo eliminado es precisamente lo social en cuanto tal, mientras que la búsqueda de respuestas pragmáticas a los problemas de la sociedad yanqui lleva a concentrarse en fenómenos microsociales o situacionales individuales, prescindiendo del contexto social más amplio» (Martín-Baró, 1983, pág. 37).

Y no olvidemos que, como escribe Prilleltensky y Fox (1997, pág. 12), una filosofía individualista, que explique los problemas como puramente individuales, lleva a la búsqueda de soluciones también puramente individuales. Ello puede ayudar a algunas personas. Pero a otras muchas las deja en una perpetua petición de ayuda, dado que si los problemas son inherentemente sociales, la búsqueda de soluciones individuales al final fallan. Y no deberíamos sorprendernos de que la insistencia en las soluciones individuales la mayor parte de las veces afecta injustamente a los segmentos de la población históricamente definidos como inferiores (Albee, 1986, 1996; Bulhan, 1985; Prilleltensky y Gonick, 1996). Animar a las mujeres, a las personas de color, a los pobres y a los trabajadores a definir sus problemas como individuales garantiza que intentarán cambiarse a sí mismos más que a la sociedad. El resultado es una reducción en los esfuerzos por cambiar el *status quo*, lo que beneficia a los privilegiados.

Y es que los psicólogos sociales, aunque suelen ser progresistas, generalmente aceptan la sociedad tal como

existe, tienen una confortable relación con las instituciones sociales e intentan ayudar a la gente, pero dentro de los confines del *status quo* y sin enfrentarse a los intereses del sistema.

En todo caso, es obvio que no podemos elegir ninguna fecha como el momento en que nace nuestra disciplina, pues su gestación fue preparándose durante varios siglos, hasta desembocar en una disciplina un tanto amorfa en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX, que es cuando podemos decir que «nace» la psicología social, y lo hace como psicología colectiva (Ovejero, 1997), aunque tal psicología social, que podría estar representada por autores como los italianos Sighele, Cattaneo o Rossi, los franceses Tarde o Le Bon, o los alemanes Lazarus, Steinthal o Wundt, desapareció con la primera guerra mundial y el traslado del dominio mundial (tanto a nivel militar, como económico, político o cultural) de Europa a Estados Unidos, de tal forma que la psicología social, *tal como la conocemos ahora*, nace en los Estados Unidos en los años 30 y se desarrolla hasta la segunda guerra mundial, con la inestimable colaboración de importantes psicólogos europeos huidos de Hitler, como fue el caso de Solomon Asch, Fritz Heider o Kurt Lewin. Por consiguiente, no son de ninguna manera ciertas algunas de las principales afirmaciones de Gordon Allport (1968) en su «historiografía oficial» de la disciplina, donde dice que el primer experimento en psicología social fue el Triplett¹

1 El Experimento de Triplett, realizado por el psicólogo Norman Triplett en

(1897) o que la psicología social nace en 1908 con el manual de Ross (1908) y sobre todo con el de McDougall (1908). Tampoco es cierto que Wundt fue el padre de la psicología social. Todo esto es la consecuencia de un presentismo inaceptable que pretende reinterpretar y hasta construir la historia con unos objetivos muy concretos: cercenar todo lo que no lleve directamente a potenciar el dominio y la hegemonía de la psicología dominante, experimental e individualista e intentar conseguir que la psicología social parezca una empresa de acumulación de conocimientos que lleve al lector a la convicción de que la psicología social ha progresado de forma consistente desde su concepción. De hecho, el experimento de Triplett ni siquiera fue considerado psicosociológico cuando se hizo (Haines y Vaughan, 1979), e incluso «los manuales de Ross y McDougall son más bien el final de una etapa que el inicio de otra, expresión de modos caducos de explicar (la sugestión, el instinto) que posteriormente tuvieron poca acogida» (Crespo, 1995, pág. 64). Y en cuanto a Wundt, la afirmación de que es el padre de la psicología social experimental, debemos tener muy presente que para él existían dos tipos de psicología, una *psicología fisiológica*, que se ocuparía de aquello que tenemos en común con el resto de los animales, que por tanto es menos propiamente humano y, por ende, menos

1898, es considerado uno de los primeros estudios en psicología social. Su objetivo fue investigar cómo la presencia de otros afecta el rendimiento individual. Triplett observó que los ciclistas competían más rápido cuando corrían contra otros que cuando lo hacían solos, y diseñó un experimento para probar este fenómeno en un entorno controlado. [N. e. d.]

complejo, por lo que puede ser estudiado a nivel experimental, y una *psicología de los pueblos* o *psicología social*, que es más compleja dado que debe ocuparse de lo que es propiamente humano, es decir, de los procesos psíquicos superiores, de las costumbres de los pueblos, de la religión, etc., por lo que no puede ser experimental, ya que su enorme complejidad no puede ser encerrada en las estrechas pareces de un laboratorio. Por tanto, Wundt no sólo no sería, como con tanta frecuencia se dice, el padre de la psicología experimental, sino más bien el padre de la psicología social que, además, nunca podrá ser experimental (Ovejero, 1994, 1997, cap. 4), a pesar del gran interés que tuvo Boring (1929) en decir lo contrario.

Todo ello no es sino la consecuencia de intentar construir una historia de la disciplina que fuera coherente con los cambios radicales que tuvieron lugar en la psicología estadounidense a lo largo de los años veinte, particularmente tras la publicación del influyente manual de Floyd Allport (1924) en el que defiende la metodología conductista para nuestra disciplina, de tal forma que a partir de entonces la psicología social fue psicologista, individualista y experimentalista, aunque más tarde él mismo rectificaría en parte su postura.

2. Psicología social teórica

De alguna manera podemos decir que la psicología social aparece en el momento mismo en que la especie humana comenzó a plantearse cuestiones existenciales. Los problemas inherentes a las relaciones interpersonales o a las relaciones intergrupales, las cuestiones relacionadas con la violencia o con el poder, el control y la opresión de otros seres humanos, tuvieron necesariamente que estar presentes en las comunidades humanas ya desde sus inicios. De ahí que, como es bien conocido, existen antecedentes de la psicología social desde épocas muy antiguas, como se refleja, por ejemplo, en el Código de Hammurabi.

Pero es que el pensamiento humano y, por ende, también la psicología social no pueden ser entendidos al margen de los procesos tanto sociales como culturales, económicos e incluso tecnológicos al hilo de los cuales se fueron conformando. Por consiguiente, y como escribía Tomás Ibáñez (1990, pág. 8), para comprender cuál es la naturaleza del enfoque psicosocial, cuáles son sus características y cuáles son sus límites, «es preciso investigar el *proceso histórico* a través del cual se fueron delineando sus conceptos, las orientaciones y los contenidos». Eso es precisamente lo que pretendo hacer en este capítulo: analizar el proceso histórico que fue haciendo que surgiera y se desarrollara nuestra disciplina, destacando particularmente sus orígenes sociales y la crisis profunda en que entró como consecuencia de no haber sabido adaptarse adecuadamente

a los cambios profundos que acompañaron al final de la Modernidad ni a la incertidumbre generalizada que constituye la actual Postmodernidad que, sin ninguna duda, es muy desconcertante y totalmente ausente de seguridades (Bauman, 2000, 2003a, 2003b).

En resumidas cuentas, como mostré en un libro anterior (Ovejero, 1999), aunque con antecedentes remotos, la psicología tiene su origen en el Renacimiento europeo, cuando fue desarrollándose el proceso de individualización que fue haciéndola necesaria, como se constata en la que tal vez es la primera novela de Occidente, *La Celestina* de Fernando de Rojas (1499) (véase Maravall, 1967; Ovejero, 2008, 2009c), y su desarrollo fue parejo a ese desarrollo del proceso de individualización. Como señalan Jansz y van Drunen (2005, pág. 7), este individualismo, que es el que explica nuestra forma de ser y de comportarnos, significó, a la vez, al menos estas tres cosas: 1) un importante cambio de lo colectivo a lo individual, que se dio tanto en la realidad social como en sus diferentes representaciones (ideológica, filosófica, artística); 2) la cada vez mayor necesidad de conocimiento de las diferencias individuales en carácter, personalidad y capacidades mentales; y 3) la psicologización, es decir, el desarrollo de un sentido de «interioridad», presuponiendo que cada individuo posee alguna forma de «espacio interno» de motivos, pensamientos y sentimientos, constitutivo de su verdadero ser como una persona única y parcialmente accesible a través de la introspección. Estos

tres aspectos, sobre todo el primero y mucho más aún el tercero, se reflejan claramente en la historia de la literatura europea, ya en los siglos XIV, XV y XVI. Basta para constatarlo con analizar obras como *El libro del buen amor* (1330), *La Celestina* (1490) o *la Lozana andaluza* (1524) (véase De Riquer y Valverde, 2007; Maravall, 1976). El proceso de civilización, por tanto, se refiere sobre todo, aunque no únicamente, a este *proceso de psicologización*, al *proceso de constitución del sujeto moderno*, que desembocó, a lo largo del siglo XIX, en la construcción de la psicología moderna, que, a su vez, ayudó al afianzamiento y desarrollo del proceso de psicologización (Jansz y van Drunen, 2005). Por eso no puedo dejar de estar nuevamente de acuerdo con Ibáñez (1990) cuando afirma que la psicología social forma parte de las *ciencias sociales* y que éstas se insertan a su vez en una *nueva forma de construir los conocimientos que nace en los siglos XVI y XVII* con las formulaciones de Copérnico, Descartes, Galileo, Bacon, Newton, etc.

La psicología, pues, es un producto típicamente europeo que hunde sus raíces en el pensamiento griego, siendo los Sofistas sus primeros representantes y luego Sócrates, Platón y Aristóteles. Con el hundimiento u ocultamiento de la sociedad y la cultura clásicas, también desaparece su psicología, que vuelve a aparecer, aunque naturalmente con características diferentes, durante el Renacimiento, reflejándose en autores como Tomás Moro, Shakespeare, Erasmo, Maquiavelo o Luis Vives. Pero fue durante la

Ilustración europea del siglo XVIII y la Revolución Francesa (véase Billig, 1982) cuando la psicología comienza a tener un sentido más actual (véase Ovejero, 1999).

Más en concreto, si el inicio del capitalismo y el comienzo del auge de las ciudades modernas fue un pilar básico para el nacimiento y el desarrollo de la psicología, la invención de la imprenta con el consiguiente hábito de la lectura individual fue el otro pilar, no ajeno al anterior, del desarrollo del individualismo y de la construcción de la subjetividad del hombre y la mujer modernos y por tanto de la propia psicología (véase Ovejero, 2008, 2009c) La evolución social e histórica de la sociedad occidental (de su economía, su pensamiento filosófico, su cultura, etc.) fue tal que alrededor del último tercio del siglo XIX produjo una psicología con las características que actualmente poseen.

En síntesis, los antecedentes remotos de la psicología tienen tres grandes hitos. En primer lugar, la Grecia clásica cuyo pensamiento constituye el fundamento de la civilización, la cultura y el pensamiento occidentales. En segundo lugar, y con más propiedad aún, el Renacimiento, que con una serie de novedades culturales, económicas, sociales e históricas, dio lugar al nacimiento del *individuo* (véase Agnes Heller, 1980) y con ello el comienzo al menos de la posibilidad misma de una psicología. Ya en 1910, en uno de sus primeros escritos (*Adán en el paraíso*), el joven Ortega y Gasset escribía: «En los siglos XV y XVI se descubre el interior del hombre, el mundo subjetivo, lo psicológico»

(*Obras Completas*, 1983, pág. 488). No olvidemos que el Renacimiento es la primera etapa del largo proceso de transición del feudalismo al capitalismo... El Renacimiento fue la aurora del capitalismo. La vida de los hombres renacentistas y, en consecuencia, el desarrollo del concepto renacentista del hombre, tenía sus raíces en el proceso mediante el cual los comienzos del capitalismo destruyeron las relaciones *naturales* entre el individuo y la comunidad, disolvieron los lazos *naturales* entre el individuo y su familia, su posición social y su lugar preestablecido en la sociedad, al tiempo que redondearon toda jerarquía y estabilidad, volviendo fluidas las relaciones sociales, la distribución de las clases y los estratos sociales, así como el asentamiento de los individuos en éstos (Heller, 1980, págs. 8–9).

Y ahí está el origen de la psicología, que, al menos tal como se ha desarrollado en Occidente y como la conocemos hoy día, es algo propio del capitalismo. No por azar fue en esos años cuando tanto Vives como Maquiavelo publicaron sus obras. De hecho, no falta quien considera que es Vives el padre de la psicología moderna, como es el caso de Foster Watson (1923). Y en tercer lugar, la Ilustración, el llamado Siglo de las Luces, que es cuando realmente se ponen las bases para el desarrollo del capitalismo, con lo que comienza realmente ya, no la posibilidad sino el hecho mismo de la psicología.

En resumidas cuentas, podríamos fechar el nacimiento de la Psicología hacia 1690, como hace Paul Hazard (1975),

fecha en que Locke publica su *An Essay concerning human understanding*, y a John Locke su fundador, justamente cuando decía en el Prólogo a su *Essay*: «Nuestra misión en este mundo no es conocer todas las cosas, sino las que conciernen a la conducta de nuestra vida». El hombre es, pues, la medida de todas las cosas: comienza la Ilustración como un humanismo en el que lo psicológico, lo comportamental, desempeñará un papel central. Ahora bien, si es en el siglo XVIII cuando podemos datar el nacimiento de la Psicología Moderna, es decir, de una psicología positivista, individualista y experimental, es también en ese siglo cuando se ponen las bases de otra Psicología bien distinta de la anterior, aunque llegara, hasta el presente, a tener el poder, la fuerza y la hegemonía de la anterior. En efecto, aunque fue la tradición positivista franco-británica la realmente influyente en las ciencias sociales del siglo XIX y XX, sin embargo también existió una tradición en cierta medida antiilustrada y, también en cierta medida, antirracionalista que, con Giambattista Vico (1668–1744) como antecedente y partiendo de Johan Gottfried Herder (1744–1803), llega, a través de Dilthey e incluso de Nietzsche, a ciertas psicologías sociales del siglo XX preocupadas, como lo estaban Herder o Dilthey, por la *comprensión* de los fenómenos psicológicos y sociales (véase Ibáñez, 1990; Ovejero, 1999). En esta línea se colocará también Ortega y Gasset (véase Ovejero, 2000). Como señala Ibáñez (1990, pág. 31), Herder desarrolló una fuerte

concepción historicista que marcaría los grandes análisis sociales contruidos durante la segunda mitad del siglo XIX.

Como podemos observar, los tres periodos mencionados son épocas de fuertes cambios de todo tipo (económicos, sociales, culturales, científicos, etc.), y no es por azar que sea justamente en esos periodos, cuando los cambios profundos e intensos producen incertidumbre sobre el presente y el futuro y sobre la naturaleza misma del hombre y su conducta, cuando se intenta resolver esa incertidumbre por vías psicológicas. Y los tres poseen características similares y en los tres surgió con fuerza un individualismo que coloca al *hombre* en el centro de sus preocupaciones. En los tres periodos *el hombre es la medida de todas las cosas*.

La Ilustración se caracterizó por profundizar en algunos de los rasgos anteriores como por una serie de novedades en el pensamiento social y en el proceso de individualización que venía del Renacimiento, novedades que eran básicamente las siguientes (Ibáñez, 1990, pág. 29): la creencia poco menos que «militante» en las virtudes del conocimiento, así como el poder absoluto conferido a la razón, y el convencimiento, propiciado por la obra de Newton (1690), de que la ciencia era capaz de hacer inteligibles todos los «misterios» de la naturaleza, llevando a la coronación de los dos grandes procesos que venían del Renacimiento y que establecería las bases del pensamiento occidental de los siglos XIX y XX: el proceso de racionalización y especialmente el proceso de individualización. En efecto, el proceso de

individualización que comienza a cobrar fuerza con el Renacimiento, que se acelera enormemente durante la Ilustración, y que cambia radicalmente las relaciones interpersonales, va ensanchando paulatinamente el ámbito privado del hombre moderno y, en consecuencia, su vuelta del mundo exterior a un mundo interior que cada vez se irá problematizando más. Ello nos permite decir que es principalmente el siglo XVIII el que crea el caldo de cultivo en el que un siglo después nacerá la psicología y la psicología social, y ese caldo de cultivo lo constituirán sobre todo la filosofía y la ciencia de la época, siendo tal vez Hobbes, Locke y Newton sus máximos exponentes (véase un análisis más extenso en Ovejero, 1999).

Las ciencias sociales, pues, y sobre todo la psicología social, surgen como una necesidad derivada del desarrollo interrelacionado de estos tres procesos: proceso de civilización, proceso de privatización y proceso de individualización (véase Elias, 1993). Y es que a lo largo del siglo XVIII se produjeron, tanto en Europa, incluida España, como en los Estados Unidos, una serie de cambios profundos en el pensamiento de la época que será a la vez, en un claro proceso de interacción dialéctica, causa y efecto de una gran cantidad de inventos y transformaciones económicas que cambiarán radicalmente la mentalidad y comportamientos de los hombres, como se refleja perfectamente en la literatura del siglo XIX, y probablemente de una forma particular en la novela francesa: *Madame Bovary* (1857), de

Flaubert; *Fleurs du mal* (1857), de Baudelaire; *Bel Ami* (1885), de Maupassant, etc., o entre nosotros, en *La Regenta* (1884) de Clarín.

Sin embargo, a finales del siglo XIX comenzó a ser más importante el objetivo de control que el de explicación. En efecto, el proceso de cambio social que venía de la alta Edad Media y que se aceleró en el Renacimiento dando lugar a un primer y precario capitalismo, favorecido por el incremento del proceso de urbanización y por el aumento del capital a causa del aumento de los préstamos bancarios, se vio enormemente acelerado por la irrupción de la Revolución Industrial, de tal manera que el siglo XIX es ya un siglo de cambios profundos, a todos los niveles, lo que se reflejó en la transformación radical de las grandes ciudades europeas, sobre todo Londres y París, pero también otras como Viena o Barcelona. Todo ello no es sólo que facilitara, sino que sencillamente *exigió* el nacimiento y desarrollo de una psicología que explicara tales cambios, que ayudara a las personas afectadas por tales cambios y, a la vez y sobre todo, que sirviera para controlar los nuevos movimientos sociales y reivindicativos, fundamentalmente el obrero, porque si los cambios en el pensamiento de la época amenazaban las conciencias de los estratos sociales más tradicionales, la movilización obrera amenazaba el buen vivir de todos ellos, incluyendo el de la nueva burguesía en ascenso. De ahí la intrínseca ambigüedad de la psicología: nos ayuda a entender el mundo que nos rodea, ayuda a muchas personas

a resolver sus problemas internos, pero también sirve al poder y al sistema para controlar mejor tales cambios y sus consecuencias. No es por azar que es en la segunda mitad del siglo XX cuando Nietzsche publica su obra, cuando Zola escribe sus novelas más memorables (o, en nuestro país, Galdós y Clarín publican, respectivamente *Fortunata y Jacinta* y *La Regenta*), cuando Freud inventa el psicoanálisis en Viena y lo hace con un gran éxito (véase Ovejero, 2007a, 2007b) y es también cuando surge la psicología del comportamiento colectivo (véase Ovejero, 1997), con un claro objetivo de *control social*.

En suma, el nacimiento de la psicología social a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX se hizo posible por la confluencia de una serie de procesos, íntimamente relacionados entre sí y mutuamente interactuantes, que tuvieron su origen en la última etapa de la Edad Media, se hicieron ya claramente visibles durante el Renacimiento y fueron afirmándose y profundizándose desde entonces en un proceso imparable, que se vio acelerado por la Ilustración, las consecuencias de la Revolución Francesa y especialmente el industrialismo, así como el empirismo y el liberalismo económico y político que le acompañó. Me estoy refiriendo, naturalmente, a los procesos de *urbanización*, de *civilización* y sobre todo el proceso de *individualización*, procesos todos ellos que no han dejado de desarrollarse y avanzar hasta nuestros días, con lo que el proceso de *psicologización* a ellos inherente tampoco lo ha hecho, con

lo que la psicología, principalmente en su vertiente clínica aunque no sólo en ella, ha llegado a alcanzar las cotas de popularidad y de aceptación social que tiene actualmente. Sin embargo, las ciencias sociales se vieron sometidas a lo largo de la segunda mitad del siglo XX a un triple proceso de consecuencias aún no del todo previsibles (Ibáñez, 1990; Ovejero, 1999). En primer lugar, se separaron de la filosofía, con las implicaciones, generalmente negativas, que ello tendría. En segundo lugar, al igual que las ciencias naturales y como intento de emularlas, también las ciencias sociales van paulatinamente «industrializándose» y poniéndose al servicio de la eficiencia, con lo que sirvieron claramente a las necesidades de los Estados modernos, proporcionándoles herramientas para la *intervención social* que permitieran a los diferentes poderes (político, económico, etc.), como ha mostrado Michel Foucault, controlar con más eficacia la sociedad y las personas en cada momento. Y en tercer lugar, fue produciéndose dentro de las propias ciencias sociales un progresivo e imparable proceso de atomización que aún está lejos de terminar y que lleva camino de hacer tantas ciencias sociales como investigadores, con una falta casi total de comunicación e intercambios entre ellas, con lo que cada vez es más claro que van convirtiéndose en pequeñas islas de conocimiento/ignorancia con una utilidad puramente coyuntural y efímera.

En este contexto, y no en otro, surgió la psicología social, dándose en ella, tal vez más aún que en cualquier otra

ciencia social, ese triple proceso de que hemos hablado, sobre todo cuando, ya entrado el siglo XX, se desarrolló en los Estados Unidos de América como nunca lo había hecho antes en ningún otro lugar, lo que, como veremos, convirtió a la psicología social en una ciencia tan individualista, experimentalista y psicologista, y tan preocupada por la aplicación (en detrimento de la reflexión), que casi ni siquiera se la podría incluir dentro de las ciencias sociales: de hecho, con frecuencia los psicólogos sociales han considerado a su disciplina –y continúan considerándola– más una ciencia natural que una ciencia social.

Por consiguiente, si la psicología tradicional, y dominante, ha sido el producto evidente de la Modernidad, y por tanto de la Revolución Industrial y de la Ciencia Moderna, a lo largo de los años 70 y 80 fue teniendo serios problemas de adaptación a la nueva sociedad a medida que ésta iba cambiando en profundidad como consecuencia de la irrupción de la nueva época, la Postmodernidad y, por tanto, de la Revolución Tecnológica y de la Ciencia Postmoderna. Si la Ciencia Moderna se basaba en la uniformización de los individuos y de los grupos humanos y en la consiguiente simplificación psicológica para poder medir y llegar a establecer leyes universales de comportamiento, la Ciencia Postmoderna se basa en la complejidad y, por tanto, renuncia a llegar a leyes universales y deterministas, conformándose con meras probabilidades. Si la necesidad reinaba en la Modernidad, el azar reina en la

Postmodernidad, produciendo, por tanto, una desasosegante incertidumbre, tanto en la ciencia (Horgan, 1998; Prigogine, 1997) como en los asuntos humanos y sociales, donde ya todo es meramente líquido (Bauman, 2000, 2003a, 2003b, 2006). Baste con recordar el «principio de indeterminación» de Heisenberg, y cómo la física cuántica terminó con todas las seguridades que daba la ciencia moderna para dejarnos sólo la mera probabilidad y, por tanto, la *incertidumbre* (véase Lindley, 2008). Si los físicos cuánticos demolieron los más firmes cimientos de la ciencia moderna, el matemático Kurt Gödel demostró, ya en 1931, que hasta en un sistema de axiomas puramente abstracto como el de Euclides surgen preguntas perfectamente lógicas que no tienen respuesta, es decir, incluso en semejante sistema cerrado, claro, lógico y, por decirlo así, absolutamente aritmético, es posible formular teoremas que no es posible demostrar que sean verdaderos o falsos. Por tanto, todo conocimiento, incluido el de las ciencias naturales, es refutable y provisional. Frente a la creencia positivista de que la ciencia pretende alcanzar verdades absolutas e irrefutables, el falsacionismo de Popper ha mostrado que ni la ciencia ni nadie puede demostrar jamás la verdad definitiva de ningún enunciado sino sólo su falsedad: podremos llegar a saber que algo es falso, pero no que es cierto. Feyerabend (1975) fue aún más allá. Y Thomas Kuhn, en su conocido libro *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), mostró que la ciencia es el producto de los procesos psico-sociológicos que tienen lugar dentro de las

comunidades científicas (relaciones interpersonales, grupales e intergrupales, cuestiones de poder, etc.).

Por otra parte, todo parece indicar que, juntas, la globalización, la postmodernidad y la revolución tecnológica están, por una parte, incrementando el individualismo, empobreciendo nuestras relaciones personales y dejándonos cada vez más solos en nuestro mundo personal, a la vez que están aumentando nuestra libertad y nuestras posibilidades de vivir y de ser de múltiples maneras. Todo ello influyó necesariamente en la psicología social, que entró en una profunda crisis en los años 70 de la que aún no ha salido, principalmente porque la psicología moderna no ha sido capaz aún de adaptarse a los nuevos tiempos postmodernos, como muestra Torregrosa en este mismo libro.

3. Psicología social aplicada y profesional

Si la psicología social como disciplina teórica nació en Europa (Ovejero, 1999; Jahoda, 2007), como disciplina aplicada, que es como ha perdurado hasta nuestros días, nació y se desarrolló en los Estados Unidos a lo largo de las primeras tres décadas del siglo XX, extendiéndose luego a todos los países desarrollados. En efecto, ya en 1923, poco

antes de su muerte, escribía en su autobiografía G. Stanley Hall, uno de los fundadores de la psicología estadounidense, que los grandes problemas de nuestra época están siendo cada vez más psicológicos y que, por tanto, –añadía– necesitamos una nueva y más vasta psicología que ayude a entender y a solucionar tales problemas. Pues bien, al final de tal siglo la realidad le daba la razón: en todos los países desarrollados la psicología se había hecho tan presente en casi todos los ámbitos de la sociedad (escuelas, empresas, hospitales, ámbito jurídico, etc.) que el número de psicólogos y psicólogas había crecido exponencialmente. De hecho, numerosos términos psicológicos ya forman parte del lenguaje común y prácticamente todos los ciudadanos los utilizan cotidianamente, aunque no siempre con propiedad: inteligencia, introversión, estrés, *mobbing*, etc.

Aunque el asunto no era totalmente nuevo, sin embargo al asentarse la psicología en Estados Unidos, un país que se movía principalmente por motivos pragmáticos y de utilidad, nuestra disciplina se convirtió en una psicología social aplicada, característica fundamental y definitoria que desde entonces no ha abandonado, lo que está relacionado con la ya mencionada crisis. En efecto, si el disparador de la crisis, y uno de sus elementos constitutivos más importantes, fue la percepción de *falta de relevancia social*, entonces no es de extrañar que se propusieran las aplicaciones como un intento de salida de tal crisis. Pero ello avivó un problema que tampoco era nuevo y que, a mi modo de ver, es crucial

para orientar adecuadamente el actual momento de la psicología social: las relaciones entre teoría y práctica así como el más general de las relaciones entre ciencia y técnica. Por falta de espacio para tratar el tema (véase Torregrosa, 1996; Ibáñez e Íñiguez, 1996), sólo quiero subrayar, con Fourez (1994, pág. 141), que «la pareja ‘ciencias fundamentales’ y ‘ciencias aplicadas’, funciona como un juego de legitimación recíproca. En última instancia, las ciencias fundamentales se consideran válidas y eficaces por las aplicaciones que permiten, mientras que las ciencias aplicadas pretenden ser ‘ciencias duras’ y así legitiman su poder social haciendo una llamada al prestigio de las ciencias fundamentales». Sin embargo, la distinción entre ciencias puras y ciencias aplicadas está cada vez más desdibujada. De hecho, y parafraseando a Wittgenstein, entender una teoría es *poder* utilizarla. Es más, yendo más allá de la conocida frase de Lewin de que no hay nada tan práctico como una buena teoría, afirmaba Gergen (1982) que la praxis y la teoría ejercen una eficacia directa sobre las modificaciones de la actividad humana, pues como muestra Michel Foucault tanto en su *Historia de la locura* (1967) como en su *Historia de la sexualidad* (1977), la creación por parte de las Ciencias Humanas de ciertas categorías conceptuales contribuyen a que tomen cuerpo y se consoliden socialmente tipos de locuras y de modalidades sexuales que adquieren su significado y su realidad social justamente a través de la construcción teórica que de ellas hace la ciencia. Las etiquetas verbales, sobre todo si provienen del discurso

científico, tienen el poder de engendrar las realidades a las que se refieren. Es más, la idea de que las teorías en ciencias sociales surgen de la observación, es decir, de los hechos, carece de fundamentos serios. Los datos tan sólo contribuyen a otorgar respetabilidad científica a las teorías pero no sirven para corroborarlas ni para refutarlas. Debemos admitir con Gergen que las ciencias sociales son esencialmente *ciencias no empíricas* y que están fuertemente determinadas por las convenciones lingüísticas propias de la sociedad en la que se formulan. En consonancia con lo anterior, habría que subrayar, con Ibáñez (1988, pág. 649) que el teórico es básicamente un *hacedor lingüístico* que modifica la realidad social por medio de su discurso y de su producción intelectual. Por tanto, concluye Ibáñez, tanto el teórico como el investigador orientado hacia la práctica son *creadores de conocimiento* aunque éstos correspondan a tipos de racionalidad distintos e irreductibles.

Preguntémonos, pues, nuevamente con Ibáñez (1988, pág. 651): ¿para qué sirven las teorías si ni son predictivas, ni describen la realidad y ni siquiera se asientan sobre una base empírica a partir de la cual pueda ser corroborada o refutada? Indiscutiblemente tienen una gran importancia. De hecho, las teorías más potentes (las de Darwin, Freud, Marx o Keynes), han contribuido notablemente a incrementar nuestra inteligibilidad de lo social y han trastocado profundamente la realidad.

La relación compleja entre teoría y práctica se hace más

compleja aún en psicología social si tenemos en cuenta, con Torregrosa (1988), que los problemas sociales susceptibles de intervención psicosociológica están inscritos en procesos sociales más amplios atravesados de conflictos de intereses. El poder es una variable ubicua en la realidad social. En cierto modo, pueden verse problemas sociales como una distribución desigual, real o percibida, del poder. Estas consideraciones elementales confieren al problema de la intervención una dimensión política e ideológica. Conviene subrayar esto porque nada podría ser más ideológico que una aproximación *sólo psicológica* a los problemas sociales, como ya se dijo en la Introducción. Como afirma Torregrosa, éste ha sido uno de los mecanismos tradicionales de la sociedad burguesa para disolver los problemas sociales, no para entenderlos ni para solucionarlos. Inscribir globalmente la psicología social en ese proceso resultaría coherente con las demandas de ciertos sectores dominantes de la sociedad. Y eso es justamente lo que se está haciendo sistemáticamente en la psicología aplicada y profesional desde hace muchas décadas.

En efecto, recordemos que la psicología social aplicada y profesional nace en Estados Unidos durante los primeros años del siglo XX y lo hace al hilo de lo que Jansz y van Drunen llaman procesos del desarrollo de la «*gestión social*» («*social management*»), que, en su sentido más amplio, se refiere a todo intento de organizar y dirigir la vida social. Ello puede incluir tanto la organización administrativa y política como la

organización de funciones tales como la solución de conflictos y la administración de justicia, los asuntos de la producción o la economía. Pero tanto en su sentido más amplio como en su sentido más restringido, la «gestión social» es un elemento central de la vida social: ninguna sociedad existe sin cierto tipo de organización y cierto tipo de control sobre la conducta de sus miembros, aunque fueran rudimentarios, lo que se dio incluso en las más tempranas sociedades occidentales, que ya poseían sistemas elaborados, por ejemplo, de justicia, religión y poder político. Sin embargo, existen fundamentales diferencias entre esas prácticas y ordenamientos antiguos y las nuevas formas de ordenamiento social que emergieron en las sociedades occidentales a lo largo de los siglos XIX y XX, que han sido estudiadas sobre todo por Michel Foucault (1975, 1988) y sus discípulos (Castel et ál., 1982; Rose, 1990, 1996) y que fueron las que conformaron y hasta exigieron el surgimiento y desarrollo de la psicología así como de las ciencias sociales y médicas. Entre tales diferencias destacan estas cuatro (Jansz y van Drunen, 2005, págs. 7–8):

1. La «gestión social» se hizo mucho más amplia, aplicándose ya a aspectos de la vida y de la conducta social hasta entonces intocables. Por ejemplo, desde principios del siglo XIX se comenzó a organizar y a regular el trabajo y la vida laboral así como la propia vida social en su conjunto, produciendo importantes cambios en la educación y en otros servicios sociales, lo que fue haciendo que surgieran

hospitales, escuelas, fábricas, instituciones que, juntas, constituyen una de las características más visibles y más definitorias de la vida moderna, lo que, por otra parte, fue haciendo que nacieran otras «instituciones de control social» como centros para discapacitados mentales y/o físicos, centros para jóvenes delincuentes, etc.

2. La agenda de la «gestión social» fue cambiando gradualmente desde las organizaciones privadas, como gremios, beneficencias o sociedades filantrópicas, a ámbitos públicos. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, cada vez más aspectos de la conducta humana se fueron convirtiendo en asuntos de interés público y de políticas públicas, lo que fue poniendo las bases de lo que, ya en el siglo XX, vino a llamarse Estado del Bienestar («Wellfare State»). Estas nuevas intervenciones estaban firmemente enraizadas en la concepción que la clase media tenía sobre qué constituía «la conducta apropiada» (Janz, 2005), y se dirigieron a aquellos grupos sociales que no exhibían tal conducta apropiada. Por consiguiente, como muestra claramente Foucault a lo largo de toda su obra, tales intervenciones, en apariencia meramente altruistas y de ayuda, constituyeron y constituyen una nueva forma de dominación sociopolítica, descrita por algunos historiadores como «ofensiva de la civilización» (Mitzman, 1987). De hecho, no es por azar que por entonces se impulsaran en diferentes países leyes similares a la española de «vagos y maleantes».

3. Esa «gestión social» estuvo sujeta a un proceso de

profesionalización y de «cientificación», enraizándose en la ideología de la Ilustración, que defendía que los procesos sociales tenían que ser sometidos al control de la razón y de la ciencia. Así, la «gestión de los pobres» que antes había sido competencia de la iglesia, a partir de la segunda mitad del siglo XIX será vista como algo propio de las nuevas profesiones de ayuda como los psicólogos o los trabajadores sociales. Todo ello supuso el desarrollo de nuevas *profesiones de ayuda* que se convirtieron, *a la vez*, en *profesiones de control*, como fue el caso de la sociología, la psicología, la criminología o la pedagogía.

4. Pero tal vez el aspecto más importante de este proceso fue que la «gestión social», como señalan Jansz y van Drunen (2005, pág. 8), «fue evolucionando desde sistemas de un burdo control externo a formas más complejas y más sutiles de influencia, en las que las normas sociales eran traducidas a sistemas de conocimiento experto que, a su vez, fueron siendo gradualmente incorporados a formas en que la gente se experimentaba a sí misma y experimentaba el mundo externo, de manera que si nuestra visión del mundo natural ha sido conformada por las ciencias naturales, igualmente nuestra concepción de nosotros mismos está siendo cada vez más influenciada por la psicología y por ciencias con ella relacionadas».

Fue, pues, a nivel práctico como se fue desarrollando la psicología tal como la conocemos ahora, y lo hizo principalmente como instrumento de *gestión social* y, por

consiguiente, como *instrumento de control social*, alcanzando tal desarrollo y protagonismo que se fue convirtiendo en un dispositivo esencial para la *construcción del sujeto moderno*, es decir, para la construcción de nosotros mismos y de nuestra identidad. No olvidemos que una de las principales características del recién terminado siglo XX ha sido precisamente el de su indiscutible y progresiva «psicologización». Que la psicología ha sido socialmente muy influyente es algo absolutamente indiscutible. Menos claro es que su influencia haya sido positiva y beneficiosa, precisamente por el papel central que ha desempeñado a la hora de ocultar la verdadera raíz de los problemas sociales, que no está precisamente en los individuos que los sufren. Sin embargo, la anterior afirmación sería injusta si no se añadiera también que el papel que los psicólogos han desempeñado y siguen desempeñando en la sociedad es complejo. Por una parte, se ha puesto al servicio del poder, pero, por otra, también ha habido psicólogos que se han puesto frente y contra el poder, como fue el caso del propio Michel Foucault que, no lo olvidemos, además de filósofo era también psicólogo (véase Pastor y Ovejero, 2007), o el caso de los psicólogos antipsiquiatras, o las psicólogas feministas, o la asociación estadounidense de psicólogos negros, etc. Además, la psicología también ha contribuido a transformar de una forma importante las relaciones sociales existentes: el «fenómeno psi», es decir, la psicologización de la vida cotidiana, ha supuesto una transformación radical de las relaciones humanas y de la misma construcción del sujeto

humano, desempeñando con ello «*también* un importante papel en el cambio social, no sólo en el control social» (Ovejero, 2010, pág. 43).

4. La nueva psicología social o postmoderna

La Modernidad fue la época del orden, del orden de la razón, del orden ilustrado, del orden eurocéntrico. Pero, como decía Roman Rolland, tras el brillo del orden acechaban los ojos del caos, cosa que se hizo manifiesto con la primera guerra mundial y sobre todo con la segunda, a la vez que también los físicos (Planck, Einstein, Heisenberg) mostraban también el caos de la materia y Freud el caos psicológico que se escondía tras el orden mental burgués. Y antes de todos ellos, guiándolos, Nietzsche. En efecto, como se deduce de las conclusiones de la Nueva Física, lo que está en consonancia con las ideas de Nietzsche y de la nueva época, parece evidente que los postulados newtonianos han perdido su presunto carácter universal: no tenemos acceso alguno a Todo. Los conocimientos son siempre parciales y, por consiguiente, relativos. En consecuencia, tras la aparición de la física cuántica, los «a priori» kantianos, es decir, las condiciones espacio-temporales de la sensibilidad

y las categorías de causalidad y sustancia han dejado de ser aplicables a la totalidad de los fenómenos físicos. Con ello, la objetividad ya no es posible o, si lo es, lo es en un sentido radicalmente diferente al de la Modernidad: mientras que para la física clásica el observador no era más que un reflejo pasivo de los datos de los sentidos y la observación era independiente de la teoría y, por tanto, objetiva; para la física cuántica la observación pura no existe, pues nunca es ajena a toda teoría. Lo específico de la teoría cuántica consiste justamente en rechazar el supuesto clásico de que los objetos físicos y sus cualidades primarias existen con independencia de que se les observe. El propio Einstein le dijo a Heisenberg que era imposible incluir tan sólo magnitudes observables en una teoría: «Es la teoría la que decide lo que se puede observar». Después de la segunda guerra mundial, esta postura fue adoptada, tras la estela de Nietzsche, por numerosos filósofos de la ciencia que dejaron claro que los enunciados derivados de la observación nunca se hallan libres de alguna carga teórica (Ovejero, 2004). En suma, frente a las creencias modernas de que existía un orden absoluto en el cosmos, regido por unas leyes universales y sencillas, con lo que lo único que teníamos que hacer nosotros era dejarnos guiar por la razón y el método científico para llegar no sólo a descubrir tales leyes y tal orden sino incluso a utilizarlas en provecho de la humanidad, se colocaban las nuevas creencias, postmodernas, según las cuales el cosmos es complejo e incluso caótico, sin leyes de ninguna clase: estamos ante un nuevo mundo, caracterizado

por la complejidad y dominado por el caos, donde, por tanto, ya no podemos hablar de leyes de causa y efecto, sino de mera probabilidad.

No existe orden ninguno ahí fuera, sino que somos nosotros los que ponemos el orden con la estructura de nuestras teorías y de nuestro lenguaje. Eso es, esencialmente, la postmodernidad: pluralidad, discontinuidad, particularismo, desorden y, en definitiva, *relativismo* (Bauman, 2010). Los sofistas tenían razón y de poco han servido, a este respecto, 25 siglos de pensamiento filosófico.

Todo ello por fuerza está teniendo una fuerte –aunque todavía insuficiente– influencia en la psicología, de forma que si la psicología tradicional, positivista, fue la respuesta a la Modernidad y a la Revolución Industrial, la Nueva Psicología Social lo es a la Postmodernidad y a la Revolución Tecnológica. Estamos ante una nueva etapa de la historia humana y la psicología debe ser capaz de dar respuestas coherentes a esa novedad. La nueva sociedad postmoderna sólo puede ser entendida desde la psicología social si esta disciplina cambia *radicalmente* de perspectiva y es capaz de captar *simultáneamente* los aspectos psicológicos, sociales e históricos de los fenómenos psicosociales, aspectos estos que se relacionan entre sí a lo largo de un proceso dialéctico que la psicología social tradicional, psicologista, positivista y experimentalista, no es capaz de captar. Y fue precisamente, entre otras cosas, por no ser capaz de captarlas por lo que la psicología social tradicional entró en la profunda crisis, ya

mencionada, que cuestionaba radicalmente los propios fundamentos sobre los que se asentaba mayoritariamente la práctica científica de los psicólogos. Pero tal crisis fue altamente fértil, habiendo tenido efectos profundos, irreversibles y duraderos (Ibáñez, 1990; Ovejero, 1999; Torregrosa, 2010, en este volumen), a pesar de que algunos lo niegan (Jiménez Burillo et ál., 1992).

En concreto, aunque las causas de la crisis venían de atrás, su principal detonante fue la publicación, nada menos que en el *Journal of Experimental Social Psychology*, de un artículo de Ring (1967) y otro de McGuire (1967). La crítica de Ring fue realmente demoledora, al acusar a los psicólogos sociales de puro *ritualismo metodológico*, de tal forma que lo único que les interesaría sería construir unos cuidadosos y sofisticados experimentos con el único objetivo de ser aceptados en las más prestigiosas revistas del campo, pero sin interés ninguno ni preocupación por las cuestiones sustantivas y por los problemas socialmente relevantes. Es decir, lo que planteaba Ring, y eso fue realmente el disparador de la crisis, era la *falta de relevancia* de la psicología social experimental. En última instancia, se trataría de una crisis de identidad, provocada por la incapacidad de los paradigmas teóricos existentes para captar el concepto y el objeto de la psicología social. Desde esta perspectiva ya se entiende mejor la afirmación de Farberow (1973) de que la crisis de la psicología social es crónica, puesto que es constitucional (Torregrosa, 1985). Al

fin y al cabo, no era sino un reflejo más de la profunda crisis en que fue entrando a lo largo del siglo XX tanto el positivismo como la concepción moderna de la realidad, así como la racionalidad científica en la que ambas cosas se basaban.

La crisis de nuestra disciplina se debió, pues, a múltiples causas, destacando entre ellas la adopción de la epistemología positivista a nivel teórico y el experimento de laboratorio a nivel metodológico, lo que si, ciertamente, incrementó su «respetabilidad científica», también paralizó su crecimiento, sobre todo por estas razones (Brannigan, 2004, 1) principalmente por lo inadecuado del experimento de laboratorio para analizar cuestiones tan complejas como son las humanas (los fenómenos humanos y sociales son de carácter cualitativo, son multidimensionales y muy influidos por factores culturales e históricos, lo que lleva a una gran variabilidad de tales fenómenos en el espacio y en el tiempo), lo que hace que los datos obtenidos en el laboratorio no puedan generalizarse; 2) la gran ventaja de la experimentación de laboratorio, su capacidad para controlar *todas* las variables extrañas, lo que le permite establecer relaciones de causa–efecto, es aquí inviable, como en su día mostraron Orne, Riecken o Rosenthal, lo que hace que sus datos no sean generalizables; 3) la adopción del experimento de laboratorio empobreció muy considerablemente a la psicología social, pues la aisló casi totalmente de las demás ciencias sociales; y 4) todo lo anterior llevó a nuestra

disciplina a encerrarse en sí misma y a no producir sino conocimientos triviales y de escasa o nula relevancia social, lo que, a la postre, y como ya se ha dicho, sería el principal detonante de la crisis.

Pero tal vez el origen fundamental de la crisis haya sido el no haber sabido adaptarse a los nuevos tiempos. En efecto, la crisis de la psicología social no era sino una de las consecuencias de la crisis de la modernidad y de la crisis de la racionalidad científica (véase Ibáñez, 1983). Por ello fue tan profunda, de tal manera que afectó a prácticamente todos sus componentes, de tal manera que lo que la crisis exteriorizó fue el fuerte descontento entre los psicólogos sociales con la concepción mecanicista que la disciplina convencional tenía del ser humano, con su metodología tan restrictiva, con su ideología política subyacente, con su escasa relevancia social, y con los problemas éticos a que llevaba la experimentación. A todo ello se añadió el resurgimiento de las tendencias historicistas que habían quedado en segundo plano tras la victoria del positivismo, así como la necesidad de tener en cuenta el *lenguaje* como ingeniero de la construcción de la realidad, tras la fuerte influencia que en la segunda mitad del siglo ejercieron autores como Wittgenstein o Heidegger.

Si a ello añadimos la impronta que al pensamiento europeo posterior al Mayo francés le dio Michel Foucault así como los intentos «postmodernos» de Habermas por salvar los muebles de la Modernidad, tendremos un panorama

bastante aproximado de la efervescente situación de la Nueva Psicología Social cuando pretendió incluir todos estos elementos.

En conclusión, aunque los cambios no han sido tan generales y profundos como a algunos nos hubiera gustado, sin embargo tras la crisis las cosas ya no volverán a ser como antes en nuestra disciplina, pues como dice Ibáñez (1991, pág. 43), «los planteamientos críticos más radicales fueron cuestionando, uno tras otro, los diversos supuestos sobre los que se fundamentaba la pretendida *legitimidad científica* de la experimentación psicosocial, propiciando de esta forma un intenso *debate metateórico*», del que fueron saliendo una serie de psicologías sociales alternativas, que podrían etiquetarse con el término genérico de *Psicología Social Postmoderna* o *Nueva Psicología Social* (Ovejero, 1999), con un nuevo paradigma caracterizado por el énfasis en los aspectos históricos, dialécticos y simbólicos de la conducta humana, el interés por la ideología, el reconocimiento del carácter activo de las personas, la preocupación por los análisis lingüísticos, el estudio de la vida cotidiana y la utilización de métodos alternativos de investigación. Más específicamente, la crisis:

a) Ha fomentado la búsqueda de métodos menos obstrusivos que los utilizados habitualmente por la psicología social tradicional y, en todo caso, ha hecho posible que se acuda, sin complejo de inferioridad alguno, a métodos no experimentales.

b) Ha servido para poner de relieve el compromiso sociopolítico del psicólogo social y para mostrar que «la psicología social se hace política no por tomar partido, sino como saber o ignorancia, como desvelamiento o encubrimiento de procesos implicados en nuestra vida cotidiana» (Torregrosa y Crespo, 1984, pág. 727).

c) Ha contribuido poderosamente al desarrollo y fomento de las aplicaciones en psicología social, con los efectos positivos y negativos que ello tiene.

d) Pero tal vez –y como consecuencia de las cuatro anteriores– la consecuencia más importante que ha tenido ha sido la ampliación del marco teórico y el surgimiento de una serie de nuevas perspectivas psico–sociológicas (psicología socioconstruccionista, psicología feminista, psicología del discurso, etc.) que genéricamente pueden ser englobadas dentro de la etiqueta de Nueva Psicología Social y cuyas características esenciales y definitorias serían éstas (Ovejero, 1999):

1. *Una mayor y más estrecha interdisciplinariedad*, no sólo entre los distintos enfoques psicosociales, sino incluso con especialistas de otros campos, pues en la antropología, la filosofía, la sociología, la literatura o la historia hay discusiones psicosociológicas más ricas y más sofisticadas que en la propia psicología social e incluso más interesantes descripciones de la subjetividad.

2. *Un análisis metateórico* que nos permita contemplar la psicología social, las prácticas sociales y psicosociales y nuestro propio quehacer cotidiano con cierta distancia (Stam et ál., 1987).

Este análisis metateórico es justamente el que nos permitirá poner los fundamentos para una psicología social auténticamente crítica y no opresiva, e incluso explícitamente emancipadora (Armistead, 1974; Parker, 1989; Sampson, 1991; Wexler, 1983; Ibáñez e Íñiguez, 1997).

3. *Una perspectiva socioconstruccionista*: esta tercera característica de la Nueva Psicología Social ha llegado a convertirse incluso en «una alternativa válida frente al modelo empiricista de la ciencia que caracteriza a la corriente dominante en la disciplina» (Ibáñez, 1990, pág. 227). De ahí que, con Gergen (1982, 1985a, 1985b, 1992, 1996, 1997, 1999, 2001; 2006, 2010 en este volumen) a la cabeza, esta perspectiva ya ha conseguido aglutinar a muchos psicólogos sociales provenientes de otras líneas alternativas que tenían en común tanto el situarse frente al positivismo como el estar a favor de una epistemología post-positivista, como es el caso de los partidarios de la teoría crítica, de la psicología feminista, de la hermenéutica o del contextualismo.

4. *Deconstruccionismo y preocupación por los análisis lingüísticos*: tal vez una de las características más relevantes de muchas de las más recientes tendencias en nuestra

disciplina, como la retórica, el textualismo y el socioconstruccionismo estriba, para bien y para mal, en considerar en el hombre más *lo que dice* y sobre todo *cómo lo dice* que lo que es o lo que hace. De ahí que, y siempre bajo la influencia del segundo Wittgenstein, se haga un especial hincapié en el análisis lingüístico y del discurso (Íñiguez, 2003; 2010 en este volumen), y de ahí también el interés por el deconstruccionismo, ya que, como afirman Parker y Shotter (1990), nuestro conocimiento del mundo exterior y de nosotros mismos no viene determinado por la naturaleza de ese mundo exterior ni por nuestra propia naturaleza, sino más bien por los medios literarios y textuales que usamos para formular nuestros intereses y argumentos.

En conclusión, actualmente, tras las aparentemente tranquilas aguas de la Psicología Social Heredada, al menos si sólo nos asomamos a sus principales órganos de expresión (*Annual Review of Psychology*, *Journal of Personality and Social Psychology* o *Handbook of Social Psychology*), existe una caudalosa corriente de aguas turbulentas que presagian cambios profundos en nuestra disciplina, cambios que ya se están produciendo –y éste libro es uno de sus muchos reflejos– y que nos están llevando a preguntarnos en qué medida nuestras actividades y nuestras teorías están debilitando y hasta eliminando las prácticas sociales opresivas o, por el contrario, las están fortaleciendo y hasta reproduciendo.

5. Conclusión

Me siento altamente identificado con las quejas que hace ya 35 años expresara Nagel Armistead (1983a/1974). En efecto, Armistead empezaba la Introducción a su libro con estas palabras (1983b, pág. 7):

Este libro ha surgido de nuestro descontento con mucho de lo que está siendo denominado como psicología. Este descontento se hace más agudo con referencia a la vida que llevamos y al mundo que vemos en torno nuestro. Creemos que la psicología social debería dar algún sentido a nuestra experiencia y no lo da: nos sentimos decepcionados... Aunque estamos de acuerdo en que la psicología social no puede ser nunca, ni debe serlo, una solución total a los problemas de la vida, no perdemos la esperanza de que pueda decir mucho más de lo que ha dicho hasta ahora.

Hoy día, 36 años después, debemos seguir diciendo lo mismo con respecto a la psicología social dominante. Y tenemos que decir lo mismo porque la frustración de Armistead a causa de que la psicología no le sirvió para dar respuesta a los dos problemas que por entonces le preocupaban (cómo funciona la sociedad que nos rodea y

cómo hemos llegado a ser el tipo de personas que somos), sigue siendo hoy día compartida por muchos estudiantes de psicología y por muchos psicólogos. Y concluía Armistead (1983b, pág. 9):

Veo la mayor parte de la psicología social como un estudio alienado hecho por personas alienadas (sospecho que mi propia alienación no es atípica). Mis preguntas originales sobre ‘cómo funciona la sociedad’ y sobre ‘cómo llegué a ser el tipo de persona que era’ nunca obtuvieron una respuesta. En relación con la psicología social, lo que estaba ocurriendo en mi vida y en el mundo que me rodeaba hizo que lo que estaba estudiando me pareciese trivial, aburrido y sin relación con las cuestiones que me estaban afectando acerca de los valores y el cambio social.

Pues bien, corregir estas serias limitaciones constituye el principal objetivo de la Nueva Psicología Social. Su segundo objetivo, estrechamente relacionado con el anterior, estriba en adaptarse a los nuevos tiempos postmodernos, cosa de la que es incapaz la psicología social dominante. O dicho de otra manera: se trata de un producto intelectual moderno que no sabe –o tal vez no le interesa– adaptarse a los nuevos tiempos postmodernos, pues sin tal adaptación tendríamos que repetir la desmoralizante sentencia que Wittgenstein incluía en su *Tractatus*, «sentimos que cuando todas nuestras posibles preguntas ya han sido contestadas, nuestros problemas vitales no han sido ni siquiera tocados».

Sin embargo, mantengo la esperanza de que la Nueva Psicología Social, crítica, posmoderna y constructorista, consiga modificar radicalmente esa situación.

BIBLIOGRAFÍA

ALBEE, G. W. (1986), «Toward a just society: lessons from observations on the primary prevention of psychopathology», *American Psychologist*, 41, 891–898.

– (1996), «Social darwinism and political models of mental/emotional problems», *Journal of Primary Prevention*, 17, 1.

ALLPORT, F. H. (1924), *Social Psychology*, Boston, Houghton and Mifflin.

ALLPORT, G. W. (1968), «The historical background of modern social psychology», en G. Lindzey y E. Aronson (eds.), *Handbook of Social Psychology* (2.^a edición, vol. 11, Reading, Mass., Addison–Wesley, págs. 1–80.

ARMISTEAD, N. (ed.) (1983), *La reconstrucción de la psicología social*, Barcelona, Hora (original inglés, 1974).

BAUMAN, Z. (2000), *Liquid modernity*, Cambridge, PolityPress.

(2003a), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa.

(2003b), *Comunidad: En busca de seguridad en un mundo hostil*, Madrid, Siglo XXI.

(2006), *Vida líquida*, Barcelona, Paidós.

BILLIG, M. (1982), *Ideology and social psychology*, Oxford, Blackwell.

BORING, E. G. (1929), *A History of Experimental Social Psychology*, Nueva York, Century.

BRANNIGAN, A. (2004), *The rise and fall of social psychology: The use and misuse of the experimental method*, Nueva York, Aldine de Gruyter.

BULHAM, H. A. (1985), *Franz Fanon and the psychology of oppression*, Nueva York, Plenum Press.

CASTEL, F., CASTEL, R. y NOVELL, A. (1982), *The psychiatric society*, Nueva York, Columbia University Press.

CRESPO, E. (1995), *Introducción a la psicología social*, Madrid, Editorial Universitas. DE

RIQUER, M. y VALVERDE, J. M. (2007), *Historia de la literatura universal*, Madrid, Gredos.

ELIAS, N. (1993), *El proceso de la civilización*, Madrid, F.C.E.

FARBEROW, N. L. (1973), «The crisis is chronic», *American Psychologist*, 28, 388–394.

FEYERABEND, P. (1975), *Against Method*, Londres, New Left Books.

FOUCAULT, M. (1975), *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI.

(1988), *La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI.

FOUREZ, G. (1994), *La construcción del conocimiento científico*, Madrid, Narcea.

GERGEN, K. (1982), *Toward transformation in social knowledge*, Nueva York, SpringerVerlag.

- (1985a), «Social pragmatics and the origin of psychological discourse», en K. J. Gergen y K. J. y Davis (eds.), *The social construction of the person*, Nueva York, Springer Verlag.
- (1985b), «The social constructionist mouvement in modern psychology», *American Psychologist*, 40, 266–275.
- (1992), *El yo saturado*, Barcelona, Paidós (original, 1991).
- (1996), *Realidades y relaciones: Aproximaciones a la construcción social*, Barcelona, Paidós (original, 1994).
- (1997), «Social psychology as social construction: The emerging vision», en C. Mc-Gartty S.A. Haslam (eds.), *The message of social psychology: Perspectives on mind in society*, Cambridge, Mass., BlackwellsPublishers, págs.113–128.
- (1999), *An invitation to social construction*, Londres, Sage.

GERGEN, M. (2001), «Social constructionist theory», en J. Worell (ed.), *Encyclopedia of women and gender: Sex similarities and differences and the impact of society on gender*, vol.2, SanDiego, CA, Academic Press, págs. 1.043–1.058.

– (2006), *Construir la realidad: el futuro de la psicoterapia*, Barcelona, Paidós.

HAZARD, P. (1975), *La crisis de la conciencia europea*, Madrid, Ediciones Pegaso (original, 1935).

HELLER, A. (1980), *El hombre del Renacimiento*, Barcelona, Península (original, 1978).

HOLGAN, J. (1998), *El fin de la ciencia: Los límites del conocimiento en el declive de la era científica*, Barcelona, Paidós (original, 1996).

IBÁÑEZ, T. (1983), «La crisis de la psicología social: Apuntes para una lectura», *Revista de Psicología General y Aplicada*, 38, 661–680.

– (1988), «La teoría como fuente de realidad», *Actas de I Congreso Nacional de Psicología Social*, Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, págs. 645–652.

(1990), *Aproximaciones a la Psicología Social*, Barcelona, Sendai.

– (1991), «Naturaleza del conocimiento psicosocial construido por las revistas “standard” de la disciplina», *Interacción Social*, 1, 43–64.

IBÁÑEZ, T. e ÍÑIGUEZ, L. (1996), «Aspectos metodológicos de la psicología social aplicada», en J. L. Alvaro, A. Garrido y J. R. Torregrosa (eds.), *Psicología Social Aplicada*, Madrid, McGraw–Hill, págs. 57–82.

– (eds.) (1997), *Critical social psychology*, Londres, Sage.

- ÍÑIQUEZ, L. (2003), *Análisis del discurso: Manual para las ciencias sociales*, Barcelona, Editorial UOC.
- JAHODA, G. (2007), *A history of social psychology*, Cambridge University Press.
- JANSZ, J. (2005), «Introducción», en J. Jansz y P. van Drunen, *A social history of psychology*, Oxford, Blackwell.
- JANSZ, J. y VAN DRUNEN, P. (2005), *A social history of psychology*, Oxford, Blackwell.
- JIMÉNEZ BURILLO, F., SANGRADOR, J. L., BARRÓN, A. y de PAÚL, P. (1992), «Análisis interminable: Sobre la identidad de la Psicología Social», *Interacción Social*, 2, 11–44.
- KUHN, T. S. (1962), *The structure of scientific revolutions*, Chicago, University of Chicago Press (trad. cast.: *La estructura de las revoluciones científicas*, México, F.C.E., 1970).
- LINDLEY, D. (2008), *Incertidumbre: Einstein, Heisenberg, Bohr y la lucha por la esencia de la ciencia*, Barcelona, Ariel.
- MARAVALL, J. A. (1976), *El mundo de la Celestina*, Madrid, Gredos.
- MARTÍN-BARÓ, I. (1983), *Psicología social desde Centroamérica: Acción e ideología*, San Salvador, UCA.
- MCD OUGALL, W. (1908), *Introduction to social psychology*, Londres, Methuen.
- MCGUIRE, W. J. (1967), «Some empendings reorientations in social psychology», *Journal of Experimental Social Psychology*, 3,

124–139.

MITZMAN, A. (1987), «The civilizing offensive: Mentalities, high culture, and individual psyches», *Journal of Social History*, 20, 663–688.

ORTEGA Y GASSET, J. (1983), *Obras Completas*, Madrid, Alianza.

OVEJERO, A. (1994), «Wilhelm Wundt, ¿fundador de la psicología experimental no social o de la psicología social no experimental?», *Revista de Historia de la Psicología*, 15, 123–150.

- (1997), *El individuo en la masa: Psicología del comportamiento colectivo*, Oviedo, Nobel.
- (1999), *La nueva psicología social y la actual postmodernidad: Raíces, constitución y desarrollo histórico*, Oviedo, Universidad de Oviedo
- (2000), *Ortega y la Postmodernidad: Elementos para la construcción de una psicología postpositivista*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2004), *Globalización, sociedad y escuela*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- (2007a), «Sigmund Freud: Reflexiones sobre una historia de vida», *Encuentros en Psicología Social*, 4, 41–51.
- (2007b), «Una aproximación a la psicología social del psicoanálisis: ¿Es el psicoanálisis una ciencia, una mitología o una impostura?», *Encuentros en Psicología Social*, 4, 52–

- (2008), «Algunas reflexiones sobre la relación entre la Psicología Social y la Literatura», *Atenea Digital*, 13, 225–235.
- (2009), «Lectura literaria y construcción del sujeto moderno», en Simposio coordinado por A. Ovejero Bernal, *Psicología social y literatura: la construcción de la subjetividad*, Congreso Nacional de Psicología Social, Tarragona.
- (2010), *Psicología social: algunas claves para entender la conducta humana*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva.

PARKER, I. (1989), *The crisis in modern social psychology and how to end it*, Londres, Routledge.

PARKER, I. y SHOTTER, J. (eds.)(1990), *Deconstructing social psychology*, Londres, Routledge.

PASTOR, J. y Ovejero, A. (2007), *Michel Foucault: Una caja de herramientas contra la dominación*, Oviedo, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo

PRIGOGINE, I. (1997), *El fin de las certidumbres*, Madrid, Taurus.

PRILLELTENSKY, I. y FOX, D. (1997), «Introducing critical psychology: values, assumptions, and the status quo», en D. Fox el. Prilleltensky (eds.), *Critical psychology: an introduction*, Londres, Sage, págs. 3–20.

PRILLELTENSKY, I. y GONICK, L. (1996), «Politics change, oppression remains: on the psychology and politics of oppression», *Journal of Political Psychology*, 17, 127– 148.

- RING, K. R. (1967), «Experimental social psychology: Some sober questions about some frivolous values», *Journal of Experimental Social Psychology*, 3, 113–123.
- ROSE, N. (1990), *Governing the soul: The shaping of the private self*, Londres, Routledge.
- (1996), *Interventing our selves*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ROSS, E. A. (1908), *Social psychology: An outline and source book*, Nueva York, MacMilan.
- SAMPSON, E. E. (1991a), *Social worlds, personal lives: An introduction to social psychology*, San Diego, Harcourt Brace Jouanovich.
- STAM, H. J., ROGERS, T. B. y GERGEN, K. J. (eds.) (1987), *The analysis of psychological theory: Metapsychological perspectives*, Washington: Hemisphere.
- TORREGROSA, J. R. (1985), «Sobre el concepto de psicología social», *Boletín de Psicología*, 8, 9–21.
- (1988), «Hacia una definición psicosociológica de los problemas sociales: El problema de las relaciones entre teoría y práctica en la psicología social», *Actas del I Congreso Nacional de Psicología social*, Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada.
- (1996), «Concepciones del aplicar», en J. L. Alvaro, A. Garrido y J. R. Torregrosa (eds.), *Psicología Social Aplicada*, Madrid, McGraw–Hill, págs. 39–56.

TORREGROSA, J. R. y CRESPO, E. (1984) (eds.), *Estudios básicos de Psicología Social*, Barcelona, Hora, págs. 421–446.

TRIPPLETT, N. (1897), «The dynamogenic factors in pacemaking and competition», *American Journal of Psychology*, 9, 507–533.

WATSON, F. (1923), *El padre de la psicología moderna, Introducción a Luis Vives: Tratado del alma*, Madrid, Ediciones de la Lectura.

WEXLER, Ph. (1983), *Critical Social Psychology*, Boston, Routledge y Kegan Paul.

Capítulo II

LO PSICOSOCIAL

Pablo Fernández Christlieb

Cualquiera que pueda juntar la palabra psicología con la palabra social tiene ya una ocurrencia de lo que es la psicología social, con la cual se queda contento: psicología debe referirse al individuo, más concretamente a uno mismo, y social, pues a los otros individuos llamados en bola los demás, y entonces la psicología social ha de ser la ciencia que averigua cómo actúan las personas cuando entran en contacto, cómo se comporta uno frente a los demás, y en conjunto se trata de las relaciones o interacciones del individuo y la sociedad, y en suma la psicología social es una ciencia sin mucho misterio, ya que se trata de lo mismo que

hay en las leyes de la oferta y la demanda, de las olas y la resaca, de la desobediencia y el castigo, esto es, de la presencia de una causa y un efecto, una acción y una reacción, o de un estímulo y una respuesta, en el entendido de que todo en este mundo obedece a la lógica mecánica de la física: si uno sonríe los demás se congradan, si uno los agrede por lo bajito, respingan, y por eso los entendidos se preguntan a veces cosas como si la sociedad determina al individuo o el individuo a la sociedad, y les parece una gran pregunta.

Ya poniéndose más abstractos, en vez de individuo y en vez de los demás, el nexo es entre un sujeto por un lado, y por el otro un objeto, que puede ser un entorno, un contexto o un medioambiente social, y el medioambiente podría no ser social, podrían no ser gentes sino cosas o lo que sea, y el tipo de vínculo seguiría siendo el mismo, así que en última instancia se trata de la relación que hay entre la mente por una parte y la materia por la otra, porque, después de todo, los demás siempre se nos presentan en forma de materia, con su cuerpo en ristre, y así, por lo tanto, se trata de la relación que hay entre lo psíquico y lo físico. Lo físico, ya se sabe, es todo lo que tenga medidas, como dijo Descartes, sean de masa o energía, resistencia o trabajo, o, para decirlo de otra manera, lo físico es todo lo que pesa. Lo psíquico es más incierto: hay quien dice que es el cerebro o el comportamiento, pero eso tiene peso y medidas y es por lo tanto físico: puede decirse en cambio que es la personalidad,

el inconsciente, la identidad, el yo, el autoconcepto, la autorreflexión, las representaciones, el espíritu, la cultura o la educación, que son cosas que no pesan, o que pesan 21 gramos, que es el peso oficial del alma; o lo psíquico es lo simbólico, es decir, aquello que no es lo que es y que no está donde está, sino que es siempre algo que está detrás o debajo o en otra parte, vaya usted a saber dónde, que es el significado. Y así, se supone que de lo que se trata el estudio de la psicología social es de investigar cómo influyen, interactúan, operan, se afectan lo uno y lo otro, y quién manda, si uno o el otro.

Lo primero que puede notarse es que las dos instancias, lo individual y lo social, lo mental y lo material, lo psíquico y lo físico, se ponen como dos asuntos completamente separados, cada uno con su propia sustancia y su propia lógica que no tienen nada en común, paralelas e incommensurables. Y lo segundo que puede notarse es que aquí la psicología social ya desapareció y se volvió bien sea una incierta psicología individual que no las tiene todas consigo, o bien una física simplona que cualquiera entiende. Y el vínculo entre uno y otro, o la interacción, que es como la denomina la psicología social, viene a ser el simple hecho de que algo choca con algo, de que una cosa afecta a otra cosa, pero que, en sí misma, la interacción no pasa de ser un canal de transmisión que prácticamente no cuenta para nada, como un vacío cargado de vacío al que no hay que hacerle caso porque no es psíquico ni físico, ni mental ni

material, sino nada más una flechita que uno pone entre dos esquemas, algo así como el espacio en blanco que es puro aire que las dos instancias tienen que cruzar para tocarse. Por ello a veces a la psicología social se le caracteriza como si fuera una ciencia en dos mitades, mitad psicología y mitad sociología o mitad ecología o mitad historia o mitad antropología o mitad economía, algo así como que si la psicología estudia a un individuo y la sociología estudia a muchos, entonces la psicología social estudia el promedio, o sea, varios, o pocos, o algunos o no tantos individuos.

Esta es una psicología social muy obvia, que puede ser correcta y útil, solamente que daría vergüenza, por una razón: tanto estudiar para esto: doscientos años de historia de la psicología social para que se le ocurra lo que opina todo el mundo antes de leer un libro de psicología social, y después también, porque cada vez más los libros recientes de Limusa o Mcgraw Hill, si es que se les puede llamar libros a esos cuadernotes escolares que todavía no han descubierto la octavilla, que es el tamaño en que venían escritos los libros de Halbwachs o de Sherif o de Billig, están promulgando esta obviedad.

1. La situación en la que nos encontramos

Y los libros de Tajfel, de Asch o de Blondel, que imaginaban cosas menos obvias y más interesantes, del tipo de las que ya han saltado aquí mismo; por ejemplo, más interesante, sería averiguar por qué existe y de dónde sale la idea generalizada de que todo en el mundo actúa mecánicamente, como reloj de cuerda, por la vía del contacto y la causa y el efecto, igual que las máquinas; y también, de dónde sale y por qué la idea común establecida de que el mundo está dividido en y compuesto por dos dimensiones separadas, la del alma y la del cuerpo, la del sujeto y la del objeto, la de la mente y la de la materia, la de lo simbólico y la de lo práctico, la del pensamiento y la del sentimiento, y, finalmente, la idea de que estas dos ideas parezcan realidades, esto es, cosas que nadie las ha pensado sino que así ocurren de verdad en la naturaleza. Para este tipo de preguntas, las respuestas de la obviedad son penosas, y hacen que uno se ponga rojo de la vergüenza ajena.

Puede empezar a decirse más bien otra cosa, que el choque entre alguien y algo, entre una persona y otras, entre la mente y la materia, produce algo que ya no es ni mente ni materia, que no estaba ni contenido ni prefigurado y que por ende no puede ser explicado por estos elementos. Es como una conversación, en donde lo que termina diciéndose es algo que no estaba de antemano en ninguno de los conversadores, sino algo enteramente nuevo, creado ahí

mismo; de igual manera, los fenómenos de masas o multitudes no estaban presentes ni siquiera potencialmente en ninguno de los individuos que las conforman, y por eso son tan inquietantes; también es la idea de la mente grupal, o de la conciencia colectiva, o del espíritu del pueblo y de la época. Esto es a lo que algunos teóricos de la evolución denominaron emergencia, a saber, el surgimiento de una especie que no podía ser predicho ni puede ser explicado a partir de las condiciones antecedentes. O lo que se llama meramente creación, como en el arte, en donde la pintura que sale no está para nada ya contenida ni en los tubos de pintura ni en la cabeza del pintor. Y por lo mismo, las leyes o la lógica que había o en las personas y en las cosas, o en la mente y la materia, o en lo psíquico y lo físico, dejan de ser válidas y en cambio se establece una nueva forma de ser de la realidad, con reglas de otro orden.

En efecto, este baldío sin realidad, este puente sin chiste que era la interacción, ese lugar de paso o espacio de contacto que estaba en blanco y era puro aire indiferente, empieza a adquirir consistencia, densidad, sustancia, y en rigor ya no puede denominarse interacción, mera flechita de un punto a otro que siempre connota una especie de tránsito, sino, bien a bien, una situación. La interacción era un vehículo; la situación es una estancia. La situación es la desaparición del contenido de las cosas y la aparición de lo que hay en medio, entre ellas: la aparición de una sustancia llamada tal vez relacionalidad que a su vez se infunde a todas

las cosas que dejan de serlo que eran por separado y empiezan a ser algo que es todas juntas, de manera que las cosas o factores o detalles que pertenecen a una situación dejan de parecerse a sí mismas y empiezan a parecerse entre sí, es decir, empiezan a adquirir la forma de la relacionalidad que las constituye junto con todo lo demás, de modo que una situación puede reconocerse como la unidad de todo lo distinto y la unidad de todo lo múltiple que está bañado por una misma atmósfera. En la situación contemporánea, todo, todo, los automóviles, el consumo, las relaciones interpersonales, el conocimiento, la sensación de uno mismo, las prisas, el stress, las ideas, la desechabilidad de los productos, está unificado por la marca de la velocidad; todo tiene esa forma. En efecto, en una situación, la del Titanic, la de una fiesta, o la de una situación mayor que se llama sociedad, las personas dejan de parecerse a sí mismas, esto es, no pueden ser definidas ni por su identidad ni por su temperamento ni por su carácter ni por su inteligencia y empiezan a parecerse al todo de la situación, que si es trágica los hace heroicos, si es festiva los hace fiesteros y si es democrática los hace ciudadanos, y algo que no es una causa ni un material ni una función los reúne y les da un aire de familia. La teoría de la *gestalt* en psicología, como la de Kohler, la teoría del campo en psicología social, como la de Lewin, el lenguaje como dimensión de lo real en el giro lingüístico, como el de Gergen o el de Tomás Ibáñez, o la psicología sistemática de Moscovici que abreva de todos ellos, y de Peirce también, describe a esta situación como la

realidad de lo psicosocial. Otros ejemplos de situaciones: la guerra fría, el barrio, el Renacimiento; las canciones en francés, la Ciudad de México, la primavera de Praga; y tú y yo sean quienes sean ese tú y yo que incluso produjo un lugar especial que eran unos silloncitos para novios bien portados que se llamaban tuiyó: esto es, cualquier grupo, periodo, circunstancia, ámbito, tendencia, moda, corriente de pensamiento, que pueda ser identificado como una unidad porque todo lo que comprende tiene un aire de familia, o estilo o una manera de ser que los hace parecerse. Las ideas de mimetismo, imitación o contagio social, tienen que ver con esto. El pensamiento mecanicista de la sociedad actual, el pensamiento fragmentario de la sociedad actual, el pensamiento objetivista de la sociedad actual, que es aquello con lo que piensa toda la gente de hoy a la hora de buscar y dar explicaciones, fuera y sobre todo dentro de las universidades, no es, pues, algo que pertenezca a los objetos y su física, sino algo que pertenece a la situación y que se puede comprender por lo psicosocial. La interacción era un margen vacío; la situación es un espacio cargado.

Este espacio de la situación recorre todo lo que forma parte de ella, no conoce límites y tanto traspasa a las cosas como a las personas, y éstas, en rigor, se disuelven en el ambiente de la situación que las absorbe. Por lo tanto, ahí, en la situación, ya no hay individuos ni sociedad, ni mente ni materia, ni alma ni cuerpo, sino simplemente, y totalmente, la realidad propia de lo psicosocial.

Entonces, por decirlo así, lo psicosocial no es la interacción de una cosa con otra, sino lo que queda entre una cosa y la otra y que las disuelve y que no es ninguna de las dos: la situación es aquello que está entre uno mismo y el resto, entre la mente y la materia: es aquello que está entre lo que pesa y lo que no pesa, entre lo que tiene medidas y lo que no, entre la cantidad y la cualidad, entre lo mecánico y lo simbólico, y por ende, entre lo psico– y lo social, de donde se desprende que este término de lo psico–social es muy equívoco y nada afortunado, porque hacer referencia a dos instancias que desaparecen y que ya no existen en la situación de lo genuinamente psicosocial. Seguro que en todo esto hay algo de contradictorio, de modo que lo psicosocial es también aquello que queda en medio de dos cosas contradictorias.

Puede notarse que al intentar describir lo que es una situación, o al intentar hablar de lo psicosocial, el lenguaje falla, como que no hay palabras con las cuales mencionarlo, porque ya todas están demasiado usadas, y ni modo de caer en el recurso poco elegante de utilizar neologismos, que son espantosos, ni de emplear tecnicismos que lo único que logran es acartonar la realidad de la que estaban hablando y con ello hacer que parezca momia. Parece entonces que la única manera de referirse a esto psicosocial que no tiene nombres es haciendo uso del lenguaje ordinario y cotidiano que, como se sabe, es muy literario, o sea, que se sirve de metáforas: una metáfora es la enunciación de una imagen

que no tiene nombre, donde efectivamente se dice lo que se quiere decir pero no lo que se dice.

2. Para estar en un lugar primero se necesita un lugar

Jesús Ibáñez, un sociólogo español, dice de manera muy bonita que la realidad es el resultado del choque entre una partícula y un observador, entre un objeto y un sujeto; pero si el sujeto y el objeto son reales, son parte de la realidad, no pueden existir antes del choque con que se produce la realidad: por lo tanto, lo primero es el choque, no el sujeto y el objeto.

Si los individuos llegan con sus leyes psicológicas y las cosas llegan con sus leyes físicas y al chocar producen lo psicosocial, cabe ponerse a preguntar de dónde sacaron individuos y cosas sus respectivas leyes y lógicas, y la respuesta de que así nacieron porque así es la naturaleza es bastante endeble toda vez que se podría preguntar entonces quién dijo o cómo supieron que así nacieron y que así es la naturaleza; más bien, parece que de donde puede haber salido todo esto es de alguna situación previa, de la situación misma en general, y por lo tanto, lo psicosocial es anterior: por fuerza, la situación debe aparecer primero que las personas y cosas que la ocupan, porque de otro modo no

tendrían dónde estar: todos tienen que estar en algún lado, así que el lado es el primero. Por ejemplo, la idea de que existe algo así como el individuo, y algo así como la psicología, es una aparición históricamente tardía, del Renacimiento o más exactamente del siglo XIX, y sin embargo, antes de eso, la cultura ya se desenvolvía con bastante soltura, por lo que no puede suponerse que el individuo haya fabricado nada, sino más bien al revés. Igualmente, se pueden datar las fabricaciones de las cosas, de sus invenciones, de sus nombres, de sus usos, y de sus leyes que están en la física, y siempre la cultura, o la sociedad, o la situación, ya estaban desde antes. Uno siempre puede decir cuándo apareció cada cosa, un individuo o un objeto, pero no cuando apareció la situación en la que aparece, la sociedad donde surgió. Las personas no pueden producir, no hay manera, un lenguaje que los rebasa, porque para producirlo necesitarían ya saber hablar. Uno no puede construir la relacionalidad en la que está inmerso y que lo excede y lo ignora, de suerte que no son las gentes las que constituyen a las situaciones sino las situaciones las que constituyen a las gentes: no es la psíquica y la física las que hacen lo psicosocial, sino lo psicosocial lo que produce lo físico y lo psíquico, lo simbólico y lo real. Como dice la teoría de la gestalt, primero está el todo, y sólo hasta después se encuentran los componentes. Las causas existen hasta después de los efectos: antes de ellos, no son causas de nada. Ahora sí, puede advertirse que no son las personas las que vieron el mundo y descubrieron que estaba

separado en elementos distintos, que se movía mecánicamente, y que así era el mundo independientemente de si lo vieran o no, sino al revés, que una situación con pensamiento mecanicista, fragmentario y objetivista les hace a las personas ver sus percepciones e imaginar sus descubrimientos.

En fin, si lo psicosocial no contiene ni los componentes, ni la lógica, ni nada de aquello que lo produjo, entonces no hay modo de decir que fue producido por aquello, sino más bien al contrario, que la realidad psicosocial es anterior y es primigenia con respecto a las realidades más elaboradas, más parciales y más pequeñas de las personas y las cosas, de la psicología y la física. Es la conversación la que hace a los conversadores y a su tema de conversación. Esto es lo que postulan, por ejemplo, Durkheim al hablar de la primacía temporal, cualitativa, esencial, de la sociedad sobre los individuos, sobre el universo y sobre Dios, y de la primacía de la conciencia colectiva sobre las mentes individuales; o también Mead, cuando se refiere al acto social como creador del lenguaje, de la ciencia, de las personas y de las identidades. Y ya que se los menciona, de la misma manera que se ha mencionado a otros psicólogos sociales, a veces da la impresión –casi correcta o por lo menos muy documentable– de que la psicología social es una sarta de obviedades disfrazadas con lenguaje técnico, o de que la psicología social es nada más una serie de temas y capítulos que por angas o mangas están en los libros de psicología

social, o de que la psicología social no tiene objeto de estudio ni idea de lo que hace, pero es una impresión falsa, y además, muy novedosa. Lo sorprendente, en cambio, es lo que no es nada novedoso: lo sorprendente es que durante los doscientos años de la psicología social, desde Herder hasta Harré, en sus autores clásicos, y hay que entender por clásicos a esos señores –ni una señora– que en una de ésas columbraron, intuyeron, la vida de lo psicosocial como una forma extraña e interesante de ser de la realidad que no se encontraba en ninguna otra ciencia y que ciertamente tenía consistencia, espesor, claridad, en suma, realidad, y que, aunque sea difícil de acotar y de formalizar, ahí estaba en toda su evidencia, y pusieron su mejor pasión, esto es, su mejor terquedad, su tozudez más inmarchitable, en irle describiendo, conceptualizando, en irle poniendo algunos nombres aunque fueran provisionales; en sus clásicos, pues, aparece con suma persistencia y pertinacia la idea de lo psicosocial como ese espacio, etéreo como todo espacio, colectivo como todo espacio, donde se gesta la realidad humana, esto es, lo que la sociedad concibe como realidad, incluyendo la ciencia, el sentido común, la tangibilidad del individuo y la solidez de las cosas. Goffman por ejemplo, es un clásico, y como se ve, un clásico es aquél del cual se menciona el apellido pero ya no el nombre de pila porque todos se lo saben, ni sus libros porque todos los conocen; de aquí se ha desprendido la moda del fraude en donde los Fulanos y los Menganos se citan unos a otros nada más por sus apellidos, que en ambos casos es De Tal, para parecer

clásicos: Ramírez postula, Sánchez plantea, Pérez argumenta, Fernández dice: puro Zutano sintiéndose clásico. Lo malo es que una característica típica de los clásicos es que sus apellidos pasan a los libros de texto, pero sus ideas no. Y actualmente, si a veces ciertas psicologías sociales críticas parecen novedosísimas y de última vanguardia, se debe a la simple razón de que repiten las ideas de sus clásicos.

Dadas las cualidades del objeto que estudia, la psicología social, que tiene una realidad propia inderivada, no puede desarrollarse obedeciendo a la lógica de otras ciencias, no tiene por qué hacerle caso a las verdades que surjan de la física y el resto de las ciencias naturales, de la neurociencia o de la biología o de la teoría de la información, ni tampoco seguir los métodos que funcionan en otras partes. La psicología social no es un derivado de la psicología individual o general, ni de la ciencia cognitiva ni es tampoco una ensalada de sociología, antropología, historia, y así, todo lo que opinen estas disciplinas y las que falten es, la mayoría de las veces, no sólo interesante sino aleccionador e incluso plagiable de tan bueno que es, pero hasta ahí, o sea, que a la hora de hacerse, de desarrollarse, a lo único que debe obedecer es a su propio objeto de estudio, siguiendo sus reglas y su razón, su modo de ser. De la misma manera que según las leyes de las ciencias del sujeto y las ciencias del objeto las situaciones no existen, así la ciencia de la situación desconoce otras reglas y métodos que no sean los suyos.

3. La razón que más nos guste

La razón psicosocial no tiene una lógica, sino un modo de ser. No se mueve con causas y efectos, esto es, con algo que antecede y determina algo que sucede después, porque en la situación de lo psicosocial todo está al mismo tiempo, siempre presente, incluso el pasado, y por ende, nada es la consecuencia de nada, sino que todo es el acompañamiento de todo, o dicho de otro modo, sus efectos son sus causas. Asimismo, no se mueve tampoco con símbolos y significados –que así puestos se parecen demasiado a una causa y un efecto–, según los cuales esto, cualquier cosa, es lo que es merced a algo ausente, sin lugar, a una verdad subyacente de lo que está aquí: en la razón psicosocial, todo lo que existe se encuentra en el mismo sitio, todo está presente, incluso los significados de sus símbolos, y no hay que buscarlo fuera de la situación. O sea, que sus símbolos son ya sus significados: una conversación, lo que quiere decir, es esa conversación, no otra cosa, o como dice Paul Valéry, un autor, no importa lo que haya querido decir, sino lo que escribió. Y por estas dos razones de que no hay nada fuera, exterior, ajeno, de lo psicosocial que lo determine o lo explique, entonces tampoco hay aquí algo que se aplique a otra cosa, sino que su sola existencia es su única aplicación: la conversación de aquí arriba no va a servir para nada más que para conversar, asunto que se puede ver mejor con la alegría, donde no se sabe de nadie que piense utilizar su

alegría más que para eso mismo. Lo que sirva para algo que no es sí mismo quiere decir que no es todavía algo completo, y por lo tanto no es una situación, sino un pedazo de ella; una frase entresacada de la conversación que no se entiende por sí misma, sí tiene una utilidad, sí puede aplicarse al conjunto de la conversación.

Un mundo, o una versión del mundo así es un mundo de otro orden. Leibniz, uno de los mejores perdedores del debate de la filosofía occidental, elaboró, entre otras cosas que no se le entienden muy bien, una visión del universo, del mundo, del conocimiento y de la vida, ciertamente original, en donde todos los detalles de la realidad embornaban entre sí en una especie de rompecabezas musical donde sólo imperaban las reglas de la armonía y el respeto, algo fundamentalmente diferente a las fuerzas de la mecánica universal de Newton, su contemporáneo, su enemigo y su vencedor.

Si se piensa que, por ejemplo, una buena polémica entre dos adversarios políticos, una ciudad que logra estar al cuidado de sus habitantes, el mejor partido de fútbol, una pareja que ahí la lleva y donde ninguno de los dos se cambiaría por otro a pesar de los pesares, una película perfecta, tienen estas características, entonces sí es posible pensar que lo psicosocial se mueve con esta razón armónica.

Es lo que Eugenio D'Ors, un escritor catalán de la primera mitad del siglo XX, denomina como la función exigida del

pensamiento, en virtud de la cual, textualmente, el mundo se presenta organizado, no como un mecanismo, sino como una sintaxis armónica.

En efecto, la razón psicosocial puede describirse como un acomodamiento de las ideas, los utensilios, las palabras, los poderes, los sentimientos, los saberes, los proyectos, las gentes, los trabajos, etcétera, en el que cada uno de estos constituyentes cae en su sitio y emborna en su posición con respecto a otros en una organización, no en el sentido de una empresa sino en el sentido de una organismo, orgánica, que les permite moverse a la par y en la misma medida que todos los demás, sin estorbarse sino más bien contribuyéndose recíprocamente, de suerte que el curso de la situación en su conjunto no se trabe, no se atranque, sino fluya, no con dificultad como cuando se oponen resistencias que hay que doblegar, sino incluso, y sobre todo, con gracia. La gracia, medio indefinible –si lo fuera perdería su gracia–, tiene que ver con el hecho de restarle pesantez a lo que pesa, y al contrario, de darle consistencia a lo que es vano; también tiene que ver con el hecho de que las transformaciones que suceden en las cosas sucedan de modo imperceptible; y finalmente con el hecho de que las actividades y las tareas parezca que no cuestan trabajo, como si se hicieran solas. Entre lo que pesa y lo que no pesa, está la gracia: que las piedras floten, que las ideas se palpen. Un juego, una actividad colectiva espontánea como por ejemplo la reconstrucción de una ciudad después de un terremoto, una

celebración, una fiesta incluso cuando se ven como muy desordenadas, tienen un movimiento de esta índole, y son, por antonomasia, acontecimientos memorables e indelebles, así que lo psicosocial no viene siendo la descripción ingenua y rosa de cómo quisiera uno que fuera la sociedad, sino que muy a menudo así lo es; lo que pasa es que falta el tipo de pensamiento, la ciencia que lo detecte. Y cuando la sociedad así no es, entonces hay que criticarla.

Ciertamente, lo psicosocial siempre aparece como un movimiento, pero no, como las acciones y las conductas, un movimiento que tiende o apunta hacia un fin o una terminación, sino que su propio despliegue es ya su propia finalidad, como sucede en los bailes, un vals, un tango, un slam, donde todos los pasos se ejecutan con el único fin de ejecutarse, de que exista ese movimiento, y casi con el único fin de que no termine, y lo mismo podría decirse de las marchas políticas que valen la pena, de los movimientos sociales, de los periodos de efervescencia ciudadana, que son siempre como bailes; también de la amistad y otras agrupaciones sin fines de lucro, como las de los parroquianos en un bar, las de los académicos en un seminario. O sea, es un movimiento que no va a ningún lado. Efectivamente, la estructura de lo psicosocial es, paradójicamente, por decirlo así, la de un movimiento que no pasa, sino que, como el del baile, se queda en la pista mientras la situación dura, y sus integrantes, sean personas, animales, cosas, pensamientos, obras, palabras u omisiones, no se contraponen, no se

oponen, sino que cada uno se vuelve requisito y parte de su contrario, íntegramente, y por eso es que se parecen todos entre sí, porque cada uno está hecho de los otros, como las épocas, los años ochenta, por escoger una década desgarrada, donde la música, los cuellos de las camisas, las aspiraciones generacionales, los libros que se leían, los acuerdos económicos, los automóviles, las marcas de los perfumes, la tendencia planetaria, todo confabulaba desde su puesto para formar parte de ese conjunto, sin importar el material o el propósito con el que estuviera hecho. Es como si, en verdad, los objetos y actos más dispares, los Bee Gees y Gorbachov, estuvieran anudados, manteniendo a la vez una distancia y una cercanía en virtud de una tensión constante que los distingue y los asemeja al mismo tiempo, con una mezcla de atracción y repulsión, de estira y afloja, libertarios al mismo tiempo que coactivos, que se advierte en todos los movimientos sociales.

También una pieza de música, *Strawberry Fields*, una obra de arte, *la Casa Farnsworth*, una película, *Las Alas del Deseo*, una novela, *Cien Años de Soledad*, una cara, la de Jodie Foster, son situaciones así. Ahora bien, y finalmente, si se consideran los problemas, o las soluciones –es lo mismo– de este mundo contemporáneo, desigual y desencantado, es difícil aseverar que han sido soluciones magníficas. Por lo tanto, no sería hasta el momento gran pérdida cambiar de soluciones, porque si también fallan, por lo menos habrá sido divertido intentar algo nuevo. Las soluciones que se

hacen a base de una lógica psicológica, puramente individual, simbólica, es decir, a puras buenas intenciones, del tipo de tomemos-conciencia, dejemos-que-el-amor-gobierne-al-mundo, si-cada-quien-se-preocupa-por-ser-mejor en la casa el taller y la oficina, así-vamos-a-salir-adelante, y otros propósitos de año nuevo, todos horrorosos, son, por decir lo menos, ingenuas y ridículas. Y las soluciones que se hacen basadas en una lógica mecánica siguiendo los dictados de la física doméstica, que son los que operan en la economía, en las correlaciones de fuerzas de los partidos políticos, en los planes genéticos y farmacéuticos, son, cuando menos, torpes e injustas. Para decirlo psicosocialmente: a este mundo y sus soluciones les sobra dureza, atrancamiento, y fealdad; les falta gracia, cadencia, y belleza.

En suma, no hay nada que perder, así que, empezar a pensar la sociedad de otra manera, con otra razón, puede ser una equivocación más decente, con mejor ética, que la insistencia en seguirnos equivocando de la misma manera, lo cual ya está dejando de ser tonto para convertirse en inmoral.

Capítulo III

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL Y LA INVESTIGACIÓN PSICOLÓGICA ²

Kenneth J. Gergen

Mary M. Gergen³

Nunca desde el final del siglo XIX, con el surgimiento de la psicología como ciencia, se ha avivado tanto el diálogo sobre la naturaleza de la disciplina, incluyendo su metateoría, métodos o materia. Los diálogos son estimulados en parte

² Este capítulo es una revision de la publicación original, K. Gergen y M. Gergen, *Social construction and psychological inquiry*, en J. Holstein y J. Gubrium (eds.), *Handbook of Constructionist Research*, Thousand Oaks, CA, Sage, 2008.

³ Traducción de Jesus Gerardo Ramirez Guerrero y Júpiter Ramos Esquivel.

por lo que pudiera considerarse una amenaza de erradicación a través del reduccionismo neurológico. Sin embargo, la discusión se profundiza en lo referente a considerar la psicología como una ciencia fundamental. Muchos podrían rastrear el origen de esta discusión hasta la fermentación crítica de los años sesenta, pero hoy en día esos diálogos giran alrededor de la construcción social. Con toda seguridad, la crítica y el antagonismo son dominantes; al mismo tiempo, las deliberaciones actuales están cargadas de entusiasmo e inigualable creatividad. Lo que sucede en la psicología hoy en día es también un reflejo de la revolución dinámica que está sucediendo en todas las ciencias sociales.

El propósito del presente capítulo es explorar con mayor detalle el florecimiento de la investigación construccionista social en la psicología. Para este propósito debemos primero tocar el tema del surgimiento del construccionismo en la psicología, así como la principal forma que éste tiene hoy en día. Deberemos entonces tomar en cuenta las áreas principales de la indagación construccionista, junto con muchos movimientos que actualmente están adquiriendo un perfil más alto. Aunque la realización de una revisión detallada de esta sucesión de eventos se encuentra más allá del alcance del presente capítulo, sí proporcionaremos recursos suficientes para la misma.

1. El surgimiento de la construcción social en la psicología

Existen muchas historias que contar sobre el desarrollo del construccionismo social en la psicología. Aquí contaremos sólo una, pero se trata de una que está en sincronía con mucho del entendimiento común. Sin duda es posible rastrear las raíces intelectuales del construccionismo social hasta Vico, Nietzsche, Dewey y Wittgenstein, entre otros. Además, la obra de *La Construcción Social de la Realidad* (*The Social Construction of Reality*, 1966) de Berger y Luckmann fue muy importante y tuvo fuertes efectos sobre las disciplinas relacionadas. Sin embargo, los movimientos sociales y la fermentación intelectual que se dieron a finales de la década de los sesenta en los Estados Unidos y Europa Occidental fueron tal vez más influyentes al abrir el camino hacia el construccionismo social en la psicología. La oposición a la guerra de Vietnam y a la política de liderazgo del país fue muy intensa. Muchas voces escépticas se dejaron escuchar contra el orden establecido. Gran parte de la comunidad académica se involucró profundamente en la protesta política. El contexto resultó óptimo para la reevaluación de los razonamientos y prácticas establecidas dentro de las ciencias y otras tradiciones académicas. En pocas palabras, es posible localizar al menos tres formas principales de críticas ampliamente compartidas que resultaron de dicha reevaluación. Cada una de ellas encontró un canal de expresión en la literatura psicológica. Más aún, la amalgama de estas formas de crítica, frecuentemente

identificada con el postmodernismo, constituyó en gran medida la base de la mayoría de la investigación construccionista en la psicología de hoy en día⁴.

Puede que la crítica más fuerte y apasionada hacia los órdenes dominantes haya sido y continúe siendo *ideológica*. En este caso, los críticos atacan realidades que se han dado por sentadas, además de revelar los fines políticos que estas han logrado. En la práctica, dicho análisis revela el carácter construido de «lo real» en la intención de liberar al lector de su sutil opresión. Generalmente, dicho «desenmascaramiento» ha jugado un papel principal dentro del mundo académico, desde las contribuciones marxistas y feministas hasta los trabajos de Foucault (1979, 1980). En la psicología, los primeros representantes del movimiento crítico incluyen el trabajo de Laing (1965) en antipsiquiatría, la crítica de Weissstein (1971) del sexismo inherente en la psicología tradicional, la crítica de fundamento marxista de Holzkamp (1978) y la crítica de Sampson (1985; 1993) a la ideología de individualismo autocontenido implícito en la investigación psicológica.

La segunda crítica en importancia puede considerarse *literaria/retórica*. Particularmente con lo sucedido en la teoría semiótica en la deconstrucción general y literaria

4 Para un recuento más detallado de estas críticas dentro de la psicología, consultar a Gergen (1994). Crónicas adicionales de premisas de construcción social y potenciales podrán obtenerse en Potter, 1996; Gergen 1999 y Burr, 1995).

(Derrida, 1976), la atención se dirigió hacia las formas en que la convención lingüística funciona como estructura puntal para todos los resultados y conclusiones. Sea lo que sea la realidad, su representación se encuentra necesariamente dominada por dichas convenciones. Estas ideas han tenido una manifestación más lenta en la psicología, pero los trabajos de Leary (1991) sobre metáforas de la psicología y los trabajos de Smedslund (1978, 1988, 2004) en la circularidad lingüística de los resultados y conclusiones en psicología son representativos.

La tercera crítica en importancia contra la el concepto de ciencia fundamental recibió amplio estímulo por la publicación *La Estructura de las Revoluciones Científicas* (*The Structure of Scientific Revolutions*) de Thomas Kuhn en 1970. Kuhn escribió que la ciencia normal es guiada por paradigmas de pensamiento y práctica que son compartidos por comunidades específicas. De hecho, los resultados obtenidos por la ciencia no fueron demandas del mundo en sí; fueron más bien un resultado de negociación de la comunidad científica. Esta responsabilidad social de la ciencia fue apuntalada en mayor grado por una confusión de investigaciones en lo referente a la sociología del conocimiento y la historia de la ciencia (consultar, por ejemplo, a Feyerabend, 1978; Latour y Woolgar, 1986). En la psicología, este punto de vista se reflejó en el ensayo de Gergen (1973), el cual trató sobre los efectos interactivos de las concepciones culturales y la investigación empírica en la

psicología. En un trabajo posterior titulado *Hacia la Transformación en el Conocimiento Social* (*Toward transformation in social knowledge*, 1982/1994), Gergen identificó específicamente su orientación como construccionista social.

La convergencia del ámbito académico en estas tres áreas generó un intenso debate en los años setentas en relación a la naturaleza de la investigación psicológica (cfr. Israel y Tajfel, 1972; Harre y Secord, 1972; Strickland, Gergen y Aboud, 1977). Sin embargo, últimamente es posible discernir dentro de esta área de debate los contornos de un movimiento específico de «construccionismo social» en la psicología (Gergen, 1985; Gergen y Davis, 1985). Dentro de este movimiento, la frase *construcción social* se refiere típicamente a aquellos procesos sociales de los cuales surgen suposiciones comunes sobre la naturaleza de lo real, lo racional y lo bueno. El proyecto construccionista social no excluye ninguna categoría de existencia, sin importar si esta se considera física, mental o espiritual. Cada muerte toma sentido de la diversidad de procesos racionales, sin importar si esta sucede en un hospital o en un círculo de oración hindú (Edwards, Ashmore y Potter, 1995).

El término *constructivismo* se utiliza frecuentemente de forma indistinta con construccionismo. Sin embargo, a diferencia de lo que sucede con la construcción social, los primeros académicos tendían a definir el constructivismo en términos de procesos cognitivos dentro de la mente del

individuo. En lo que respecta a estos teorizadores, el enfoque se colocó en las percepciones de los individuos y en sus capacidades interpretativas como fuentes generadoras de sus construcciones del mundo (consultar, por ejemplo, a Kelly, 1995). Como consecuencia de los primeros trabajos de Vygotsky (1934) y Bakthin (1981), los académicos más recientes han complicado en gran medida el sustentar la diferencia entre constructivismo y construccionismo. Cada vez con mayor frecuencia, los constructivistas consideran que las prácticas mentales son reflexiones o representaciones de procesos sociales (consultar especialmente a Harre, 2003; Neimeyer, 2001; Shotter, 2007).

Ahora nos encontramos en posición para considerar importantes avances en la investigación construccionista. Sin embargo, antes de avanzar se requiere de una importante advertencia. En lo que respecta a la *investigación* sobre construcción social, que es el objetivo central del presente documento, existe una tendencia a apoyarse en concepciones empíricas tradicionales. Al mismo tiempo, los diálogos construccionistas traen atención hacia problemas importantes en esta tradición, particularmente en la separación entre el sujeto y el objeto, declaraciones de neutralidad científica, suposiciones de causa y efecto y la distinción de la representación de la realidad. De hecho, las ideas del construccionismo social provocan una revolución en las concepciones sobre la investigación. Como resultado, aunque hay quienes emplean métodos empíricos

tradicionales y otros que encuentran más conveniente el uso de métodos cualitativos, muchos académicos construccionistas se encuentran a la vanguardia de la redefinición de la investigación (consultar a Gergen y Gergen, 2000). En el presente texto utilizaremos el término *indagación* en oposición al de investigación.

2. Áreas de impacto

La fermentación temprana del construccionismo social ha generado una nueva e importante variedad de iniciativas en indagación psicológica. Estos diálogos han jugado un papel especialmente importante en el surgimiento de seis áreas principales de exploración:

2.1. Psicología crítica

Como ya se dijo, la crítica ideológica en las ciencias sociales resultó ser un estímulo importante para el desarrollo de iniciativas desde el construccionismo social en psicología. Sin embargo, las primeras críticas realizadas contra la psiquiatría profesional, junto con la crítica basada en el género que ya se mencionó, han aumentado desde entonces en profundidad y amplitud. Prácticamente toda la indagación

emergente está basada en la demostración del carácter construido de discursos y prácticas dominantes, la ideología oculta que estos incluyen y el impacto resultante de ésta sobre la sociedad. Dicha indagación deja de lado el intento positivista de «predecir y controlar» el comportamiento humano (con frecuencia caracterizado como el apoyo a una ideología represora) y lo reemplaza con una meta de *liberación*. Se cree que una vez que se revelan los fundamentos de declaraciones de la realidad dominantes, el individuo se ve libre para seguir actividades alternativas socialmente más promisorias.

Esta indagación ha avanzado en muchas direcciones dispares. Los participantes de diversas alas sensiblemente políticas de la disciplina han resultado particularmente activos. Los psicólogos feministas se han mantenido a la vanguardia del movimiento crítico, señalando las intenciones o tendencias basadas en género que dominan muchos de los conceptos y prácticas de investigación del campo en general (Crawford y Marecek, 1989; Hare–Mustin y Marecek, 1990; M. Gergen, 1988; en prensa; Sherif, 1987). Los miembros del movimiento homosexual han mantenido una actividad similar, puesto que muchos de ellos tienen una preocupación relacionada con el carácter construido de las categorías sexuales, sus valores implícitos y su impacto sobre la vida cultural (Bohan, 1996; Bohan y Russell, 1999; Kitzinger, 1987). Otros investigadores han estudiado la formación de género, la identidad sexual y la actividad sexual

(Kessler y McKenna, 1978; Tiefer, 1995). De igual manera, la crítica marxista, de crítica de clases sociales y la crítica socialmente relevante permanecen activas (Burman et ál., 1996; Fine et ál., 2003; Holzman y Morss, 2000; Henriques et ál., 1984; Parker y Shotter, 1997; Weiss y Fine, 2005).

Sin embargo, el trabajo de crítica no emana necesariamente de los subgrupos políticos por sí solos. Dentro de la psicología, es posible que un objetivo más grande de ataque hayan sido los supuestos y prácticas de los profesionales de la salud mental. Una gran masa literaria ilumina el carácter construido socialmente de los conceptos de psiquiatría en relación a la enfermedad mental, y apunta hacia los intereses políticos e ideológicos atendidos por la caracterización diagnóstica. Por esta razón, existe mucha literatura que explora las condiciones históricas, culturales y políticas que generaron diversas clasificaciones de la enfermedad. La literatura antes mencionada incluye, por ejemplo, la construcción social de la esquizofrenia (Sarbin y Mancuso, 1980), de la anorexia (Hepworth, 1999), de la depresión (Blazer, 2005), del trastorno de déficit de atención (Divorky y Schrag, 1975) y del trastorno por estrés postraumático (Quosh y Gergen, en prensa). Consultar además a Neimeyer (2000) y a Fee (2000). Estas deconstrucciones de las categorías de los padecimientos o enfermedades están acompañadas por evaluaciones críticas del impacto sobre los clientes y la sociedad de una forma más general. Por ejemplo, las categorías de diagnóstico son

diversamente consideradas como herramientas que se utilizan principalmente para el propósito de control social (por ejemplo, manejo de clientes, justificaciones para su aseguramiento), puesto que ocultan los propósitos relacionados con los valores que expresan, además de sustentar, el mito de la práctica de la salud mental como ciencia médica, de modo que los problemas de la vida se tratan cada vez más mediante el uso de supresores farmacéuticos (Kutchins y Kirk, 1997; Szasz, 1961).

Además, al diseminar el «conocimiento de la enfermedad mental» dentro de la cultura, las personas dejan de examinar las condiciones sociales que pudieran, por ejemplo, favorecer la depresión o hiperactividad, además de que los individuos se construyen a sí mismos cada vez más dentro de estos términos (Gergen, 2006; Hare–Mustin, 1994). Más aún, el ser incluidos en la categoría de enfermos mentales aumenta muy frecuentemente la angustia de aquellos que cargan con esta etiqueta.

Por ejemplo, el escuchar voces, el ser hiperactivo o padecer de tristeza crónica no es inherentemente tener una enfermedad, además de que existen posibles constructos que son más benéficos (Parker et ál., 1995).

También se ha dedicado mucho trabajo a la identificación de problemas conceptuales e ideológicos que tienen inherencia sobre el movimiento cognitivo (Coulter, 1979; Potter, 1996), psicología evolutiva (Oyama, 1991, 1993),

psicología positiva (Held, 1996) y métodos experimentales (Gergen, 1994; Weinstein, 2004), además de formas en las que estas inversiones profesionales son dañinas para la cultura.

Cada vez más, los psicólogos han puesto su atención sobre los mundos contruidos de la cultura, y sus efectos dañinos sobre el bienestar humano y del ambiente. Por ejemplo, el trabajo de Walkerdine se ha enfocado en cómo se evalúa el trabajo de las mujeres en las clases de matemáticas (Walkerdine, 1989, 1990); las recopilaciones de Fine y Weis (Fine et ál., 2003; Weis y Fine, 2005) proporcionan una visión de las vidas de jóvenes marginados y mujeres en prisión; las lecturas de Komesaroff, Rothfield y Daly sobre problemas culturales y filosóficos (1997) tratan sobre la interpretación común de la menopausia; el trabajo de Kimmel (1994) sugiere que el constructo social relacionado con la masculinidad se basa en la homofobia y Crawford et ál. (1992), detalla la producción social de respuesta emocional en mujeres jóvenes, la cual las enseña a ser dóciles. Es posible encontrar amplias recopilaciones y discusiones relacionadas con la psicología crítica en los trabajos de Ibáñez e Íñiguez (1997), Prillettensky (1994), Fox y Prillettensky (1997) y Hepburn (2004).

Aunque la psicología crítica se ha vuelto cada vez más fuerte, el movimiento enfrenta muchos problemas muy importantes. Como ya se dijo, la indagación crítica se genera a partir de muchas bases diferentes de valores, dando como

resultado una fragmentación de los diversos intereses teóricos. Las confrontaciones encarnizadas son muy frecuentes. Más aún, los psicólogos críticos muy frecuentemente están en desacuerdo con su orientación hacia el construccionismo social. La mayor parte del trabajo crítico emplea supuestos construccionistas en sus posturas de ataque, pero muchos críticos teóricos rehúsan considerar sus propias posiciones como constructos. Muchos críticos no desean reconocer la categoría de identidad con la cual se les asocia y se les deconstruye; según su razonamiento, de hacerlo así estarían abandonando el fundamento de la crítica misma. Los debates en relación a estos problemas continúan.

2.2. Psicología discursiva

Como ya se mencionó, las contribuciones de los estudios literarios y retóricos fueron centrales para los diálogos postmodernos de forma más general, y especialmente para el pensamiento del construccionismo social. Uno de los resultados de estas exploraciones fue una concientización aguda sobre el significado del lenguaje en la construcción de lo real y de lo racional. Para la mayoría de los académicos construccionistas, el discurso público ha servido como el principal sitio de construcción. A medida que el discurso ha

tomado el escenario central, del mismo modo los intereses de investigación se han enfocado más rápidamente en esta dirección. Con seguridad, el estudio lingüístico en la psicología contaba ya con tradición sustancial. Por ejemplo, el estudio de la relación entre la mente (o cognición) y el lenguaje, junto con la investigación realizada en lo referente a la gramática y la sintaxis, generó una enorme cantidad de literatura. Sin embargo, dentro de un marco de ideas construccionistas, esos problemas ya no resultaban atractivos. Primero, el estudio de la mente en relación al lenguaje propuso una dualidad entre la mente y el habla que muchos construccionistas encontraron aceptable. Más aún, en su búsqueda por «la verdad sobre el lenguaje», la indagación tradicional está desprovista de intereses sobre el contexto político o ideológico, y por lo tanto tiene poca relevancia para muchos construccionistas.

La indagación sobre prácticas discursivas ha sido amplia y apunta en muchas direcciones. Con seguridad, mucha de la indagación construccionista en la psicología ha sido desarrollada para deconstruir puntos de vista esencialistas de la vida mental. Los objetivos en este caso son los supuestos dados por hecho sobre «lo que hay en la mente», que son supuestos centrales para la ciencia psicológica y juegan un papel muy importante en la vida cultural. Por esta razón, dicha indagación da luz al carácter construido de las emociones (Averill, 1982; K. Gergen, 1995; Harre, 1986), la memoria (Shotter, 1990), el sentido del olfato (Corbin,

1986), la experiencia erótica (Halperin, Winkler y Zeitlin, 1990), el aburrimiento (Spacks, 1995), discapacidades intelectuales (Rapley, 2004) y el deseo en los adolescentes (Jackson, 2005). Esta investigación no sólo elimina los fundamentos de la psicología como ciencia empírica, sino que además genera grandes preguntas concernientes a la utilidad de la investigación empírica en lo que respecta a objetos de conversación. Estas cuestiones han sido exploradas activamente en los círculos teóricos.

Muchos académicos han utilizado el análisis de discurso para resolver problemas de amplia inquietud cultural. Los primeros trabajos de Wetherell y Potter (1992), por ejemplo, exploraron los sutiles prejuicios contruidos alrededor de las palabras inconsecuentes de la vida diaria. El trabajo de Nicola Gavey (1989; 2005) ilustra una indagación mucho más reciente, relacionada con la influencia del discurso sobre las relaciones sexuales y su influencia en la violación. Walkerdine y Lucey (1989) han explorado las formas en que las madres y las hijas son domesticadas por las conversaciones «de cocina» de la vida diaria; Harre, Brockmeier y Muhlousler (1998) han explorado los mecanismos discursivos subyacentes de los partidos políticos verdes.

Puede ser que la línea más activa de indagación discursiva haya propiciado una mayor crítica sobre el paradigma cognitivo de la psicología al proponer que un análisis de procesos discursivos sea suficiente para tomar en

consideración la mayoría de lo que consideramos procesos cognitivos. En una de las primeras provocaciones de este tipo, Potter y Wetherell (1987) demostraron los problemas inherentes al supuesto de que las aptitudes dentro de la cabeza ocasionan reacciones públicas abiertas. Como ellos propusieron, una actitud se entiende de modo más fructífero como acción pública en sí misma, o esencialmente como una posición tomada en una conversación. En la idea de Billig (1987), la mayor parte de lo que consideramos pensamiento racional puede apreciarse de forma más adecuada como un proceso social de argumentación. No discutimos por tener pensamientos privados, sino que los pensamientos privados son generados a través de la práctica social de argumentación. Esta línea de razonamiento ha resultado un estímulo importante para una de las líneas más importantes de indagación construccionista, específicamente la *memoria compartida*. El primer volumen de Middleton y Edwards (1990) estableció las bases para considerar la memoria no como un proceso personal mental, sino como un proceso social (consultar a Middleton y Brown, 2005, para una revisión de este ensayo a la fecha). Como lo proponen Edwards y Potter (2000), una psicología totalmente discursiva debería reemplazar adecuadamente a la psicología cognitiva.

Resulta adecuado añadir tanto indagación narrativa como análisis de conversación a estas búsquedas discursivas. Lo anterior constituye una subdisciplina por sí misma, y se

explicará con mayor detalle a continuación. Esto último ha cambiado decididamente el enfoque del contenido y la forma de segmentos discursivos diversos hacia la interdependencia racional a medida que la conversación se desarrolla con el paso del tiempo (consultar, por ejemplo, a Antaki, 1981; Parker 1998). Estas investigaciones han resultado útiles, por ejemplo, para demostrar los microprocesos del establecimiento de las relaciones de poder (consultar, por ejemplo, a Davies, 1982; Mishler, 1986). Aunque no se restringe al análisis de la conversación, el concepto de *posicionamiento* (Davies y Harre, 1990; Van Langenhove y Harre, 1998) ha abierto una línea fructífera de indagación en sí misma. La inquietud en este caso es cómo los individuos se posicionan o definen unos a otros a través de sus acciones discursivas principalmente.

Para obtener una visión más incluyente de análisis de discurso en psicología, consultar a Burman y Parker (1993); Willig, (1999); Whetherell, Taylor y Yates (2001); Potter (1996) y Edwards (1997). Consultar además la publicación *Discurso y sociedad*.

2.3. Psicología narrativa

A medida que los movimientos literarios y retóricos dentro

del mundo intelectual trajeron el lenguaje al escenario principal, éste trajo consigo un interés específico en la narrativa. La narrativa es una forma central de construcción utilizada por personas para enlazar inteligiblemente los eventos a lo largo del tiempo. Dentro del marco construccionista, una de las primeras investigaciones de Mancuso y Sarbin (1983) y Gergen y Gergen (1983) relacionaron de una forma más completa las inquietudes narrativas con la indagación psicológica. Volúmenes posteriores de Sarbin (1985), Polkinghorne (1988) y Bruner (1990) dieron al estudio de la narrativa un lugar preponderante en el estudio de la psicología. Abiertos al estudio de temas como la relación entre la narrativa y la identidad personal, el comportamiento moral, la aceptación social, la memoria personal, la autoaceptación, la eficacia social, la intimidad e incluso la inteligibilidad de la teorización psicológica misma.

Con una amplia gama de posibilidades abiertas, la indagación narrativa se ha convertido en una fértil área y campo de estudio. En el campo de la personalidad, por ejemplo, la inquietud prevaleciente de la historia de la vida ha congeniado grandemente con los estudios narrativos (Rosenwald y Ochberg, 1990). El trabajo de Dan McAdams, (1985, 1993, 2006a) ha resultado de gran importancia para las contribuciones hacia la comprensión de la narrativa en la vida personal. Su indagación sobre las narrativas de resurrección también ha despertado el interés en la relación

de la autocomprensión de las personas y sus tradiciones espirituales (McAdams, 2006b). Holstein y Gubrium (2000) discutieron el proceso continuo de creación y desarrollo de la historia propia en la vida diaria. El estudio de las diferencias de género en la psicología también ha sido aclarado a través del estudio narrativo (M. Gergen, 2001). Tappan y Packer (1991) han explorado el uso de la narrativa en el desarrollo de la moralidad. Se ha examinado el uso de la narrativa en la construcción de una historia inteligible, tanto del individuo como de la cultura (K. Gergen, 2005). Una serie de volúmenes editados por Josselson y Lieblich, a quienes después se unió McAdams, han sido de importancia crítica para proporcionar un escenario a los investigadores narrativos en el cual presentar sus trabajos (Josselson y Lieblich, 1995; Lieblich y Josselson, 1994; Josselson, Lieblich y McAdams, 2003). Entre la amplia gama de temas cubiertos se encuentran las historias de las familias de los sobrevivientes del holocausto israelí (Baron y Gilad, 1994); cuerpos y autobiografías (M. Gergen; K. Gergen, 1993); poética de la investigación (Rogers et ál., 1999); práctica profesional dentro de un hospital mental (Abma, 1999) y soledad en mujeres mayores refugiadas del sudeste asiático (Bennett y Detzner, 1997). La rica productividad en indagación narrativa ha estimulado además la reflexión crítica sobre los métodos narrativos (Gubrium y Holstein, 2003; M. Gergen y Davis, 2003).

Para una mayor cobertura de la indagación narrativa en la

psicología, la *Revista de Narrativa e Historia de Vida* (*Journal of Narrative and Life History*) y también *Indagación Narrativa* (*Narrative Inquiry*) son opciones útiles. Pueden encontrarse estudios completos de indagación narrativa en *Internet and Resource Guide* (Guía de Internet y Recursos) (<http://web.lemoyne.edu/~hevern/narpsych.html>).

2.4. Psicología teórica

Desde el punto de vista construccionista, la creación del concepto de investigación empírica, junto con «el fenómeno bajo estudio», depende de un área a priori de comprensiones compartidas. Dentro de los enclaves científicos, esta estructura socialmente negociada es más formalmente considerada una teoría. Por esta razón, a medida que el discurso teórico de psicología se extiende o se contrae, existe la posibilidad de observación significativa y metodología aceptable. En este sentido, tanto el movimiento conductista como el movimiento cognitivo de la psicología generaron ciertas posibilidades, pero en ambos casos el rango fue estrecho y la puerta se cerró a las alternativas. A medida que ha aumentado la sensibilidad construccionista en la psicología, ha aumentado también el interés en discusiones sobre la naturaleza de la teoría psicológica, así como sus implicaciones para la ciencia, la

práctica y su sitio en la cultura. El interés no es tanto abandonar el programa empírico por completo, sino extender exponencialmente el campo de acción (Gergen, 2001b).

Sin embargo, los intentos por socavar el supuesto de una crónica universal y transhistórica de la vida mental se han elevado también a sucesos más positivos en lo referente a la construcción teórica de la persona. En específico, los teóricos han abierto un espacio para una mayor reconceptualización de la acción humana. Al ir más allá de la imagen tradicional de los procesos psicológicos universales con fundamentos biológicos, que son una imagen asociada con la crítica de Sampson al individualismo autocontenido (1985), existe una exploración activa del potencial de una ontología relacional. A este respecto, las relaciones son previas al funcionamiento individual. O pudiera ser que, de acuerdo con los primeros trabajos de Vygotsky (1978), los principales ingredientes del funcionamiento humano son engendrados dentro del proceso social. Aquellos que permanecen más cercanos a la tradición de Vygotsy (por ejemplo, Wertsch, 1991; Bruner, 1990) continúan hablando de procesos psicológicos únicos (*sui generis*). Las exploraciones de Hermans y Kempen's (1995) sobre la mente discursiva son de carácter ilustrativo, y su trabajo ha engendrado además a la revista electrónica *Revista Internacional de Ciencia Dialógica (The International Journal for Dialogical Science)*. Sin embargo, a medida que uno se

acerca a las premisas construccionistas, el enfoque en la relación se vuelve más agudo, y la distinción entre *interior* y *exterior* empieza a desaparecer. Como ya se mencionó, prácticamente todas las contribuciones realizadas a la psicología discursiva se prestan para este fin. Cuando las actitudes y la razón son vistas como acciones discursivas, la psicología se retira de la cabeza y se coloca dentro de la esfera relacional. Es esta línea de deliberación la que se extiende en las exploraciones de Gergen del ser racional (Gergen, en prensa).

El hacer uso de la indagación ha extendido además las implicaciones de las ideas construccionistas sociales para que atiendan a tradiciones espirituales y teológicas (Hermans et ál., 2002). A medida que las prácticas budistas han adquirido fuerza dentro de la comunidad terapéutica, del mismo modo sus fundamentos conceptuales se han vuelto más abiertos a la deliberación. Tal deliberación demuestra ciertas afinidades, incluyendo una resonancia entre conceptos de «no mente» en el budismo y la «deconstrucción discursiva» en la construcción social (Gergen y Hosking, 2006; Kwee y Taams, 2006).

2.5. Métodos de indagación

Aunque un punto de vista construccionista del conocimiento no elimina ningún método específico de estudio, si ha proporcionado un estímulo vital de reflexión crítica sobre los métodos empíricos tradicionales, además de un estímulo a considerar desviaciones alternativas. La mayoría de los construccionistas evitan la investigación experimental. Las razones son muchas, incluyendo un disgusto por las trampas de verdad que típicamente acompañan a esas investigaciones, la confianza en la manipulación humana, la relación aislada entre el investigador y los «objetos» de investigación y la opinión de que prácticamente todas las hipótesis inteligibles sobre comportamiento humano pueden justificarse al menos en algunas ubicaciones temporales y locales. Como hemos observado, si la investigación conlleva una base empírica, los construccionistas tienden a sentirse mucho más cómodos con un análisis más interpretativo del discurso o la narrativa.

Aún así, la invitación a indagar en nuevos rangos de representación también resulta convincente. Dos direcciones significativas resultan evidentes: la primera concierne a la relación entre el investigador y aquellos sujetos representados por la investigación, y la segunda concierne a la relación del investigador con la profesión y la cultura. En el primer caso, muchos construccionistas experimentan cierta incomodidad al realizar aseveraciones sobre la fidelidad en la representación, o lo que es lo mismo,

«realizar aseveraciones de conocimiento sobre otros». Para muchos, la disciplina ha fallado por mucho tiempo porque sus investigadores dominan el proceso de descripción y explicación sin ofrecer a sus sujetos el derecho a una voz. Algunos de estos sentimientos invaden las áreas narrativa y de historia de vida antes mencionadas. Cada vez más, los investigadores intentan abrir espacios para que diversos grupos puedan representarse a sí mismos ante la profesión y el público. Por ejemplo, en su trabajo en Guatemala, Brinton Lykes (1998) invitó a sus «colegas» de pueblos azotados por la guerra a expresar sus perspectivas con fotografías tomadas con cámaras que él les proporcionó. Otros, que se encuentran más estrechamente asociados a métodos de Investigación–Acción, cierran la brecha entre el investigador y lo investigado mediante la colaboración con comunidades que trabajan para la justicia social y la seguridad económica (Reason y Bradbury, 2000).

Otros construccionistas han centrado sus inquietudes en el proceso de representación. Desde un punto de vista construccionista, no existen fundamentos de apoyo para ninguna forma específica de representación. Por esta razón se abre un espacio para considerar la amplia gama de recursos de representación disponibles para la comunicación. Más aún, debe darse cuidadosa consideración a las formas de relación fomentadas por los medios propios de representación. Por ejemplo, todo trabajo de escritura genera una relación con su lector (K.

Gergen, en prensa). Por esta razón mucha de la escritura tradicional en psicología formaliza relaciones en la disciplina, por ejemplo, al tiempo que permanece opaca para los que están fuera de esta. Dicha escritura tiende a dividir y ser elitista. Con estos intereses en mente, los psicólogos han empezado a experimentar con diversas formas de escribir. Por ejemplo, M. Gergen (2001) ha empleado tanto el diálogo dramático como el diálogo ficticio en su trabajo feminista. Otros experimentos al escribir incluyen las historias cortas (Diversi, 1998); el diálogo (Tillman–Healy, 1996) y los guiones dramáticos (Fox, 1996).

De forma más radical, los psicólogos han comenzado a explorar los potenciales de desarrollo para incluir tanto un contenido teórico como un contenido empírico (M. Gergen, 2005; Gray y Sinding, 2002; Newman y Holzman, 1996) y en el proceso han realizado importantes contribuciones teóricas hacia la comprensión de potenciales de desarrollo, lo cual ha propiciado que se escriban e interpreten una variedad de obras con importancia psicológica. Gergen y Gergen, (2001) han explorado una amplia variedad de potenciales de desarrollo en sus investigaciones teóricas, incluyendo el arte, la poesía, la música y el teatro. De aún mayor importancia es el uso de Glenda Russell (2000) de datos obtenidos en entrevistas para crear una pieza musical titulada «*Fire*» (Fuego), interpretada por grupos corales. El trabajo se basa en investigaciones sobre el intento de eliminar ciertas previsiones de derechos civiles para

homosexuales en Colorado.

Para una visión más amplia de la variedad e innovación en la indagación cualitativa en la psicología, consultar a Camic, Rhodes y Yardley (2003) y a Denzin y Lincoln (2005), además de los contenidos de las revistas, *Qualitative Inquiry* (Indagación Cualitativa) y la Investigación–Acción (*Action Research*), además de las revistas electrónicas *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research* (Investigación Social Cualitativa) y *The Qualitative Report* (El Reporte Cualitativo).

2.6. Terapia como construcción social

Finalmente mencionaremos las contribuciones del construccionismo social a la práctica terapéutica. Es en este campo donde las deliberaciones construccionistas han jugado su papel cultural más importante. Con la separación de más psicólogos orientados hacia la investigación para formar la Sociedad Psicológica Americana, la Asociación Psicológica Americana fue libre de convertirse en un grupo profesional más orientado hacia la práctica. Los terapeutas se vieron esencialmente liberados de las restricciones del «super ego» del programa positivista. Así, las ideas construccionistas, que se encontraban en mayor sincronía

con el entorno, se incorporaron a la teoría y la práctica. El primero y más visible de estos sucesos fue la terapia narrativa (White y Epston, 1990). El objetivo de esta terapia, comprometida con la idea de que las personas se comprenden a sí mismas en gran medida en términos de la construcción de historias, es principalmente permitir a los clientes desarrollar narrativas personales nuevas y más viables (consultar además a McLeod, 1997). De forma similar, los terapeutas breves se enfocan en cambiar de un método en que se «habla del problema» (que sustenta la realidad del problema), a un método basado en hablar de soluciones o nuevas posibilidades de acción (de Shazer, 1994; O'Hanlon, 2003). Desde estas mismas ideas, Andersen y sus colegas (Andersen, 1991; Friedman, 1993) han desarrollado equipos de reflexión que abren varios espacios de sentido para los clientes. En la terapia postmoderna, Anderson (1997) enfatiza la importancia de abandonar preconcepciones teóricas y trabajar tan estrecha y sensiblemente como sea posible con los entendimientos que los clientes tienen de sus vidas. Las exploraciones de las prácticas de diagnóstico que dan voz a un círculo más amplio de participantes involucrados se encuentran estrechamente relacionadas a estos sucesos ocurridos en la terapia (Seikkula, Arnkil, Eriksson, 2003).

Cuando se les considera en su conjunto, estos movimientos terapéuticos representan una transformación fundamental en la definición y práctica de la psicoterapia.

Primero, citando el trabajo de los psicólogos críticos, éstos entienden a las categorías de padecimientos tan importantes para la psiquiatría tradicional como constructos, y por lo tanto son de valor cuestionable para el cliente. Esta orientación incluye una forma más juiciosa de ver las «curas» farmacéuticas, así como una búsqueda de medios más significativos para aliviar el sufrimiento. Más aún, la posición tradicional del terapeuta como experto o «poseedor del conocimiento» es reemplazado en gran medida por una visión del terapeuta como agente coconstructor de significados. El énfasis en los «problemas psicológicos profundos» ha sido abandonado en gran medida para buscar construcciones sociales más viables de uno mismo y del mundo. Para muchos, al abandonar el modelo médico de terapia existe una concientización más aguda de las implicaciones sociales y políticas de la práctica psicoterapéutica.

Para obtener mayor información sobre estos y otros sucesos relacionados, consultar a Angus, 2004; Friedman, 1993; Hoffman (2002), Gergen, 2006; Hoyt, 1992; McNamee y Gergen, 1992; y la contribución de Miller y Strong para el presente manual.

3. El diálogo en expansión

Dentro de los seis campos o áreas anteriores es posible encontrar un contenido sustancial y continuo de investigación construccionista. Al mismo tiempo, existen otros sitios de indagación en psicología, en los cuales las ideas construccionistas se han enraizado y han tenido un impacto significativo. En cada caso se han abierto inquietudes críticas, ideas innovadoras y nuevas fronteras de investigación. Muchas de estas requieren de particular atención.

3.1. Psicología de la salud

Aunque la psicología de la salud está comprometida tradicionalmente con esfuerzos de investigación empírica, las ideas de constructos han generado caminos muy importantes. Primero nos enfrentamos al problema de definir la salud y la enfermedad. Los investigadores empíricos tradicionalmente asumieron la realidad de la salud y de la enfermedad, para después embarcarse en investigaciones que apuntaron a explorar antecedentes causales. En contraste, los construccionistas abren la investigación en categorías de salud y enfermedad, y como ya se mencionó, el generar preguntas significativas de forma más general sobre el valor de las categorías de enfermedad mental para los clientes así como para la cultura. Estos «esfuerzos de deconstrucción» han generado una alianza entre los psicólogos construccionistas y los esfuerzos de ex

pacientes mentales y otros grupos (por ejemplo, aquellos que escuchan voces o que han sido clasificados como autistas) que intentan resistir o subyugar los efectos del discurso del déficit. Sin embargo, los esfuerzos para demostrar el carácter construido de la enfermedad física ahora se han vuelto más prominentes (Hurwitz y Greenhalgh, 1998; Whitehouse, 2005).

Esta investigación libertadora se ve acompañada de diversos esfuerzos creativos para emplear el construccionismo con propósitos curativos. Es importante señalar la línea sustancial de investigación al interior de la construcción social del dolor, además de sus implicaciones para el manejo del mismo.

Como lo propuso Arthur Frank en su trabajo (1995), nuestra experiencia con el dolor se encuentra alojada en la comprensión de la narrativa.

El mismo padecimiento físico pudiera ser una carga en mayor o menor medida dependiendo de que éste se haya construido dentro de una narrativa de impotencia y no dentro de una que lo coloque al servicio de una meta valorada. Entonces el dolor se convierte en un fenómeno cultural y no simplemente en una sensación física (Morris, 1991). También en términos de la curación, Neimeyer (2001) ha explorado cómo el dolor irreconciliable puede tratarse por medio de la renegociación del significado.

3.2. Psicología del desarrollo

El volumen de 1962 de Aries titulado *Centuries of childhood: A social history of family life* (*Siglos de niñez: Una historia social de la vida familiar*), entró a la esfera del desarrollo en los inicios del movimiento construccionista. En este trabajo Aries examinó las formas en que la idea del niño se encontraba alojada en la historia cultural. En la práctica se montó un reto (que fue ampliamente ignorado) ante el ímpetu universal de investigación sobre el desarrollo infantil. Más tarde, la tesis de Aries fue amplificada por el psicólogo del desarrollo William Kessen (1979). Contribuciones posteriores realizadas por Bradley (1989) y Morss (1990) han enriquecido el diálogo mediante la demostración de las implicaciones ideológicas y políticas de ideas ampliamente aceptadas sobre el desarrollo infantil.

Con excepciones ocasionales (Bodor, 2003), la resistencia contra las ideas construccionistas permanece obstinada en la investigación sobre el desarrollo infantil. El campo de desarrollo de esperanza de vida ha sido más receptivo. Gubrium, Holstein y Buckholdt (1994) han llamado la atención hacia las formas de construcción de la persona a lo

largo de su vida; Hazan (1994) ha generado un análisis detallado sobre la construcción del envejecimiento. En su trabajo, Gergen y Gergen (2005) han atraído atención crítica hacia las construcciones negativas del envejecimiento que son ampliamente compartidas por la cultura, y empezaron un movimiento hacia la reconstrucción del envejecimiento como un periodo positivo de crecimiento y enriquecimiento. Los resultados del presente trabajo se distribuyen a través de un boletín electrónico llamado *Positive Aging* (*Envejecimiento positivo*) (www.positiveaging.net).

3.3. Historia de la psicología

Las crónicas tradicionales de la psicología han tendido a ser realistas y enfocadas en el presente. Es decir, han tratado a la historia idealmente como un objeto y valor neutral que hace una recapitulación del pasado, además de mostrar el estado actual del conocimiento psicológico (junto con métodos y resultados de investigación) como superior al del pasado. Sin embargo, los académicos involucrados en los diálogos construccionistas han descubierto que esta tradición tiene muchas fallas vitales. Los recuentos históricos no reflejan el pasado; más bien le proporcionan estructura y fórmula. Crean una inteligibilidad del pasado. La historia del presente es un esfuerzo que valoriza el estado actual del

campo sobre el estado anterior. Al hacer esto, los recuentos presuponen el carácter acumulativo de la investigación positivista y una idea de progreso que sirva a sus propios intereses.

Los académicos construccionistas han impuesto un importante reto a esta forma de investigación histórica. En su trabajo, Danziger (1990) habla sobre la forma en que las prácticas de investigación formaron el concepto mismo del sujeto en la investigación psicológica. En trabajos posteriores, Danziger (1997) examinó los orígenes culturales y profesionales del discurso sobre la mente que es compartido dentro de la psicología experimental. Kirschner (1996) proporcionó un análisis sofisticado de las raíces en la historia religiosa de los supuestos de desarrollo en la teoría psicoanalítica. En el volumen de Morawski (1998), sus colaboradores exploraron las formas en que las prácticas de investigación en la psicología fueron formadas por los valores culturales. En un trabajo de Graumann y Gergen (1996), sus colaboraciones colocaron las ideas actuales sobre la vida mental dentro de una perspectiva histórica y cultural. Estos análisis históricos no solo socavan al esencialismo psicológico inherente de los recuentos tradicionales, sino que además abren un espacio para diálogos de autorreflexión sobre el potencial futuro de la teoría y la investigación (Rose, 1985).

3.4. Emergentes en la práctica

Las ideas de los construccionistas sociales también han entrado en ámbitos de práctica que se encuentran fuera del ámbito terapéutico. Los sucesos en las prácticas de orientación son los que se encuentran más estrechamente relacionados (Pare y Larner, 2004). Desde esta perspectiva, muchos psicólogos están además dándose cuenta de las limitaciones del punto de vista individualista del conocimiento (Steffe y Gale, 1995). Dentro de la esfera educativa, por ejemplo, estas limitaciones se aprecian particularmente en las formas tradicionales de pedagogía, centradas en la mejora de las mentes individuales. Un interés originado principalmente por las orientaciones de Vygotsky sobre la educación se ha centrado en la relación entre el maestro y el estudiante (Holzman, 1997; Rogoff, Turkkanis, y Bartlett, 2001). Los construccionistas han extendido el alcance de estas inquietudes haciendo especial énfasis en las posibilidades de las pedagogías colaborativas para reemplazar la enseñanza jerárquica (descendente) con un diálogo de aula más productivo y ecualizante (Bruffe, 1993; Wells, 1999). Dentro de la esfera organizacional podemos encontrar un fuerte movimiento relacionado con la construcción social de realidades organizacionales (cfr. Weick, 1995). Los practicantes han desarrollado una variedad de nuevas prácticas apoyados en la narrativa y la metáfora para la reducción de conflictos en organizaciones y

para la inspiración hacia el cambio positivo. La investigación apreciativa se encuentra entre las principales nuevas prácticas (consultar, por ejemplo, a Barrett y Fry, 2005; Cooperrider y Whitney, 2000). El Proyecto de Conversación Pública en el área de Boston utiliza un enfoque en el diálogo para la resolución de conflictos y el desarrollo de técnicas sin confrontación para la generación de tolerancia intergrupala (consultar a [www. PublicConversationProject.net](http://www.PublicConversationProject.net)). Estos diversos aumentos en la práctica han estimulado también una reconsideración de la relación entre la teoría y la práctica (consultar el número especial de *Theory and Psychology [Teoría y Psicología]*, 2006, V).

4. La historia continua

Dentro del contexto de la psicología, las ideas de construccionismo social han tenido consecuencias explosivas. En muchos ámbitos esto ha llevado a una completa reevaluación de la naturaleza del conocimiento, de la teoría, de la investigación y de la práctica. Los diálogos han abierto muchas nuevas líneas de investigación, junto con posibilidades inimaginables para la profesión y su relación con la cultura. Se ha abierto un espacio para una reflexión crítica muy necesaria; el estudio del discurso se ha vuelto una disciplina completa. El estudio de la narrativa trae a la

psicología más cerca que nunca de la academia de humanidades. Además han surgido bases para una mayor reconceptualización de la acción humana, así como una nueva gama de métodos de investigación y prácticas terapéuticas. Al mismo tiempo, las ideas construccionistas han tenido un impacto muy importante sobre las áreas de psicología de la salud, psicología del desarrollo y el estudio histórico de la psicología.

Aunque estos son logros verdaderamente significativos, no se puede decir que las ideas construccionistas sean dominantes en modo alguno. La gran mayoría de la investigación en materia de psicología permanece herméticamente comprometida con las visiones tradicionales de ciencia de los años treinta. Esto se debe en parte a que la estructura actual de poder le permite ignorar al mundo intelectual externo a ésta, y en parte porque un entrenamiento en el paradigma empírico no logra preparar al estudiante para la autoreflexión. Ha sido sólo ocasionalmente que más psicólogos tradicionales han detenido su resistencia contra la idea de la construcción social (por ejemplo, Jost y Kruglanski, 2002). De hecho, casi toda la crítica significativa de la construcción social en la psicología ha surgido entre aquellos que se encuentran fuera del paradigma empírico (consultar, por ejemplo, a Parker (1998), Kvale (1992), Nightengale y Cromby (1999), Hibberd (2005), y un número especial de *Theory and Psychology* (*Teoría y psicología*) (vol 11/3). Aún así, estas últimas críticas

juegan también un papel muy importante en el desarrollo del construccionismo social. En su mayoría, estas críticas han estimulado el desarrollo de revisiones más detalladas de la metateoría construccionista social, junto con sus puntos de vulnerabilidad. Este diálogo ha generado también nuevos híbridos. Por ejemplo, la crítica generada en ámbitos humanísticos y fenomenológicos ha generado nuevas posibilidades de indagación. Para aquellos que participan en estos diversos diálogos, el futuro resulta muy emocionante.

BIBLIOGRAFÍA

- ABMA, T. A. (1999), «Powerful studies: The role of stories in sustaining and transforming professional practice within a mental hospital», en R. Josselson y A. Lieblich (eds.), *Making of meaning in the Narrative Study of Lives*, vol. 6, Thousand Oaks, CA, Sage, págs. 77–106.
- ANDERSON, H. (1997), *Conversation, language and possibilities, a postmodern approach to psychotherapy*, Nueva York, Basic Books.
- ANDERSEN, T. (1991), *The reflecting team*, Nueva York, W. W. Norton.
- ANGUS, L. (2004), *The handbook of narrative and psychotherapy: Practice, theory and research*, Thousand Oaks, CA, Sage.

- ANTAKI, C. (1981), *The psychology of ordinary explanations*, Londres, Academic Press. ARIES, P (1962), *Centuries of childhood: A social history of family life*, Nueva York, Vintage.
- AVERILL, J. (1982), *Anger and aggression*, Nueva York, Springer Verlag.
- BAKHTIN, M. M. (1981), *The dialogic imagination: Four essays*, Austin, University of Texas Press.
- BAR-ON, D. y GILAD, N. (1994), «To rebuild life: A narrative analysis of three generations of an Israeli holocaust survivor's family», en A. Lieblich y R. Josselson (ed.), *Exploring identity and gender*, Thousand Oaks, CA, Sage, págs. 83–112.
- BARRETT, F., y FRY, R. (2005), *Appreciative inquiry: A positive approach to building cooperative capacity*, Chagrin Falls, OH, Taos Institute Publications.
- BENNETT, J. A., y DETZNER, D. F. (1997), «Loneliness in cultural context: A look at the life–history narratives of older Southeast Asian refugee women», en A. Lieblich y R. Josselson (ed.), *The narrative study of lives*, vol. 5, Thousand Oaks, CA, Sage, págs. 113–146.
- BERGER, P. y LUCKMANN, T. (1966), *The social construction of reality*, Nueva York, Doubleday/Anchor.
- BILLIG, M. (1987), *Arguing and thinking*, Londres, Cambridge University Press.
- BLAZER, D. G. (2005), *The age of melancholy: Major depression: and its social origins*, Nueva York, Routledge.

- BODOR, P. (2003), *On emotions, A developmental social constructionist account*, Budapest: Harmattan.
- BOHAN, J. S. y RUSSELL, G. M. (1999), *Conversations about psychology and sexual orientation*, Nueva York, New York University Press.
- BRADLEY, B. (1989), *Visions of infancy*, Londres, Polity Press.
- BRUNER, J. (1990), *Acts of meaning*, Cambridge, Harvard University Press.
- BRUFFEE, K. A. (1993), *Collaborative learning*, Baltimor, Johns Hopkins University Press.
- BURMAN, E. (ed.), *Deconstructing developmental psychology*.
- et al. (1996), *Psychological discourse practice: From regulation to resistance*, Londres, Taylor & Francis.
- BURMAN, E. y PARKER, I. (eds.) (1993), *Discourse analytic research: Repertoires and Readings of texts in action*, Londres, Routledge.
- BURR, V. (1995), *An introduction to social constructionism*, Londres, Routledge.
- CAMIC, P.M.; RHODES, J. E. y YARDLEY, L. (eds.) (2003), *Qualitative research in psychology: Expanding perspectives in methodology and design*, Washington, D.C., American Psychological Association.
- COOPERRIDER, D. y WHITNEY, D. (2000), «A positive revolution in change: Appreciative inquiry», en D. Cooperrider; P. Sorensen; D. Whitney y T. Yaeger (eds.), *Appreciative Inquiry*, Champaign, IL, Stipes.

- CORBIN, A. (1986), *The foul and the fragrant, odor and the French social imagination*, Cambridge, M.A., Harvard University Press.
- COULTER, J. (1979), *The social construction of the mind*, Nueva York, Macmillan.
- CRAWFORD, J., KIPPAX, S.; ONYX, J.; GAULT, U y BENTON, P. (1992), *Emotion and gender: Constructing meaning from memory*, Londres, Sage.
- CRAWFORD, M. y MARECEK, J. (1989), «Psychology reconstructs the female, 1968–1988», *Psychology of Women Quarterly*, 13, 147–165.
- DANZIGER, K. (1990), *Constructing the subject: Historical origins of psychological research*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1997), *Naming the mind, How psychology found its language*, Londres, Sage.
- DAVIES, B. (1982), *Life in the classroom and playground. The accounts of primary school children*, Londres, Routledge.
- DAVIES, B. y HARRE, R. (1990), «Positioning: The discursive production of selves», *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 20, 43–63.
- DENZIN, N. K. y LINCOLN, Y. S. (eds.) (2005), *Handbook of Qualitative Research, 3rd Edition*, Thousand Oaks, CA, Sage.
- DERRIDA, J. (1976), *Of grammatology* (trad. por G. Spivak), Baltimor, Johns Hopkins University Press.
- DE SHAZER, S. (1994), *Words were originally magic*, Nueva York,

Norton.

DIVERSI, M. (1998), «Glimpses of street life: Representing lived experience through short stories», *Qualitative Inquiry*, 4, 131–147.

DIVORKY, D. y SCHRAG, P. (1975), *The myth of the hyperactive child*, Nueva York, Pantheon.

DUARTE, C. y LIGHTFOOT, C. G. (eds.) (2004), *Narrative analysis: Studying the development of individuals in society*, Thousand Oaks, CA, Londres, Sage.

EDWARDS, D. (1997), *Discourse and cognition*, Londres, Sage.

EDWARDS, D.; ASHMORE, M. y POTTER, J. (1995), «Death and furniture: the rhetoric and politics and theology of bottom line arguments against relativism», *History of the Human Sciences*, 8, 25–49.

EDWARDS, D. y POTTER, J. (2000), *Discursive psychology*, Londres, Sage.

FEE, D. (ed.) (2000), *Pathology and the postmodern*, Londres, Sage.

FEYERABEND, P. (1978), *Against method*, Nueva York, Humanities Press.

FINE, M. et al (2003), «Participatory Action Research: From within and beyond prison bars», en P. M. Camic; J. E. Rhodes y L. Yardley (ed.) (2003), *Qualitative research in psychology: Expanding perspectives in methodology and design*, Washington, D.C., American Psychological Association, pags. 173–198.

FINE, M.; FREUDENBERG, N.; PAYNE, Y. A.; PERKINS, T.; SMITH, K. y

WANZER, K. (2003), «Anything can happen with police around: Urban youth evaluate strategies of surveillance in public places», *Journal of Social Issues*, 59, 141–158.

FOUCAULT, M. (1979), *Discipline and punish: The birth of the prison*, Nueva York, Random House.

— (1980), *The history of sexuality*, vol. 1, Nueva York, Random House.

FOX, D. I. y PRILLETENSKY, I. (eds.) (1997), *Handbook of critical psychology*, Thousand Oaks, CA, Sage.

FOX, K. V. (1996), «Silent voices: A subversive reading of child sexual abuse», en C. Ellis y A. Bochner (ed.), *Composing ethnography: Alternative forms of qualitative writing*, Walnut Creek, CA, AltaMira Press, pags. 330–356.

FRANK, A. W. (1995), *The wounded storyteller, body, illness and ethics*, Chicago, University of Chicago Press.

— (2004), *The renewal of generosity: Illness, medicine, and how to live*, Chicago, University of Chicago Press.

FRIEDMAN, S. (ed.) (1993), *The new language of change: Constructive collaboration in psychotherapy*, Nueva York, Guilford.

GAVEY, N. (1989), «Feminist poststructuralism and discourse analysis: Contributions to a feminist psychology», *Psychology of Women Quarterly*, 14, 459–476.

— (2005), *Just sex? The cultural scaffolding of rape*, Londres, Nueva York, Routledge.

GERGEN, K. J. (1973), «Social psychology as history», *Journal of*

Personality and Social Psychology, 26, 309–320.

- (1977), «The social construction of self–knowledge», en T. Mischel (ed.), *The self, psychological and philosophical issues*, Oxford, Blackwell, pags. 139–169.
- (1985), «The social constructionist movement in psychology», *American Psychologist*, 40, 266–275.
- (1994a), *Toward transformation in social knowledge*, 2.–ed. (original publicado por Springer Verlag, 1982), Londres, Sage.
- (1994b), *Realities and relationships*, Cambridge, Harvard University Press.
- (1995), «Metaphor and monophony in the twentieth century psychology of emotions», *History of the Human Sciences*, 8, 1–23.
- (1999), *An invitation to social construction*, Londres, Sage.
- (2001), *Social construction in context*, Londres, Sage.
- (2001b), «Psychology in a postmodern context», *American Psychologist*, 56, 803–813.
- (2005), «Narrative, moral identity, and historical consciousness: A social constructionist account», en J. Straub (ed.), *Narrative, identity and historical consciousness*. Nueva York, Berghahn.
- (2006) *Therapeutic realities*, Chagrin Falls, OH, Taos Institute Publications.
- (en prensa), *Relational being*, Nueva York, Oxford University

Press.

GERGEN, K. y DAVIS, K. E. (1985), *The social construction of the person*, Nueva York, Springer Verlag.

GERGEN, K.J. y GERGEN, M. M. (1983), «Narratives of the self», en T. R. Sarbin y K.E. Scheibe (eds.), *Studies in social identity*, Nueva York, Praeger.

– (1988), «Narratives and the self as relationship», en L. Berkowitz (ed.), *Advances in Experimental Social Psychology*, vol. 21, Nueva York, Academic Press, págs. 17– 56.

– (1995), «What is this thing called love? Emotional scenarios in historical perspective», *Journal of Narrative and Life History*, 5, 221–238.

– (1999), «Memory as discourse: Implications for scientific research», *Scandinavian Journal of Psychology*, 1999, 40, 31–35.

– (2000), «Qualitative Inquiry: Tensions and transformations», en N. Denzin e Y. Lincoln (eds.), *Handbook of qualitative research*, 2.^a ed., Thousand Oaks, CA, Sage, págs. 1025–1046.

– (2001), «Ethnographic representations as relationship», en C. Ellis y A. Bochner (eds.), *Ethnographically speaking*, Walnut Creek, CA, AltaMira Press, págs. 11–33.

– (2005), *Social construction: Entering the dialogue* (2004), Chagrin Falls, OH, Taos Institute Publications.

(2006), «Narratives in action», *Narrative Inquiry*, 16, 119–128.

– (en prensa), «Social construction and research methods in

the social sciences», en W. Outhwaite y S. Turner (eds.) *Handbook of Social Science Methodology*, Londres, Thousand Oaks, CA, Sage.

GERGEN, K. J. y H OSKING, D. M. (2006), «If you meet social construction along the road: A dialogue with Buddhism», en M. Kwee; K. J. Gergen y F. Koshikawa (eds.), *Horizons in Buddhist psychology: Practice, research, and theory*, Chagrin Falls, OH, Taos Institute Publications, págs. 299–314.

GERGEN, M. (1988), «Toward a feminist metatheory and methodology in the social sciences», en M. Gergen (ed.), *Feminist thought and the structure of knowledge*, Nueva York, Nueva York University Press, págs. 87–104.

— (2001), *Feminist reconstructions in psychology, Narrative, gender and performance*, Thousand Oaks, CA, Sage.

— (2005), «Toward a Performative Psychology» (traducido al Alemán), H. P. Mattes y Tamara Musfeld (ed.), *Psychologische Konstruktionen. Der Diskurs des Performativen*, Gottingen, Alemania, Vandenhoeck y Ruprecht, págs. 200–210.

— (en prensa), «Qualitative methods in feminist research», en W. Stainton-Rogers y C. Wittig (eds.), *Handbook of Qualitative Research in Psychology*, Londres, Thousand Oaks, CA, Sage.

GERGEN, M. y DAVIS, S. (2003), «Dialogic pedagogy: Developing narrative research perspectives through conversation», en R. Josselson; A. Lieblich y D. McAdams (eds.), *Up close and personal: The teaching and learning of narrative research*,

Washington, DC, APA Publications.

- Gergen, M. y Gergen, K. J. (1993), «Narratives of the gendered body in popular autobiography», en R. Josselson y A. Lieblich (eds.), *The narrative study of lives*, vol. 1, Thousand Oaks, CA, Sage, págs. 191–218.
- (2005), «Positive aging: Reconstructing the Life Course», en C. Goodheart y J. Worell (eds.), *Handbook of Women and Girls*, Londres, Nueva York, Oxford University Press, págs. 416–426.
- GRAUMANN, C.F. y GERGEN, K. J. (1996), *Historical dimensions of psychological discourse*, Nueva York, Cambridge University Press.
- GRAY, R., y SINDING, C., *Standing ovation: Performing social science research about cancer*, Walnut Creek, CA, Alta Mira.
- GUBRIUM, J. F. y HOLSTEIN, J. A. (eds) (2003), *Postmodern interviewing*, Thousand Oaks, CA, Sage
- GUBRIUM, J.; HOLSTEIN, J. A y BUCKHOLDT, D. (1994), *Constructing the life course*, Dix Hills, NY, General Hall.
- HALPERIN, D.; WINKLER, J. y ZEITLIN, F. (eds.) (1990), *Before sexuality, erotic experience in the ancient Greek world*, Princeton, Princeton University Press.
- HARE–MUSTIN, R. (1994), «Discourse in a mirrored room: A postmodern analysis of therapy», *Family Process*, 33, 199–236.
- HARE–MUSTIN, R. y MARECEK, J. (eds.) (1990), *Making a difference, Psychology and the construction of gender*, New Haven,

Yale University Press.

HARRE, R. (ed.) (1986), *The social construction of emotion*, Oxford, Blackwell.

– (2003), *The self and others: Positioning individuals and groups in personal, political and cultural contexts*, Nueva York, Praeger.

HARRE, R.; BROCKMEIER, J. y MUHLHOUSLER, P. (1998), *Greenspeak: Study of Environmental Discourse*, Londres, Sage.

HARRE, R. y SECORD, P. (1972), *The explanation of social behaviour*, Londres, Rowman y Littlefield.

HAZAN, H. (1994), *Old age, constructions and deconstructions*, Cambridge, Cambridge University Press.

HENRIQUES, J.; HOLLWAY, W.; URWIN, C.; VENN, C. y WALKERDINE, V. (1984), *Changing the subject: Psychology, social regulation and subjectivity*, Londres, Methuen.

HELD, B. (1996), *Back to reality, a critique of postmodern psychotherapy*, Nueva York, Norton.

HEPBURN, A. (2000), «On the alleged incompatibility between relativism and feminist psychology», *Feminism and Psychology*, 10, 94–103.

HEPWORTH, J. (1999), *The social construction of anorexia nervosa*, Londres, Sage.

HERMANS, C.A.M.; IMMINK, G.K., DE JONG, A. y VANDER LANS, J. (eds.) (2002), *Social construction and theology*, Leiden, Brill.

- Hermans, H. J. M. y KEMPEN, H. J. G. (1995), *The dialogical self: Meaning as movement*, San Diego, Academic Press.
- HIBBERD, F. (2005), *Unfolding social constructionism*, Nueva York, Springer.
- HOFFMAN, L. (2002), *Family therapy: An intimate history*, Nueva York, W. W. Norton.
- HOLSTEIN, J. A. y GUBRIUM, J. F. (2000), *The self we live by: Narrative identity in a post-modern world*, Nueva York, Oxford University Press.
- HOLZKAMP, K. (1978), «Gesellschaftlichkeit des indivuums: Aufsätze 1974–1977», Berlin, Atheneum–Verlag.
- HOLZMAN, L. y MORSS, J. (eds.), (2000), *Postmodern psychologies, societal practice and political life*, Nueva York, Routledge.
- HOYT, M. (ed.), (1996), *Constructive therapies*, vol.2.
- HURWITZ, B. y GREENHALGH, T. (1998), *Narrative based medicine: Dialogue and discourse in clinical practice*, BMJ Publishing.
- IBÁÑEZ, T. e ÍÑIGUEZ, L. (eds.) (1997), *Critical social psychology*, Londres, Sage.
- ISRAEL, J. y TAJFEL, H. (1972), *Context of social psychology: A critical assessment*, Nueva York, Academic Press.
- JOSSELSON, R. y LIEBLICH, A. (eds.) (1995), *Interpreting experience: The narrative study of lives*, ThousandOaks, CA, Sage.
- JOSSELSON, R.; LIEBLICH, A. y McADAMS, D. (eds.) (2003), *Up close and personal: The teaching and learning of narrative research*, Washington, D C, APA Publications.

- JOST, J. T. y KRUGLANSKI, A. W. (2002), «The estrangement of social constructionism and experimental social psychology: History of the rift and prospects for reconciliation», *Personality and Social Psychology Review*, 6, 168–187.
- KESSLER. S. y McKENNA, W. (1978), *Gender: An ethnomethodological approach*, Nueva York, Wiley.
- KESSEN, W, (1979), «The American child and other cultural inventions», *American Psychologist*, 34, 81–820.
- KIMMEL, M. (1994), «Masculinity as homophobia», en H. Brod y M. Kaufman (eds.), *Theorizing masculinities*, ThousandOaks, CA, Londres, Sage, págs. 119–141.
- KIRSCHNER, S. (1996), *The religious and romantic origins of psychoanalysis*, Nueva York, Cambridge University Press.
- KITZINGER, C. (1987), *The socialconstruction of Lesbianism*, Thousand Oaks, CA, Londres, Sage.
- KOMESAROFF, P.; ROTHFIELD, P. y DALY, J. (eds.) (1997), *Reinterpreting menopause: Cultural and philosophical issues*, Nueva York, Londres, Routledge.
- Kuhn, T. (1970), *The structure of scientific revolutions*, 2.a ed., Chicago, University of Chicago Press (5.a edición en 1962).
- KUTCHINS, H. y KIRK, S. A. (1997), *Making us crazy, DSM: The psychiatric bible and the creation of mental disorders*, Nueva York, Free Press.
- KVALE, S. (ed.) (1992), *Psychology and postmodernism*, Londres, Sage.
- KWEE, M.; GERGEN, K. J. y KOSHIKAWA, F. (2006), *Horizons in*

Buddhist Psychology: Practice, researchy theory, Chagrin Falls, OH, TaosInstitute Publications.

KWEE, M. G. T. y TEEMS, M. (2006), «A new Buddhist psychology: Moving beyond Theravada and Mahayana», M. G. T. Kwee; K. J. Gergen y F. Koshikawa (eds.), (435–478), *Horizons in Buddhist psychology: Practice, research, y theory*, Chagrin Falls, OH, Taos Institute Publications, págs. 299–314.

LAING, R.D. (1965), *The divided self: An existential study in sanity and madness*, Londres, Penguin.

LATOUR, B. y WOOLGAR, S. (1986), *Laboratory life: The construction of scientific facts*, Princeton, NJ, Princeton University Press.

LEARY, D. (1990), *Metaphors in the history of psychology*, Cambridge, U. K., Cambridge University Press.

LIEBLICH, A. y JOSSELSO, R. (eds.) (1994), *Exploring identity and gender*, Thousand Oaks, CA, Sage.

MANCUSO, J. X. y SARBIN, T.R. (1983), «The self–narrative in the enactment of roles», en T. R. Sarbin, *Studies in social identity*, Nueva York, Praeger.

MARECEK, J. (2003), «Dancing through mine fields: Toward a qualitative stance in psychology», en P. M. Camic, J. E. Rhodes y L. Yardley (eds.), *Qualitative research in psychology: Expanding perspectives in methodology and design*, Washington, D. C., American Psychological Association, págs. 49–69.

MATTINGLY, C. y GARRO, L. C. (eds.) (2000), *Narrative and the cultural construction of illness and healing*, Berkeley, University of California Press.

MCADAMS, D. (1985), *Power, intimacy and the life story: Personological inquiries into identity*, Nueva York, Guilford.

– (1993), *The stories we live by*, Nueva York, William Morrow.

MCADAMS, D. P. (2006a), *Identity and story: Creating self in narrative*, Washington, D.C., American Psychological Association.

– (2006b), *The redemptive self: Stories Americans live by*, Nueva York, Oxford University Press.

MCNAMEE, S. y GERGEN, K. J. (eds.) (1992), *Therapy as social construction*, Thousand Oaks, CA, Londres, Sage.

MCLEOD, J. (1997), *Narrative and psychotherapy*, Londres, Sage.

MIDDLETON, D. y BROWN, S. D. (2005), *The social psychology of experience, studies in remembering and forgetting*, Londres, Sage.

MIDDLETON, D. y EDWARDS, D. (eds.) (1990), *Collective remembering*, Londres, Sage. MISHLER, E. G. (1984), *The discourse of medicine*, Norwood, NJ, Ablex.

MORAWSKI, J. (ed.) (1988), *The rise of experimentation in American psychology*, New Haven, Yale University Press.

– (1994), *Practicing feminisms, reconstructing psychology: Notes on a liminal science*, Ann Arbor, Univ. of Michigan Press.

MORRIS, D. (1991), *The culture of pain*, Berkeley, University of California Press. MORSS, J. R. (1990), *The biologising of childhood: Developmental psychology and the Darwinian myth*, Hove, Reino Unido, Erlbaum.

NEIMEYER, R. A. (ed.) (2000), *Constructions of disorder: Meaning-making frameworks for psychotherapy*, Washington, DC, American Psychological Association.

– (2001), *Meaning reconstruction and the experience of loss*, Washington, DC, American Psychological Association.

NEWMAN, F. y HOLZMAN, L. (1996), *Unscientific psychology: A cultural-performatory approach to understanding human life*, Westport, CT, Praeger.

NI GHTENGALE, D. y CROMBY, J. (1999) *Social constructionist psychology, a critical analysis of theory and practice*, Celtic Court, Open University Press.

O'H ANLON, W. (2003), *In search of solutions: New directions for psychotherapy*, Nueva York, W. W. Norton.

OYAMA, S. (1991), «Essentialism, women and war: Protesting too much, protesting too little», en A. E. Hunter (ed.), *Genes and gender VI. On peace, war, and gender: A challenge to genetic explanation*, Nueva York, Feminist Press, pages. 64–76.

– (1993), «How shall I name thee? The construction of natural selves», *Theory and Psychology*, 3, 471–496.

PARE, D. A. y LARNER, G. (eds.) (2004), *Collaborative practice in psychology and therapy*, Binghamton, NY, Haworth Press.

PARKER, I. (ed.) (1998), *Social constructionism, discourse and realism*, Londres, Sage.

PARKER, I.; GEORGAS, E.; HARPER, D.; MCLAUGHLIN, T. y STOWALL-SMITH, M. (1995), *Deconstructing*

psychopathology, Londres, Sage.

PARKER, I., y SHOTTER, J.(eds.) (1990), *Deconstructing social psychology*, Londres, Routledge.

POLKINGHORNE, D. E. (1988), *Narrative knowing and the human sciences*, Albany, State University of Nueva York Press.

POTTER, J. (1996), *Representing reality*, Londres, Sage.

POTTER, J. y WETHERELL, M. (1987), *Discourse and social psychology: Beyond attitudes and behavior*, Londres, Sage.

PRILLELTENSKY, I. (1994), *The morals and politics of psychology*, Albany, Sate University of Nueva York Press.

QUOSH, C. y GERGEN, K. J.; SUGIMAN, T.; GERGEN, K. J. y WAGNER, W. (en prensa), *Meaningin action, Construction, Narratives and Representations*, NuevaYork, Springer.

RAPLEY, M. (2004), *The social construction of intellectual disability*, Cambridge, Cambridge University Press.

REASON, P. y BRADBURY, H. (eds.) (2000), *Handbook of action research, participative inquiry and practice*, Sage, Londres.

Rogers, A. et al. (1999), «An interpretive poetics of languages of the unsayable», en R. Josselson y A. Lieblich (eds.), *Making of meaning in the Narrative Study of Lives*, vol. 6, ThousandOaks, CA, Sage, pages. 77–106.

ROGOFF, B.; TURKANIS, C. G. y BARTLETT, L. (eds.) (2001), *Learning together: Children and adults in a school communitiy*, NuevaYork, Oxford UniversityPress.

ROSE, N. (1985), «The psychological complex», Londres, Routledge

y Kegan Paul.

ROSENWALD, G. y OCHBERG, R. (eds.), *Storied lives*, New Haven, Yale University Press.

RUSSELL, G. M. (2000), *Voted out: The psychological consequences of anti-gay politics*, Nueva York, Nueva York University Press.

SAMPSON, E. E. (1985), «The decentralization of identity: Toward a revised concept of personal and social order», *American Psychologist*, 40, 1203–1211.

— (1993), *Celebrating the other: A dialogic account of human nature*, Boulder, Co, Westview Press.

SARBIN, T. y MANCUSO, J. (1980), *Schizophrenia: Medical diagnosis or verdict?*, Elmsford, NY, Pergamon.

SARBIN, T. (ed.) (1986), *Narrative psychology*, Nueva York, Praeger.

SEIKKULA, J.; ARNKIL, T. y ERIKSSON, E. (2003), *Postmodern society and social networks: Open and anticipation dialogues in network meetings*. *Family Process*, 42, 185–204.

SHERIF, C. W. (1987), «Bias in psychology», en S. Harding (ed.), *Feminism y methodology*, Open University Press (original publicado en 1979), pags. 37–56.

SHOTTER, J. (1990), «The social construction of remembering and forgetting», en D. Middleton y D. Edwards (eds.), *Collective remembering*, Londres, Sage.

— (2007), *Conversational realities, reloaded*, Chagrin Falls, OH, Taos Institute Publications.

SMEDSLUND, J. (1978), «Bandura's theory of self-efficacy: A set of common sense theorems», *Scandinavian Journal of Psychology*, 19, 1–14.

(1988) *Psycho-logic*. Nueva York, Springer-Verlag.

– (2004), *Dialogues about a new psychology*, Chagrin Falls, OH, Taos Institute Publications.

SPACKS, P. M. (1997), *Boredom, the literary history of a state of mind*, Chicago, University of Chicago Press.

STEFFE, L. P. y GALE, J. (eds.), *Constructivism in education*, Hillsdale, NJ, Erlbaum. STRICKLAND, L.; ABOUD, F. y GERGEN, K. J. (eds.) (1977), *Social psychology in transition*, Nueva York, Plenum.

SZASZ, T. (1961), *The myth of mental illness: Foundations of a theory of personal conduct*, Nueva York, Hoeber-Harper.

TAPPAN, M. B. y PACKER, M. J. (eds.) (1991), *Narrative and story telling: Implications for understanding moral development*, San Francisco, Jossey-Bass.

TIEFER, L. (1995), *Sex is not a natural act, and other essays*, Boulder, CO, Westview.

TILLMANN-HEALY, L. M. (1996), «A secret life in a culture of thinness», en C. Ellis y A. Bochner (eds.), *Composing ethnography*, Walnut Creek, CA, AltaMira Press, pags. 76–105.

VAN LANGEHOVE, L. y HARRE, R. (1998), *Positioning theory*, Londres, Blackwell.

VYGOTSKY, L. (1962), *Thought and language* (editado y traducido

por Eugenia Hanfmann y Gertrude Vakar), Boston, MIT Press (publicado originalmente en Ruso en 1934).

VYGOTSKY, L.S. (1978), *Mind in society: The development of higher psychological processes*, Cambridge, Harvard University Press.

WALKERDINE, V. (1988), *The mastery of reason*, Londres, Routledge. (1990), *Schoolgirl fictions*, Londres, Verso.

– and the Girls and Mathematics Unit (1989), *Counting girls out*, Londres, Virago.

WALKERDINE, V. y LUCEY, H. (1989), *Democracy in the kitchen: Regulating mothers and socializing daughters*, Londres, Virago.

WEICK, K. (1995), *Sensemaking in organizations*, Thousand Oaks, CA, Sage.

WEINSTEIN, M. (2004), «Randomized design and the myth of certain knowledge: Guinea pig narratives and cultural critique», *Qualitative Inquiry*, 10, 246–260.

WEIS, L. y FINE, M. (2005), *Beyond silenced voices: Class, race, and gender in United States Schools*, Albany, NY, SUNY Press.

WERTSCH, J. (1991), *Voices of the mind*, Cambridge, MA, Harvard University Press. WEISSTEIN, N. (1971), «Psychology constructs the female», en V. Gornick y B. K. Moran (eds.), *Women in sexist society*, Nueva York, Basic Books.

WETHERELL, M. y POTTER, J. (1992), *Mapping the language of racism: Discourse and the legitimation of exploitation*, Nueva York, Columbia Univ. Press.

- WETHERELL, M.; TAYLOR, S. y YATES, S. J. (eds.) (2001), *Discourse theory and practice, a reader*, Londres, Sage.
- WHITE, M. y EPSTON, D. (1990), *Narrative means to therapeutic ends*, Nueva York, Norton.
- WHITEHOUSE, P. (2005), *Returning to normal: A cry for revival and reformation*, Independent Publishers.
- WILLIG, C. (ed.) (1999), *Applied discourse analysis, social and psychological interventions*, Buckingham, Open University Press.

Capítulo IV

PSICOLOGÍAS FEMINISTAS: PERSPECTIVAS CRÍTICAS, POSMODERNAS Y RADICALES

**Teresa Cabruja
Concepción Fernández–Villanueva**

1. Psicología y feminismo

El feminismo mantiene desde sus orígenes un carácter crítico y emancipatorio. Se construye desde la experiencia de opresión y discriminación de las mujeres y desde el deseo de unas condiciones sociales emancipatorias libres de, dominación discriminación y exclusión, en las que sea posible la igualdad de oportunidades. Por esta razón, partimos de la idea que la psicología feminista, sea del tipo que sea (pues ya el feminismo contiene gran pluralidad de

opciones y diversidades), consiste, en cierta forma, en desarrollar una teoría-práctica psicológicas fundamentadas en los objetivos políticos del movimiento feminista.

Las experiencias de opresión y dominación no solo son prácticas sociales o acciones que excluyen o tratan con injusticia a las mujeres. También incluyen la utilización de estereotipos, rasgos psicológicos negativos e inadecuados y proyección de o inferioridad psicológica para realizar multitud de tareas asignadas a los varones. La definición de la inteligencia ha estado mediatizada y sesgada hacia la inteligencia abstracta que en realidad era inteligencia matemática o geométrica. Este sesgo ha perjudicado la evaluación de la incapacidad psicológica y no pocas veces ha servido para mantener alejadas a las mujeres de determinados lugares de valor y de realización en el ámbito de lo público, por ejemplo los laboratorios científicos, incluidos los de la propia psicología. De hecho, una gran parte de la psicología feminista focaliza su atención en el estudio del sexismo y cómo se legitiman las desigualdades y discriminaciones, en general, hasta incluir los efectos de la naturalización de la heterosexualidad.

No se debería olvidar la larga lista de prohibiciones de actividades: artísticas, intelectuales, deportivas, asociacionistas, etc., que han sufrido las mujeres desde finales de los XIX y principios del XX, pues coinciden los avances del movimiento feminista y la creación científica o artística, junto con la participación política y el activismo. De

tal manera que, cuando hay desarreglos y problemas de estados de ánimo y vivencias, en vez de atribuirlos a estos esfuerzos y tensiones socioestructurales de desigualdad y opresión o ruptura de roles (Cabruja, 2005; 2008; 2009) médicos y psiquiatras regulan terapéutica y farmacológicamente con prescripciones de inmovilidad, prohibiciones de trabajo, de reuniones etc. la actividad femenina.

Algunos psicólogos muy reconocidos en la historia son «famosos» por haber practicado un sexismo excluyente y haber contribuido a crear estereotipos de género asimétricos y desvalorizadores para las mujeres. El trabajo de Silvia García Dauder sobre mujeres pioneras en la psicología institucional, en el último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del XX, muestra las manifestaciones de sexismo de la academia visibles e invisibles o más sutiles, así como, la relación con la vida cotidiana, y las aún permanentes dificultades de inclusión en la comunidad científica. Pero, a su vez, vale la pena destacar los psicólogos que funcionaron como mentores para distintas mujeres psicólogas a las que reconocieron y ayudaron (García Dauder, 2005; véase también Ovejero, 1988, cap. 15).

Este fue un periodo especialmente clave tanto en el desarrollo del movimiento feminista como en la incorporación de las mujeres en la ciencia. Las pioneras, no solo psicólogas sino en otras ciencias se encontraron no sólo con barreras institucionales y prejuicios en su propia labor

científica sino que, además, realizaron aportaciones indispensables para la construcción psicológica de los roles, las identidades y las capacidades en función de la diferencia sexual.

Otra pieza indispensable en la inclusión de mujeres en la ciencia fue la red de mujeres y el rol que desarrollaron las escuelas para mujeres junto con otras redes de participación social. En el estado español, el caso de las psicólogas formadas en estudios de salud y educación, posteriormente, psicólogas españolas exiliadas después de la guerra civil, combinan, también, de modo parecido, o bien una segregación institucional o bien una mezcla entre otras «sujeciones» de la feminidad y supervivencias académicas. A menudo más dirigidas hacia la educación que la investigación. Muchas de ellas, tal y como pone de manifiesto Carmen García Colmenares (2009), influidas por el movimiento sufragista y las corrientes europeas que participaron en la innovación con una educación igualitaria, a la par que introducían y aplicaban teorías psicológicas durante el periodo republicano. Vale la pena recordar, por ejemplo, a una de nuestras psicólogas pioneras, Regina Lago García, que se ocupó de l@s niñ@s de la guerra civil y se exilió en México.

El feminismo en psicología nace de la convicción de que los datos y las interpretaciones psicológicas del comportamiento de las mujeres no nos representan, son injustas e inapropiadas. En consecuencia uno de sus

principales objetivos es desmontar la «verdad» de las características psicológicas que eran proyectadas así como establecer la «objetividad» de concepto de género y la psicología de los géneros. De hecho, las críticas feministas planteadas desde la psicología social se refieren a los resultados en la psicología experimental, psicología diferencial psicología dinámica o cognitiva. Uno de los textos pioneros es el titulado *Women gender and social psychology* en el que participaron muchas de las actualmente reconocidas autoras en psicología social crítica y feminista. Su primer capítulo de introducción se titula «integrando la crítica feminista y la crisis de la psicología social. Otra mirada a los métodos de investigación». En este texto se revisan de forma exhaustiva temas fundamentales para la construcción de los rasgos de género: las imágenes de la masculinidad y de la feminidad, las atribuciones debidas al sexo, motivación del logro y roles sexuales, la indefensión de las mujeres y los rasgos de cooperativismo, la agresión y el amor. En el capítulo de Piliavin y Unger se explicita una de las conclusiones más fuertemente mantenidas después por la psicología social crítica feminista: el estudio del sexo y el género está tan entrelazado (impregnado) por la naturaleza de los procesos sociales entre humanos y sus sociedades que no puede ser explicado con la investigación de laboratorio.

A lo largo de su trayectoria histórica desde los años 80 a la actualidad se ha avanzado, mas allá de la crítica, en la deconstrucción de las propias nociones de rasgos y en la

redefinición radical de los presupuestos en los que la psicología fundamenta la noción de género, así como en la descripción de dimensiones concretas de la psicología como la sexualidad, la identidad o la categorización de raza la etnicidad o las dimensiones situadas de la subjetividad diversificándose ampliamente (Ovejero, 2010, cap. 6).

La orientación feminista no es privativa de la psicología social. Alcanza también otras muchas áreas. No obstante, la psicología social acogió la crítica feminista postmoderna muy probablemente antes que el resto de la psicología. No obstante, el proceso de entrada de las mujeres y del feminismo parece ser similar en otras disciplinas científicas. Como argumenta Sandra Harding (1986; 1996) al inicio, lo que se plantea, es especialmente el acceso de las mujeres a la ciencia y, al final, se trata más bien de la cuestión del «feminismo en la ciencia». En Psicología se produce un enorme desarrollo y transformación de las aportaciones feministas desde las primeras investigaciones de mujeres que cuestionan la investigación producida en la psicología tradicional. Mas tarde se plantean los primeros debates sobre la postmodernidad y su repercusión a través de la psicología postempiricista, crítica y postmoderna hasta el desarrollo de las aportaciones sobre performatividad de Judith Butler (2006) y sobre el Cyborg de Donna Haraway (1995). Quizá las más recientes aportaciones dentro de esta diversificación posmoderna son las «posiciones situadas» y las críticas al etnocentrismo y la heterosexualidad, con

aplicaciones, por ejemplo, en la cyberpsicología feminista de Heidi Figueroa (1996) en Puerto Rico, o en la psicología comunitaria en Brasil, Venezuela, etc., por ejemplo, así como, en la psicología feminista postcolonial que puede ir desde la aplicación del psicoanálisis relacional a las subjetividades postcoloniales en estudios transculturales, o los debates sobre la profesionalización y los modelos occidentales de psicología en Sudáfrica (Callaghan, 2005); o los distintos desarrollos de las aportaciones de Gayatri Spivak (1988) sobre las posiciones estratégicas del esencialismo y los «estudios subalternos» o las de bell hooks (1984) sobre las mujeres del tercer mundo denominadas «las otras inapropiables», o de las incorporaciones del giro postcolonial que se desarrolla en distintos países de América latina (México, Colombia, etc.).

Nos encontramos, pues, que, además de las primeras trayectorias feministas dirigidas a recuperar las mujeres y sus aportaciones o a corregir los sesgos en la psicología positivista, se desarrolla como mínimo, lo que llamaríamos una psicología feminista *empiricista*, que pretende crear una ciencia psicológica no sexista, que estaría en la línea por ejemplo de los trabajos de Maccoby y Jacklin sobre la psicología de las diferencias sexuales (1974) o el de Victoria Sau (1981, 2001) en el estado español. Carol Gilligan fue pionera en demostrar el sexismo que se ocultaba bajo el concepto de *desarrollo moral universal* formulado por Kohlberg (1984). En su trabajo sobre la relación entre el

juicio y la acción en una situación de conflicto moral (Gilligan, 1982) muestra que niñas y niños construyen una representación diferente de la realidad social en la que están inmersos y por lo tanto generan una respuesta diferente para los dilemas morales con los que tienen que enfrentarse. Señala dos tipos de ética de la justicia correspondiente a la perspectiva moral masculina y la ética del cuidado. En la ética del cuidado y atención hay una lógica psicológica de relaciones que contrasta con la lógica formal de imparcialidad que contiene el enfoque de la ética de justicia. El problema fundamental para esta autora es el conflicto de responsabilidades y no la comprensión conceptual de la lógica y los criterios morales abstractos. Su concepción de la moralidad se asocia al cuidado y no a la comprensión de los derechos y las reglas. El conflicto de prioridades señala que la mujer atiende en ocasiones concretas a las necesidades de cuidado y de las relaciones mutuas, mientras que el hombre desatiende esa esfera y se fija más en la comprensión de los derechos y las reglas. Si desde la teoría de Kohlberg se considera que la moral que atiende a los derechos y reglas es de mayor nivel que la que se deriva de la ética del cuidado es por falta de neutralidad en la interpretación de los datos, como la evaluación estereotípica predeterminada de las orientaciones masculinas, que por otra parte no son innatas sino derivadas de la socialización. Las mujeres escuchan «voces distintas de las suyas», que incorporan en su razonamiento moral lo cual es un rasgo positivo aunque sea desvalorizado por el androcentrismo.

Sin embargo, estas producciones se distancian de o incluso se enfrentan con teorías posteriores mucho mas críticas y radicales, hasta constituir actualmente una de las orientaciones básicas de la psicología social crítica (Ovejero, 1999). El motivo fundamental de la distancia entre ambas perspectivas es el pretendido objetivismo de la psicología feminista positivista o empirista, que utilizando las metodologías tradicionales pretende descubrir una nueva «verdad» acerca de las diferencias de género. De hecho, la interpretación de Gilligan si bien por una parte intenta desmontar el sexismo, mantiene una polaridad Hombres–mujeres considerada demasiado esencialista. En este sentido vale la pena recordar cómo Rhoda Unger (1983) ya avisó sobre cómo una epistemología de la verdad era el principal enemigo del feminismo o como Michele Fine (1985) que ya introduce la paradoja para la psicología feminista que se refiere a las mujeres a fin de evitar esencialismos sobre sus experiencias. Todas las investigaciones que incorporan la categoría binaria y polarizada hombre/mujer son vistas con cierta desconfianza por algunas orientaciones feministas, especialmente las más críticas, que no comparten la noción de diferencias esenciales entre los seres humanos. Pero el esencialismo no se refiere solo a esta polarización, sino que se extiende a la consideración demasiado «arraigada» o estable de cualquier otra dimensión de la identidad de las mujeres. Por ejemplo, se acusa a la psicología feminista lesbiana de marginalizar y descuidar la interpretación política del feminismo, reproducir la ideología liberal y

esencializar las opciones identitarias y de género de las mujeres (Kitzinger, 1987).

La psicología feminista mantiene una gran afinidad con la psicología social crítica y posmoderna. No obstante, existen tensiones entre ellas en muy distintos aspectos. Dichas tensiones se manifiestan en distintos debates. Gran parte de la psicología social postmoderna y la psicología social crítica han cuestionado la psicología mainstream, pero no por ello puede llamarse propiamente feminista ya que en algunos aspectos sus autoras continúan sosteniendo ideas patriarcales. O puede producirse cierto efecto de Tokenismo⁵ que no sólo se produce en la supuesta igualdad, sino también por parte de la psicología crítica (Cabruja, 2003; Cabruja, 2008). De hecho, tal y como veremos en el siguiente apartado, ya en la «crítica de la psicología feminista» a la «psicología social crítica» Wilkinson (1997) recogía justamente el debate originado acerca de hasta que punto era adecuado adoptar los presupuestos postmodernos, socioconstruccionistas o discursivos, ante la duda de si podían resultar destructivos para el proyecto político feminista, despolitizándolo, por ejemplo. Las acusaciones de despolitización e individualismo son las mas importantes que el feminismo hace a las aportaciones posmodernas. Asimismo se critica que no se haya incorporado la crítica

⁵ Tokenismo: tal y como lo describe Erika Apfelbaum para explicar las relaciones de poder y dominación entre grupos y que tiene que ver con tomar un señuelo como índice de que, si se cumplen las normas, existe la igualdad.

feminista o que no se haya citado a las feministas en el movimientos socioconstruccionista y, por el contrario, se haya apropiado de algunas de sus aportaciones, tal y como sucedió en otras disciplinas en el debate postmodernidad-feminismo (Cabruja, 1993) Sea como sea, coincidimos plenamente en la afirmación de Sue Wilkinson (1997, pág. 189): «resumiendo, la psicología feminista es clave para la psicología social crítica, comparte una gran parte de sus críticas a la psicología mainstream y ha realizado importantes contribuciones en debates claves». Vamos a presentar a continuación algunas de sus características y desarrollos.

2. Psicología feminista crítica y psicología feminista radical

Las aportaciones del feminismo a la psicología son múltiples y variadas. Pero debemos hacer notar la confusión de gran parte de los títulos que tienen que ver con «psicología de la mujer» o de «las mujeres», pues algunas veces provienen, efectivamente, de la psicología feminista e incluso son usados de forma intercambiable, pero otras, cada vez más, tal y como pasa con *la psicología del género*, de hecho, están siendo utilizadas por las mismas psicologías dominantes o *mainstream*. Estas entrarían en lo que hemos

denominado la psicología feminista empiricista. Algunas de ellas se proponen «corregir» los sesgos de la psicología positivista pero manteniendo los mismos supuestos en cuanto a la objetividad y la validez de los presupuestos de investigación empiricista. Aunque a menudo se presenta también el feminismo empiricista como resistente, sus supuestos epistemológicos y metodológicos no socavan ni son críticos con el modo de operar dominante en la psicología.

Además, en cierta manera, se podría afirmar que tanto la psicología mainstream como algunas versiones del feminismo sostienen una misma concepción del sujeto, de la subjetividad, como unitaria, como mínimo, y, en muchos casos como racional o como algo autónomo e independiente, lo que se puede observar en las construcciones de una esencia fuera del peso de lo social y de una legitimación o unas tiranías identitarias o demás presupuestos esencialistas (Cabruja, 1996). Desarrollos en detalle de las consecuencias teóricas de los dualismos por sexo o por género, y de la teoría de roles o de la identidad así como el reduccionismo biológico o social. En esta línea pueden destacarse las obras especialmente de psicólogas como Susan Condor (1997), Erika Burman (1998) y Jane Usher (1989).

Nos confrontamos con un problema que señala muy bien Sue Wilkinson cuando se preocupa por el hecho de que aunque la psicología de las mujeres fuera establecida con

claras intenciones feministas, ha sufrido una gran institucionalización de forma parecida a cómo sucede con otros movimientos sociales, «despolitizando» la «psicología de las mujeres». Algo parecido a lo que actualmente sucede con el tema género. El tema «genero», menos amenazante para los fundamentos de la ciencia positivista «se erige como preferido para el aprendizaje y para la investigación como si fuese una especie de perspectiva objetiva y neutra, marginando los trabajos y perspectivas feministas (Cabruja, 2008). Creemos que en ambos casos se produce algo parecido, se hace desaparecer el feminismo en pos de las mujeres o el género, mucho más aceptable y acomodable y sin reconocer su proveniencia y relación con el movimiento feminista y la epistemología y metodología desarrolladas. Los dilemas respecto a las construcciones de la igualdad los hallamos con una supuesta idea de igualdad asumida que puede producir desde neutralización de las subversiones o acciones feministas en la propia historia de la psicología (Cabruja, 2008) hasta las construcciones de la ayuda y responsabilidad doméstica en las cuales se mezclan posiciones de intercambio y de responsabilidades con dilemas ético–morales y con comparaciones con otros modelos de masculinidad tradicional.

Sandra Harding (1996) señala tres acciones que el feminismo crítico aporta a la ciencia: la noción de objetividad fuerte, la reflexividad y la dimensión política del conocimiento. Tomando como referencia su perspectiva,

Algunas aportaciones de mujeres a la psicología de los géneros no serían feministas ya que solamente coincidirían con la perspectiva crítica en su dimensión política. Y aún así no de forma rotunda sino ligera y tímidamente (es decir no están directamente comprometidas con el movimiento feminista) sino que solo aportan ciertos cambios en la interpretación. Finalmente, tal y como ya afirmaban reconocidas psicólogas feministas como Rhoda Unger (1982) o Sue Wilkinson (1989) o Erika Burman (1998) lo que seguramente sería lo más rechazado por parte de la psicología es el reconocimiento de los fundamentos políticos de la psicología feminista pues ya antes de que aparecieran los «post» rompen con, al menos, dos de los dualismos más importantes de la psicología: objetividad–subjetividad, ciencia–política.

A partir de aquí podríamos decir que la psicología feminista crítica o postmoderna se caracteriza, justamente, por ir más allá de señalar los aspectos políticos y críticos. De hecho, reta a la psicología por sus teorías dañinas para las mujeres pero especialmente por el hecho de no ocuparse de las relaciones de poder y de dominación heterosexistas y patriarcales. Así mismo, se plantea como muy lucidamente introdujo ya Celia Kitzinger (1987), el problema de ante la despatologización del lesbianismo, despolitizarlo y, presentarlo como una simple elección individual, en la línea del humanismo liberal y como una operación de promover las identidades útiles para mantener el orden social dominante. A su vez, la

atención dirigida al habla cotidiana y al contexto de interacción, influenciados por las aportaciones de Butler sobre las sexualidades, el deseo y las subjetividades y la subversión de los actos y el habla, están siendo adaptados por la psicología social crítica actual que, a partir de los conceptos de «posición» en el desarrollo más foucaultiano y de la relación entre «subjetividad–sujeción–subversión» o el de análisis etnometodológico procuran otras formas de analizar los significados de la identidad y sus transformaciones. Además incorporan el discurso de la heterosexualidad, para desestabilizar la producción de las sexualidades (Wilkinson y Kltzinger, 1993).

Tanto la *Psicología feminista crítica* como la *psicología feminista radical* se distancian claramente, de la psicología feminista empiricista. Pues no solo corrigen los sesgos androcéntricos de la psicología científica y los resultados obtenidos desde sus metodologías sino que se distancian de los supuestos básicos de ella, reconstruyéndolos y transformando las bases de la construcción del conocimiento. Por ello, se unen a las perspectivas construccionistas referidas a otros temas. Lo que también compartirían, sería realizar una psicología teórica y práctica o teórico–práctica comprometida con los objetivos políticos del movimiento feminista, reconociéndose ambas como políticas y, por lo tanto, apartándose claramente de los presupuestos de objetividad y neutralidad de la psicología. En este sentido son muy relevantes las aportaciones

realizadas por Celia Kitzinger y Sue Wilkinson. Y, en concreto el énfasis de Sue Wilkinson (1986, 1989) mostrando (a) la opresión y control de las mujeres (b) los retos de la psicología feminista a la disciplina (c) y los objetivos más a largo plazo.

Una característica fundamental común a la Psicología feminista crítica y la Psicología feminista radical es el cuestionamiento de la noción de *género*, su contenido su origen y su función social, su destino final en la interacción interpersonal (Fausto–Steerling, 1994) Los rasgos tienen una determinada finalidad de acción, están asociados a la consecución de determinados niveles de poder y en definitiva a cambio un mantenimiento de la estructura social. Por lo tanto, la conceptualización del género femenino y la posición social de las personas que se incluyen en él, deja de ser algo no cuestionado. La ubicación de las mujeres de su reconstrucción de la realidad social en que vivimos se convierte en un desafío explicativo para la psicología

Específicamente, la psicología feminista radical, enfatiza el concepto de patriarcado y el carácter político de las relaciones, pero en relación a la psicología feminista postmoderna, ésta última subvierte las categorías de hombre y mujer, así como las interconecta con las de raza y etnicidad. En este sentido en psicología social Kum Kum Bhavnani (1993) ha cuestionado el etnocentrismo del «primer mundo» y trabajado en pos de una psicología social crítica más interdisciplinaria.

Desde nuestro punto de vista las principales aportaciones epistemológicas de la psicología feminista crítica son las siguientes: énfasis en la importancia de la marca de género, que va más allá de la consideración de simple variable, se concibe como una dimensión que marca toda experiencia subjetiva y está mediatizada por las relaciones de poder. Esta aportación es sustancial para el desarrollo de la investigación posterior ya que descubre la desigualdad que en la investigación no crítica sobre el género queda oculta y se asimila implícitamente a una igualdad básica que es irreal. 2) Desbiologización de los rasgos, entendida como intento sistemático de situar el origen de los rasgos género en la experiencia social y en las relaciones intersubjetivas. 3) Rotura de la polarización entre lo masculino y lo femenino. Y consecuentemente búsqueda de la diversidad en la conducta, las identificaciones y las subjetividades de las mujeres. Esta última cuestión se desarrolla de forma espectacular en la psicología feminista radical.

Bajo la intención de mostrar que la psicología, pretendidamente aséptica, mantiene una definición sesgada, de los roles y los rasgos de género, el feminismo crítico ha revisado investigaciones y conclusiones acerca de una amplísima variedad de dimensiones psicológicas atribuidas a las mujeres. En consecuencia ha revelado que el androcentrismo se extiende desde la misma definición de los rasgos atribuidos al género hasta su medición y las conclusiones que se extraen de la investigación.

La propia noción de inteligencia y los instrumentos para medirla conducen a conclusiones inexactas que enfatizan las habilidades matemáticas, geométricas o espaciales y los asimilan a la inteligencia abstracta, descuidando comparativamente otras dimensiones verbales. De hecho, tal y como ya puso de manifiesto en su momento Unger (1994) las críticas feministas sobre la investigación de las diferencias entre los sexos sea cual sea el tema, se caracterizan por confundir categorías biológicas y sociales en un primer momento junto con una psicología ahistórica y a-reflexiva además del carácter sexuado, androcéntrico y patriarcal de la disciplina psicológica, insistiendo en la producción de diferencias en vez de explorar otras significaciones. Los rasgos propios de la conducta de rol como la atención a las personas, la dependencia se naturalizan y al mismo tiempo se desvalorizan. Por el contrario, otros rasgos como la iniciativa, la independencia o el motivo de logro se sobrevaloran, se les connota de valor positivo y se naturalizan.

Dos conclusiones especialmente repetidas y consistentes en la investigación *mainstream*, no feminista, sobre género, son las diferencias en agresión y dependencia –la agresión sería predominantemente masculina y la dependencia predominantemente femenina. La psicología feminista crítica cuestiona seriamente las definiciones de ambos rasgos, la forma de medirlos y las implicaciones que se derivan de ellas. Con respecto a la agresión, una definición

estrecha que se suele reducir a la agresión física, descuida las formas más importantes de la conducta agresiva así como los factores de grupo y de contexto que inciden en ella. Sin embargo el contenido del concepto de agresión lejos de ser fijo y objetivo varia con el sexismo de las sociedades e incide en las consecuencias jurídicas para los agresores y las víctimas (Fernández Villanueva, 1990) y la violencia sexista no es individual y debida a rasgos personales, sino «estructural» (Fernández Villanueva, 2004). La desconsideración de los factores contextuales especialmente los procesos de poder y la dimensión de grupo, en los más importantes procesos de violencia como la violencia política, distorsionan los datos y la comprensión de este rasgo en las mujeres. De hecho, con frecuencia se minimiza su participación en situaciones de guerra, terrorismo y cualquier otro tipo de violencia política (Fernández Villanueva, 2000, 2007) y se distorsiona la comprensión de las razones por las que ejercen violencia en muchas situaciones. Por otra parte, la literatura psicológica sobre el rasgo de agresividad en relación con el género suele excluir de su consideración los procesos de legitimación, que son imprescindibles para entender la conducta violenta (Miller, y Scholnick, 2000).

Con respecto a la dependencia, se señala la trampa conceptual que supone establecer la ficción de un «actor independiente» que oscurece en la centralidad de la dependencia en las vidas de todas las personas. Por lo tanto,

se propone desarrollar de nuevo el concepto de dependencia evaluando su lugar dentro del orden social y de las biografías subjetivas (Feder–Kitay y K. Feder, 2003).

Los modelos de desarrollo evolutivo tanto cognitivo como el emocional suelen describir una transición del apego al desapego, de la dependencia a la autonomía, y terminan proyectando una imagen desvalorizadora para las mujeres. Estos conceptos que en principio parecen neutros, se utilizan después para construir las diferencias de género asociando lo femenino al apego y la dependencia y lo masculino al desapego y la autonomía. Al señalar el apego y la dependencia como aspectos de un síndrome de conducta menos evolucionado y desarrollado y asociarlos después a la psicología femenina, implícitamente se evalúa negativamente la supuesta psicología femenina. La psicología de las mujeres se infantiliza, se asimila a la psicología de los inmaduros, de los niños. Como ellos, se sitúan en un proceso de evolución cuyo paradigma final es el prototipo masculino al que las mujeres no llegan o no han llegado todavía. Las definiciones previas de los procesos a tener en cuenta y las formas de medirlos llevaban a conclusiones tan injustas como que las mujeres alcanzan un nivel de desarrollo moral menor que los varones.

Mary Gergen (1988) hace un recuento crítico de todos los tópicos que se han formulado en la descripción de menopausia, Phoenix (1990) lo hace de los tópicos relacionados con las capacidades para el aprendizaje y la

conducta en la educación, y Rothman (1993) de los tópicos de la psicología del embarazo

La psicología feminista crítica alcanza también al psicoanálisis cuando deja de ser interpretado desde una perspectiva biologicista e introduce, cada vez con más detalle, los factores interpersonales. La concepción interaccional, radicalmente intersubjetiva, de los deseos y los rasgos desarrollada por Juliet Mitchell (1976) y más tarde por Jessica Benjamin (1996) y Dio Bleichmar (1997) queda lejos del modelo pulsional ligado estrechamente a lo biológico defendido anteriormente. En ese modelo relacional tienen cabida los efectos de las definiciones sociales del género marcadas por el poder y la historia de relaciones entre grupos. Con ello, las orientaciones psicoanalíticas acerca del género adquieren una nueva dimensión epistemológica ya que se abren a nuevas investigaciones y nuevas orientaciones terapéuticas.

Masculinidad y feminidad no se derivan de la diferencia sexual anatómica sino que se construyen en la intersubjetividad mediante la interacción, a través del proceso de interiorización de gestos, representaciones y palabras que los adultos transmiten a los niños y niñas en el proceso de interacción cotidiana desde su nacimiento (Bleichmar, 1997). Estos gestos, representaciones, palabras e incluso fantasías mantienen una doble localización: en el inconsciente individual en los ideales y representaciones colectivas.

Otro de los desarrollos que conjunta psicoanálisis, psicología crítica con especial atención a la construcción de la subjetividad femenina, proviene de las investigaciones de Valerie Walkerdine (1995) quien cuestiona la psicopatologización de la maternidad de las mujeres de clase obrera hasta ocuparse del desarrollo dilemático de la subjetividad femenina a partir de la socialización en las fantasías producidas culturalmente y la regulación/resistencia. En este sentido cobran especial importancia las aportaciones sobre la psicopatologización de las mujeres y lo femenino (Cabruja, 2009, 2008, 2005), así como el desplazamiento a la comprensión de las normas estructuras y organización patriarcal y heterosexista tanto de la sociedad como de la misma psicología. Desde los años setenta hasta la actualidad, la crítica se realiza tanto hacia la terapia como a la misma clasificación de los trastornos psicopatológicos. En este sentido, las aportaciones de Jane Usher (1989), por ejemplo, sobre la psicopatologización del síndrome premenstrual, la maternidad y la menopausia así como las conexiones con la psicología narrativa para generar modelos de intervención menos psicologizados, menos despolitizados y más atentos a las relaciones de poder, constituyen un buen ejemplo.

La dimensión política de muchas investigaciones de estas autoras se ejemplifican en la idea de Rothman (1993) que al construir la representación discursiva de las mujeres embarazadas y resaltar la validez de sus experiencias

contadas frente a los estereotipos inapropiados que de ellas se han hecho, se considera no solo la que construye dicha representación social, sino su «representante política» (representación en el doble sentido de *reivindicación de su discurso* y de *reivindicación de políticas* de acción para respetar ese discurso).

Finalmente, las definiciones acerca de los rasgos y de la formación y transformación de la psicología femenina necesariamente se reflejan en psicoterapia. Las psicoterapias pueden convertirse en un marco coercitivo en el que se construye e interpreta la experiencia (Kitzinger y Perkins 1993).

Los modelos de identificación así como los modelos de ser mujeres que se presentan en la terapia deben ser revisados para no repetir estabilidad y la promoción de los estereotipos tradicionales. No se trata de construir o sanar el yo femenino entendido con sus rasgos tradicionales sino de construir la identidad. Se podría así delinear una terapia feminista que tendría las siguientes características:

1. Conceder gran importancia teórica y política a la prestación de servicios de mujer a mujer.
2. Intentar no reproducir las típicas relaciones masculino-femeninas en las que el hombre ostenta el poder y la autoridad.

3. Utilizar las contratransferencias para promover otros modelos de mujer.

4. Considerar que son agentes patógenos no sólo las experiencias infantiles sino también las experiencias más próximas en el tiempo, experiencias de relaciones de trabajo, experiencias de sumisión etc. (Burman, 1996).

Los dilemas en la psicología crítica feminista sobre su propia institucionalización, sus semejanzas y diferencias o colaboraciones en relación a la psicología social crítica o la búsqueda de nuevas prácticas cotidianas y nuevas metodologías de investigación, han provocado numerosos debates y reflexiones que, desgraciadamente, no podemos recoger en estas líneas. Además, ha sucedido, de forma parecida al debate modernidad–postmodernidad que los desarrollos en Estados Unidos de la crítica postestructuralista feminista y los desarrollos anglosajones de la llamada «psicología crítica» se han producido en paralelo y en diálogo con los cuestionamientos y debates que se producían, por ejemplo, en el sur de Europa, en el Estado Español, bajo la influencia del pensamiento francés y la propia historia del movimiento feminista o en distintos países de América Latina, con la psicología comunitaria aplicada y los cuestionamientos de los efectos patriarcales y colonizadores de la psicología *mainstream*, incluida la crítica por su eurocentrismo etnocentrismo y occidentalismo así como por el dominio de la producción en lengua inglesa.

Cómo hemos podido ver, los debates continúan en plena vigencia, afortunadamente, y los desarrollos contemporáneos de la crisis de la psicología social de finales del siglo XX, se mueven entre la incorporación de las premisas cyborgfeministas, postcoloniales y performativas en las subjetividades e intersubjetividades de investigadores y participantes y en las relaciones de poder o efectos autoritarios, analizados a partir de la reflexividad. De ahí, podemos hablar del desarrollo de una diversidad de «posiciones feministas críticas» aunque adaptadas parcialmente a la metodología de investigación, especialmente, la etnográfica, respecto la parcialidad de la objetividad y las posiciones «situadas» fundamentadas en Donna Haraway. Del mismo modo, el uso del concepto de *performatividad* de Judith Butler constituye actualmente una fuente de investigación psicológica crítica y dos de los temas clave: el de buscar recursos teórico–metodológicos para producir conocimiento fuera de un lugar de neutralidad y universalidad, pasando a lo local, comprometido y participativo, y la problematización de las sexualidades y a heteronormatividad dominante con una crítica que va más allá de la primera psicología lésbica y gay radical, que ya había recibido sendas críticas.

Consideramos necesario comentar estos desarrollos recientes, aunque parezca que empecemos por el final, porque sirve para explicar porque hay tal variedad de desarrollos el último cuarto de siglo XX hasta nuestros días y

porque lo que empieza como una relación con el feminismo postestructuralista enlaza y se cruza con los desarrollos de la crítica postcolonial, tecnocientífica y de las sexualidades de distintas maneras e, incluso, con versiones del postfeminismo (Figueroa–Sarriera, Milagros López y Román, 1994).

La riqueza y la creatividad de estas orientaciones teóricas no deben hacernos olvidar no obstante la escasa presencia de sus aportaciones y conclusiones en la investigación académica, la docencia y la práctica psicológica. Es necesario revalorizar la importancia de las psicologías feministas que como insistimos desde el principio no coincide con la predominante «psicología de género» ya institucionalizada y aceptada pero que contiene una escasa perspectiva crítica. Es necesario continuar con el desvelamiento de las prácticas sexistas en todos los ámbitos de la psicología. Los estereotipos y representaciones sesgadas y desvalorizadoras acerca de las mujeres siguen estando presentes en forma explícita de implícita en las personas e instituciones que deciden sobre las experiencias de las mujeres y en los valores que sustentan tales decisiones: los estudios críticos feministas en psicología deben extenderse aún más a la representación en los medios, la violencia de género, la experiencia de la sexualidad y de la maternidad y la administración de justicia. Lo que promueve la perspectiva feminista en psicología es una mirada a la realidad en la que se renombre la experiencia y no se deje de explicar y aclarar

nada de lo que las mujeres en su diversidad consideran suyo, lo que incluyen en sus relatos de realidad. La profusión de revistas feministas especializadas en todos los ámbitos es un ejemplo de la extensión de esta perspectiva que no es privativa de la psicología pero a la que la psicología feminista realiza una contribución sustantiva y radical. Radical no solo porque suele ejercer una crítica «*radical*», sino en el sentido de que los prejuicios están «*en la raíz*» de las psicologías de los individuos y en los valores de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- BENJAMÍN, J. (1996), *Los lazos del amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*, Barcelona, Paidós.
- BHAVNANI, K. K. (1993), «Tracing the contours. Feminist Research and Feminist Objectivity», *Women's Studies International Forum*, 16/2, 95–104.
- BLEICHMAR, E. D. (1997), *Avances en psicoterapia analítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*, Barcelona, Paidós.
- BURMAN, E. (1996), «Identificación, subjetividad y poder en la psicoterapia feminista», en A. Gordo y J. L. Linaza (eds.), *Psicologías, discursos y poder*, Madrid, Visor, págs. 285–315.

- (1998), *La Deconstrucción de la Psicología Evolutiva*, Madrid, ed. de Antonio Machado.

BUTLER, J. (2006), *Deshacer el género*, Barcelona, Paidós.

CABRUJA, T. (1993), *Versions de la postmodernitat i propostes sobre l'individu*, Edició microfitxes, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.

- (2003), «Astucias de la razón y psicología crítica: condiciones de erotismo–seducción, prácticas de tokenismo y resistencias ético–políticas, *Política y Sociedad: A partir del socioconstruccionismo*», 40, 155–160.
- (2005), «Psicología, racionalidad moderna y prácticas de producción de la diferencia normal–patológico», en T. Cabruja (ed.), *Psicología: perspectivas deconstruccionistas: Subjetividad, psicopatología y ciberpsicología*, Barcelona, EDIUOC, págs. 115–166.
- (2008), «¿Quién teme a la psicología feminista?» Reflexiones sobre las construcciones discursivas de profesores, estudiantes y profesionales de psicología para que cuando el género entre en el aula, el feminismo no salga por la ventana, *Proposipoes, Dossie: Educapao, género e sexualidade*, 9, 25–46.
- (2009), «Testimoni@s/activ@smolest@. Prácticas discursivas y dispositivos sociosexuados en psicología y derecho», en G. Nicolas i E. Bodelón (eds.), *Género y dominación. Críticas feministas del derecho y del poder*, Barcelona, Anthropos, págs.

127–158.

CALLAGHAN, J. (2005), «Becoming a psychologist: professionalism, feminism, activism», *Feminisms & Activisms. Annual Review of Critical Psychology*, 4, 154–165.

CONDOR, S. (1997), «So Say All of Us? Some thoughts on experiential democratization» as an aim for critical social psychology», en T. Ibáñez y L. Iñíguez (eds), *Critical social psychology*, Londres, Sage.

FAUSTO STEERLING, A. (1994), *Myths of Gender*, Nueva York, BasicBooks.

FEDER KITAY, E. y K'FEDER, E. (2003), *The subject of care: feminist perspectives on dependency*, Rowman & Littlefield.

FERNÁNDEZ VILLANUEVA, C. (1990), «El concepto de agresión en una sociedad sexista», en V. Maquieira y C. Sánchez (eds.), *Violencia y sociedad patriarcal*, Madrid, Ed. Fundación Pablo Iglesias, págs. 17–29.

– (2000), «Sexo rasgos y contextos: una visión crítica de la agresividad y su relación con el género», en A. Hernando (ed.), *La construcción de la subjetividad femenina*, Madrid, Al-Mudayna.

– (2004), «Violencia contra las mujeres una visión estructural», *Intervención psicosocial*, 13, 155–164.

– (2007), «A participado das mulheres nas guerras e a violencia política», en E. Jonas(ed.), *Violencias esculpidas*, UCG, Brasil, págs. 11–27.

FIGUEROA, H. J. (1996), «El realismo mágico de los espacios cibernéticos: la reinención del cuerpo», en A. Gordo López (ed.), *Psicología, discurso y poder: Metodologías cualitativas, perspectivas críticas*, Madrid, Visor.

FIGUEROA-SARRIERA, H.; MILAGROS LOPEZ, M. y ROMÁN, M. (1994), *Más allá de la bella (in)diferencia. Revisión postfeminista y otras escrituras posibles*, Publicaciones Puertorriqueñas.

FINE, M. 1985), «Reflections on a feminist psychology of women: Paradoxes and prospects», *Psychology of Women Quarterly*, 9, 167–183.

GARCÍA COLMENARES, C. (2009), «La enseñanza primaria en el primer tercio del siglo XX», en P. García-Colmenares (ed.), *La represión del magisterio en Palencia. Los hilos de la memoria*, Palencia, ARMH Editorial, págs. 21–42.

GARCÍA DAUDER, S. (2005), *Psicología y feminismo: historia olvidada de mujeres pioneras en psicología*, Madrid, Narcea

GERGEN, M. (ed) (1988), *Feminist thought and the structure of knowledge*, Nueva York, New York University Press.

GILLIGAN C. (1982), *In a different voice*, Cambridge, Cambridge University Press. HARAWAY, D. (1995), *Ciencia, cyborgs y mujeres*, Madrid, Cátedra

HARDING, S. (1986), *The science question in feminism*, Milton Keynes, Open University Press, 1986 (trad. cast.: *Ciencia y*

feminismo, Madrid, Morata 1996).

HOOKS, B. (1984), *Feminist Theory: from margins to center*, Boston, South End Press. KITZINGER, C. (1987), *The social construction of lesbianism*, Londres, Sage

KITZINGER, C. L. y PERKINS, R. (1993), *Changing our minds: lesbian feminism and psychology*, Nueva York, New York University Press.

KOHLBERG, L. (1984). *The psychology of moral development*, San Francisco, Harper & Row (trad. cast.: *Psicología del desarrollo moral*, Bilbao, Biblioteca de Psicología, 1992).

MACCOBY, E. E. y Jacklin, C. N. (1974) *The Psychology of Sex Differences*, Stanford, Stanford University Press.

MANN, B. (2003), «Dependence on place dependence in place», en E. Feder Kitay y E. K'Feder (ed.), *The subject of care: feminist perspectives on dependency*, Rowman & Littlefield.

MILLER, P.H. y E. K. SCHOLNICK (eds.) (2000), *Towards afeminist developmental psychology*, Nueva York, Routledge Press.

MITCHELL, J. (1976), *Psicoanálisis y feminismo*, Barcelona, Anagrama.

O'LEARY, V.; UNGER R. K. y STRUDLER WALLSTON, B. (1985), *Women, gender and social psychology*, Lawrence Erlbaum.

OVEJERO, A. (1988), *Psicología social: una disciplina en busca de su identidad*, 2 vols., Oviedo, Universidad de Oviedo.

- (1999), *La nueva psicología social y la actual postmodernidad*, Oviedo, Universidad de Oviedo.
- (2010), *Psicología social: algunas claves para entender la conducta humana*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva.

PHOENIX, A. (1990), «Social research in the context of feminist psychology», en E. Burman (ed.), *Feminist and psychological practice*, Londres, Sage, págs. 89–104.

PILIAVIN, J. A. y UNGER, R. K. (1985), «The helpful but helpless female: myth or reality? En virginia e.o'leary, rhoda kesler unger», en B. Strudler Wallston, *Women, gender and social psychology*, Lawrence Erlbaum, págs. 149–191.

ROTHMAN, B. K. (1993), *The tentative pregnancy*, Nueva York, Viking.

SAU, V. (1981), *Diccionario ideológico feminista*, vol. I, Barcelona, Icaria.

– (2001), *Diccionario ideológico feminista*, vol II, Barcelona, Icaria.

SPIVAK, G. (1988), «Can the subaltern speak?», en C. Nelson y L. Grossberg(eds.), *Marxism and the interpretation of culture*, Londres, McMillan.

UNGER, R. (1982), «Advocacy versus Scholarship Revisited: Issues in the Psychology of Women», *Psychology of Women Quarterly*, 7, 5–17.

– (1994), *Los reflejos imperfectos de la realidad: la psicología construye los roles sexuales*, en R. Hare–Mustin y J. Marecek

(eds.), *Marcar la diferencia. Psicología y construcción de sexos*, Barcelona, Herder, págs. 129–180.

USHER, J. (1989), *The psychology of female body*, Londres, Routledge.

WALKERDINE, V. (1995), *Psicología del desarrollo y pedagogía centrada en el niño*, en *Piaget en la educación temprana*, Madrid, Las Ediciones de La piqueta, págs. 77152.

WILKINSON, S. (1986), *Feminist social psychology: Developing theory and practice*, Open University Press.

– (1989), «The impact of Feminist Research: Issues of Legitimacy», *Philosophical Psychology*, 2, 261–269.

– (1997), «Prioritizing the political: Feminist psychology», en T. Ibáñez y L. Iñíguez (eds.), *Critical social psychology*, Londres, Sage.

WILKINSON, S. y KITZINGER, C (1993), *Heterosexuality: A Feminism and Psychology Reader*, Londres, Sage.

Capítulo V

EL DISCURSO EN LA PSICOLOGÍA SOCIAL: DESARROLLO Y PROSPECTIVA

Lupicinio Íñiguez–Rueda
Antar Martínez–Guzmán
Gemma Flores–Pons

1. Introducción

La indagación discursiva tiene un vínculo tenso y variable, pero productivo y potente, con el campo de la psicología social. En este capítulo trazamos un itinerario singular que busca mostrar cómo se conforma ese vínculo, dibujando un mapa donde el lenguaje está en el centro de la acción. Así mismo, recogemos las implicaciones teóricas, metodológicas

y políticas que esta posición tiene para la investigación psicosocial.

El capítulo está organizado en tres apartados generales. Iniciamos con un breve recorrido a partir de los antecedentes teóricos y filosóficos que habrán de constituir el llamado giro lingüístico y posteriormente nutrir la perspectiva discursiva que emerge en la psicología social. Hacemos un repaso somero por las aportaciones que sitúan el lenguaje y el discurso en el lugar de la acción. Este itinerario está compuesto por las aportaciones de Ludwig Wittgenstein y Richard Rorty como figuras fundamentales del giro lingüístico, la teoría de los actos de habla, las aportaciones de la lingüística pragmática, la etnometodología y, finalmente, las contribuciones que Michel Foucault hace a partir de su noción de 'prácticas discursivas'. Esta primera parte concluye con una propuesta tentativa y parcial de cómo podemos entender la noción de discurso y su correlato metodológico, el análisis del discurso.

A partir de estas definiciones, en la segunda parte nos introducimos en la discusión de las implicaciones teóricas de asumir una perspectiva discursiva en la psicología social. Nuestra discusión se centra en dos aportaciones cardinales que, además, han conmocionado de manera importante la agenda de la disciplina: la perspectiva socio-construccionista y la psicología discursiva. En este apartado buscamos mostrar, por un lado, la diversidad de matices y las tensiones que pueblan estos programas teóricos

metodológicos, así como las distancias y reformulaciones que plantean ante la psicología más convencional de tipo cognitivo o experimentalista.

En la tercera parte situamos nuestra mirada en un presente que mira hacia el futuro. La idea consiste en abordar tres cuestiones clave para formular o defender un futuro viable y deseable de la perspectiva discursiva en la psicología social. Por un lado, el desafío que nos presenta para reconceptualizar, teórica y metodológicamente, la naturaleza y la función del conocimiento científico y académico. Posteriormente, buscamos sugerir lazos que permitan establecer puntos de contacto para abordar el problema de la materialidad sin tener que renunciar a las posibilidades y relevancias que ofrece el arsenal de la indagación discursiva. Finalmente, ponemos de relieve la forma en que nuestras sociedades, hoy más que nunca, nos desafían a mirar e interrogar con los ojos críticos y escépticos del analista discursivo. Nuestra intención es contribuir a un debate en defensa de la pertinencia y la utilidad de la perspectiva discursiva, buscando escapar de los absolutismos y los reduccionismos que pueden aparecer en estos diálogos. En cualquier caso, nos gustaría que esta contribución fuese leída como una invitación a seguir pensando en la importancia de las palabras que usamos y de sus implicaciones, y a reformular críticamente inclusive aquello que estas mismas perspectivas nos han propuesto. Consideramos que, al final, es ésta la manera de mantener

vivo el legado crítico de donde germina la perspectiva discursiva.

2. El discurso en escena

Este es un recorrido a vuelo de pájaro sobre los antecedentes teóricos que fundamentan la perspectiva discursiva con que se ha emparentado la psicología social y sobre algunas tradiciones de análisis en el campo de los estudios del discurso. Evidentemente, son muchos los recorridos por los que se puede optar para abordar esta tarea. Hemos elegido un hilo conductor que, si bien no es el único posible, consideramos que recoge de manera general aportaciones cuya relevancia es difícil refutar en el desarrollo de las múltiples prácticas aglomeradas bajo la etiqueta de ‘perspectiva discursiva’.

A partir de la última mitad de siglo XX el lenguaje ha cobrado un papel central en las ciencias sociales, sobre todo a partir de la consolidación de aportaciones teóricas capitales provenientes del llamado giro lingüístico (Rorty, 1967; Wittgenstein, 1958) y de algunos desarrollos afines que pasan por la teoría de los actos de habla (Austin, 1962; Searle, 1986), la lingüística pragmática, la etnometodología (Garfinkel, 1967) y la noción de ‘prácticas discursivas’

(Foucault, 1969). A partir de estas contribuciones trazamos un mapa posible de las fuentes principales que han fundamentado la perspectiva discursiva en psicología social y, posteriormente, sugerimos algunas definiciones tentativas para comprender las nociones de ‘discurso’ y ‘análisis del discurso’.

2.1. Fundamentos y antecedentes de la perspectiva discursiva

El antecedente inmediato que podemos mencionar para elaborar esta narración sobre los fundamentos que han nutrido la perspectiva discursiva en psicología social es el *giro lingüístico*, del cual Ludwig Wittgenstein y Richard Rorty son protagonistas. El giro lingüístico hace referencia a un cambio de perspectiva: no supuso meramente un interés por el lenguaje sino que constituyó un cuestionamiento epistemológico enérgico que contrastó el lenguaje cotidiano con el lenguaje científico y cuestionó la necesidad de elaborar un lenguaje ‘especializado y formal’ para explicar el mundo. Esto supuso una inmediata confrontación con el positivismo dominante y puso los cimientos para una epistemología no-representacionista.

Este *giro* hizo posible abordar la acción científica como una

práctica social equivalente a cualquier otra y cuestionó el privilegio del lenguaje científico como el 'más verdadero' para explicar el mundo, igualando las prácticas de las personas que se dedican a hacer ciencia a las prácticas de cualquier persona común. Este gesto rompe la jerarquización de la acción y coloca todas las acciones de los seres humanos en una relación horizontal. Colocar el lenguaje en un lugar central de la vida social permitió escapar un tanto del mentalismo imperante en psicología así como abrir nuevos campos de indagación que dejan detrás los significados unívocos del lenguaje y se centran en sus usos.

La teoría de los actos de habla (Austin, 1962; Searle, 1990), por su parte, ha resultado un aporte fundamental para el desarrollo de la perspectiva discursiva al concebir el habla como una acción, es decir, como una *maniobra* capaz de *hacer cosas*. Desde esta perspectiva, cuando hablamos no sólo expresamos significados sino que hacemos alguna cosa. Lo relevante en el proceso de significación ya no es aquello que la lingüística ha abordado tradicionalmente: cómo se reproduce el signo, cómo se codifica o cómo se descodifica. Entender el habla como acción hace posible que el lenguaje se aborde como un proceso social y, por lo tanto, posibilita el desarrollo de un conjunto de herramientas de investigación que interrogan las funciones del discurso: abre las puertas al análisis discursivo (AD) como forma de indagación psicosocial.

Hay al menos tres formas, según Austin (1962), en las que podemos identificar que al *decir* algo estamos *haciendo* algo: cuando *pronunciamos* un enunciado (un acto locucionario); lo que ese enunciado *hace* en un contexto de comunicación –describir, ordenar, prometer, amenazar– (un acto ilucucionario); y finalmente los efectos que dicha enunciación ha provocado en el oyente –convencer, intimidar e inclusive casar– (un acto perlocucionario). El habla como acción, tal y como lo plantea esta teoría, lleva a la práctica la idea derivada del giro lingüístico según la cual el lenguaje no tiene sólo un carácter constatatativo sino también performativo: no se valora en términos de verdadero o falso sino que está orientado a la acción y su enunciación tiene efectos constructivos.

La lingüística pragmática, heredera de la teoría de los actos de habla, ha sido fundamental por la aportación, tanto teórica como metodológica, que ha realizado para analizar el lenguaje en su uso. Ésta se opone tanto a la teoría del signo (Saussure, 1915) como a la teoría convencional de la comunicación y se interesa por cómo el empleo de un enunciado concreto resulta en una acción comunicativa. Por ello, su objetivo consiste en explorar los principios que regulan el *lenguaje en uso*, así como las normas y reglas que regulan la acción lingüística. Para la pragmática, entonces, no es posible comunicarse sin anclar lo lingüístico a los contextos relacionales, físicos y sociales donde la comunicación ocurre, y este vínculo con el contexto es un

prerrequisito para todo tipo de comprensión.

La etnometodología, de la cual Harold Garfinkel (1967) es un referente, surgió como una corriente sociológica en los años sesenta y representó una ruptura extraordinaria con la sociología convencional, entre otras cosas, porque no se postuló como una teoría que buscase explicar un fenómeno sino como una perspectiva de investigación, como una forma de aproximarse a la realidad social. Ésta considera al ser humano como un actor social que a través de sus prácticas cotidianas y sus descripciones construye el contexto que habita. No existe una realidad social independiente de las prácticas de los individuos que deba ser conocida a partir de una descripción teórica, sino que el sentido común es perfectamente capaz de, simultáneamente, describir y construir la realidad a la que se refiere. Por ello, se ha centrado en el estudio de las prácticas cotidianas dotándolas de la misma relevancia que los eventos que la sociología convencional ha considerado como más importantes o extraordinarios.

Esta perspectiva sintetiza y lleva a la práctica los principios que permiten colocar el lenguaje como elemento clave en el análisis y comprensión de la vida y la estructura social. Dicha orientación hacia las prácticas cotidianas se evidencia en los conceptos que propone. Aquí rescatamos cuatro conceptos que nos parecen claves para ilustrar esta perspectiva. El *miembro competente*, que no se refiere a la pertenencia o membrecía a un grupo sino a ser capaz de actuar con

procedimientos y estrategias que permitan a la persona adaptarse y desenvolverse exitosamente en el contexto en que se desenvuelve. No es tanto conocer las normas de forma previa sino ser competente para la interacción y la acción conjunta y, por lo tanto, analizar cómo estas normas se establecen en la interacción. La *reflexividad* que se refiere al doble efecto de la acción en el sentido de que las personas somos capaces a la vez de realizar la acción y de dar cuenta de ella, esto es, que la descripción de una situación es a la vez su constitución. La *indexicalidad* retoma la idea de que no hay significado en el lenguaje al margen de sus condiciones de uso. Así, todo lenguaje natural es indexical en tanto que su significado depende de su contexto de producción. La *accountability*, que está muy relacionada con la indexicalidad y la reflexividad, se refiere a aquello que es accesible, que podemos entender, contar, describir. Aquello que es descriptible lo es en tanto que está siendo organizado o producido a través de dicha descripción. De este modo, la Etnometodología se alinea con los enfoques microsociológicos puesto que estudia pequeños episodios de actividad social; episodios cotidianos y simples a través de los cuales se actualiza la estructura social.

La última referencia ineludible que mencionamos en nuestro recorrido es la noción de *prácticas discursivas* presente en la obra de Michel Foucault (1969). Para Foucault, un discurso es más que el habla o que un conjunto de enunciados, es una práctica y como cualquier otra

práctica social se pueden definir sus condiciones de producción. Por este motivo propone hablar de *prácticas discursivas*, entendiendo que éstas son reglas anónimas, constituidas en el proceso histórico. En otras palabras, las prácticas discursivas están determinadas temporal y espacialmente; van definiendo, en una época concreta y en comunidades específicas, las condiciones que hacen posible cualquier enunciación. Desde esta mirada los discursos no son reductibles a los signos y a las palabras, sino que se expresan de manera ‘encarnada’ en cuerpos, conductas, prácticas sociales, etcétera. En este sentido, Foucault acuña la noción de *formación discursiva* para definir los contextos de producción de los discursos, el conjunto de relaciones que articulan un discurso, que hacen posible que un discurso emerja.

Para Foucault los discursos no son representaciones de la realidad sino prácticas que conforman a los objetos de los que hablan (Foucault, 1966). Estas prácticas discursivas están siempre en relación con otras prácticas discursivas, retroalimentándose e interpelándose. No emergen del interior de los individuos ni son regulados desde la individualidad; tampoco son una especie de inoculación ideológica que determine verticalmente a los sujetos. Los discursos articulan escenarios que se erigen en facilitadores (o inhibidores) para la emergencia y el mantenimiento de ciertas prácticas, ciertos conocimientos y ciertas relaciones sociales.

2.2. Discurso y análisis del discurso

Los referentes teóricos que hemos expuesto han posibilitado la aparición del análisis del discurso como herramienta para los estudios sociales. No obstante, las tradiciones existentes en el ámbito de la práctica del análisis del discurso son numerosas y este espacio no es suficiente para dibujar la amplitud del espectro. A título de muestra, sin embargo, mencionamos algunas de las tradiciones que tienen una orientación social más marcada (Íñiguez, 2006): a) La sociolingüística interaccional (Gumperz, 1982), por ejemplo, combina enfoques provenientes de la antropología, la sociología y la lingüística; b) la etnografía de la comunicación (Hymes, 1974), como perspectiva teórica y metodológica se ha circunscrito recientemente a la llamada 'antropología lingüística'; c) El análisis de la conversación se nutre significativamente de los planteamientos de la etnometodología; d) el análisis crítico del discurso (Parker, 1992; van Dijk, 2000), que no es tanto un método específico de análisis, como una posición o sensibilidad teórica y ética con respecto a la realidad social y a la naturaleza de su análisis; y e) la psicología discursiva, influenciada directamente por la teoría de los actos de habla y de la etnometodología, concibe el lenguaje como una práctica que construye la realidad, de manera que la explicación de

aquello material o cognitivo resulta objeto de problematización.

Como sugiere este muestrario apresurado de diferentes tradiciones y prácticas en el análisis del discurso, la definición de discurso no es una tarea sencilla puesto que éste puede adoptar significados muy diversos según la tradición y la perspectiva desde donde se mire. Esta dificultad responde sin duda a su complejidad pero, para seguir con este esquemático mapeo, exponemos algunas de las concepciones más habituales de discurso a partir de la siguiente tipología de formas de entender el discurso (Íñiguez, 2006): a) enunciado o conjunto de enunciados dicho(s) efectivamente por un hablante, b) conjunto de enunciados que construyen un objeto, c) conjunto de enunciados dichos en un contexto de interacción, d) conjunto de enunciados en un contexto conversacional (y por tanto, normativo), e) conjunto de constricciones que explican la producción de un conjunto de enunciados a partir de una posición social o ideológica particular y f) conjunto de enunciados para los que se pueden definir sus condiciones de producción.

La variación entre estas concepciones no se debe tanto a una incompatibilidad o ruptura teórica, como a una diferencia en el énfasis o en el nivel de análisis (del más puramente interindividual al más estructural). Así, ninguna de ellas debería erigirse como definitiva o concluyente sino asumir su función para las preocupaciones de las diferentes

autoras. Sin embargo, su exposición permite observar un doble movimiento al transitar de una a otra: el discurso es a la vez producido y productor. Este hecho nos facilita una clave útil para distinguir entre 'enunciado' y 'discurso', dos términos centrales para el análisis del discurso. Mientras el enunciado es la sucesión de expresiones de un hablante, el discurso se refiere a los enunciados considerados desde el punto de vista de sus condiciones de producción. Esta distinción nos parece un factor importante a la hora de encarar la tarea del análisis, puesto que expone el mecanismo discursivo que da lugar a cualquier enunciado.

No obstante, también cada perspectiva define lo que se debe entender por 'analizar', y los aspectos y objetivos que deben conducir dicho análisis, en función de su marco teórico y sus intereses disciplinares particulares. Ante esta diversidad, proponemos la definición de Íñiguez y Antaki (1994) como una concepción tentativa pero útil porque incorpora intereses de distintas tradiciones y que dice que «un discurso es un conjunto de prácticas lingüísticas que mantienen y promueven ciertas relaciones sociales. El análisis consiste en estudiar cómo estas prácticas actúan en el presente manteniendo y promoviendo estas relaciones: es sacar a la luz el poder del lenguaje como una práctica constituyente y regulativa» (pág. 63).

3. Un itinerario del discurso en psicología social

3.1. El sismo construccionista

Nutrido por el giro lingüístico, el construccionismo social representa una trepidación mayor en el territorio de la psicología social. La premisa cardinal de la perspectiva socio-construccionista es que aquello que llamamos *realidad* no es independiente de la manera en que la abordamos; es decir, de la forma en que damos cuenta de ella y de las herramientas simbólicas con que la representamos. Desde esta mirada, no es el mundo el que determina nuestra comprensión; no son los objetos ‘ahí afuera’ los que conducen nuestro entendimiento y confeccionan nuestras verdades. Nuestros conocimientos y certidumbres son el resultado de una operación de conocimiento en el marco de un tejido de relaciones sociales y, en consecuencia, es una operación siempre situada histórica y culturalmente. Aquello que damos por hecho que es el mundo, argumenta Gergen (1999), depende significativamente de la manera en que lo abordamos, y ésta depende a su vez de las relaciones sociales en que estamos inmersos.

En otras palabras, la perspectiva construccionista desafía la idea de que es posible generar un lenguaje de tipo referencial que pueda reflejar o representar la realidad tal cual es. Esta ruptura epistemológica recoge el legado del giro

lingüístico para transformar radicalmente la relación entre conocimiento y realidad: en el programa construccionista nuestros conocimientos tienen un efecto performativo que otorga cierto estatus ontológico a aquello que se quiere conocer y, por tanto, el plano ontológico a partir de cual reconocemos ‘la naturaleza de las cosas’ es siempre una producción social y humana. Con ello, todo conocimiento lleva las marcas de sus condiciones sociales de producción.

Si hubiese que hacer una caracterización más bien general, la perspectiva construccionista podría definirse como «un programa teórico que se propone explicar la compleja relación que se establece entre conocimiento y realidad, partiendo de un contexto metateórico de implosión de las dicotomías que sustentan la distinción entre ambos dominios de la relación» (Ema, 2003, pág. 8). Esta intuición general, sin embargo, aloja en su interior un conjunto de posiciones diversas, con matices singulares y a veces con ciertas tensiones. Quizá resulte más adecuado, entonces, hablar del socio–construccionismo no como una teoría monolítica, sino como un ‘movimiento’ (Ibáñez, 1994), término que evoca la heterogeneidad y las tensiones dinámicas al interior de la perspectiva. Este movimiento agrupa un conjunto de reflexiones críticas en torno a la pretensión objetivista, aséptica y absolutista que subyace a la ciencia moderna.

Dentro de este espectro de matices y singularidades podemos hacer referencia al trabajo inaugural de Kenneth

Gergen (1985); Tomás Ibáñez (1994) con una perspectiva construccionista de corte foucaultiana, que hace énfasis en el carácter histórico y político del conocimiento psicológico; las contribuciones de Shotter (2001) a partir de una propuesta de análisis conversacional emparentada con la etnometodología; la psicología social como retórica propuesta por Billig (1991); la psicología discursiva, con un programa de investigación igualmente variado y en expansión (Edwards y Potter, 1992; Potter y Wetherell, 1987); un construccionismo que es interrogado críticamente por ciertas posiciones ontológicas realistas (Parker, 1998; Harré y Gillet, 1994), y también una perspectiva construccionista que dialoga con el feminismo (Gergen, 1988; Burman, 1997). Todas ellas son posiciones que no tienen delimitaciones claras y por momentos se superponen.

Al interior de esta perspectiva diversa los conceptos de la psicología han sido revisados y reconfigurados a la luz de un cariz distinto: ya no son hallazgos o descubrimientos que representan con pulcritud un objeto subyacente a la conducta del individuo, sino construcciones que resultan de ciertas prácticas sociales de producción de sentido que tienen lugar en comunidades específicas, situadas en un tiempo y en un espacio, como la comunidad científica que constituye la psicología. En palabras de Tomás Ibáñez (1994):

... los objetos que componen la realidad psicológica no proceden de una supuesta 'naturaleza humana' en la cual estarían contenidos de forma natural, sino que resultan

de las prácticas de objetivación que nosotros mismos hemos desarrollado. Y cuando digo ‘nosotros mismos’, incluyo, por supuesto, a los psicólogos, y cuando digo ‘prácticas de objetivación’ incluyo, por supuesto, el conocimiento científico como una de sus dimensiones (pág. 267).

La psicología social construccionista saca la experiencia de ‘la vida mental’ de la cabeza del individuo y la sitúa no dentro sino *entre* las personas. Aquello que referimos como nuestras emociones, nuestras percepciones, nuestros sentimientos, nuestras actitudes, nuestras representaciones, etcétera, son producto de la negociación y el establecimiento colectivo de significados en el tejido de las relaciones en que estamos inmersos y, como todas, estas relaciones también cambian. La memoria y la inteligencia, por ejemplo, dejan de ser procesos confinados a la profundidad de la mente y se convierten en constructos que operan en la vida cotidiana para mantener relaciones y hacer cosas, para generar sentido y para producir determinadas posiciones de sujeto. Al contextualizar los procesos psicológicos en el ámbito relacional, fenómenos como la enfermedad mental o la criminalidad son leídos a la luz de nuevas claves: dejan de ser gérmenes que habitan en recónditas dimensiones de la vida psíquica individual, para convertirse en construcciones psicológicas que juegan un papel al interior de estructuras sociales y relaciones de poder específicas. En este sentido, la mirada construccionista tiene

una potencia particular para revelar la manera en que el individuo es confinado por el saber psicológico a ser el responsable principal de los problemas sociales, mientras que el conjunto de relaciones y elementos discursivos, culturales y sociopolíticos que engendran dichos problemas quedan fuera de la mira.

La perspectiva construccionista introdujo una bocanada de aire fresco en la psicología social y sacudió sus fronteras al ponerla en contacto con movimientos teóricos transdisciplinarios. Este sismo construccionista jugó un papel estratégico a la hora de articular paradigmas alternativos a los que han dominado el panorama de la psicología durante las últimas décadas y generar nuevas formas de comprensión ante la ortodoxia científicista privilegiada en psicología social. En mitad de la multidireccionalidad de este movimiento, consideramos que la gran revuelta construccionista consiste en descomponer la certidumbre en torno a las herramientas teóricas fijas y esencialistas, y a los artefactos conceptuales que tomamos por simples hechos; en cuestionar sistemáticamente lo que se da por natural o evidente. De aquí se desprende una constante reflexión crítica a lo que se ha instituido como verdad y un lugar central conferido al lenguaje en la construcción de la realidad.

Si bien es cierto que la perspectiva construccionista ha tenido una posición de marginalidad con respecto al centro de la psicología social instituida y que ha resistido los

continuos embates de una academia dominante que le ha mirado con recelo y sospecha –cuando no con franca hostilidad–, hoy podemos decir que se ha hecho un espacio en el programa académico de la psicología contemporánea y que goza de una agenda de investigación en expansión. Para más de una, esta sedimentación y relativa consolidación del construccionismo alerta sobre la posible pérdida de potencial crítico y subversivo que esta comodidad y legitimidad académica puede traer consigo y, sin duda, esta sospecha tiene algún fundamento.

Sin embargo, es importante conservar en el horizonte las preguntas y los recursos que el construccionismo puso sobre la mesa y que siguen siendo oportunos para abordar los problemas contemporáneos. Más aún, es necesario reconocer que hay hondas diferencias entre distintos contextos académicos y sociales con respecto a la utilidad y a la pertinencia de las teorías. Mientras en algunos contextos europeos, por ejemplo, se vuelve cada vez más necesario interpelar críticamente a la perspectiva construccionista e inclusive se empieza a hablar de un post-construccionismo (Íñiguez, 2005), en algunos contextos latinoamericanos, quizá donde hay un mayor dominio de la psicología social convencional, parece necesario reivindicar con energía el uso de las herramientas que nos propone y contribuir a su desarrollo a partir de la reflexión y abordaje de los problemas locales.

En este sentido, creemos que la perspectiva

construccionista no está clausurada; no es un cuerpo cerrado y concluido sino, utilizando la imagen de Ibáñez (1996), una *galaxia* que sigue generando reflexiones fértiles y desafiantes. Al cuestionar la certidumbre metafísica –la idea de un principio supremo sobre el cual fundamentar la verdad–, la perspectiva construccionista traslada el conocimiento, la razón y la verdad al ámbito de las tareas humanas y nos invita a trabajar entre nosotras para generar mejores acuerdos y significados con respecto al mundo que queremos. Una de las rutas de indagación que se abre a partir del alero construccionista tiene que ver con la manera en que operan, en lo cotidiano y en lo concreto, las prácticas discursivas y simbólicas con que se construye el mundo, y particularmente el mundo de lo psicológico: la investigación sobre el tejido de comunicación y significados con que se borda la textura de la realidad. Y una de estas rutas se cristaliza en el creciente campo de la psicología discursiva.

3.2. La ruta de la psicología discursiva

La Psicología Discursiva (PD) se toma en serio la idea de que la realidad psicológica es construida a través de intercambios simbólicos y prácticas discursivas, y busca plasmar este proyecto en una agenda teórico–metodológica.

Consecuentemente, puede entenderse, primero, como una inflexión teórica que mira desde una matriz discursiva 'lo psicológico' y, segundo, como una trayectoria metodológica específica en el campo del análisis del discurso. Desde esta posición doble ha hecho aportes fundamentales en el esfuerzo por trascender los límites del cognitismo y ha generado una alternativa metodológica fértil para la investigación en psicología.

En términos generales, este proyecto se propone reformular las nociones psicológicas en términos de acciones discursivas e introducir en el análisis de lo psicológico el arsenal metodológico de los estudios del discurso. En más de un sentido puede decirse que la PD no es precisamente una sub-disciplina de la psicología, sino un abordaje transdisciplinar que tiene como objeto dar cuenta de cómo se construyen la vida cognitiva y los procesos psicológicos en general. Tal y como hemos trazado en el apartado anterior, la PD se nutre de distintas tradiciones relacionadas con los estudios del discurso donde los problemas relativos al conocimiento son reformulados como problemas concernientes al *lenguaje en uso*. La teoría de los actos de habla y la etnometodología conceden a la PD una marcada impronta pragmática. Aún así, la diversidad teórica de la que abreva la PD refleja nítidamente que bajo este campo tampoco hay una uniformidad conceptual sino más bien una intención compartida por situar al discurso en un plano central para estudiar el campo psicológico. La indagación de la psicología

discursiva se centra en la forma en que se describen y explican los acontecimientos, en cómo se construyen los informes factuales y cómo se atribuyen los estados cognitivos (Edwards y Potter, 1992). Ante estos ojos, las descripciones sobre los procesos y estados cognitivos se vuelven complejos y atractivos debido a las múltiples y diversas maneras en que pueden realizarse. Así, se desafía la idea que subyace al programa cognitivo de investigación según la cual las respuestas verbales de los individuos son reportes de procesos mentales internos. Este desafío permite que el lenguaje adquiriera una función constituyente y no sólo descriptiva.

En este marco, el lenguaje no es visto como un sistema simbólico que describe o representa unos estados psicológicos subyacentes o como un sistema abstracto de signos y símbolos que refieren a unos significados predeterminados. Por el contrario, el lenguaje se aborda en términos de sus usos y funciones en contextos concretos, se concibe como una herramienta que se utiliza para hacer ciertas cosas en circunstancias determinadas. Las nociones de *función* (Potter y Wetherell, 1987) y de *acción* (Edwards & Potter, 1992) dan cuenta de esta aproximación pragmática que busca centrarse en lo que el lenguaje *hace* y no en lo que representa. Así, los procesos psicológicos ya no son considerados como entidades genéricas e independientes del contexto social en que se ponen en juego. Por lo tanto, la tarea del investigador no consiste en ‘desvelar’ o

‘descubrir’ una esencia abstracta de los procesos cognitivos, sino indagar sobre la forma en que estos procesos son contruidos y usados cotidianamente por las personas para actuar en el mundo social.

Se entiende entonces que cuando las personas hablan sobre sus procesos cognitivos están produciendo saberes y juicios, generando relaciones de causalidad, formulando una vida interior de creencias y emociones, que permite que las acciones e interacciones sean explicables. Procesos como la memoria, la percepción, el *self* y el pensamiento son reformulados puestos en juego como fenómenos interactivos, que ocurren y se constituyen en situaciones concretas y dan sentido a las acciones humanas. El centro de la cuestión se desplaza a las actividades cotidianas, a la forma en que las prácticas del día a día constituyen en entramado social, producen versiones del mundo y de las dinámicas cognitivas (Potter, 2000).

Esta reconsideración de los procesos cognitivos puede tomar diversas direcciones. Michael Billig (1991), por ejemplo, argumenta que es posible comprender el proceso de pensamiento a través de los lentes de la retórica: una persona que *piensa* es una persona que *debate*, involucrada en un argumento consigo misma o con otros. No se trata de una persona que piensa y *después* verbaliza lo que ha pensado en una discusión, sino que pensar es en sí mismo un argumento en continuo desarrollo, una ‘conversación silenciosa’ o, como dirían los antiguos retóricos, ‘una

argumentación silenciosa del alma consigo misma'. Este análisis coloca a pensamiento no como un proceso individual, que sucede dentro de la cabeza de las personas, sino como un proceso social que sucede *entre* las personas. Las ideas y las opiniones de un individuo siempre están enmarcadas en un contexto más amplio de controversia social. Cuando mostramos nuestras actitudes, por ejemplo, no solamente expresamos nuestras creencias personales, sino que también nos situamos en algún lugar de un debate público: las actitudes se refieren a, y adquieren sentido a través de, las otras posiciones a las que se oponen dentro de un argumento social.

4. Algunas reflexiones para una psicología que dance con el discurso

4.1. El estatus del conocimiento

Uno de los desafíos más radicales, tanto a nivel teórico como a nivel metodológico, que nos plantea la perspectiva discursiva tiene que ver con la cualidad y con el estatus del conocimiento. A la luz de esta mirada el conocimiento ya no podrá ser el mismo que aquel que nos propuso la ciencia positivista. Este vuelco en la concepción de conocimiento no deja intacto ningún edificio de la antigua certidumbre

cartesiana: modifica la naturaleza de la actividad de investigar, la cualidad de aquello que se investiga y la posición de quienes se involucran en el proyecto de generar conocimiento. No pretendemos en este espacio abarcar todas las direcciones que, quizá aún inexploradas, están implicadas en este cambio. Queremos hacer un breve énfasis en tres aspectos relativos a este vuelco en el conocimiento que nos parecen interesantes y que llamaremos a) indexicalidad del conocimiento, b) reflexividad y c) conocimiento como acción.

Como hemos expuesto anteriormente, para la etnometodología la indexicalidad se refiere a los aspectos contingentes del lenguaje, a su relación de interdependencia con el contexto donde es producido. El sentido de un enunciado no puede completarse si no se atiende a factores contextuales que están 'más allá' de la expresión lingüística. Y esta condición indexical afecta al conjunto del lenguaje y de la acción social, incluyendo la producción de conocimiento científico. Así, podríamos hablar de la 'indexicalidad del conocimiento' en el sentido de que éste encarna y responde a sus condiciones contextuales de producción: los métodos, los conceptos y los casos son producciones locales, imbuidas en una cotidianidad y en una urdimbre de significados situados que les dotan de sentido.

Si asumimos que el conocimiento es indexical, entonces el proyecto científico debe reorientarse hacia la particularidad de la construcción local y contextual. El conocimiento, desde

estas coordenadas, se vuelve producto y explicación del contexto en que es producido. Esta asunción no niega la posibilidad del diálogo y la extrapolación de conocimientos, pero sí cuestiona la posibilidad de la universalidad, de la sobregeneralización del pretendido conocimiento abstracto y 'puro', libre de toda contaminación sociocultural y de toda circunstancia fortuita. El diálogo posible no es entonces la formulación y aceptación consecutiva de verdades absolutas, sino la puesta en juego de certidumbres parciales, sujetas a cambios, traducciones y reinterpretaciones a la luz de contextos locales de lectura y de enunciación.

Otra discusión importante que la perspectiva discursiva ha contribuido a poner sobre la mesa tiene que ver con la reflexividad en el proceso de producción de conocimiento. La noción de reflexividad puede entenderse de múltiples maneras y la discusión en torno suyo ha sido extensa. La propia etnometodología habla de reflexividad para referirse al carácter constitutivo del lenguaje natural, a la manera en que la descripción dota de sentido y por lo tanto produce la situación a la que se refiere (Coulon, 1987). Aquí queremos referirnos a la reflexividad como un ejercicio de interrogación que hace la/el investigador/a con respecto a su propio proceso de investigación, al cuestionamiento crítico de la posición desde donde enuncia el conocimiento y de las herramientas semiótico–materiales que utiliza, así como de los efectos que éstos aspectos tienen en el mundo de lo social y lo político. Bourdieu y sus colaboradores

sugieren que esta reflexividad pasa por poner al sujeto que investiga también como un objeto de indagación, poner en marcha una especie de ‘vigilancia epistemológica’ (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2002) que contribuirá a la rigurosidad del conocimiento que producimos.

Sin duda, el itinerario de ideas y reflexiones que hemos expuesto a lo largo de este texto sitúan la actividad de investigar en unas coordenadas distintas, dónde el tema de la reflexividad se vuelve relevante. Sin embargo, quisiéramos apuntar hacia una dirección diferente. Recogiendo la orientación evidentemente pragmática que nos lega la perspectiva discursiva en psicología social, podemos plantear la función de la reflexividad en un sentido distinto. La reflexividad no la entendemos ya como un mecanismo de resolución epistemológica, no la pensamos como un truco para resolver el problema de la enunciación de conocimiento válido o riguroso, sino más bien como un resorte político, como un artefacto que abre un espacio para analizar y tomar decisiones con respecto a las consecuencias políticas del conocimiento que producimos.

Esta idea nos conduce a un replanteamiento más general: entender la producción de conocimiento, la formulación de teoría y, particularmente el ejercicio del análisis del discurso, como una forma de acción pública, como una forma de intervención en un campo social.

El ambicioso proyecto contenido en este desplazamiento

apunta hacia la contraintuitiva idea de escapar de las dicotomías ‘discurso–acción’ y ‘teoría–práctica’, de reformular dicha relación hasta hacer implosionar los extremos binarios que la componen.

La tradición científica moderna ha tendido a considerar a la acción como una cosa diferente y separada del discurso; a veces, inclusive, antagónica. En las perspectivas de investigación convencionales suele creerse que una cosa son las ‘palabras’ y otra muy diferente los ‘hechos’ y los ‘sucesos’. Este valor del ‘hacer’ como más real y por lo tanto ontológicamente superior al ‘decir’, puede ejemplificarse en la siguiente frase del pensador cubano José Martí: ‘la mejor manera de decir es hacer’. Esta visión ha permeado el sentido común que tiende a privilegiar las acciones sobre las palabras. En México, por ejemplo, hay un refrán de dominio popular que reza: *de lengua me como un taco*, y quiere decir que ‘hablar’ es fácil y muy distinto a ‘actuar’. Más aún, suele desconfiarse de la volatilidad engañosa del discurso, que tiene que someterse continuamente al contraste con la ‘realidad’ para obtener validez y credibilidad.

Pareciera entonces que la tarea de producir conocimiento sobre lo social consiste en encontrar las palabras que reflejen más fielmente las cosas del mundo; se trata de una versión de la verdad calificada por Tomás Ibáñez (2005) como ‘correspondentista’ donde «una proposición es verdadera si lo que afirma acerca de los hechos se corresponde efectivamente con los hechos» (pág. 57). De

hecho, en las interacciones que mantenemos en nuestra vida cotidiana el recurso de la ‘correspondencia con los hechos’ es de innegable utilidad a la hora de construir y establecer descripciones sobre el mundo. Sin embargo, dejando de lado su valor pragmático y adentrándonos en los terrenos epistemológicos, «la versión *correspondentista* de la verdad es insostenible, aunque sólo sea porque no hay forma de comparar *trozos de lenguaje* con *trozos de mundo*; y porque no hay forma de acceder a los *hechos* desde fuera del *conocimiento de los hechos*, o desde fuera de *una* descripción de los hechos» (Ibáñez, 2005, pág. 58). De esta manera, al asumir que no hay *acción* o *hecho* sin lenguaje, nos situamos de nuevo en mitad de la carretera del lenguaje como medio que nos permite indagar en la topografía del mundo.

En este sentido, la perspectiva discursiva se encarga de abordar un problema presente en toda empresa de conocimiento en el ámbito de la psicología social: el salto que se tiene que dar –y que de hecho se da– de un reporte verbal o simbólico a la descripción o representación de un estado mental, a la idea de que dichos discursos reflejan un proceso mental o una propensión conductual.

La perspectiva discursiva insiste, con una sensibilidad fundamentada, que cuando la gente habla, o cuando las investigadoras producimos discurso académico, estamos realizando acciones, estamos llevando a cabo cosas, estamos actuando. Dejar fuera de la esfera de la acción a la

producción y a los juegos del lenguaje empobrece enormemente la actividad inquisitiva y una investigación que ignora las acciones discursivas está ignorando aspectos clave de la vida social.

4.2. La construcción de la realidad: discurso y materialidad

A lo largo del capítulo hemos elaborado una narración en la que la perspectiva construccionista y el relativismo toman relevancia en psicología por la consideración de la realidad no como ese objeto natural que comúnmente se considera se da por hecho, sino que es como una construcción producto de nuestras prácticas y por lo tanto, de los factores particulares y contingencias presentes a la hora de relacionarnos. Entre estos factores está nuestro complejo sistema de lenguaje ocupando un lugar central en la producción de conocimiento y establecimiento de relaciones.

Una perspectiva discursiva con fundamento construccionista y relativista debe hacer frente a múltiples críticas y suspicacias que despierta en las orientaciones más convencionales. Una crítica muy común tiene que ver con atribuir a esta mirada la negación de la experiencia. Sin

embargo, lo que se hace es negar el valor de verdad que tiene la experiencia y otorgarle el valor que tiene como promotora de relaciones (Gergen, 1996), es decir, aquello que sustenta la experiencia o la existencia de algo tiene que ver con un entramado de relaciones y no con una supuesta verdad esencial que le subyace. Desde la psicología discursiva, por ejemplo, no se niega que exista la memoria en las prácticas cotidianas de las personas ya que ésta se pone efectivamente en funcionamiento discursivamente para ejercer algún tipo de función social. Pero ello no implica la naturalización de una estructura cognitiva que se corresponda con esta función del discurso.

En este sentido la realidad no es una verdad única sino una construcción que experimentamos y establecemos como verdad en distintos contextos. Richard Rorty elaboró una pregunta que supuso una crítica decisiva para el realismo epistemológico: ¿cómo se puede comparar, para demostrar su correspondencia, el conocimiento de la realidad y la realidad, si a ésta solo se puede acceder a través del conocimiento que manejamos? No podemos hablar de la realidad como algo que va más allá de la existencia y el ser, en tanto que para definir cómo es esta realidad, tendremos que hacerlo a través de nosotras mismas y del conocimiento que produzcamos (Ibáñez, 2001). No hay un acceso directo a ésta para compararla con el conocimiento que de ella producimos. Decir que algo es una construcción discursiva no implica negar sus efectos, sino mostrar a través de qué

dispositivos se constituyen como hechos y cómo ciertas categoría se reifican en detrimento de otras.

Desde algunas posiciones se acusa la perspectiva discursiva de reduccionismo lingüístico, a lo que Ibáñez (2001) responde distinguiendo entre el plano ontológico y el epistemológico. Decir que el lenguaje conforma la realidad no significa apelar a una composición ontológica lingüística de la realidad. En una reivindicación de la deixis, rescata a Saussure para decir que el lenguaje está 'motivado' por nuestra forma de estar en el mundo, es decir, que el lenguaje que usamos es contingente y por lo tanto no será posible construir cualquier realidad. Cabe añadir que rechaza una posición o acusación de relativismo idealista que considere que cambiar las palabras cambia la realidad ya que de nuevo se estaría confundiendo 'las condiciones de posibilidad de un fenómeno con el propio fenómeno' (Ibáñez, 2001, pág. 240). No existe entonces un objeto ahí afuera que sea independiente de las objetivaciones que hacemos mediante las convenciones sociales.

Este debate en el que a menudo se ven enzarzadas las posiciones realistas y relativistas, tiene que ver concretamente con la concepción o el uso del término 'realidad', siendo la confusión entre las tres dimensiones que tiene este término lo que ocupa una mayor parte del debate. Estas dimensiones se refieren a 1) la realidad entendida como verdad en oposición a la falsedad; 2) la realidad entendida como lo material en oposición a la ilusión; y 3) la

realidad entendida como esencia en oposición a la construcción (Burr, 1998). El debate suele volverse confuso e infecundo cuando la tercera dimensión que rechaza la idea de realidad como una esencia y la considera como una construcción, se interpreta como una aseveración equivalente a considerar que la realidad es esencialmente una ilusión o una falsedad.

Otro argumento esgrimido en contra de la perspectiva construccionista y, por extensión, de la perspectiva discursiva, es que, dadas sus premisas, se puede decir que la perspectiva es en sí misma también una construcción. En cualquier caso, aceptar esta idea no debe representar ningún problema ya que, por un lado, ha llevado a la enunciadora de la crítica a utilizar las mismas premisas que la perspectiva construccionista defiende (Gergen, 1996; Ibáñez, 2001). Por otro lado, es un objetivo de la propia perspectiva cuestionar los fundamentos de cualquier verdad asumida y, por lo tanto, esta reflexividad crítica no puede quedar excluida. Esta idea está íntimamente vinculada a la acusación de incoherencia cuando se busca considerar como verdadera una posición construccionista relativista, a pesar de la propia perspectiva ha desafiado el concepto de verdad. Una posible respuesta a esta diatriba tiene que ver con las diferencias en los efectos políticos que supone posicionarse desde esta orientación o posicionarse desde el realismo. La lógica relativista en la que se basa la perspectiva discursiva tiene como efectos abrir el diálogo entre diferentes

posiciones y dejar en manos de la argumentación y la decisión consensuada aquello que se habrá de considerar como 'verdad', en función de las consecuencias o las relaciones que esta verdad promueva. En cambio, posicionarse en la postura contraria conduce con demasiada facilidad a cerrar el debate de antemano y a abolir la diferencia y la diversidad entre posturas.

Considerar la realidad como construcción, en tanto que visión del mundo, es una construcción en sí misma y tiene unos efectos igual que los tiene cualquier otra mirada. Pero esta mirada, a diferencia de otras, abre un espacio que visibiliza este carácter construido y que facilita no fortificarla y deificarla. El efecto de este posicionamiento es básicamente la problematización (Foucault, 2001) de los fundamentos de todo aquello que actúa como verdad y por lo tanto, la destitución de cualquier autoridad metafísica y absolutista como fundamento último. En este juego, todas las posiciones están sustentadas por argumentaciones y por los recursos que éstas movilicen, a la vez que su justificación frente a otras posiciones se realiza en el terreno de lo político. Es decir, aquello que se establezca como válido será el producto de las relaciones en el ámbito de lo humano. Ya se ha hecho notar, sin embargo, que esta perspectiva corre el riesgo, al considerar a la persona y a lo social como sustancia primigenia, de oscurecer el análisis de aquella agencia que recae en lo no-humano. Es posible, sin renunciar al reconocimiento del carácter discursivo del

conocimiento, explorar nuevas formas de abordar la construcción poniendo más énfasis en el estudio de los objetos que constituimos y considerando sus efectos en nuestras prácticas. Esto no equivale a considerar que discurso y materialidad son ámbitos esencialmente diferentes, pero dicha consideración permite distribuir la agencia entre distintos agentes/actores, tomando en cuenta que aquello que llamamos construcciones no brotan espontáneamente a cada instante, sino que se estabilizan y tienen efectos condicionantes sobre nuestras prácticas.

Éste es precisamente uno de los focos de discusión que se han encendido con más intensidad en los últimos años y reconsiderar el tema de la agencia de la materialidad y, por tanto, replantear su relación con el discurso. En este sentido, autoras y autores como Donna Haraway y Bruno Latour reincorporan la materialidad como objeto de análisis argumentando que la agencia no es exclusiva de los actores humanos sino que opera de manera distribuida en una red de relaciones entre humanos y no-humanos, siendo este ensamblaje –semiótico y material– lo que produce la acción y el significado. Judith Butler, por otra parte, argumenta que resulta difícil, en esos términos, seguir manteniendo la dicotomía que distingue entre lo discursivo y lo no discursivo, y considera que es posible caracterizar la realidad en términos predominantemente discursivos. Butler (1993) arguye que, al plantear el debate sobre si todo es una construcción social o no, o si todo es discursivo o no, se está

negando la fuerza constitutiva de la performance. Propondría así una forma de entender la construcción volviendo a la materia. Sin embargo, esta materia no se define como un sitio o una superficie sino como un 'proceso de materialización que se estabiliza a través del tiempo para producir el efecto frontera, de permanencia y de superficie que llamamos materia' (Butler, 1993, 28).

En cualquier caso, Burr (1998) defiende que las diferentes perspectivas coinciden en decir que el discurso y la materialidad son parte del mismo proceso y que sólo se pueden separar a través del análisis (Burr, 1998, pág. 18). No obstante, la multiplicidad de perspectivas que están surgiendo genera importantes matices en ese ejercicio de problematización que requiere de un pensamiento que no pretenda acomodarse a los lugares comunes. En este sentido, creemos que el reconocimiento de la centralidad del discurso y el reconocimiento de la agencia material no son auto-excluyentes. No es necesario desechar uno para asumir el otro. Por el contrario, es importante buscar concomitancias, espacios de traslape que permitan generar maquinarias conceptuales más complejas para abordar determinados problemas. Sea como fuere, la particularidad de la perspectiva discursiva seguirá ofreciendo poderosos y pertinentes recursos para analizar la vida social y para reflexionar sobre el conocimiento que producimos en tanto que el lenguaje (en su concepción más amplia, el discurso) seguirá siendo un mediador fundamental del conocimiento

y de la experiencia.

4.3. Discurso y mundo contemporáneo

Hemos argumentado a lo largo de este capítulo a favor de la idea de que el mundo se genera en buena parte a través de intercambios simbólicos y discursivos. Y el mundo contemporáneo quizá sea el ejemplo extremo de esta afirmación. En nuestro tiempo y al menos en la mayor parte de los lugares desde donde escribimos –ciudades occidentales–, el discurso se ha vuelto además una especie de metaactividad alrededor de la cual se moviliza la vida social contemporánea, un espacio elegido como centro del huracán. Datos, frases, iconos, eslóganes, noticias, historias, informes y mensajes de todo tipo inundan la vida cotidiana. Los medios masivos de comunicación han adoptado un rol decisivo –y han acumulado un poder exacerbado– a la hora de influir en el rumbo que toman las sociedades, de moldear la opinión pública, de generar deseos y emociones colectivas, de producir identidad, de intervenir en la vida política de una comunidad y de modelar conductas. Las tecnologías de la información y la comunicación permean la vida cotidiana y van modificando definitivamente las dinámicas de relación social y aumentando exponencialmente el grado de interactividad.

Internet ha multiplicado infinitamente la posibilidad de producir, reproducir y movilizar discursos de una diversidad enorme, con consecuencias aún incalculables. Las superficies y soportes que contienen discurso –con su materialidad incluida– se vuelven cada vez más parte estructurante de la sociedad: documentos de identificación, contratos de trabajo, certificados médicos, títulos educativos, actas de nacimiento, etc. No es sólo que el discurso sea constitutivo de relaciones y realidades sino que además ha sido puesto rotundamente como campo privilegiado de acción en las sociedades contemporáneas, ha sido enfatizado como mecanismo de orden, regulación y organización social de tal manera que resulta imposible dejarlo de lado.

Una muestra de ello es la relevancia que han adquirido los medios de producción, transmisión y comunicación del conocimiento tecnocientífico.

Esta centralidad de la tecnociencia se nutre de la gran variedad de mecanismos que puede movilizar para expandir este conocimiento, tanto dentro de la propia comunidad tecnocientífica como en la sociedad en general, yendo desde las revistas de divulgación tecnocientífica, las redes sociales, las páginas web, los libros, los congresos y encuentros, los manuales y protocolos, las instituciones educativas, etc.

Todos estos mecanismos contribuyen al hecho que estos conocimientos y prácticas se establezcan gozando de un

estatus privilegiado de enunciación y de configuración del mundo. El conocimiento tecnocientífico y su método se nos presentan no como una práctica humana más sino como una consecuencia inevitable de la inspección de la realidad, y esto lo dota de una autoridad difícil de contrarrestar.

Por este motivo, disponer de las herramientas propicias para analizar cómo se establecen estos discursos y qué relaciones y efectos promueven es uno de los retos cardinales del análisis social actual. Hay que hacer notar que es posible tomar en consideración, en la tarea de investigar, la relevancia de estos mecanismos aún más allá de las posiciones ontológicas de las que se parta –ya sea entendiéndolos como promotores de realidades o como descriptores de estas– y, por lo tanto analizar cómo se configuran estas realidades puede ser en cualquier caso una actividad central. En cualquier de las vías que se elija, el discurso representa un campo de batalla substancial donde el mundo en que vivimos está en disputa.

BIBLIOGRAFÍA

AUSTIN, John L. (1962), *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1998. BILLIG, Michael(1991), *Arguing and thinking: arhetorical approach to social psychology*, Nueva York, Cambridge University Press.

BOURDIEU, Pierre; CHAMBOREDON, Jean–Claude y PASSERON,

Jean–Claude (2002), *El Oficio de Sociólogo*, México, Siglo XXI.

BURMAN, Erica (ed.) (1997), *Deconstructing feminist psychology*, Londres, Sage.

BURR, Vivien (1998), «Overview: realism, relativism, social constructionism and discourse», en Ian Parker (ed.), *Social constructionism, discourse and realism*, Londres, Sage, págs. 13–26.

BUTLER, Judith (1993), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del 'sexo'*, Barcelona, Paidós, 2002.

COULON, Alain (1987), *La Etnometodología*, Madrid, Cátedra.

DURANTI, Alessandro (1997). *Antropología Lingüística*, Madrid, Cambridge University Press, 2000.

EDWARDS, Derek y POTTER, Jonathan (1992), *Discursive Psychology*, Londres, Sage.

EMA, José y SANDOVAL, Juan (2003), «Mirada caleidoscópica al construccionismo social», *Política y Sociedad*, 40 (1), 5–14.

GARFINKEL, Harold (1967), *Studies in ethnomethodology*, Englewood Cliffs, NJ, PrenticeHall.

GERGEN, Kenneth J. (1985), *The social constructionist movement in modern psychology*, *American psychologist*, 40, 266–275.

– (1996), *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*, Barcelona, Paidós.

- (1999), *An invitation to social construction*, Londres, Sage, 2009.
- GERGEN, Mary (ed.) (1988), *Feminist thought and the structure of knowledge*, Nueva York, Nueva York University Press.
- GUMPERZ, John J. (1982), *Discourse Strategies*, Cambridge, Cambridge University Press.
- FOUCAULT, Michel (1994), *Estética, ética y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1999. (1966), *Las palabras y las cosas* (1984 ed.), Madrid, Siglo XXI.
- (1969), *La arqueología del saber*, Madrid, Siglo XXI, 1990.
- HARRÉ, Rom y GILLET, Grant (1994), *The discursive mind*, Londres, Sage.
- HYMES, Dell (1974), *Foundations in sociolinguistics: an ethnographic approach*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Ibáñez, Tomás (1994), *Psicología social construccionista*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- (1966), *Fluctuaciones conceptuales en torno a la postmodernidad y la psicología*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- (2001), *Municiones para disidentes. Realidad–Verdad–Política*, Barcelona, Gedisa.
- (2005), *Contra la dominación*, Barcelona, Gedisa.
- ÍÑIGUEZ–RUEDA, Lupicinio (ed.) (2006), *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*, 2.º ed., Barcelona,

ÍÑIGUEZ–RUEDA, Lupicinio y ANTAKI, Charles (1994), «Análisis del discurso en psicología social», *Boletín de Psicología*, 44, 57–75.

ÍÑIGUEZ, Lupicinio (2005), «Nuevos debates, nuevas ideas y nuevas prácticas en la psicología social de la era ‘post-construccionista’», *Athenea Digital*, 8. Disponible en <http://antalya.uab.es/athenea/num8/siniguez.pdf>.

PARKER, Ian (1992), *Discourse Dynamics: Critical Analysis for Social and Individual Psychology*, Londres y Nueva York, Routledge.

– (ed.) (1998), *Social constructionism, discourse and realism*, Londres, Sage.

POTTER, Jonathan y WETHERELL, Margaret (1987), *Discourse and Social Psychology*, Londres, Sage.

POTTER, Jonathan (2000), «Post-cognitive Psychology», *Theory and Psychology*, 10 (1), 31–37.

RORTY, Richard (1967), *El giro lingüístico*, Barcelona, Paidós/ICEUAB, 1990.

SAUSSURE, Ferdinand (1915), *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1945.

SEARLE, John (1986), *Actos de habla*, Madrid, Cátedra, 1990.

SHOTTER, John (2001), *Realidades conversacionales: la*

construcción de la vida a través del lenguaje, Buenos Aires, Amorrortu.

VAN DIJK, Teun A. (ed.) (2000), *Estudios sobre el discurso*, Barcelona, Gedisa.

WITTGENSTEIN, Ludwig (1958), *Investigations philosophiques*, Barcelona, Laia.

Capítulo VI

PSICOLOGÍA DISCURSIVA: MENTE Y REALIDAD EN LA PRÁCTICA ⁶

Jonathan Potter
Alexa Hepburn

El presente capítulo presenta la perspectiva de la psicología discursiva. El capítulo presenta además las características teóricas y metodológicas básicas de la misma, para luego diseccionarlas mediante el uso de una serie de estudios recientes, realizados por una línea de ayuda para niños. La psicología discursiva se utilizará para obtener sentido de una gama de características sobre lo que sucede

⁶ Publicado originariamente en J. Potter y A. Hepburn, «Discursive psychology, institutions and child protection», en A. Weatherall, B. Watson & C. Gallois (eds). *Language and Social Psychology Handbook*, Londres, Palgrave, 2007, págs. 160–181.

en la línea de ayuda. Al mismo tiempo, el análisis de la línea de ayuda se utilizará para determinar la naturaleza de la psicología discursiva (en adelante, PD).

La PD es una perspectiva que inicia con los fenómenos psicológicos como cosas que son construidas, atendidas y comprendidas en la interacción. Su enfoque apunta a las formas en que las descripciones pueden implicar asuntos psicológicos, en la forma en que los estados psicológicos pueden mostrarse en el habla y en la forma en que las personas responden con enojo, evasión, conocimiento o de cualquier otra forma. Por tanto, todo inicia con un punto de vista de la psicología que es fundamentalmente social, relacional y de interacción. No se trata sólo de psicología, como parece en la interacción; más bien comprende mucho de nuestro lenguaje psicológico y prácticas mentales más amplias, organizadas para la acción y la interacción. Se trata específicamente de una psicología discursiva porque el discurso, es decir el habla y el texto, son los principales medios de acción social.

La mayoría de la investigación en la psicología cognitiva y social moderna toma como tema central las entidades, representaciones o amplios sistemas de procesamiento mentales. Las entidades tales como guiones, esquemas, actitudes, atención, la teoría de la mente, percepción, memoria y heurísticas de atribución son muy importantes para tal investigación. La PD no es la contra directa a dicha investigación (aunque, como lo mostraremos más adelante,

eleva un rango de preguntas en relación a cómo se teorizan y operan las mismas). Su objetivo es diferente. En vez de tratar de entrar en la cabeza de las personas para llegar a estas entidades, el enfoque sucede en el discurso: el habla y los textos en las prácticas sociales. Busca la psicología en lugares completamente diferentes.

Tomemos, por ejemplo, la noción tradicional central social-psicológica de las actitudes. En vez de considerar a las actitudes entidades mentales que impulsan nuestro comportamiento (como se les conceptualiza en la cognición social, como sucede en la muy conocida teoría de la conducta planeada de Ajzen, 1991), en la PD se les considera en términos de una preocupación más amplia con la construcción de evaluaciones y para qué se utilizan dichas evaluaciones. Por principio, en la PD la investigación ha analizado la forma en que las evaluaciones de alimentos son parte de la actividad para halagar al cocinero, cómo se utilizan para inducir a una mujer adolescente a comer o como fundamentos para una demanda por abuso infantil (Wiggins y Hepburn, en prensa; Wiggins y Potter, 2003). Por otro lado, el trabajo con la PD ha analizado cómo se construye la ausencia de la evaluación, específicamente la ausencia de actitud por parte de un individuo, como sucede cuando se realizan comentarios negativos sobre minorías (Potter y Wetherell, 1988; Wetherell y Potter, 1992). Entonces, en ambientes en los cuales existen problemas de prejuicio y discriminación pudiera ser importante el no tener

una actitud negativa y limitarse a describir el mundo de forma objetiva (incluyendo cualquier característica negativa imputable a las minorías). De hecho, en la PD toda la diferencia entre lo que es subjetivo (psicológico) y objetivo (real en el mundo) es apreciada como un constructo recurrido y adaptado en el discurso (Edwards, en prensa; Potter, 1996).

En pocas palabras, la PD considera que el discurso tiene tres características clave. Primero, está *orientado a la acción*. El discurso es reconocido principalmente como un medio de práctica y como el medio principal de acción. Segundo, es un discurso *situado*. Se organiza secuencialmente, de modo que el contexto principal sobre lo que se dice típicamente es lo que se dijo inmediatamente antes. Lo que se dice prepara, pero no determina, lo que se dirá inmediatamente después. Se encuentra institucionalmente situado en el sentido de que se encuentra integrado y con frecuencia es parte integral de las prácticas tales como entrevistas noticiosas, conflictos en relaciones o instrucciones de control de tráfico aéreo. El discurso se encuentra retóricamente situado en el sentido de que las construcciones pueden orientarse para contrarrestar alternativas relevantes. Tercero, es al mismo tiempo construido como constructivo. Es construido en el sentido de que el discurso se forma a partir de diferentes elementos, tales como palabras, categorías, lugares comunes, repertorios interpretativos y otros elementos. Es constructivo en el sentido de que las versiones del mundo,

de las acciones y de los eventos de la vida y del mobiliario mental se forman juntas y se estabilizan en el habla.

Metodológicamente, la psicología discursiva utiliza un análisis cuidadoso y sistemático del discurso para revelar fenómenos de este tipo. La PD es un paquete: su tema, el discurso, requiere de un enfoque analítico que pueda hacer justicia a la naturaleza del discurso. El discurso no funciona como un sistema mecánico de pesos y poleas, pero tampoco como un libro de gramática o lingüística que contenga reglas formales. El experimento y la encuesta como herramientas psicológicas tradicionales no son las adecuadas para este trabajo. En este capítulo no abordaremos a profundidad los problemas metodológicos, aunque estos pudieran resultar evidentes a medida que describamos el desarrollo de la investigación. Para un análisis más completo de los problemas metodológicos en la PD, consultar a Potter (2003a, b, 2004) y Wood y Kroger (2000). Primero presentaremos un poco de contexto e historia.

1. Breve historia de la psicología discursiva

La psicología discursiva surgió de una línea específica del análisis del discurso que se desarrolló en la psicología social en la década de los 80. También se identifican algunas raíces en la sociología del conocimiento científico, en el proestructuralismo, en la filosofía lingüística, en la

metodología étnica y en el análisis de la conversación. Ahora discutamos brevemente los detalles de estos primeros trabajos, iniciando con Potter y Wetherell (1987), que son probablemente los que más contribuyeron para establecer el poder y la naturaleza de un enfoque discursivo para los problemas psicológicos.

Esta obra estableció un enfoque analítico del discurso para los temas psicológicos comunes en los libros de texto de filosofía social, tales como actitudes, recuentos, el ser, las categorías y las representaciones. En cada caso el enfoque se localizó en la forma en que estas entidades figuraron en la interacción. Por ejemplo, se recurrió al trabajo de Harvey Sacks en 1992 sobre categorización de los miembros para ofrecer una crítica sobre el tratamiento estándar de las categorías como entidades mentales que organizan (y distorsionan) la percepción. Por esta razón, esta obra ofrece uno de los primeros intentos por aplicar análisis de la conversación a un tema psicológico social en la consideración crítica de la literatura de los recuentos.

Una de las nociones analíticas centrales de Potter y Wetherell (1987) fue la de los repertorios interpretativos; es decir, conjuntos interrelacionados de términos utilizados con cierta coherencia estilística y con frecuencia organizados alrededor de tropos y metáforas específicas. Esta noción proviene del estudio de Gilbert y Mulkay (1984) sobre los diferentes repertorios que los científicos utilizan para construir su mundo social cuando discuten unos con otros.

Fue desarrollado a partir de Wetherell y Potter (1992), quienes estudiaron la forma en que los Pakeha de Nueva Zelanda construyen versiones de conflicto social y organizaciones sociales para legitimar versiones específicas de relaciones entre grupos. Mucho del interés recayó en las preguntas ideológicas relacionadas con el cómo la organización de recuentos y los recursos utilizados en dichos recuentos pudieran utilizarse para ayudar en la comprensión de la reproducción de patrones amplios de desigualdad y privilegio.

Este trabajo se apoyó en las nociones psicológicas retóricas de Billig (1986, [1987]), incluyendo la idea de un lugar retórico común. Billig sugirió que, para cualquier cultura en cualquier momento en la historia existirán ciertas frases o dichos que tengan una cualidad familiar o que sea dada por hecho. Wetherell y Potter (1992) mostraron cómo los Pakeha de Nueva Zelanda utilizan un entramado contradictorio de lugares comunes para construir argumentos contra el cambio y la crítica social. Billig (1992) utilizó también las nociones de los lugares retóricos comunes y los repertorios interpretativos en su estudio sobre la forma en que las personas británicas comunes hablan sobre la Familia Real. Billig demostró la forma en que estos recursos lingüísticos resultaron fundamentales para la reproducción de ciertos supuestos sobre la nacionalidad, el privilegio, la igualdad y el cambio. Sugirió además que los participantes llevan a cabo «acciones de asentamiento» en su habla,

asentando «a las personas ordinarias en su sitio dentro de la comunidad nacional imaginada» (Billig, 1992, pág. 22). Para un panorama general de estos primeros estudios consultar a Hepburn (2003, ch. 7).

Aunque estos estudios se describen comúnmente como análisis de discurso, Edwards y Potter (1992) establecieron los fundamentos básicos de una psicología discursiva más distintiva. Parte de la razón para esta nomenclatura fue simplemente el proporcionar una diferenciación más distintiva para el confuso rango de enfoques llamados análisis de discurso en todas las ciencias sociales (consultar a Jaworski y Coupland, 1999; Wetherell et ál., 2001). La psicología discursiva fue distintiva en la aplicación de ideas del análisis de discurso, específicamente para problemas psicológicos. La psicología discursiva tomó como temas la memoria y la atribución y ofreció una reespecificación de ambos temas en términos de las prácticas discursivas. En vez de considerarlos entidades y procesos mentales, trató de recuperarlos en términos de descripciones localizadas y la atribución en términos de la forma en que las descripciones están organizadas para manejar la responsabilidad de quien habla y para asignar la culpa. Una característica muy importante del trabajo incluyó tomar la investigación sobre la memoria y la atribución, que utilizaba la interacción natural o atendía a problemas lingüísticos, y mostrar cómo sus conclusiones fueron distorsionadas por su falla al atender a la naturaleza práctica del uso del lenguaje.

Esta línea de trabajo se desarrolló de forma más completa en dos trabajos subsiguientes. Potter (1996) ofreció nuevas ideas sistemáticas sobre el construccionismo. Esto se organizó alrededor de una consideración sobre la forma en que se construyen las descripciones a partir de diferentes recursos (palabras, categorías de membrecía, lugares comunes, repertorios interpretativos, etc.) y la forma en que estas descripciones se organizan para formar acciones específicas. Más aún, se enfocó en los procedimientos a través de los cuales se producen las versiones de los eventos y acciones como literales, creíbles e independientes de quien habla; es decir, cómo manejan el «dilema de participación» (Edwards y Potter, 1992) que significa que todos los discursos pueden tratarse potencialmente como motivados o interesados de la misma manera.

Otro trabajo muy importante es el de Edwards (1997). También este trabajo tomó en consideración el papel de las descripciones. Sin embargo, se enfocaron específicamente en la forma en que las descripciones de la vida mental (categorías, emociones, etc.) en sus formas diferentes se vuelven parte de prácticas específicas. Por ejemplo, Edwards señaló que existe una gama de diferentes opciones cuando se describen acciones. Una forma de descripción las presenta como relacionadas con quien habla y sus disposiciones. Otra forma común de descripción presenta acciones como normales o regulares. Con frecuencia ambas

resultan altamente indirectas. Edwards llamó a estas descripciones «formulaciones de guiones» (1994, 1997). Una característica clave de dichas descripciones es que éstas manejan la responsabilidad (o «atribución» en lenguaje tradicional de psicología social). El presentar una acción mediante un guión hace que no requiera de una explicación para hacer referencia a quien habla; sin embargo, si una acción se presenta como desviación de un guión en modo alguno, esto puede producirse como disposición, por lo que se explicará haciendo referencia al actor. Más aún, Edwards señaló que los enfoques de psicología cognitiva que buscan guiones mentales (como marcos para el procesamiento de información) pueden fácilmente ignorar la naturaleza performativa del guión hablado que aparece en materiales de investigación.

Es importante mencionar que, dado que la PD se desarrolló a partir de un enfoque más amplio de discurso analítico, se ha puesto mucho menos énfasis en el análisis de las entrevistas cualitativas. Aunque estos trabajos aún pueden tener relevancia y atender a problemas importantes (Edwards, 2003; Lawes, 1999; Wetherell y Edley, 1999), sus limitaciones son cada vez más evidentes (Potter y Hepburn, 2005). Además, si los registros de interacción natural pueden analizarse de forma tan efectiva, las razones para utilizar un procedimiento de investigación que representa a una variedad de problemas se vuelven menos narrativas.

2. El contexto disciplinario de la psicología discursiva

Es importante realizar una breve distinción entre la PD y los enfoques con los cuales comparte algunas similitudes y diferencias. Específicamente analizaremos la sociolingüística, la psicología social del lenguaje y el análisis de la conversación (en adelante, AC). Empecemos con la sociolingüística y la psicología social del lenguaje. Una forma sencilla de separar estos enfoques es considerar las diferentes formas en que éstas conceptualizan el lenguaje. En gran medida, el lenguaje para la sociolingüística aparece como una variable dependiente. Algunas características del lenguaje, tales como la elección léxica o el acento, están asociadas con una variable de interés, como puede ser el género, los grupos sociales, el estatus, la clase o conceptos similares. La psicología social con frecuencia trata además a las características del lenguaje como variables dependientes. Por ejemplo, los trabajos sobre la tradición de «acuerdos de la comunicación» han estudiado la forma en que los acentos de quienes hablan se modifican de acuerdo con los demás miembros del grupo, modelando esto de acuerdo con un modelo de proceso psicológico social.

Trabajos realizados de acuerdo con ambas tradiciones con frecuencia toman un punto de vista elemental de lenguaje, en el cual proporciona un medio para transferir sus pensamientos de una mente a otra (Harris, 1988) y dicho

trabajo con frecuencia asume que las palabras están asociadas con categorías o conceptos codificados mentalmente.

La psicología discursiva no inicia rechazando estos puntos de vista (aunque existen importantes críticas filosóficas y sociológicas, Wittgenstein, 1953; Coulter, 2005). Más bien aísla los problemas de procesos cognitivos y referencia, para así poder empezar en un lugar diferente. Su enfoque se centra totalmente en el uso del lenguaje, por eso se le llama psicología discursiva, en vez de psicología del lenguaje o algo similar. Ésta se enfoca en específico en las prácticas del discurso que se involucran en orientaciones y construcciones psicológicas, o que se apoyan en términos psicológicos. Sin embargo, es importante mencionar que la PD proporciona una reespecificación lateral y un retrabajo de la totalidad del dominio de lo psicológico, que simultáneamente la extiende y la contrae, además de cuestionar la idea misma de que existe una clase claramente definida de términos psicológicos. Para un panorama más amplio de las diferencias entre la PD y la sociolingüística consultar a Potter y Edwards (2001a) y para mayor información sobre PD y psicología social del lenguaje consultar a Edwards y Potter (1993), Potter y Edwards (2001b) y el debate entre Schmid y Fiedler (1999), además de a Edwards y Potter (1999).

La relación entre la PD y el AC es compleja. Actualmente, el AC ofrece el enfoque más desarrollado y sofisticado disponible para lo que tradicionalmente se ha llamado

desempeño lingüístico. La PD se apoya grandemente en la tradición analítica del AC y en sus hallazgos específicos. El trabajo fundamental de Sacks (1992) sobre el AC ofrece además un enfoque sofisticado para las explicaciones psicológicas y el lenguaje (consultar a Potter y te Molder, 2005, para obtener un panorama general del tema). Sin embargo, existen dos áreas muy importantes en las que existe una diferencia en el énfasis e incluso una potencial tensión.

Primero, la PD ha construido un enfoque sistemático para relacionar la construcción de descripciones con las acciones en las que dichas descripciones se encuentran involucradas. Por ejemplo, la PD ha estudiado la forma en que los constructos de emociones tales como la ira en relaciones de orientación psicopedagógica puede ser parte de la asignación de problemas a individuos, nominándolos como la parte que requiere del cambio (Edwards, 1995, 1997). Nótese que estas construcciones son mutuamente deductivas; las personas construyen las versiones de sus propios pensamientos, memorias, sentimientos, etc., como parte del establecimiento de versiones de eventos o escenarios y viceversa. Este tema construccionista es mucho menos importante en el AC cuando se le compara con la PD. Más aún, la PD recurre a la tradición retórica de Billig (1996). Esto resalta la forma en que se ensamblan las descripciones en formas que contrarrestan versiones alternativas reales o potenciales. La PD es diferente a otras tradiciones

construccionistas por su enfoque en el negocio de construir versiones en el habla y en los textos, además de su énfasis en la forma en que las construcciones son parte de prácticas situadas.

Segundo, la PD es un enfoque sistemáticamente no cognitivo. Es decir, aísla cuestiones sobre la existencia (o no) de las entidades y procesos cognitivos, sean parte de uno de los rangos de perspectivas técnicas que forman la psicología moderna o parte de las ontologías mentales que se encuentran arraigadas en culturas específicas. Su enfoque apunta totalmente a las entidades cognitivas, puesto que se construyen por y para prácticas públicas de interacción. Nótese que esto incluye el estudio de la forma en que las prácticas tales como la terapia o la paternidad pueden apoyarse en distinciones cognitivas o psicológicas básicas, como sucede entre la superficie y la profundidad, o entre lo público y lo privado. En su mayoría, el AC también ha sido una empresa no cognitiva. Sin embargo, las investigaciones del AC cuentan con un enfoque más ambivalente para la cognición, que en ocasiones intenta conectar los fenómenos de interacción con lo que se entiende como fenómeno cognitivo (para un panorama general de estos problemas, consultar a te Molder y Potter, 2005, así como el debate entre Coulter, 1999 y Potter y Edwards, 2003).

Hasta ahora hemos analizado las características generales de la PD. A continuación se ilustra la operación de la PD a partir del análisis específico de temas específicos.

3. Psicología discursiva y protección infantil

A continuación, basaremos nuestra discusión en un programa de trabajo preparado por la NSPCC (Sociedad Nacional Para la Prevención de la Crueldad contra los Niños) del Reino Unido. Nos enfocaremos específicamente en estudios que pueden utilizarse para mostrar el tratamiento contrastante que se da a los conceptos psicológicos clásicos: cognición (conocimiento, actitud), percepción y emoción. El objetivo en cada caso será mostrar cómo se logra una comprensión muy distinta al comenzar por el cómo estas cosas surgen en el discurso como problemas prácticos para que los atiendan los participantes. Nótese que hemos seleccionado deliberadamente nociones como emoción y percepción, que con frecuencia se consideran anteriores e independientes a lo que se entiende tradicionalmente como fenómeno lingüístico. Estos son «casos difíciles» para un enfoque en el habla o el texto.

La NSPCC es la principal organización de caridad para la protección de los niños en el Reino Unido. Parte importante de su trabajo es una línea de ayuda para la protección a los niños que opera las 24 horas, que recibe varios cientos de miles de llamadas al año. Es un requisito legal notificar a servicios sociales o a la policía sobre los reportes creíbles de

abuso, sin importar si quien llama está de acuerdo o no. La línea de ayuda proporciona además asesoría, información y consejo para cualquier persona preocupada por un niño que se encuentre en riesgo de ser maltratado o abusado, o para los mismos niños que pudieran encontrarse en riesgo. El personal que labora en esta línea está formado por trabajadores sociales con al menos tres años de experiencia de campo en el área de protección infantil; éstos trabajan bajo el mando del Oficial para la Protección Infantil (en adelante OPI).

Nuestra investigación se basa principalmente en el centro de la NSPCC en Londres. Las llamadas son muy diversas. Las llamadas son realizadas por adultos, personas jóvenes, abuelos, padres y vecinos de diversas clases sociales y antecedentes étnicos, de todas partes de Inglaterra. La mayoría de estas llamadas se hacen para solicitar consejos, reportar abusos o solicitar asesoría. Los problemas que se reportan son de gravedad variable. Las llamadas tienen una duración promedio de 15 minutos, aunque algunas duran hasta una hora. Cuando existan sospechas de abusos graves, el OPI dará seguimiento a la llamada directamente con una llamada a la fuerza policiaca correspondiente, aunque en la mayoría de las ocasiones se llama sólo a Servicios Sociales.

Las llamadas se graban en minidisk y luego se digitalizan para su transcripción y análisis. Todos los participantes del estudio estuvieron de acuerdo en que se grabaran sus llamadas para propósitos de investigación y capacitación.

Los OPI procedieron a grabar la llamada cuando recibieron consentimiento informado. Inicialmente las llamadas fueron transcritas por un servicio de transcripción. Estas transcripciones se afinaron mediante el uso del sistema de transcripción desarrollado por Gail Jefferson (Jefferson, 2004) para que el segundo autor las utilizara en estudios específicos de investigación. El análisis se realizó mediante una combinación de grabación digitalizada y transcripción. Se continúa desarrollando el acervo, pero este contenía más de 250 llamadas al momento de escribir este artículo. Para mayores detalles sobre los aspectos metodológicos, de aplicación o políticas del proyecto, consultar a Hepburn (2006) y Hepburn y Potter (2003). Más adelante discutiremos otros detalles relevantes.

4. Cognición: conocimiento y actitud

Con frecuencia los psicólogos se ven interesados en lo que las personas saben, además de cuáles son las actitudes de las personas hacia las cosas. Así, los psicólogos han desarrollado una variedad de procedimientos más o menos sofisticados para probar el conocimiento y evaluar las actitudes. Para los psicólogos discursivos, por el contrario, el punto inicial no es lo que la gente sabe o no sabe, ni cuáles actitudes tiene o no tiene, sino cómo el conocimiento y la actitud figuran en su

interacción en ambientes específicos; es decir, cuáles son estas cosas para cada participante y cómo son o no relevantes para algunas actividades. Aclararemos estos asuntos mediante la descripción de un estudio de las actividades iniciales en el acervo de las llamadas (Potter & Hepburn, 2003). Permítanos enfatizar que nosotros no iniciamos con estas nociones psicológicas; más bien iniciamos con un intento por explicar lo que está sucediendo en la interacción.

Para este análisis trabajamos inicialmente con un acervo de 40 inicios de llamada. Estas fueron refinadas a partir de una colección completa, dado que incluyó la práctica central de la NSPCC del informe sobre abusos. Eliminamos todas las llamadas en que se solicitaba asesoría, en que se ofreció donar dinero y también aquellas en que se transfirió información entre sitios NSPCC diferentes, para enfocarse solamente en personas que llamaron específicamente para asuntos relacionados con supuestos abusos cometidos por terceros.

Existen muchas complejidades en las primeras acciones llevadas a cabo en las llamadas; nos enfocaremos en un elemento que hemos llamado construcción C. Las Construcciones C con frecuencia involucran lo que de forma general pudiera llamarse «exteriorización de preocupaciones» (aquí, construcción C). Iniciemos con un ejemplo para ayudar a simplificar el concepto sobre lo que se está haciendo y sobre cómo esto se relaciona con estas

cuestiones de conocimiento y actitud. El siguiente resumen se extrajo del inicio de una llamada realizada para reportar abuso; las construcciones C se marcan con flechas. El intercambio ético se retiró de la transcripción para ahorrar espacio. El apéndice del presente volumen incluye las particularidades de la convención.

5. Resumen 1: vecino preocupado LB

01 ((Suenan el teléfono))

02 OPI: Hola, Línea de Ayuda de la NSPCC. ¿Puedo ayudarle?

3. Llamante: Buenas tardes. Me pregunto si yo...

4. OPI: (((Se aclara la garganta)))

05 Podría <.hhh

6. OPI: [Sí, por supuesto:,]

7. Llamante: [Estoy preocupado por –] <–

08 (0.2)

09 OPI: Sí

10 (0.2)

11 .h

12 Llamante: por un niño que vive en la casa contigua
13 a la mía.
14 OPI: Tk.h bien, podría – antes de que continúe
15 ((intercambio ético))
16 OPI: Bien: continúe:, perdón por la interrupción,
17Llamante: 18 Si, yo – Estoy preocupado por °h° (0.2)
19 mis vecinos y ellos tienen una niña de algunos seis.
Y ella
20 siempre está llorando,
21 (0.2)
22 .hH
23 OPI: Correcto
24 Llamante: [Puedo] oírlos a través de la pared ahora
25 y la mamá le está gritando como si nada
26 (0.7)
27 Tk «No quiero verte que te alejes de
28 Mí:,» y (0.3) °hh° ybueno pues está

29 muy fuerte.=huh

30 (0.3)

31 OPI: Correcto.

32 Llamante: Quiero decir, mi crianza no fue tan brillante

33 por lo que sé cómo es esto

34 Entonces. Hh

35

36 OPI: Si,;correcto, y esto es algo

37 que le ha preocupado por

38 un tiempo, [¿cierto?]

39 Llamante: [Sí] sí tengo una amiga

40 que trabaja en protección infantil y ella

41 me dijo que si estaba preocupada les llamara

6. Iniciaremos con varias observaciones sobre este resumen

Primero, nótese que en la línea 14 el OPI dice «antes de continuar...», tratando al llamante como si tuviera algo más que decir y estuviera a punto de decirlo. Esto recae directamente en la primera construcción C, por lo que la

considera incompleta. Cuando el OPI dijo «disculpe la interrupción» (línea 16), trató al llamante como si le hubiera impedido hacer algo. Segundo, note el «correcto» del OPI en la línea 14 y nuevamente en la línea 23. Lo que resulta particularmente interesante es lo que no se está haciendo en estos turnos. No se trata de evaluaciones del turno anterior ni se pasa a nuevos asuntos. Simplemente se trata de comentarios que intentan demostrar que quien escucha está prestando atención (Schegloff, 19892). Si se consideran en conjunto, estos aspectos muestran que el OPI está tratando a la construcción C como el inicio de algo y no como algo que esté completo.

El tercer punto a notar es que, después de la intrusión del intercambio ético, el llamante continúa con otra construcción C. Esto sugiere que la construcción C es estructuralmente importante para las actividades tempranas de la llamada. Las actividades reinician, después de la intrusión, con una construcción C. El cuarto punto a notar es que el llamante continúa, después de la demostración de atención del OPI (línea 23), con un rango de descripciones que sugiere violencia y abuso, por lo que hay que ocuparse de este conocimiento de eventos y motivos para llamar.

Ahora tratemos de especificar con mayor precisión lo que están haciendo las construcciones C, para así determinar por qué son importantes para la forma en que se desarrolla la llamada.

1. Las construcciones C son movimientos de introducción. Como ya lo notamos, las construcciones C están incompletas. Estas son tratadas tanto por el llamante como por el OPI como elementos del habla que proyectan un conjunto de turnos posiblemente extendidos. Las demostraciones de atención por parte del OPI tratan a estos turnos como potencialmente adecuados para los problemas institucionalmente relevantes.

2. Las construcciones C proyectan el desempaque colaborativo de la descripción del abuso. Las construcciones C proyectan el desempaque colaborativo al no iniciar con una declaración definitiva sobre el estado del abuso. En vez de esto, las construcciones C operan mediante la evocación de una preocupación (o punto «psicológico» similar), que puede desarrollarse como más o menos definitivo en el curso de la conversación con el OPI. El llamante inicia con una oración abierta en relación a las acciones a las que la NSPCC respondería.

3. La construcción C muestra la postura (adecuada) del llamante. Las construcciones C muestran la «actitud» del llamante hacia el objeto de la llamada, que típicamente es algún tipo de abuso. El tema se trata como un tema serio, que pudiera causar daños potenciales o molestias. Por otro lado, un aspecto que resulta relevante aquí es que este objeto no es tratado como algo que haga sentir bien al llamante, que lo entretenga, que le cause placer o excitación sexual. La construcción C es la primera oportunidad del

llamante para establecer los motivos adecuados para realizar la llamada.

4. Las construcciones C manejan asimetrías del conocimiento. Las construcciones se orientan hacia una asimetría básica, la cual manejan. El llamante es tratado por ambas partes como alguien que conoce sobre los sucesos específicos y acciones por las que llama. El OPI es tratado por ambas partes como alguien que conoce sobre los procedimientos relacionados con el trabajo de protección a los niños, las políticas de la NSPCC y qué reportes ameritan acciones. Esto es similar a la situación de una consulta médica, en que los pacientes son tratados como personas que saben sobre sus síntomas específicos, y los doctores son tratados como personas que saben sobre medicina (Gill, 1998). La construcción C es una excelente forma de manejar las dificultades potenciales que presenta la asimetría. Al proyectar el desempaque de preocupaciones, el llamante permite que el OPI decida el estado de protección del niño en el reporte. Al realizar demostraciones de atención (ejemplo en la línea 31) y preguntas de seguimiento (ejemplo en las líneas 36 a 38) el OPI colabora con el desempaque.

En relación a la actitud y conocimiento, podemos apreciar cómo ambos aspectos parecen ser problemas y construcciones de los participantes. La actitud se muestra con una construcción C, y está integrada como parte práctica de la interacción. Esto es relevante a nivel local, y no necesariamente algo que el hablante necesariamente carga

como un objeto mental totalmente formado. Su producción se adapta a la tarea a la mano, que es reportar el abuso. Como sucede con el conocimiento, las diferencias son un asunto práctico que debe manejarse en la interacción, y la construcción C es una forma efectiva de hacerlo. Otra vez, no debemos confundir la construcción local y el manejo del conocimiento con la idea de que estos participantes tengan estados o entidades cognitivas específicas en cualquier forma simple. La actitud y el conocimiento son importantes, pero lo son en este momento y en este lugar, para los aspectos específicos de la interacción.

Nótese además que la construcción C misma tiene una interesante tensión integrada entre realidad y la mente. Además, simultáneamente invoca estados mentales o psicológicos y los estados de los asuntos en el mundo que generan esos estados. De hecho, esto se basa en la inferencia mutua básica que forma parte del tema de la PD. Aunque la palabra «preocupación» es una que aplica de forma muy efectiva, en nuestro análisis descubrimos una variedad de objetos psicológicos diversos que pudieran utilizarse en su sitio. Por ejemplo, la palabra «preocupado» puede utilizarse para hacer este trabajo, igual que podría utilizarse una expresión como «me estoy volviendo loco» o «presentimiento» (consultar a Potter, 2005).

En este ejemplo podemos apreciar la forma en que los asuntos psicológicos están relacionados con los asuntos prácticos e institucionales de la línea de ayuda. Debemos

comprender a la actitud y al conocimiento como puntos de preocupación del participante, que son producidos y resueltos por su relevancia local. Del mismo modo, las construcciones C tales como «Estoy un poco preocupado» y «es un presentimiento» juegan el sutil papel institucional de manejar la postura adecuada del llamante y las asimetrías de conocimiento del hablante, así como el de proyectar el desarrollo colaborativo del reporte.

7. Percepción: ruido y escucha

Una característica central de la psicología cognitiva es que la persona es vista como alguien que recibe información a través del sistema perceptual, para luego procesar esta información. La percepción se considera algo fundamental, que con frecuencia está relacionado con la psicología y los procesos mecánicos. Aunque existe una tradición de percepción social que data de muchos años, ésta se ha conceptualizado típicamente en términos de procesos cognitivos de «nivel superior» que actúan por «entradas» perceptuales cuando otras personas o grupos sociales son el «material de estímulo».

Desde principios de los noventa existe una tradición un tanto diferente de trabajo, que ha considerado la

04 h[ace (.) tr]es meses aproximadamente. [

05 OPI: M □ m::,]

06 (0.4)

07 Llamante: .Hh y son: (0.3) casas con

08 terraza.

09 (0.2)

10 Llamante: Con paredes muy delgadas, Hh

11 (0.3)

12 OPI: Correcto.

13Llamante: 14 Y se puede escuchar mucho a través de

15 las paredes, y me □ parece

16 escuchar constantemente niños

17 OPI: gritando y llorando.

18Llamante: 19 C[orrecto].

20 OPI: [Los vecino]s.

21Llamante: 22 (0.2)

23 OPI: Co[:: rrecto.]

24Llamante: 25 Y me estoy preocupando un poco.

26 (0.4)

27 C[orrecto].

[No quiero] hacer un escándalo de esto pero. (0.2) >usted sabe, estoy aquí sentada en mi sala< (.).hh y acabo de escuchar«por favor no hagas

28 eso. Por favor no hagas eso papá, papá».

29 (0.3)

30 Llamante: °.Hh.°

31 OPI: Correcto.

Permítanos realizar una serie de observaciones sobre este extracto y sobre cómo operan las diversas construcciones de ruido.

Al describir su casa como «con terraza» y con «paredes delgadas» (líneas 7 y 10), el llamante empieza a manejar tanto el estatus epistémico de sus reportes y su identidad como persona que escucha. Luego ella detalla lo que esto implica cuando dice «se puede escuchar mucho a través de las paredes» (líneas 13 y 14). A continuación se detalla su construcción: «se puede oír...» y no «yo puedo oír...», «me es posible oír», «si no hago ruido, me es posible escuchar...».

La construcción presenta el oído en términos del guión (consultar el guión arriba, además de Edwards, 1997). Esto presenta la situación como una en la que cualquiera podría escuchar. Dicho en otras palabras, elimina la idea de que ella pasa el tiempo tratando de escuchar cuidadosamente lo que sucede; por lo que no pudiera pensarse que se está entrometiendo.

La primera construcción específica de ruido se realiza cuidadosamente:

Me parece escuchar constantemente a niños que gritan y lloran.

El «me parece escuchar» hace ver al llamante como alguien que no se apresura a aventurar conclusiones y que permite cualquier confirmación de relevancia por parte de la NSPCC como esfuerzo colaborativo. La construcción «gritando y llorando» también resulta interesante, dado que en otros conjuntos de datos examinados la construcción «llorando y gritando» fue mucho más común (consultar a Stokoe y Hepburn, 2005). Es posible que la más común construcción «llorando y gritando» hiciera disponible la inferencia de que lo que se está escuchando es un niño problemático. Sin embargo, «gritando» seguido de «llorando» hace disponible la inferencia de que primero se han sentido asustados o lastimados y luego han respondido a este evento con lágrimas.

La segunda construcción de ruido atiende también a la pasividad de la escucha. El llamante no está tratando de escuchar lo que sucede en la casa contigua, como lo haría un «vecino entrometido». En vez de eso, simplemente «estoy sentada en mi sala» (líneas 25 y 26). Se construye a sí misma como una persona que hace lo que hace cualquier persona común. Nótese la importancia que esto recibe en lo que respecta a la narrativa, puesto que quien llama parte de lo que probablemente habría sido «sólo escuché» (línea 25) e introduce la descripción de la sala. En la descripción misma del ruido, el llamante reporta en estilo directo: «Por favor no hagas eso, por favor no hagas eso, papá, papá» (líneas 27–28). Esto tiene varios efectos. Primero, el reportar en estilo directo, como si se hiciera textual (no contamos con registros de esto), maneja la objetividad del llamante. No están dispuestos a ir más allá de lo que han escuchado. El estilo más bien plano, como si se estuviera leyendo, contribuye con este sentido de ser objetivo. En segundo lugar, las palabras representan un acertijo. ¿Qué haría a un niño decir esas palabras en específico? Una solución para el acertijo sería que el padre está cometiendo algún tipo de abuso con el niño. Al ofrecer el acertijo en vez del resultado del mismo, el llamante afirma su postura como un testigo confiable, además de permitir que el resultado sea la producción colaborativa con el OPI.

En su estudio, Stokoe y Hepburn (2005) traen un nivel más importante de detalle en el reporte de ruido por medio de

análisis cooperativo con un conjunto de llamadas a un servicio de mediación de vecinos. También en este aspecto existen muchas llamadas que reportan ruido de los vecinos y los niños. Sin embargo, las llamadas al servicio de mediación típicamente construyen lo que pueden escuchar como ruido, así como lo que pueden considerar inadecuado (por ejemplo, que sea demasiado alto o que sea tarde, por la noche). Dichos informes son sistemáticamente diferentes de los informes de abuso de la NSPCC. En las llamadas de la NSPCC, los llamantes no se quejan; están preocupados (nótese en la construcción C en la línea 21) por el niño, no se sienten molestos por su propia comodidad. Sus motivos son generados, al menos en lo que respecta al reporte del ruido, como altruistas, no como egoístas.

Lo que podemos apreciar en este estudio es la forma en que los aspectos de percepción, como sonidos o cosas que se escuchan, son contruidos en formas específicas como parte de prácticas discretas de conversación. Existen diferencias sutiles pero sistemáticas cuando se llama a una ayuda de protección para la niñez y cuando se llama a una línea de mediación entre vecinos. Estas diferencias reflejan la escucha de «indicios de abuso infantil» o «molestias injustificadas». En este ámbito, la escucha es pública y de interacción. Esto muestra cómo la «percepción», sin importar sus fundamentos biológicos, está conectada inextricablemente con prácticas de interacción.

9. Emoción: el llanto y la empatía

La emoción es un tema teórico muy interesante para la investigación discursiva, dado que también es un «caso difícil». Con frecuencia se le trata como algo cercano a la biología, algo que es subyacente al lenguaje e incluso en ocasiones subyacente a la cultura. En la psicología social, la emoción es frecuentemente tratada como una variable casual que ejerce su efecto de distorsión sobre la cognición (Park & Banaji, 2000). Sin embargo, Edwards (1997) ha sugerido que es necesario tratar la categoría misma de «emoción» con mayor cuidado. Los límites y contrastes de lo que forma la «emoción» varían en las diferentes culturas y ámbitos. De hecho, la categoría de «emoción» en sí misma es una característica de una idea específica, moderna y de la persona occidental. Como Edwards sugiere (1999, pág. 273):

Las emociones no sólo se ven contrastadas con cogniciones (racionales o no), tanto en la psicología popular como en la profesional, sino que además existen teorías cognitivas de emociones, y de hecho los modelos cognitivos virtualmente carecen totalmente de categorías de emociones. Pero también existen explicaciones de cognición basadas en emociones sobre lo que la gente piensa, sobre lo que la gente lee y por qué piensan una cosa en vez de otra (debido a la envidia, celos, prejuicio, obsesión, etc.).

Edwards ha utilizado ideas del análisis de la conversación, de la antropología cultural y del construccionismo como la base para una reespecificación que enfoca la investigación en: el uso de las categorías de «emoción»; (b) orientaciones a objetos y acciones como «emocionales» y (c) muestras de «emoción». Algunas de estas características aparecen en un desarrollo posterior de nuestro proyecto de protección infantil, en el cual el llanto del llamante y la reacción de los OPI ante el llanto son el tema de análisis (Hepburn, 2004).

Una de las características del trabajo psicológico sobre el llanto es que éste ha funcionado de forma abrumadora con los reportes de llanto de los participantes (en cuestionarios o escalas de calificación). No existen trabajos que utilicen la observación directa, o que intenten proporcionar descripciones localizadas de llanto. Esto significó que una de las primeras tareas de investigación fue desarrollar una extensión hacia el esquema de transcripción Jeffersoniano (Jefferson, 2004), que representaría diferentes características de llanto, tales como sollozos, susurros, respiración húmeda y voz entrecortada (Hepburn, 2004). El apéndice del presente documento incluye una lista de símbolos de transcripción utilizados. Esta descripción detallada del proceso de llanto proporciona una forma de ver cómo las diferentes actividades en el llanto y la recepción del mismo se organizan en conjunto. Es posible ilustrar esto con el siguiente resumen. Diversos elementos característicos del llanto son resaltados en la línea de ayuda, tales como las

disculpas de los llamantes (A), las acciones de los OPI tales como descripciones de «lo correcto» (RT), los «tómate tu tiempo» (TYT) y lo que hemos llamado «recepciones empáticas» (ER).

10. Resumen 3: padre consternado JK

1. Llamante: >.Hhih. hhihhh<
2. OPI: Desea tomar un [descanso por un momento]. = □ TYT
3. Llamante: [Hhuhh >.hihh<]
- 04 =>hhuhh hhuhh<
- 05 (0.6)
- 06 Llamante: .shih
- 07 (0.3)
- 08 Llamante: °°k (hh) ay°°
- 09 (1.8)
- 10 Llamante: .shih >hhuh hhuh [h] <
- 11 OPI: [S] es muy difícil cuando □ ER
- 12 no están ahí con usted, ¿cierto?.= □ ER
- 13 y usted habla sobre ello. □ER

14 Llamante: [>.Hhih<]

15 (0.8)

16 Llamante: >.Hhuh. HHuh<

17 (2.1)

18 Llamante: .shih

19 (0.2)

20 Llamante: .°shih° (.) °° (Necesito) ayuda (h) °°

21 (2.5)

22 Llamante: .HHhihh°hh°

23 (0.5)

24 Llamante: HHhuhh >.hih.hih<

25 (0.7)

26 OPI:. Htk.hh bueno ahora está haciendo lo que
puede para

□ RT

27 de hecho ofrecerles protección a ayudarles

□ RT

28 ¿no es cierto?

□ RT

29 Llamante: .Shuh (.) Huhhhh

30 (0.5)

31 Llamante: °°No estoy ahí. Hh1°°

32 (3.2)

33 Llamante: .Shih

34 (0.4)

35 Llamante: ~ □ Lo □ siento.~ □A

36 OPI: Y todos –bueno, obviamente Eddie pensó □ RT

37 que usted era la persona indicada para pedirle ayuda □
RT

38 Llamante: Si. hh

39 OPI: por lo que usted sabe que recurrió a usted:.hh □ RT

40 (0.7)

41 Llamante: .Hh [h°hhh°]

42 OPI: Para que lo ayude = ¿no es cierto? □ RT

43 Llamante: °°Yhhehhh°°

44 OPI: entonces él la vio como una persona que podía ayudarle □
RT

45 en su situación:.w □ RT

46 Llamante: [Shih]

47 (0.9)

48 Llamante: .Hdihhhh hhhuhh

49 (0.2)

50 Llamante: Lo siento. □A

51 (0.4)

52 OPI: Estábien.

53 (1.3)

54 Llamante. SKUH

55 (0.3)

56 OPI: es preocupante, pero también es un granshock □ ER
lo

57 es,¿no es cierto? supongo [(para usted)] □ ER

58 Llamante: [.HHHHhih] hhHHHhuhhhh

59 (1.7)

60 Llamante: ((pasa saliva)) °Hhhoh dios.°

Una vez que contamos con una descripción que permite revelar este nivel de detalle, podemos empezar a observar la gama de interesantes características relacionadas con la forma en que se desarrolla el resumen. Primero, note la forma en que el «tome su tiempo» de la línea 2 es generado por los sollozos del llamante, quien empieza en la línea 1 y

continúa hasta la 4. Podemos ver cómo la delicada atención mutua en esta interacción, puesto que a pesar de los sollozos el llamante responde al «tómese su tiempo» con un susurro de «khhay» (línea 8).

Segundo, notará más adelante en la secuencia la disculpa con voz entrecortada que ofrece el llamante (línea 35). Podríamos pensar que el llamante se está disculpando por la naturaleza transgresora del sollozo hacia un extraño, o por alguna situación similar. Sin embargo, un análisis cuidadoso de los momentos en que aparecen las disculpas en las secuencias de llanto sugiere que lo más probable es que sean disculpas por interrumpir las acciones que se están realizando o por no lograr proporcionar contribuciones normativamente esperadas. Es decir, que estas se explican mejor mediante el entendimiento de la organización de la conversación. En este caso, por ejemplo, la evaluación del OPI en las líneas 26 a 28 es seguida por una segunda evaluación que resulta extremadamente tranquila e interrumpida en la línea 31 (el turno normativo esperado). La siguiente demora por parte del OPI permitiría el reciclaje del turno, y la disculpa podría ser específicamente una por la ausencia de dicho reciclaje.

Tercero, note las descripciones sobre «lo correcto» en las líneas 26 y 28 y de la 36 a la 45. Estas se construyen a partir de información ya proporcionada por el llamante, redescrita para asegurarle que ha hecho lo correcto. Dichas descripciones parecen diseñadas para dar seguridad al

llamante y hacer que deje de llorar. Estas descripciones con frecuencia se ven acompañadas de preguntas de coletilla (ejemplos en líneas 28 y 42), que son diseñadas para hacer al llamante dejar de llorar al alentarle a que esté de acuerdo con la descripción de lo correcto.

Finalmente, analicemos el interesante tema de la empatía. Recientemente, algunos investigadores han empezado a desarrollar crónicas de interacción de empatía (Pudlinski, 2005; Ruusuvuori, 2005). Hemos marcado segmentos de este resumen en los cuales el OPI realiza «recepciones empáticas». La categoría de empatía viene de la psicología y no del análisis de interacción; sin embargo, existen algunas características relacionadas que tienden a ir de la mano en recepciones de empatía. Típicamente existe una formulación de la experiencia desde el punto de vista del receptor o desde el «estado mental» del receptor. Por esta razón en la línea 11 se puede apreciar la formulación «muy difícil» y en la línea 56 la formulación «es preocupante, pero también es un gran shock». Las contribuciones de interacción como éstas son potencialmente engañosas, dado que quien habla está ofreciendo una versión de algo en lo que generalmente se espera que el receptor tenga más conocimientos. Los recursos tales como las preguntas con coletilla (12 y 57) y las muestras de cuidado epistémico (por ejemplo, el «supongo» en la 57) pueden ser una forma de manejar esto.

De forma más general, aunque la emoción con frecuencia se considera algo que se encuentra más allá del alcance de

la PD, los estudios de este tipo muestran la forma en que los problemas y acciones que comprendemos como emocionales pueden relacionarse con el análisis de la interacción. Esto no sorprende una vez que nos recordamos a nosotros mismos sobre el papel práctico y comunicativo que juegan las emociones en la vida social (Planalp, 1999). La DP ofrece la posibilidad de comprender los diversos fenómenos tildados de emociones en forma muy general, en términos de lo que están haciendo y dónde aparecen en la vida de las personas.

11. Discurso, psicología e interacción

Los trabajos de la PD contemporánea están formados de varios temas estrechamente relacionados. Estos estudios de NSPCC ilustran varios de ellos:

- Estos son estudios de los procedimientos a través de los cuales se manejan las implicaciones psicológicas del habla.
- Consideran el uso práctico del diccionario mental de sinónimos (términos tales como «preocupación», «escuchar», «gritar»), aunque al mismo tiempo hace problemática una simple distinción entre un diccionario mental de sinónimos y otros términos.

- Son estudios que reespecifican nociones teóricas clave de la psicología cognitiva ortodoxa y la psicología cognitiva social (conocimiento, actitudes, percepción, emociones).
- Éstos se enfocan en la «representación» de estados psicológicos que se muestran, por ejemplo, en los sollozos y gimoteos de un niño.
- Además, estos estudios atienden a la relación entre los problemas psicológicos e institucionales, explorando la forma en que el negocio de la línea de ayuda (reportar abusos, orientar, aconsejar, etc.) se logra de forma activa, en parte, mediante el uso de términos y prácticas psicológicas.

Existe otro tema en la investigación de PD que se enfoca específicamente en métodos de investigación psicológica en prácticas. Estudia tanto el logro de interacción del método como la constitución de los hallazgos específicos. En este documento no hubo espacio para analizar estos trabajos (consultar a Antaki, 2005; Puchta y Potter, 2002; y desde una perspectiva más específica de AC, a Schegloff, 1999).

Además de estos temas de investigación, existe un interés creciente en el potencial de la PD para realizar trabajo práctico aplicado. Para una discusión sobre los problemas y posibilidades consultar a Hepburn (2006), además de una amplia gama de contribuciones a Hepburn y Wiggins (en prensa).

Entonces, en general, la psicología discursiva ofrece una forma de generar teorías y analizar la psicología como una característica de las prácticas de las personas. Empieza con registros de lo que las personas hacen en realidad. En los ejemplos discutidos nos hemos enfocado en la interacción en una línea de ayuda, pero los trabajos de PD se han realizado en una amplia variedad de situaciones diferentes, y la investigación se ve limitada solamente por la imaginación del investigador, así como por la posibilidad de obtener un acceso adecuado. Esto ofrece una imagen de la psicología que está integrada en prácticas en vez de extraerse de las mismas.

BIBLIOGRAFÍA

- AJZEN, I. (1991), «The theory of planned behaviour», *Organizational Behavior and Human Decision Processes*, 50, 179–211.
- ANTAKI, C. (2006), «Producing a ‘cognition’, *DiscourseStudies*», 8, 9–15, Billig, M. (1992), *Talking of the royal family*, Londres, Routledge.
- BILLIG, M. (1996 [1987]), *Arguing and thinking: A rhetorical approach to social psychology*, 2.–ed., Cambridge, Cambridge University Press.
- COULTER, J. (1999), *Discourse and mind. Human Studies*, 22, 163–181.

- (2005), «Language without mind», en H. te Molder y J. Potter (eds.), *Conversation and cognition*, Cambridge, Cambridge University Press, págs. 79–92.

EDWARDS, D. (1994), «Script formulations: a study of event descriptions in conversation», *Journal of Language and Social Psychology*, 13(3), 211–247.

- (1995), «Two to tango: Script formulations, dispositions, and rhetorical symmetry in relationship troubles talk», *Research on Language and Social Interaction*, 28 (4), 319–350.

(1997), *Discourse and cognition*, Londres y Beverly Hills, CA, Sage.

- (1999), «Emotion discourse», *Culture & Psychology*, 5 (3), 271–291.
- (2003), «Analysing racial discourse: The discursive psychology of mind–world relationships», en H. van den Berg, M. Wetherell y H. Houtkoop–Steenstra (eds.), *Analysing race talk: Multidisciplinary approaches to the interview*, Cambridge, Cambridge University Press, págs. 31–48.
- (en prensa), «Managing subjectivity in talk», en A. Hepburn y S. Wiggins (eds.), *Discursive research in practice: New approaches to psychology and interaction*, Cambridge, Cambridge University Press.

EDWARDS, D. y POTTER, J. (1993), *Discursive psychology*, Londres, Sage.

- (1999), «Language and causal attribution: A rejoinder to», en Schmid y Fiedler, *Theory & Psychology*, 9, 849–863.

GILBERT, G. N. y MULKAY, M. (1984), *Opening Pandora's box: A sociological analysis of scientists' discourse*, Cambridge, Cambridge University Press.

GILL, V. (1998), «Doing attributions in medical interaction: Patients' explanations for illness and doctors' responses», *Social Psychological Quarterly*, 61, 342–360.

GOODWIN, C. (1995), «Seeing in depth», *Social Studies of Science*, 25, 237–274.

GOODWIN, C. y GOODWIN, M. H. (1996), «Seeing as situated activity: Formulating planes», en Y. Engestrom y D. Middleton (eds.), *Cognition and communication at work*, Cambridge, Cambridge University Press, págs. 61–95.

HARRIS, R. (1988), *Language, Saussure y Wittgenstein: How to play games with words*, Londres, Routledge.

HEPBURN, A. (2003), *An introduction to critical social psychology*, Londres, Sage.

– (2004), «Crying: Notes on description, transcription and interaction», *Research on Language and Social Interaction*, 37, 251–290.

– (2006), «Getting closer at a distance: Theory and the contingencies of practice», *Theory & Psychology*.

HEPBURN, A. y POTTER, J. (2003), «Discourse analytic practice», en C. Seale, D. Silverman, J. Gubrium y G. Gobo (eds.), *Qualitative research practice*, Londres, Sage, págs. 180–196.

- HEPBURN, A. y WIGGINS, S. (eds.) (en prensa), *Discursive psychology in practice*, Cambridge, Cambridge University Press.
- JAWORSKI, A. y COUPLAND, N. (eds.) (1999), *The Discourse Reader*, Londres, Routledge. JEFFERSON, G. (2004), *Glossary of transcript symbols with an introduction*, en G. H. LERNER (ed.), *Conversation analysis: Studies from the first generation*, Amsterdam, John Benjamins, pags. 13–31.
- LAWES, R. (1999), «Marriage: An analysis of discourse», *British Journal of Social Psychology*, 38, 1–20.
- PARK, J. y BANAJI, M. R. (2000), «Mood and heuristics: The influence of happy and sad states on sensitivity and bias in stereotyping», *Journal of Personality and Social Psychology*, 78, 1005–1023.
- PLANALP, S. (1999), *Communicating emotion: Social, moral and cultural processes*, Cambridge, Cambridge University Press.
- POTTER, J. (1996), *Representing reality: Discourse, rhetoric, and social construction*, Londres y Thousand Oaks, CA, Sage.
- (2003a), «Discourse analysis and discursive psychology», en P. M. Camic, J. E. Rhodes y L. Yardley (eds.), *Qualitative research in psychology: Expanding perspectives in methodology and design*, Washington, American Psychological Association, pags. 73–94.
 - (2003b), «Discourse analysis», en M. Hardy y A. Bryman (eds.), *Handbook of Data Analysis*, Londres, Sage, pags. 607–624.

- (2004), «Discourse analysis as a way of analysing naturally occurring talk», en D. Silverman (ed.), *Qualitative analysis: Issues of theory and method*, 2.ª ed., Londres, Sage, pags. 200–221.
- (2005), «A discursive psychology of institutions», *Social Psychology Review*, 7, 2535.

POTTER, J. y EDWARDS, D. (2001a), «Sociolinguistics, cognitivism and discursive psychology», en N. Coupland, S. Sarangi y C. Candlin (eds.), *Sociolinguistics and Social Theory*, Londres, Longman, pags. 88–103.

- (2001b), «Discursive social psychology», en W. P. Robinson y H. Giles (eds.), *The new handbook of language and social psychology*, Londres, John Wiley & Sons Ltd, pags. 103–118.
- (2003), «Rethinking cognition: On Coulter, discourse and mind», *Human Studies*, 26(1), 165–181.

POTTER, J. y HEPBURN, A. (2003), «I'm a bit concerned – Early actions and psychological constructions in a child protection helpline», *Research on Language and Social Interaction*, 36, 197–240.

- (2005), «Qualitative interviews in psychology: Problems and possibilities», *Qualitative Research in Psychology*, 2, 38–55.

POTTER, J. y TE MOLDER, H. (2005), «Talking cognition: Mapping and making the terrain», en J. Potter y H. Te Molder (eds.), *Conversation and cognition*, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, pags. 1–56.

POTTER, J. y WETHERELL, M. (1987), *Discourse and social psychology: Beyond attitudes and behaviour*, Londres, Sage.

– (1988), *Accomplishing attitudes: Fact and evaluation in racist discourse*. Text, 8 (12), 51–68.

PUCHTA, C. y POTTER, J. (2002), «Manufacturing individual opinions: Market research focus groups and the discursive psychology of attitudes», *British Journal of Social Psychology*, 41, 345–363.

PUDLINSKI, C. (2005), «Doing empathy and sympathy: Caring responses to troubles tellings on a peer support line», *Discourse Studies*, 7, 267–288.

RUUSUVUORI, J. (2005), «Empathy and sympathy in action: Attending to patients' troubles in Finnish homeopathic and GP consultations», *Social Psychology Quarterly*.

SACKS, H. (1992), *Lectures on conversation*, vols. I & II, editado por G. Jefferson, Oxford, Basil Blackwell.

SCHEGLOFF, E. A. (1982), «Discourse as an interactional achievement: Some uses of 'uh huh' and other things that come between sentences», en D. Tannen (ed.), *Georgetown University Round Table on Language and Linguistics*, 1981, *Text and Talk*, Washington, DC, Georgetown University Press.

– (1999), «Discourse, pragmatics, conversation, analysis», *Discourse Studies*, 1, 405–436.

SCHMID, J. y FIEDLER, K. (1999), «A parsimonious theory can

account for complex phenomena: A discursive analysis of Edwards and Potter's critique of nondiscursive language research», *Theory & Psychology*, 9 (6), 807–822.

STOKOE, E. H. y HEPBURN, A. (2005), «'You can hear a lot through the walls': Noise formulations in neighbour complaints», *Discourse & Society*, 16, 647–674.

TE MOLDER, H. y POTTER, J. (eds.) (2005), *Conversation and cognition*, Cambridge, Cambridge University Press.

WETHERELL, M. y EDLEY, N. (1999), «Negotiating hegemonic masculinity: Imaginary positions and psycho-discursive practices», *Feminism and Psychology*, 9 (3), 335–356.

WETHERELL, M. y POTTER, J. (1992), *Mapping the language of racism: Discourse and the legitimation of exploitation*, Hemel Hempstead, Harvester/Wheatsheaf y Nueva York, Columbia University Press.

WETHERELL, M.; TAYLOR, S. y YATES, S. (eds.) (2001), *Discourse theory and practice: A reader*, Londres, Sage.

WIGGINS, S. y HEPBURN, A. (en prensa), «Food abuse: Mealtimes, helplines and troubled eating», en A. Hepburn y S. Wiggins (eds.), *Discursive research in practice*, Cambridge, Cambridge University Press.

WIGGINS, S. y POTTER, J. (2003), «Attitudes and evaluative practices: Category vs. item and subjective vs. objective constructions in everyday food assessments», *British Journal of Social Psychology*, 42, 513–531.

WITTGENSTEIN, L. (1953), *Philosophical investigations*, Oxford, Blackwell.

WOOD, L. A. y KROGER, R. O. (2000), *Doing discourse analysis: Methods for studying action in talk and text*, Thousand Oaks, CA, Sage.

ZEBROWITZ, L. A. (1990), *Social perception*, Buckingham, Open University Press.

Capítulo VII

LA RAZÓN DIALÓGICA EN EL DIAGRAMA DEL PODER. UNA REFLEXIÓN SOBRE LA NOCIÓN DE *DIÁLOGO* DESDE EL PENSAMIENTO DE MICHEL FOUCAULT

Raúl Ernesto García

La vida presente, las relaciones sociales y el conjunto de conocimientos y verdades con los que funcionan las personas, implican un carácter contingente y no necesario. La vida presente y sus relaciones no constituyen una derivación natural unívoca del pasado y sus condiciones. La vida presente puede replantearse porque no será el producto de una historia teleológicamente concebida, una historia que determine lo actual como resultado necesario de su conformación previa, desde un presunto origen hasta una

figura final. Foucault en su esfuerzo *genealógico* promovería precisamente una desesencialización de objetos del presente (contra una perspectiva teleológica de la historia que instaure dichos objetos del presente como resultado ineludible de su propio desarrollo). En efecto, ciertos objetos del presente tales como la *locura* o la *sexualidad* tendrían que ser vistos no como entidades que hayan estado siempre presentes en la historia –y que solamente hayan estado variando en sus manifestaciones y expresiones a lo largo del tiempo según los diferentes contextos culturales en cada época– sino como objetos cuyo estatuto, configuración y explicación actual, pueden redefinirse inusitadamente en tanto que su proveniencia (como objeto de conocimiento e intervención) no tiene por qué ser aceptada acríticamente. Antes bien su proveniencia puede ser reinterrogada y con ello, la pertinencia, la relevancia y la trascendencia mismas del objeto en su presentación actual, se cuestionan seriamente. Se impugna pues la presunta continuidad en el *seguimiento* del objeto presente y el supuesto perfeccionamiento progresivo en el tratamiento del mismo:

Desde la genealogía, Foucault nos dice que la locura, tal y como es hoy para nosotros –tal como la concebimos hoy–, resulta de un conjunto de prácticas sociales particulares, las prácticas científicas (psicología, psiquiatría, etc.) que la han constituido como lo que es hoy. Esto quiere decir que la locura no existía antes de que esas prácticas la constituyeran como tal(...). La locura actual,

tal y como está constituida hoy, no es proyectable en el pasado (Ibáñez, 2001, pág. 132).

De esta manera, la problematización genealógica de Foucault significa por un lado (volver a) cuestionar todo conocimiento y toda práctica que se presenten hoy como incuestionables, como algo ya «natural» en nuestro mundo y por otro, lograr entender el cómo y el por qué algo ha adquirido su estatus de evidencia incuestionable, cómo es que algo ha conseguido instalarse, instaurarse, como aporismático. Lo fundamental de la problematización consiste en desvelar el proceso a través del cual algo se ha constituido como obvio, evidente, seguro (Ibáñez, 2001, pág. 133).

Se indagan pues las prácticas y procesos mediante los cuales se configuran las maneras mismas de pensar. Se cuestionan los modos del pensamiento mismo y con ello se abre el ejercicio vivo de la transformación productiva del propio pensamiento. La perspectiva crítica comienza entonces con un movimiento que trastoca lo seguro en incierto, la certeza en pregunta. Una genealogía del poder se desarrolla por tanto en la obra de Foucault, ante todo como una ruptura y un cuestionamiento respecto a las concepciones que hasta ese instante formulaban explicaciones conceptuales en torno al poder mismo.

1. Relaciones de fuerza, productividad y resistencia

En efecto, Foucault establece una ruptura con las concepciones o teorías de carácter sociológico, jurídico o político que piensan el poder a partir de algún *centro único* (ya sea por ejemplo la soberanía del estado, la figura de la ley o la dominación económica). Foucault cuestiona de tales elaboraciones la preponderancia de la idea de *represión*, por medio de la cual se concibe el poder como un aparato que *prohíbe* unas u otras posibilidades de relación, es decir, que delimita como ley aquellos aspectos de la existencia social que deberán negarse o desconocerse. No será para Foucault el ejercicio de la represión el enclave fundamental en el despliegue del poder. Al contrario, el sostenimiento del poder ocurrirá gracias (no a sus negativas o prohibiciones, sino) a su capacidad para producir cosas, realidades, placeres, saberes y desde luego, discursos en todos los ámbitos de la vida social. Foucault desarrolla una concepción *positiva* del poder, oponiéndose a una perspectiva que defina el poder exclusivamente como conjunto de organizaciones o aparatos gubernamentales encargado de fijar (y administrar) a los/as ciudadanos/as a determinados papeles, condiciones o estatutos. El poder no será visto entonces sólo como sistema general de control explícito que practique a voluntad un grupo dominante sobre otros. El poder en cambio, será concebido ahora como *relaciones de fuerza* diferenciadas localmente y, en su caso, distanciadas

de los centros formales del poder. Tales relaciones de fuerza se conciben además, desvinculadas (o al menos no necesariamente vinculadas) de unas u otras intenciones político-jurídicas de obtener el acceso al poder del estado.

Foucault analiza más bien los mecanismos, la operación concreta de tales relaciones de fuerza como ejercitación del poder en diferentes ámbitos sociales tales como la fábrica, la prisión, la familia, la escuela o el hospital. Una ejercitación del poder que no deriva por cierto de la acción formal del estado y sus articulaciones instrumentales con diversas figuras de autoridad tales como el maestro, el padre, el policía o el médico; sino que se produce más allá de sujetos individuales y voluntades políticas, como vertebración compleja de múltiples influencias ubicadas siempre en determinadas situaciones histórico-concretas. Las relaciones de poder no están separadas de otras relaciones. Tampoco se originan en posiciones superestructurales, sino que están presentes allí donde efectúan un papel directamente productor (Foucault, 1976, 2005a).

Al poder entonces lo caracterizará su dimensión productiva (dónde y cómo se ejerce) mucho más que la circunstancia respecto a *quién* lo detente en términos formales. Más que censuras el poder produce realidades. Las relaciones de poder además, en lugar de ideologías, generan *verdades*, es decir, generan las reglas a través de las cuales se distingue lo «verdadero» de lo «falso» con la consecuente

entronización de lo verdadero por los efectos de demarcación operados por el poder mismo. Al respecto, Emiliozzi y Flaster (1998, pág. 24) comentan: «La verdad está vinculada a sistemas de poder que la producen y sostienen y a efectos de poder que induce y prorroga. No puede entonces pensarse la verdad fuera del poder como tampoco sin poder.»

El poder se concibe entonces, pues, como ejercicio (no como cualidad esencial ni como posesión). Se concibe como *estrategia*, cuyos efectos se adscriben a múltiples disposiciones que no radican o residen en el aparato estatal. El poder se produce continuamente en acciones mínimas y concretas y no desde ninguna instancia global y abstracta (Tirado, 2001). El poder no presupone una integración trascendente o una centralización jerárquica o una totalización diferenciada. Más bien resulta un ejercicio constante, inmanente y seriado de relaciones de fuerza⁷.

Pero sucede que dentro del propio campo de relaciones de fuerza, se produce también el surgimiento del otro componente del *diagrama* del poder: la *resistencia*. No habrá tampoco poder sin resistencia. Pensar el poder desde Foucault no implica aceptarlo como una condición absoluta

⁷ «Pues lejos de ejercerse en una esfera general o apropiada, la relación de poder se implanta allí donde existen singularidades, incluso minúsculas, relaciones de fuerzas tales como “disputas de vecinos, discordias entre padres e hijos, desavenencias conyugales, excesos del vino y del sexo, altercados públicos y no pocas pasiones secretas”» (Deleuze, 1987 pág. 54).

en la instauración de las relaciones humanas. La resistencia implica precisamente una escapatoria, una *fuga* de las determinaciones del poder, que sin embargo, encuentra su sentido específico al interior de las propias relaciones de fuerza que instala el poder mismo.

2. Sociedad disciplinaria, panoptismo y normalización

El advenimiento de la modernidad se relaciona con la instauración de vectores institucionales dirigidos al control de los individuos en aras de promover y estabilizar en lo posible, el funcionamiento eficiente y homogéneo de los complejos sociales. Aparatos organizativos diversos de vigilancia y corrección que trabajan permanentemente para el ordenamiento y el encuadre social de los individuos a lo largo de su existencia. Al consolidarse, ese conjunto de instituciones, conforma una especie de red que *atrapa* de uno u otro modo a los individuos en algún momento de su vida social: las instituciones pedagógicas, las instituciones de salud física y mental, las instituciones de asistencia y seguridad social, las instituciones de *readaptación* social (reformatorios, albergues tutelares, prisiones), etc. cuya función fundamental será dirigir primero y corregir después, si es necesario, las conductas y *mentalidades* –efectivas y potenciales– de los individuos en aras de garantizar

precisamente, un proceso consistente y productivo de *sujeción* de tales individuos a su entorno social. La estrategia será generar sujetos productivos y adaptados para el mantenimiento y desarrollo del capitalismo.

Esta nueva era del *control social* o sociedad disciplinaria del capitalismo, queda simbolizada para Foucault en la figura del *panóptico*, forma arquitectónica presentada en el siglo XVIII por Jeremías Bentham, que consiste en una construcción en forma de anillo en cuyo centro se sitúa una torre de vigilancia con grandes ventanas que se abren a la cara interior del anillo y que cuentan con persianas que protegen al vigilante de la mirada de los/as demás (Foucault, 2005b, pág. 204).

Lo que sucede es que para Foucault, el mayor efecto del panóptico es inducir en el/la detenido/a (o en el/la escolar o el/la obrero/a) «un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder. Hacer que la vigilancia sea permanente en sus efectos, incluso si es discontinua en su acción» (Foucault, 2005b, pág. 204). El panóptico, esa «jaula cruel y sabia» (Foucault, 2005b, pág. 208) simboliza pues la sacralización política de la visibilidad, de la transparencia y por ende, del iluminismo, en los procesos de normalización social.

El *panoptismo* por tanto, constituye de cierto modo el ideal funcional de la sociedad moderna. Genera y mantiene relaciones de control y vigilancia más o menos automatizadas, sin mayores esfuerzos represivos, porque el

individuo sometido conscientemente a un campo de visibilidad, reproducirá *normalmente* las coacciones del poder. No será necesario en lo general recurrir a la violencia física para que el/la condenado/a se *obligue* a la buena conducta, el/la enfermo/a mental a la tranquilidad y al cumplimiento de las prescripciones médicas, el/la obrero/a al trabajo, el/la escolar al estudio. En este sentido es que mediante tales mecanismos disciplinarios, se promueve la *sujeción* real de los individuos, porque las prescripciones del poder normalizador pasan a ser re-activadas, re-inscritas *espontáneamente* por el individuo desde sí mismo, con lo cual, dicho individuo «se convierte en el principio de su propio sometimiento» (Foucault, 2005b, pág. 206). Además, este dispositivo o diagrama de acción del poder tiende a anular o minimizar la posibilidad del contacto alterno, subversivo, creador o productivo entre compañeros/as de grupo, porque impone (promueve, estimula, potencia) precisamente, el desarrollo de las individualidades (desde la corporalidad, los comportamientos y el habla específica) como proyectos de *verticalidad*, es decir, como una relación entre el propio individuo y los objetivos y metas aceptadas y altamente valoradas por la propia sociedad disciplinaria (y que devienen *logros personales* para ese individuo. Se trata pues de un mecanismo *individualizante* promovido por las relaciones de poder surgidas con el capitalismo moderno que Foucault denomina «anatomía política» o «anatomo-política» (Foucault, 2005b, págs. 139–145).

En todo caso es posible reiterar que la configuración y desarrollo de la vida social moderna pasa por cierta extensión de las instituciones disciplinarias (no necesariamente unidas a los aparatos estatales de los gobiernos) y la instauración de redes organizativas de funcionamiento (fábricas, escuelas, hospitales, tribunales, prisiones, asilos) cuyo despliegue se dirige a normalizar (y corregir), estable y eficientemente, los comportamientos, valores y discursos de los individuos involucrados, es decir, a constituir *sujetos normales*, lo cual significa «sujetos que desde sí y con un carácter activo, reproducen por mediación también de intercambios verbales, diálogos y conversaciones, las normas y reglas específicas que el poder dispone para la consecución de la vida y la interacción social». Se trata de formar sujetos útiles, rentables y bien adaptados a la máquina social.

3. Sujeción, control utilitario y cuerpo relacional

La sujeción constante del individuo se logra pues desde el control y el modelado exhaustivo del cuerpo, del discurso y sus potencialidades, en el establecimiento de relaciones (grosera o sutilmente coercitivas) de utilidad–docilidad con

las instituciones. Subordinación –reproductiva, voluntaria, *feliz*– de los cuerpos y de los sueños a las prescripciones técnicas del poder disciplinario. Se procura formar, reformar, corregir el cuerpo y el habla en aras del desenvolvimiento de capacidades, hábitos y habilidades específicas de trabajo e interacción. Se trata de una *captura* del individuo en los entramados sociales del aparato productivo. Una especie de *aprehensión* del individuo por ese sistema de producción–normalización en virtud de lo cual se promueven –insisto en ello– acciones capaces de *sujetar* a dicho individuo. Acciones capaces de convertirlo en determinado sujeto digamos, *deseable*.

Los individuos viven pues *perseguidos* en todo momento por una *orden de aprehensión* simbólica y tangible dictada por tal sistema de producción–sujeción actuante en determinada situación histórica. Orden de aprehensión que suele por supuesto cumplirse; que se cumple a cada instante en cada conducta que se realiza, en cada expresión verbal que se intercambia. Control detallado pues del cuerpo y del hablar por medio de la aplicación de técnicas microfísicas para la realización de las múltiples actividades sociales. Pero también control del tiempo de los individuos. El tiempo individual tendrá que estar subordinado –en términos de utilidad disciplinaria– al tiempo social e institucional de la vida moderna. Persecución del cuerpo y del habla y prescripción del tiempo en función de optimizar la maquinaria productiva («de ti espero que hagas *lo que tienes*

que hacer y si hablas conmigo *por favor* ve al grano, no divagues, no seas incoherente, no hagas digresiones, habla con eficacia y no *pierdas* tiempo...»).

A tal grado es así, que en todo sistema institucional disciplinario tienen lugar una serie de micro-mecanismos penales dirigidos a consolidar cierto tipo de justicia o funcionamiento particular, con sus propias leyes o reglamentos; a clarificar las faltas y las sanciones o castigos que *merecen* quienes las cometan, así como las instancias autorizadas de juicio en cada caso. Foucault afirma:

En el taller, en la escuela, en el ejército, reina una verdadera micropenalidad del tiempo (retrasos, ausencias, interrupciones de tareas), de la actividad (falta de atención, descuido, falta de celo), de la manera de ser (descortesía, desobediencia), de la palabra (charla, insolencia), del cuerpo (actitudes «incorrectas», gestos impertinentes, suciedad), de la sexualidad (falta de recato, indecencia). Al mismo tiempo se utiliza, a título de castigos, una serie de procedimientos sutiles, que van desde el castigo físico leve, a privaciones menores y a pequeñas humillaciones (Foucault, 2005b, pág. 183).

El individuo vive pues (aprehendido) inmerso en una continua sujeción respecto a cierta «universalidad castigable–castigante» (Foucault, 2005b, pág. 183) propia de tal o cual aparato disciplinario. Se intenta con ello *hacer sentir* a los individuos la falta o *desviación* que han cometido

y lograr entonces efectos *correctivos* (re–aprendizaje, ejercitación, trabajo, capacidad discursiva), es decir, lograr (y en su caso además gratificar) el buen *encauzamiento* del sujeto y su adecuada funcionalidad en el mundo implacable de la normalización. «Castigar es ejercitar» (Foucault, 2005b, pág. 185).

Sin embargo, según Foucault, el poder disciplinario se habrá de ejercer de manera simultánea a su propia *invisibilización* como sistema de poder. Pero a cambio, dispone una creciente y obligatoria *visibilización* de los individuos sobre los que dicho poder se ejerce. «En la disciplina –puntualiza– son los sometidos los que tienen que ser vistos. Su iluminación garantiza el dominio del poder que se ejerce sobre ellos. El hecho de ser visto sin cesar, de poder ser visto constantemente, es lo que mantiene en su sometimiento al individuo disciplinario» (Foucault, 2005b, pág. 192). La visibilización de los individuos se extiende incluso al terreno documental.

Desde el poder disciplinario, se asistirá a la elaboración diacrónica y acumulativa de diversos expedientes, archivos, registros o fichas personales que permiten a cualquier operador institucional, abrir otro campo de vigilancia y valoración específico.

Tal visibilización documental del individuo, permite subrayar sus propias particularidades, sus características, sus potencialidades y límites y con ello, ser captado, ser

capturado y por tanto, en el momento preciso, ser *inmovilizado* (o movilizado) por las redes del aparato disciplinario y sus vectores administrativos.

Y es que en la medida en que el régimen disciplinario se *invisibiliza*, es decir, «se vuelve más anónimo y más funcional, aquellos sobre los que se ejerce tienden a estar más fuertemente individualizados (...)» (Foucault, 2005b, pág. 197), o sea, *funcionan y hablan* con mayor eficiencia y proyección en el juego civilizatorio de las vigilancias, las observaciones, las comparaciones y las prescripciones sociales. Cuando el ejercicio de la vigilancia se constituye en diversos saberes sobre aquellos a los que se vigila, cuando la institución disciplinaria obtiene y produce conocimiento de los individuos a partir de la observación, registro, clasificación y análisis de su actividad vital cotidiana, entonces cobra sentido estratégico la aparición de ciencias tales como la psicología, la psiquiatría, la pedagogía, la sociología y la propia medicina. Su emergencia moderna está relacionada con la utilización de nuevas tecnologías de poder y con determinada anatomía política del cuerpo (y desde luego, simultáneamente, de la expresión de la palabra). Más aún, Foucault explicará que el individuo mismo como *átomo* de una representación moderna de la sociedad, constituye también «una realidad fabricada por esa tecnología específica de poder que se llama “disciplina”». Y señala:

Hay que cesar de describir siempre los efectos de poder en términos negativos: «excluye», «reprime», «rechaza»,

«censura», «abstrae», «disimula», «oculta». De hecho, el poder produce; produce realidad; produce ámbitos de objetos y rituales de verdad. El individuo y el conocimiento que de él se puede obtener corresponden a esta producción (Foucault, 2005b, pág. 198).

Así, el individuo–humano deviene objeto de saber para la modernidad, sólo en tanto emerge como un ente atravesado por las regulaciones del poder vigilante propias de la maquinaria productiva del capitalismo.

El interés por el individuo estará vinculado pues a la posibilidad que tiene de articularse, corporal y verbalmente, en los mecanismos de composición, conciliación y desplazamientos de fuerzas en el campo disciplinario. Interesa no tanto el cuerpo singular como el *cuerpo relacional*, que involucra por supuesto los discursos; el lugar que ocupa, la función que desempeña en el engranaje múltiple de tales mecanismos sociales. La disciplina potencia utilidades por medio de la definición de tácticas distributivas y de ajuste recíproco de los cuerpos, de los gestos y de los ritmos, de diferenciación de las capacidades, de coordinación recíproca en relación con unos aparatos o unas tareas. En fin, la disciplina tiene que hacer jugar las relaciones de poder no por encima, sino en el tejido mismo de la multiplicidad, de la manera más discreta que se pueda, la mejor articulada sobre las demás funciones de estas multiplicidades (...) (Foucault, 2005b, pág. 223).

Emiliozzi y Flaster (1998, págs. 53–60) sugieren que si bien las grandes instituciones de vigilancia y encierro surgidas con la sociedad disciplinaria pueden estar hoy en proceso de crisis o descomposición, éstas no han desaparecido. Pero en todo caso, aparecen en los tiempos actuales otros *rostros* o singularidades de los regímenes de dominación. Se trata de nuevas estrategias para el control social, transformaciones del diagrama de poder ante los replanteamientos histórico-técnicos concretos del mundo contemporáneo. Un aspecto que se asume como fundamental para dichas transformaciones, es la entrada en crisis del llamado «Estado de Bienestar» como proyecto político (subsidios, servicios sociales, garantía de empleo... es decir, la asistencia como forma de control social) y el advenimiento del llamado «neoliberalismo», como modelo que se consolida paulatinamente desde los años 80 del siglo XX y que contraviene o transgrede las políticas anteriores de redistribución y asistencia social calificándolas de inoperantes, ineficientes o incompetentes para estimular el *desarrollo* económico y social.

El control social, la normalización y el *disciplinamiento* tienen lugar ahora bajo el intento de convertir las situaciones sociales conflictivas en *no-conflictivas*, mediante estrategias tales como la desmoralización, la cooptación o la exclusión. Se trata de un control social que mientras puede, «modifica integrando–neutralizando–cooptando las situaciones sociales conflictivas» (Emiliozzi y Flaster, 1998, pág. 55)

aunque no descarta –ni mucho menos– la utilización de políticas de control duras que abiertamente niegan y en su caso, reprimen, incluso con violencia, los movimientos sociales y políticos (muchas veces vinculados a la marginación respecto al mercado) que resultan *perjudiciales* para la estabilidad y la eficiencia de la maquinaria productiva.

Resulta interesante también la reflexión en virtud de la cual emergen *nuevas anatomías del poder* por medio de los objetos y artefactos técnicos que pasan a un primer plano en el ejercicio de diversas regulaciones sociales y con ello, de intercambios verbales, diálogos y conversaciones. En este ámbito, el poder acaece desde los objetos mismos, en sus características, potencialidades técnicas y acciones (Tirado, 2001, págs. 618–632). Se producen entonces otros procedimientos flexibles de control que permiten transformar el funcionamiento institucional hacia formas *abiertas y continuas*. Se trata por ejemplo de pulseras con alarma utilizadas en enfermos/as crónicos/as, ancianos/as o mujeres maltratadas; de dispositivos técnicos sofisticados de comunicación y mensajería o de las instalaciones informáticas que utilizan las universidades e instituciones virtuales. En todo caso, estas nuevas anatomías del poder implican la consideración ya no del individuo humano en su corporalidad y autonomía propias, sino el individuo que se relaciona (también) en términos de diversos ensamblajes técnico–objetales, cuya textura específica involucra un

seguimiento puntual en la modulación (y el modelado) del sujeto en tanto ente *conectado*. Nuevas microfísicas del poder que permiten el movimiento, el vínculo y la aprehensión continua y que cuestionan una noción atómica e indivisible de *individuo* tanto como una noción unificada de *cuerpo*; para pensar más bien en regímenes o redes de corporeidad y expresividad que conectan, ensamblan, articulan o vertebran sin fisuras, el cuerpo y el discurso con la máquina, los objetos y los múltiples dispositivos de regulación y virtualización social (Tirado y Doménech, 2001, págs. 169–184).

4. La razón dialógica en el diagrama del poder

De cualquier manera, según G. Deleuze, el *diagrama* foucaultiano del poder implica la imposición de una conducta cualquiera a una multiplicidad humana cualquiera. Su funcionamiento será pues coextensivo, con sus especificidades, a todo campo social en la historia. Aún así, el diagrama del poder (como multiplicidad espacio–temporal) funciona inestablemente, fluye en la mezcla o hibridación de materiales y acciones, con lo cual produce mutaciones intersociales y está en *devenir* (Deleuze, 1987, págs. 61–62).

El diagrama del poder no se vincula pues –insisto– a una idea trascendente o superestructura ideológica ni tampoco a una infraestructura económica *per se*. Actúa como «causa inmanente no unificante» que provoca agenciamientos concretos (en cualquier punto del campo interactivo o en cualquier momento del intercambio dialógico) que efectúan relaciones de fuerza situadas en el propio entretejido de la producción social. El diagrama constituye así una causa inmanente que se actualiza en su efecto y que se diferencia de él (Deleuze, 1987, pág. 63). Por todo ello, es posible afirmar que si el *saber* consiste en el entrelazamiento de lo visible y lo enunciable; el *poder*, en el despliegue de sus relaciones, será precisamente su causa inmanente.

Lo reitera de nuevo Deleuze: «Error, hipocresía que consiste en creer que el saber sólo aparece allí donde las relaciones de fuerzas están suspendidas. No hay modelo de verdad que no remita a un tipo de poder, ni saber, ni siquiera ciencia, que no exprese o implique un acto un poder que se ejerce» (Deleuze, 1987, pág. 65). Así pues, a toda relación de las formas (saber), corresponde un devenir de las fuerzas (poder). Pero en todo caso, tal como señalé antes, el diagrama del poder involucra, junto a las singularidades que conecta o enlaza, otros puntos en fuga, puntos *libres*, puntos de cambio, creación y discontinuidad, es decir, puntos de *resistencia* a la consecución de los mandatos del poder mismo.

Si el único objeto de las relaciones de fuerza son otras

fuerzas, entonces el poder se define como una acción sobre acciones, «un conjunto de acciones sobre acciones posibles» (Deleuze, 1987, pág. 99). Por tanto, las categorías aplicables a tales relaciones de fuerza (acciones sobre acciones) serán del tipo de *inducir, facilitar, incitar, dificultar, promover, entorpecer, hacer más o menos probable*, etc. Por ello el poder constituye un ejercicio y no una mera represión; y por otro lado, transita y se mueve tanto por los/as dominados/as como por los/as dominantes. El diagrama del poder consiste por tanto en la presentación de relaciones de fuerza en determinado momento y situación histórico-social, lo cual implica determinada distribución de la capacidad de afectar y ser afectado en los vínculos cotidianos, por ejemplo, en el ejercicio del dialogar. Esto significa que las relaciones de poder no brotan *desde* ningún núcleo único o central, sino que se mueven continuamente de una singularidad a otra en ese campo de fuerzas, involucrando en consecuencia, avances, retrocesos, reorientaciones, giros, inflexiones o resistencias. Es por esto que las relaciones de poder no son capturables ni ubicables en ningún punto inamovible o fijo. El poder sólo existe en uso, no es *acumulable* por sí mismo.

Por otra parte, cualquier conocimiento o saber expresado por un sujeto en el intercambio discursivo, nunca remitirá –según esta concepción– al sujeto mismo como instancia presuntamente libre o independiente, sino a un sujeto necesariamente transido, atravesado, atrapado por uno u otro diagrama de poder, esto aún y cuando el propio

diagrama de poder se actualice constantemente por la reedición permanente de los propios saberes relacionados.

Una razón dialógica tradicional por tanto, estaría vinculada a procesos de sujeción y de producción de subjetividad acordes con los designios y avatares de las relaciones de poder. Ese diálogo del consenso y de la resolución de problemas, como presunta posibilidad epistemológica y ética abstracta que acaece en el encuentro y la interacción entre personas, implicará de esta manera, la reinstauración de regimientos de captura. Implicará la reconstitución de unos u otros ordenamientos sociales. El diálogo puede comprenderse ahora como una actividad coextensiva a la producción disciplinaria, *anátomo-política* y *bio-política* del poder (Foucault, 1992, págs. 247–273 y 2005a, págs. 141–169). El diálogo entonces se convierte en una nueva *estación de paso* en la circulación y reactivación de la normatividad. Una nueva central repetidora de la señal prescriptiva del poder. Un ejercicio de interactividad cooperante de los individuos al servicio de la maquinaria socio-productiva. No se asume tampoco que esta condición de ser un *instrumento* de las relaciones de poder, constituya una condición irrebasable o absoluta del diálogo. Hemos dicho ya en otro momento (García, 2008) que el diálogo con todo y sus implicaciones y connotaciones, resulta susceptible –por un juego virtual de gradaciones, intensidades e hibridaciones– de ser *descompuesto* y con ello, generar desde dentro, la posibilidad de abrir prácticas de resistencia específicas: la

posibilidad de generar en la interlocución, una especie de *contra-diálogo*, una especie de insurrección o sublevación enunciativa que actuará desde los resortes internos del diálogo mismo (lo cual es ineludible) y contra el propio diálogo como *institución*⁸. Este movimiento de insurrección o sublevación enunciativa (*potentia*) no podrá ser fagocitado por el mandato o la consigna de la razón dialógica tradicional, precisamente, porque su emergencia será de algún modo ininterpretable o intraducible a los cánones epistemológico-ético-disciplinarios de control (*potestas*); de carácter convencional, establecidos en el ejercicio del diálogo mismo, el cual, presupone cierta propensión a fijar, capturar y estabilizar las realidades que trata y a institucionalizarse como ámbito de control. Se asiste pues al juego de dos momentos inconmensurables e irreductibles (aunque no dissociables) entre sí: digamos, *diálogo* y *contradiálogo*.

Aún así, el diálogo en su valor tradicional y sus realizaciones parece involucrar en los interlocutores, más o menos subrepticamente, un punto de *temor* a la posible

⁸ Análogamente, Hardt y Negri refiriéndose al concepto de *imperio*, explican que éste ofrece nuevas posibilidades a las fuerzas de liberación, las cuales se encuentran sólo y precisamente, al interior del propio imperio y contra él. La multitud tendrá la capacidad de construir así un *contra-imperio*. Una perspectiva crítica implicará por un lado la subversión de los lenguajes y estructuras hegemónicas y por otro, la reconducción de los procesos de producción de subjetividad hacia un nuevo poder constituyente (Hardt y Negri, 2000).

desacreditación o exclusión (promovido desde el propio dispositivo interactivo en juego) si no se mantienen precisamente, las normas y reglas dominantes que rigen la consecución de un ejercicio dialógico orientado a la consolidación específica de determinadas articulaciones en las relaciones institucionales del poder. De este modo el diálogo deviene una política concreta de interacción y comunicación que *gestiona* el temor a la desacreditación o exclusión social de los participantes, aún y cuando tal política, probablemente funcione unida a un desmoronamiento inevitable y permanente.

En todo caso, la noción de diálogo, antes asociada a un ejercicio de interlocución y encuentro *autosuficiente* en su potencial epistemológico y en su presunta condición ética para el reconocimiento del otro y para la resolución de conflictos, puede verse hoy como un instrumento del poder al servicio no de soluciones abstractas, sino de la cooptación concreta de situaciones conflictivas (modificación–integración–neutralización) y con ello, del mantenimiento de relaciones de poder y dominación más o menos estables y articuladas socialmente. Aparece digamos, el rostro *servil* del diálogo y por tanto, la posibilidad de impugnarlo. Pero, ¿qué significa la posibilidad de *impugnar* al diálogo en tanto instrumento de poder? No es posible en efecto *deshacernos* del diálogo en nuestra convivencia e interacciones sociales. Si el dialogar forma parte ineludible de nuestra cultura, entonces resulta imposible desembarazarnos totalmente de

las relaciones de poder que atraviesan toda actividad social y personal. Pero si bien no es posible *eliminar* al diálogo de la vida social, lo que sí resulta posible es avalar su propia *descomposición*. Una descomposición del diálogo que vertebre una práctica de resistencia específica: realizar acciones de interlocución que desdibujen el dialogar como figura *unitaria* de trascendencia no sólo epistemológica y ética, sino también disciplinaria y biopolítica. No es posible no-dialogar; pero es posible *dialogar-en-desorden*; romper la unidad instrumental del diálogo; subvertir de algún modo su condición de recurso para la cooptación de conflictos sociales; transformar el diálogo en una práctica de interlocución alterna, imaginativa, que resiste los ordenamientos y mandatos, que se fuga de sí misma (nunca totalmente), que se mueve sin rumbo previsto, que improvisa, que inventa. Ese *diálogo* será ya un diálogo *carcomido* en su trascendencia-solemnidad-benignidad. Diálogo imprevisible, inestable, incapturable en su totalidad, proclive a los abatimientos y a la risa. Será un diálogo descompuesto, que es decir también, un diálogo subvertido.

Si como señala Deleuze (1987), la característica más general de cualquier *institución*, consiste en organizar las diversas relaciones de fuerza de carácter *molecular* o microfísica en torno a una instancia *molar*, es decir, en torno a una instancia integradora dominante (por ejemplo el *padre* en el caso de la institución-familia; el *dinero*, el *oro* o el *dólar* en el caso de la institución-mercado; la *ley* en el caso de la

institución–estado; *Dios* en el caso de la institución–religión), entonces, algo similar ocurre en el caso de la *institución–diálogo*. La institución–diálogo, más o menos estabilizada en la cultura de occidente, querrá organizar todas sus relaciones microfísicas de fuerza en torno a una instancia molar, integradora–dominante que denominaré *complejo del logos*, que se caracteriza por la gestión en el conocimiento del objeto, el reconocimiento del otro–dialogante y la búsqueda de acuerdo–consenso en la asunción del intercambio y la participación recíproca.

En efecto, la instancia molar hacia la cual la institución dialógica intentará dirigir sus multiplicidades discursivas es esa plaza epistemológico–ética trascendental en virtud de la cual, se pretende *eleva*r todas las singularidades hasta el concepto; y se afirma (y confirma) el diálogo mismo como entidad *naturalmente* unificante en la alteridad y como entidad potencialmente productora de conocimiento en la búsqueda y exploración del tema tratado, por medio de la articulación específica, más o menos extendida, de preguntas, respuestas y reflexiones de los participantes.

Desde la perspectiva foucaultiana, un diálogo no podría caracterizarse por el *complejo del logos*, es decir, por el *conocimiento* que *en sí mismo* ese diálogo produzca o por el *reconocimiento* del otro–dialogante que llegue a suceder en el propio encuentro interpersonal; sino en todo caso, por los entramados determinantes de sujeción (no pertenecientes al ámbito del *consentimiento* ni del *consenso*) que tal

ejercicio de interlocución implica respecto al diagrama de poder actuante en ese instante. El diálogo deviene por tanto, una especie de armazón discursiva en cuyas líneas de intervención–participación se expresa no sólo la unión operativa de singularidades confrontadas, sino, fundamentalmente, la efectuación y actualización de relaciones de fuerza y resistencia derivadas del diagrama de poder que en ese momento engloba y penetra la interlocución misma.

Un diálogo involucra pues en su realización, unas u otras *acciones sobre acciones* de las cuales ese diálogo es inseparable. No existirá pues, en la perspectiva de Foucault, un diálogo liberado de los engranajes del diagrama de poder. Es por ello que las relaciones de poder tienen *primacía* respecto a las relaciones de saber: la heterogeneidad del saber sólo se integra por mediación de las relaciones de fuerza.

Ver y hablar (y por tanto *dialogar*) de una u otra manera, *obedece* (aunque también resiste) a las relaciones diagramáticas que el poder despliega en determinado momento y situación social concreta. «Diríase incluso que si bajo el saber no existe una experiencia originaria libre y salvaje, como desearía la fenomenología, es porque el Ver y el Hablar siempre están ya totalmente inmersos en relaciones de poder que ellos suponen y actualizan» (Deleuze, 1987, págs. 111–112). El saber entonces, como multiplicidad discursiva (hablar) y multiplicidad no discursiva (ver) se *abre*

a la multiplicidad de las relaciones de fuerza en constante devenir.

Dialogar no será por tanto un ejercicio atribuible solamente a determinadas facultades (psicológicas, lingüísticas, verbales) pertenecientes a los sujetos participantes en ese diálogo. Dialogar no dependerá de una presunta *interioridad* aislada que disponga de lo visible y lo enunciable para que cada sujeto aporte y confronte su criterio en la consecución del propio diálogo. Por el contrario, dialogar será un suceso (transitorio, no eterno) que ocurre «bajo la injerencia» de una *exterioridad*, «de un afuera» que al ensamblarse como relaciones de fuerza, irrumpe en la interlocución y desmiembra, fragmenta, divide, altera, revuelve (pero también reintegra, recompone o reconstituye diferencialmente y sin descanso) la unicidad interna del saber.

Por todo lo anterior, resulta necesario cuestionar también el diálogo concebido como relaciones de comunicación entendida ésta como la mera transmisión recíproca de informaciones por medio de un lenguaje, sistema de signos o cualquier medio simbólico. Para Foucault, la comunicación es siempre una manera de *actuar* sobre otro individuo o grupo de personas aunque en todo caso, se puede entender que habrá relaciones de fuerza que no necesariamente pasan por sistemas de comunicación (pero no a la inversa). Aún así, sucede que las relaciones de poder y las relaciones de comunicación suelen solaparse. Las relaciones de

comunicación producen efectos de poder. Existen por ejemplo sistemas regulados y concertados que se constituyen por relaciones de comunicación y de poder entrelazados en bloque para el ajuste de habilidades o el control formativo, como es el caso de la institución educativa (Foucault, 2001, págs. 421–436). Un diálogo puede constituir entonces una actividad que fomentaría la obtención–producción de conocimientos, valores y comportamientos pero sólo por medio de múltiples comunicaciones reguladas y procesos de poder (que sería el caso paradigmático del llamado *diálogo institucional*).

Por otra parte, aquella dimensión ética del diálogo en virtud de la cual se otorga un reconocimiento al otro sujeto como dialogante para la conformación de un fondo de sentido *común* a los/as participantes en la interlocución, es lo que ahora de algún modo se aprecia como una condición necesaria para favorecer el despliegue de relaciones de poder en el diálogo mismo. En efecto, una relación de poder se articula también en la medida que el/la otro/a es completamente *reconocido/a* como sujeto de diálogo y acción. Parece sugerirse entonces la idea de que mientras más personalizado sea el diálogo, más profundamente comprometido estará con el diagrama de poder y los vectores de fuerza que actúan en ese instante en su configuración; ello significaría una mayor disposición a utilizar un repertorio diverso de respuestas, una mayor apertura a la expresión de lo íntimo y una mayor posibilidad

de afectar al/a otro/a y de ser afectado por el/la otro/a en la realización del propio diálogo. La personalización del diálogo permitiría por tanto, estructurar con mayor fuerza el campo potencial de acción del/a otro/a, desde el *compromiso* de ese mismo sujeto. He aquí el *doble vínculo* del reconocimiento en el diálogo: a mayor personalización, mayor totalización del diagrama de poder. Aunado a ello, si una estrategia puede definirse como conjunto de medios y procedimientos dirigidos a la re-activación de cualquier dispositivo de poder, entonces el diálogo y sus mecanismos de interlocución pueden entenderse también en términos de *estrategia de poder*. La interacción recíproca que ocurre en el diálogo pondrá en juego pues, de modo inapelable, determinada articulación diagramática de las relaciones de fuerza en la consecución de unos u otros objetivos socio-personales a cumplir.

En palabras de Foucault (1990, pág. 138):

El poder no es una sustancia. Tampoco es un misterioso atributo cuyo origen habría que explorar. El poder no es más que un tipo particular de relaciones entre individuos. Y estas relaciones son específicas: dicho de otra manera, no tienen nada que ver con el intercambio, la producción y la comunicación –en sí mismas– aunque estén asociadas entre ellas. El rasgo distintivo del poder es que algunos hombres pueden, más o menos, determinar la conducta de otros hombres (...).

Y probablemente, la presencia del poder se constata en el instante en que, a pesar de posibles rechazos o rebeliones, *se consigue que el sujeto hable de determinada manera* en sus interacciones con otros/as.

El ejercicio de *dialogar* entonces formará parte de los engranajes socio-productivos de los aparatos de corrección del diagrama de poder. Cada diálogo realizado se constituirá, en mayor o menor medida, de una u otra forma, en una *bisagra* más (de carácter pedagógico, técnico, psicológico, jurídico, axiológico u otros) que funciona permanentemente como instrumento para la captura funcional-productiva de los individuos en las redes sociales y políticas correspondientes. El diálogo deviene además una práctica fragmentada, atravesada y recompuesta cada vez más, por las articulaciones técnico-objetales e informáticas del mundo contemporáneo. Una práctica que ahora pervive de modo diferente gracias a las diversas formas de interconexión cibernética. El diálogo se convierte así en un relieve, en un giro específico (no protagónico ni determinante desde sí mismo) que expresa la expansión activa de esas redes complejas de corporeidad-expresividad que dichas articulaciones o ensamblajes actuales de regulación y virtualización social implican. El diálogo pierde pues de algún modo su carácter *sustantivo* (es decir, su existencia propia, independiente, auto-nombrable), para asumir una especie de condición *adjetiva* o *adverbial* (es decir que, por su nuevo carácter accidental, secundario o

no-esencial, sólo complementa o modifica otras significaciones). Se convierte en un agente dinámico del poder que en sus fragmentaciones e interconexiones inusitadas, define hoy más bien, una característica o una manera de lograr cierto funcionamiento de las interacciones humanas.

BIBLIOGRAFÍA

DELEUZE, G. (1987), *Foucault*, Barcelona, Paidós.

EMILIOZZI, S. y FLASTER, G. (1998), *Introducción al concepto de poder en Michel Foucault*, Buenos Aires, Eudeba.

FOUCAULT, M. (2001), «El sujeto y el poder», en B. Wallis (ed.), *Arte después de la modernidad. Nuevos planteamientos en torno a la representación*, Madrid, Akal, págs. 421–436.

(2005a), *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI.

– (1990), «Omnes et singulatim: Hacia una crítica de la “razón política”», en M. Foucault, *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós/ICE–UAB, págs. 95–140.

– (1992), «Undécima lección. Del poder de soberanía al poder sobre la vida», en M. Foucault, *Genealogía del racismo*, Madrid, La piqueta, págs. 247–273. –(2005b), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI. GARCÍA, R. (2008), *El diálogo en descomposición*, México, AMAPSI/

UMSNH. HARDT, M. y NEGRI, A. (2002), *Imperio*, Barcelona, Paidós (original en 2002). IBÁÑEZ, T. (2001), *Muníciones para disidentes. Realidad–Verdad–Política*, Barcelona, Gedisa.

TIRADO, F. J. (2001), *Los objetos y el acontecimiento. Teoría de la socialidad mínima*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona.

– y DOMÉNECH, M. (2001), «Control y relaciones de poder en los entornos virtuales», *Persona y Sociedad* XV (3), 169–184.

Capítulo VIII

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LAS EMOCIONES

Anastasio Ovejero

1. Introducción

Entre los muchos errores que ha cometido la psicología a lo largo del siglo y medio que lleva de existencia, errores, por otra parte, que son comunes a los del propio pensamiento occidental, destacan estos dos, que afectan directamente al tema que aquí voy a tratar. El primero consiste en la creencia de que el ser humano es un ser esencialmente individual, cuando realmente es mucho más social que individual, de manera que si es cierto que sin individuos no hay sociedad, también lo es que sin sociedad tampoco hay individuos.

Persona y sociedad son las dos caras de la misma moneda. Y es sólo a través de los procesos psicosociales inherentes a la interacción social como todos y cada uno de nosotros hemos pasado de ser el organismo puramente biológico que éramos al nacer a ser la persona que somos ahora. El segundo error estriba en la creencia de que el ser humano es un ser esencialmente racional, cuando realmente es mucho más irracional de lo que creemos (véase Ovejero, 2009, 2010), al menos en el sentido de que más que animales racionales somos *animales emocionales*. Los dos errores, juntos, contribuyeron mucho a que la psicología social entrara en una profunda crisis a lo largo de los años setenta del siglo XX, crisis de la que aún no ha salido del todo, ni saldrá mientras no se corrijan sus causas últimas. Y entre tales causas tal vez la principal era su falta de relevancia tanto social (Ring, 1967) como psicológica (Armistead, 1983a/1974). Y las dos, sobre todo la segunda, están estrechamente relacionadas con la concepción de persona que subyace a la psicología social dominante como animal esencialmente individual y racional, descuidando lo que es más fundamental del ser humano: las emociones, y olvidando, igualmente, que éstas son ante todo construidas socialmente.

La psicología social y su desarrollo individualista y psicologista, como consecuencia de la adopción del experimento de laboratorio como método dominante, descontentó a muchos, como perfectamente refleja esta cita de Armistead (1983b/1974, pág. 7):

Este libro ha surgido de nuestro descontento con mucho de lo que está siendo denominado psicología. Este descontento se hace más agudo con referencia a la vida que llevamos y al mundo que vemos en torno nuestro. Creemos que la psicología social debería dar algún sentido a nuestra experiencia y no lo da: nos sentimos decepcionados. Mucha gente nos dice que esperamos demasiado, que la psicología social –o la psicología o la sociología– no puede dar todas las respuestas y ni siquiera plantea todas las preguntas. Aunque estamos de acuerdo en que la psicología social no puede ser nunca, ni debe serlo, una solución total a los problemas de la vida, no perdemos la esperanza de que pueda decir mucho más de lo que ha dicho hasta ahora.

Y dado que esto no ha cambiado mucho desde que Armistead escribiera estas líneas, no es de extrañar que muchos psicólogos/as y muchísimos estudiantes de psicología compartan la misma decepción que tuvo Armistead (pág. 7):

Antes de estudiar psicología yo estaba interesado en dos tipos de problemas algo vagos: cómo funciona la sociedad que me rodea y cómo yo había llegado a ser el tipo de persona que era. Suponía que los dos tipos de problemas estaban relacionados, aunque el primero fuese más característico de la sociología y el segundo de la psicología.

Estudió psicología y constató que ello poco le había servido para responder a las dos cuestiones que se estaba planteando, quejándose amargamente de que «este tipo de psicología *no tenía nada que ver con mi vida*» (pág. 7). Sin embargo, si la psicología social hubiera dado más protagonismo a las emociones y las hubiera analizado dentro del contexto social y cultural que las construye, probablemente Armistead no hubiera tenido necesidad de escribir tales palabras, y el descontento con nuestra disciplina no hubiera sido tan profundo.

Ahora bien, y en contra de lo que dicen algunos autores como Jiménez Burillo et ál. (1992), otros (Ibáñez, 1990; Ovejero, 1999) pensamos que la crisis ha sido fructífera al menos en cuatro ámbitos (Ovejero, 1999): 1) a nivel metodológico ha fomentado la utilización, sin complejo alguno, de métodos menos obstrusivos que el experimento de laboratorio (análisis del discurso, historias de vida, etc.); 2) a nivel teórico ha abierto la puerta a perspectivas novedosas, o al menos hasta entonces poco habituales en psicología social, como la etogenia, el socioconstruccionismo o la psicología social feminista; 3) a nivel sociopolítico la crisis sirvió para poner de relieve el inevitable compromiso político del psicólogo social, mostrando que «la psicología social se hace política no por tomar partido, sino como saber o ignorancia, como desvelamiento o encubrimiento de procesos implicados en nuestra vida cotidiana» (Torregrosa y Crespo, 1984, pág. 727); y 4) finalmente, sirvió también

para abordar temas olvidados y descuidados en nuestra disciplina como es el caso de las emociones, algo tan fundamental en la vida humana, así como los factores culturales que las han construido.

De hecho, los intentos de construir una psicología social cultural no son algo nuevo, pero fue justamente en los años noventa del siglo XX cuando se incrementó la intensidad de tales intentos (Fiske et ál., 1998). Y fue también por esa época cuando aumentó el interés por el estudio de las emociones como una construcción social y cultural (Mesquita y Frijda, 1992; Mesquita, Frijda y Scherer, 1997; Ovejero, 2000b; Harré, 1986; Harré y Parrot, 1996). Sin embargo, el enfoque transcultural de las emociones, aunque indiscutiblemente fructífero, también posee algunos importantes problemas metodológicos, a causa sobre todo de que, como dicen Mesquita, Frijda y Scherer (1997), lo que hace es simplemente comparar diferentes muestras de población urbana, a menudo estudiantes, provenientes de distintos países y de culturas pretendidamente diferentes. Y digo pretendidamente porque, en mi opinión, además de que es cierto que las diferencias culturales van desapareciendo paulatinamente, tal desaparición es mayor entre los grupos urbanos y más aún en el caso de los estudiantiles, especialmente si cursan los mismos estudios. Así, estoy convencido de que existen menos diferencias culturales entre un estudiante de psicología de, por ejemplo, México, Santiago de Chile, Buenos Aires o Nueva York, y otro

estudiante de psicología de Madrid (aparentemente pertenecientes todos ellos a culturas diferentes), que entre ese estudiante de psicología de Madrid y un pastor español de las Hurdes o de Castilla (aparentemente pertenecientes a la misma cultura ibérica). Si a todo esto añadimos los problemas metodológicos inherentes al método utilizado (construcción de escalas, voluntariedad de los sujetos, problemas de muestreo, etc.), nos encontraremos ante una situación muy problemática y ante unos datos poco fiables y poco convincentes. ¿Por qué, entonces, no salir del laboratorio y por qué no ir más allá también del cerrado empiricismo de los datos y acudir, por ejemplo, a estudiar las emociones *también* en el género literario (novelas, autobiografías, etc.) o incluso en el arte?

En todo caso, el análisis de las emociones ha suscitado en las últimas décadas un interés cada vez más creciente en nuestra disciplina, hasta el punto de que incluso la psicología social dominante, aún fuertemente individualista, ha entendido que no puede ignorarlas si quiere comprender cabalmente el comportamiento humano. Pero aún sigue siendo dominante en el estudio de las emociones el enfoque que, basándose en la biología y en concreto en los estudios de Darwin (1872), pretende estudiarlas como siendo fenómenos universales (Ekman, 1992) e intentando identificarlas con ciertos estados de activación del organismo (Damasio, 1996), de manera que desde esta perspectiva, los aspectos fisiológicos de las emociones

constituirían su principal centro de atención. Pero cada vez más va reconociéndose la necesidad de tener en cuenta también sus componentes cognitivos, lingüísticos, sociales, culturales e históricos, pues no olvidemos que las emociones constituyen, a la vez, una experiencia somática, cognitiva, social, cultural e histórica, pero en la que, como en todo lo humano, destaca el protagonismo de lo social, lo cultural y lo histórico, dado que, como decía nuestro Ortega y Gasset, *el hombre no tiene naturaleza sino historia* (Ovejero, 2000a). En efecto, hasta tal punto el contexto cultural influye en las emociones que forma parte de ellas, no adquiriendo su sentido y significado plenos sino en situaciones sociales: son fenómenos contruidos socialmente (Harré, 1986). Desde una perspectiva socioconstruccionista y sin negar la existencia de emociones básicas de carácter universal, las emociones deberían ser consideradas fenómenos complejos, esencialmente sociales, históricos y culturales que se aprenden a lo largo del proceso de socialización y de los diferentes tipos de interacción que en éste van teniendo lugar.

Por otra parte, desde hace años vienen coexistiendo dos enfoques contrapuestos a la hora de enfrentarnos al tema de las emociones: el *psicobiológico*, que intenta investigar los universales emocionales y que, teniendo su base en Darwin (1872), actualmente está representado por autores como Ekman o Izard, y el cultural, que, de forma opuesta al anterior, intenta estudiar las particularidades emocionales

en función de las diferencias culturales, y está representado hoy día principalmente por autores como Kitayama, Markus o Mesquita. Sin embargo, la polémica entre ambos enfoques está resultando poco enriquecedora principalmente porque mientras unos se concentran en las similitudes entre diferentes manifestaciones emocionales, los otros lo hacen justamente en las diferencias. Y es que, al menos aparentemente, existe evidencia que apoya ambas posturas (véase Mesquita y Frijda, 1992). Es más, y éste es un serio problema en este campo de estudio, cada uno encuentra lo que quiere encontrar, de tal forma que allí donde unos ven universalidad, otros ven especificidad. La posible solución tal vez provenga de la consideración de las emociones como fenómenos con múltiples componentes (Frijda, 1986; Lazarus, 1991; Ortony y Turner, 1990), de tal forma que tal vez algún componente, por ejemplo el fisiológico, sea invariable y, por consiguiente, universal, mientras que otros sean cambiantes, adaptables y, por tanto, específicos de cada cultura, aunque cada vez va pareciendo más claro que también el componente fisiológico, sin ninguna duda existente, es más la consecuencia de los procesos psicosociales y culturales que causa de ellos, por lo que lo cultural sería lo realmente fundamental de las emociones. A estos dos enfoques habría que añadir un tercero, más próximo al cultural, pero con el que no hay que confundir: el enfoque socioconstruccionista. Digamos algo de los tres, insistiendo especialmente en el segundo y el tercero que son precisamente el objeto de este capítulo.

2. Las emociones como procesos psicobiológicos

En psicología siempre ha habido una fuerte tendencia a echar mano de argumentaciones biológicas y hasta genéticas para explicar el comportamiento humano. Sin embargo, con la derrota de los nazis en la segunda guerra mundial, también fueron derrotadas sus ideas biologicistas y genetistas, aquéllas que subyacían a su racismo asesino. Pero tales ideas fueron recuperándose poco a poco, hasta el punto de que en 1973 le dieron el premio Nobel a Konrad Lorenz, cuyo pasado nazi se mantenía en sus teorías biologicistas. Sin embargo, los partidarios de estas ideas se cuidaron mucho de presentarlas al modo como lo hacían los nazis y las refinaron mucho, aunque en 1975 apareció un importante libro de Wilson, *Sociobiology*, que ya disimulaba menos tales ideas y que fue duramente criticado. Poco después, esas mismas ideas de Wilson volvieron a aparecer en psicología, con ropaje nuevo y más sofisticado, bajo el nombre de psicología evolucionista, cuyo máximo representante es David Buss (y que, en el fondo, constituye la resurrección de la Sociobiología, con similares intenciones, aunque con diferente apariencia). De hecho, para la perspectiva psicobiológica, que, sigue siendo la dominante en este campo (Fernández–Abascal, Jiménez y Martín, 2003), también las emociones serían meras piezas del

engranaje evolutivo, al igual que defendía la sociobiología, para la que el ser humano, al igual que cualquier otro animal, no es sino el vehículo que utiliza el ADN para producir más ADN. Por consiguiente, en este proceso los aspectos fisiológicos de las emociones constituyen el principal centro de atención.

En todo caso, son muchos los psicólogos, incluso en nuestro país, que, de una u otra manera, participan en este enfoque y lo apoyan (Alcover, 2008; Buss, 1996, 2003; Buss y Kenrick, 1998; Caporael, 2001, 2004, 2007, Gaviria, 2007, 2008; Schaller, Park y Kenrick, 2007), siendo aplicado a ámbitos tan diversos como la cognición social (Schaller, Park y Kenrick, 2007) o el estudio de la conducta de los grupos humanos (Caporael, 2007; Fiske, 2004; Kameda y Tindale, 2006). Tanto los sociobiólogos como los psicoevolucionistas están muy de acuerdo en la importancia fundamental del siguiente principio: *la naturaleza selecciona los rasgos que ayudan a transmitir los genes propios hacia el futuro*. Porque, no lo olvidemos, para ambas teorías, la sociobiología y la psicología evolucionista, en el fondo el objetivo último de los seres humanos expandir sus genes, lo que, a mi juicio, supone un reduccionismo inadmisibile, tan inadmisibile que los partidarios de esta perspectiva han tenido que dar marcha atrás y comenzar a hablar de una psicología evolucionista de más amplias miras (Mameli, 2007), donde ya no prescinden de su tradicional bestia negra, la cultura, sino que intentan incorporarla (Caporael, 2007; Laland,

2007; Plotkin, 2007; Sear et ál., 2007; véase Gaviria, 2008), evidentemente a su manera.

Como es bien conocido, según la psicología evolucionista, la elección de pareja y la competición entre los miembros del mismo sexo de cara al emparejamiento dependen de los diferentes problemas adaptativos a que hombres y mujeres tuvieron que enfrentarse, lo que llevó a que unos y otras fueran diferenciándose en distintos aspectos como las actitudes hacia el sexo casual o los celos sexuales. La principal causa de esto sería el hecho fundamental de que los hombres tienen como principal función evolucionista expandir sus genes y las mujeres, en cambio, asegurarse el sustento y la supervivencia para ellas mismas y para sus crías. La psicología cultural, en cambio, ve las cosas de forma bien distinta, como luego analizaremos.

En resumidas cuentas, la psicología evolucionista no es sino una forma aparentemente más templada –y más fácilmente aceptable– de presentar las ideas que hace ya más de tres décadas publicara Wilson (1980/1975) en su tan famosa como discutida y discutible *Sociobiology* y cuyos supuestos subyacentes así como muchas de sus ideas resultaron ser tan insostenibles, y tan criticadas por feministas, construccionistas y otras muchas corrientes, que tal enfoque fue abandonado por los psicólogos sociales casi antes incluso de ser adoptado. Sin embargo, dado que en todo momento histórico conservador se ha acudido a explicaciones de este tipo, a explicaciones que, como las

biologistas y las genetistas, parecen apoyar el *status quo* e impiden todo intento de reforma social, y dado que ahora mismo estamos en uno de esos momentos, no es raro que el fracaso de la sociobiología haya llevado a muchos de sus partidarios a intentarlo de nuevo, aunque esta vez por senderos aparentemente diferentes, pero en el fondo no tan distintos. Eso es, a mi juicio, insisto, la psicología evolucionista. Y de ahí derivan, por tanto, sus muchas limitaciones a la hora de explicar algo tan complejo como son las emociones.

3. Emociones y contexto sociocultural

Los intentos de construir una psicología social cultural no son algo nuevo, pero, como ya se ha dicho, fue justamente en los años noventa de siglo XX cuando más comenzó a desarrollarse. Se sabe que existen importantes diferencias entre personas de distintas culturas tanto en el funcionamiento cognitivo, como en el motivacional y en el interpersonal. Así, por no poner sino sólo unos pocos ejemplos, comparando las personas de culturas occidentales, básicamente europeas y norteamericanas, con personas de culturas orientales (japonesas, chinas, coreanas, indias o árabes), se observan muchas e importantes diferencias, entre ellas algunas relativas al

campo motivacional–emocional. Así, mientras que los occidentales muestran una fuerte tendencia personal al optimismo, al auto–ensalzamiento, o a tener ilusiones de particularidad (Harter, 1990; James, 1890; Lau, 1984), los orientales poseen tendencias muy diferentes (una cierta tendencia hacia el pesimismo, una mayor modestia así como la pretensión de parecer personas corrientes y normales, así como una tendencia a experimentarse a sí mismos como similares a los demás, como no siendo mejores que los otros y sí interdependientes de ellos) (Heine y Lehman, 1995; Markus y Kitayama, 1991, 1994). De forma similar, en las culturas occidentales el impulso más poderoso para la conducta es la autodeterminación y la libertad de elección (Deci y Ryan, 1990), mientras que en las orientales son las expectativas de los demás: son continuamente receptivos y respondientes a los otros, a sus peticiones y a sus necesidades (Bond, 1986; Miller, Fung y Mintz, 1996). Hasta tal punto pueden llegar a ser importantes las diferencias culturales en este terreno que, como escriben Harré et ál. (1989, pág. 19), incluso es posible que las diferentes culturas, al subrayar una determinada clase de emoción más que otra, produzcan personas cuyo sistema fisiológico sea diferente al de otras personas, como es el caso de aquellas culturas que fomentan el miedo al peligro frente a otras que intentan suprimirlo. Más en concreto, como afirman Church y Lonner (1998), los estudios transculturales sobre la emoción que más relevancia tienen para el análisis de la personalidad suelen ocuparse principalmente de estas dos cuestiones: en

primer lugar, ¿experimentan las personas las mismas emociones en todas las culturas?; y en segundo lugar, ¿existen diferencias en la frecuencia e intensidad con respecto a cómo estas emociones son experimentadas o expresadas por los individuos de diferentes culturas? Si las teorías biológicas de la emoción (Izard, 1994) predicen una considerable universalidad en las emociones experimentadas, al menos en las más básicas (gozo, miedo, cólera, etc.), bastante menos universalidad perciben las teorías socioconstruccionistas (Harré, 1986; Harré y Parrot, 1996). En todo caso, los estudios de reconocimiento transcultural de la expresión emocional de las emociones proporcionan una aparente evidencia de emociones universales (Ekman, 1994; Izard, 1994), aunque tal evidencia sigue siendo muy discutida (Carroll y Russell, 1996; Russell, 1991, 1994, 1995).

En suma, aunque la información disponible es insuficiente y a pesar de que existen algunos datos relativamente inconsistentes, sí tenemos bastante claras algunas conclusiones. Por ejemplo, que los individuos de culturas colectivistas sienten y expresan emociones más orientadas hacia los demás (simpatía, empatía, embarazo) que los de culturas individualistas quienes, en contraste, tienden más a sentir y expresar emociones orientadas a sí mismos (cólera, orgullo, etc.) (Markus y Kitayama, 1991; Singelis, 1994; Triandis, 1995). Igualmente, en el mundo occidental suele creerse que la conducta de las personas tiende a ser

consistente a través de las diferentes situaciones, ya que tal conducta depende más de las características de las propias personas que de las características de la situación. Creyéndose, por consiguiente, en la existencia de la personalidad, creencia que es tan fuerte que el hecho de que la conducta cambie con la situación se atribuye a cinismo, a hipocresía o incluso a alguna patología psicológica. Estas creencias han condicionado totalmente los estudios occidentales en este campo, a la vez que tales estudios han reforzado enormemente tales creencias.

Pero la psicología cultural de la personalidad muestra que ello no es así, sino que, por el contrario, la conducta depende de la situación además de que tal variación situacional depende en gran medida de factores culturales (véase Markus y Kitayama, 1998). Es más, la psicología cultural asume no que los procesos psicológicos (la personalidad, las emociones, la motivación, la inteligencia, etc.) son influidos por la cultura, sino que son *construidos* por ella, a la vez que son las personalidades y sus conductas las que crean la cultura. De ahí que se haga imposible estudiar ambas cosas de forma aislada: personalidad y cultura, o emoción y cultura, deben ser estudiadas juntas como una dinámica de mutua constitución (Kitayama et ál., 1997). No podemos estudiar las emociones al margen de la cultura en que se han formado y en la que se expresan, ni al margen de la cultura que las construye. Y es que el nivel individual no es ni anterior ni posterior al nivel cultural: ambos son

inseparables, y se constituyen mutuamente y al mismo tiempo. Así, a veces se discute ardientemente si el ser humano es más animal o más cultural, llegando a menudo a subrayar que es ambas cosas, con porcentajes muy variados de unos autores a otros. Hay quien dice, por ejemplo, que somos sobre todo seres sociales y culturales, pero sin olvidar que también somos animales, por ejemplo, un 75 por 100 y un 25 por 100 respectivamente. ¡Y no es eso! Somos el 100 por 100 animales y también el 100 por 100 sociales y culturales. No tenemos nada que no sea propio de animales (eso sí, obviamente, de esta tan rara especie animal llamada especie humana), que coincidirá más o coincidirá menos con las características de otras especies animales. Pero tampoco tenemos nada que no sea social y cultural. Porque todos nuestros rasgos como animales (hasta los aparentemente más propiamente animales, como la necesidad de alimentarse o el comportamiento sexual) están socializadas y culturalizadas. Más aún, si cabe, la emoción, que es totalmente interdependiente de los significados y las prácticas de los contextos socioculturales particulares. Ahora bien, como reconocen Parrot y Harré (1996), si el enfoque tradicional olvidaba los aspectos sociales y culturales, ahora no podemos caer en un error similar y olvidar los aspectos somáticos y biológicos de las emociones. Lo biológico es algo central en las emociones, pero necesitamos reinterpretar la relación existente entre el cuerpo y la emoción, reinterpretación que apunta claramente hacia un construccionismo social que asigna un papel

importante a la cultura y a la socialización a la hora de influir en la estructura y en la función neurológica y fisiológica. Es decir que, como señala Averill (1996), el neurofisiológico es un componente fundamental de las emociones, pero debe ser entendido de una forma muy diferente a como lo fue tradicionalmente. Lo neurofisiológico no es de ninguna manera independiente de lo social y de lo cultural.

Ahora bien, la creencia, tan generalizada en Occidente, de que el ser humano es un individuo independiente, cerrado en sí mismo, al margen de los demás, con los que puede llegar a tener (pero no necesariamente) relaciones, es una idea que proviene de los griegos, que se reforzó en el Renacimiento y que fue con la Ilustración cuando adquirió auténtica carta de naturaleza, sobre todo con Kant y la importancia que le daba tanto a la razón individual como al libre albedrío. Por si ello fuera poco, esta visión se reforzó aún más con la revolución industrial y el capitalismo. De ahí que el individualismo sea un elemento básico de la sociedad occidental (Guisinger y Blatt, 1994; Triandis et ál., 1988) y que el estudio psicológico de la persona en la ciencia social occidental esté firmemente enraizado en la ontología del individualismo (Greenfield, 1994; Ho, 1993; Markus et ál., 1996; Sampson, 1988). Sin embargo, en Oriente (China, India, Japón, Corea, etc.) estas cosas son vistas de una manera muy distinta. Allí, la persona es vista como alguien totalmente interdependiente que forma parte de las relaciones sociales que le rodean, y la conducta no es algo

que surge de dentro, que tiene su fuente en el interior del individuo, sino algo que responde a los otros, que tiene su fuente, por tanto, en el exterior, en el mundo social. Por tanto, ni las emociones ni la personalidad ni ningún otro fenómeno psicológico tienen sentido si se las separa del contexto social y cultural: porque el contexto social y cultural no les acompaña y les influye, sino que *les constituye*.

Por otra parte, el concepto que tengamos de ser humano y la cuestión de qué es realmente una persona es algo fundamental, pues la respuesta que le demos influirá en nuestras vidas, influirá en nuestros sentimientos con respecto a nosotros mismos, influirá en nuestras emociones y hasta en nuestra conducta. Las prácticas culturales y las prácticas sociales, entre ellas las educativas, diferirán sustancialmente en función de la respuesta que demos a tal cuestión (véase Markus, Mullanley y Kitayama, 1997). En este sentido podemos decir, con toda legitimidad, que la propia personalidad es una construcción social y cultural, es una construcción colectiva. De ahí las grandes diferencias que existen entre la personalidad de los occidentales y la de los orientales. Por no poner sino un solo ejemplo más: mientras que la autocrítica es algo realmente poco frecuente en Occidente, en cambio en Asia es algo habitual y espontáneo (véase Kitayama, 1997). Por ejemplo, a los niños se les trata y educa en el mundo occidental como seres independientes, se les exige responsabilidad personal e individual por todos sus actos, se les viste de una forma «personal», se los coloca

en habitaciones individuales e independientes, etc. (véase Fiske et ál., 1998), cosa que no se hace, sino todo lo contrario, en las sociedades colectivistas. Por consiguiente, tanto el modelo de persona independiente de las sociedades individualistas como el de persona interdependiente de las colectivistas influyen de una forma importante en los individuos que en ellas se socializan, en sus cogniciones, en sus comportamientos y, evidentemente, también en sus emociones.

En resumidas cuentas, el tema de las emociones es, pues, cada vez más importante en nuestra disciplina, pero, a pesar de ello, las revistas dominantes en la disciplina siguen sin darle a la perspectiva culturalista el protagonismo que se merece en este campo. En efecto, cuando parecía que, a medida que el socioconstruccionismo tomaba fuerza (Gergen, 1996; 1999; Gergen y Davis, 1985; Ibáñez, 1996a, 1996b) y que se hacía imprescindible la perspectiva socioconstruccionista y cultural a la hora de analizar las emociones, los aires ultraconservadores dominantes en las estructuras políticas tanto en Europa como en Estados Unidos llegaron a la psicología, primero por el camino trazado por la sociobiología (Wilson, 1980/1975) y luego, tras las duras críticas recibidas por ésta, por la psicología evolucionista que, a mi juicio, y como ya he dicho, no es sino una forma intencional de maquillar a la sociobiología y vendernos el mismo producto con un nuevo ropaje. De ahí que no sea raro que, a pesar de que el estudio de las emociones

ha alcanzado en la psicología dominante un protagonismo mayor que el que tenía en el pasado, hasta el punto de que nada menos que en la *Annual Review of Psychology* acaba de aparecer un artículo que recoge los «avances» más recientes en este campo (Izard, 2009), sin embargo, como se constata en la citada revisión de Izard, entre tales «avances» no figura la cada vez más evidente relación de las emociones con la cultura, y sí se insiste en su supuesta estrecha relación con la neurociencia (Iacoboni, 2007; Izard, 2007, 2009; Miller, 2006, 2008; Youngstrom e Izard, 2008). Y, sin embargo, cada día se acumulan más datos que muestran claramente la relación de la cultura con las emociones, hasta el punto de poder afirmar que éstas, las emociones, constituyen indiscutiblemente un producto social y culturalmente construido.

4. La construcción social de las emociones

Como hemos dicho, aunque las emociones están influidas por procesos y mecanismos biológicos, también pueden ser conceptualizadas eficazmente como construcciones sociales. La perspectiva socioconstruccionista de la emoción ha sido muy desarrollada por parte de antropólogos culturales como Rosaldo (1984), Lutz (1988), White (1993) o Shweder (1993).

En concreto, lo que quiere decir exactamente la perspectiva socioconstruccionista varía entre los teóricos. Pero lo que es común a todos ellos es un énfasis en el papel constituyente de las prácticas culturales, de las comunicaciones interpersonales y del conocimiento cultural tácito en las respuestas emocionales. Las respuestas emocionales de una persona son altamente contingentes a esas prácticas y significados. Aunque la emoción se basa, obviamente, en sensaciones corporales, esas mismas sensaciones pueden ser formadas a través de prácticas y significados culturales del «self» y su relación con el ambiente (Markus, Kitayama y Heiman, 1996, pág. 889).

Desde este punto de vista, la experiencia emocional sería, ante todo, social y cultural (Kitayama y Markus, 1994).

Ya he dicho también que existen básicamente dos tipos de teorías del yo: las que le ven como independiente, lo que suele ocurrir en los Estados Unidos y en Europa Occidental, y las que le ven como interdependiente, cosa que suele ocurrir en las culturas asiáticas, africanas y sudamericanas (Markus y Kitayama, 1991). Las primeras consideran al yo como algo autónomo e independiente, mientras que las segundas le consideran como siendo parte de la colectividad y dependiendo de los demás y de sus relaciones con los otros. Pues bien, son muchas las emociones que dependen en gran medida de esta forma de ver y experimentar el yo (la cólera, la frustración, el orgullo, la vergüenza, los

remordimientos, etc.), lo que significa que, sin duda, no sólo dependen del contexto cultural sino incluso que éste las construye (véase Crespo, 1986). Un ejemplo altamente elocuente del hecho de que las emociones están construidas socialmente es el *duelo* (el estar afligido). Con frecuencia cree la gente que el duelo es una reacción biológica básica a la pérdida de algún ser querido, lo que no ocurre sólo en los seres humanos sino también en algunas especies animales como los perros. Ahora bien, como mínimo tenemos que decir que tal emoción varía en alto grado de una cultura a otra. Ciertas culturas reaccionan a la pérdida no con dolor sino con cólera y con una búsqueda de venganza o combate, mientras que otras, como los habitantes de Tahití, ponen límites a las reacciones ante la pérdida de cualquier clase: el duelo no es reconocido explícitamente. Por el contrario, los Ifaluk intentan minimizar el duelo mientras se enorgullecen de la exhibición de simpatía hacia quienes han perdido un ser querido (Stearns, 1993).

Ahora bien, no sólo el duelo es bien diferente de unas culturas a otras. Es que también existen importantes cambios históricos. Así, en la cultura occidental se ha dado una fuerte intensificación del duelo a partir de los primeros años del siglo XIX (Lofland, 1985). También anteriormente los padres sentían dolor cuando se les moría un niño pequeño. Pero existían tres elementos que reducían la manifestación abierta de dolor e incluso, posiblemente, el dolor mismo (Stearns y Knapp, 1996, pág. 133): 1) Un dolor

excesivo podría denotar una también excesiva atadura a las cosas mundanas y una menor a Dios, por lo que ni el catolicismo ni el protestantismo animaban al duelo, y se enseñaba a los niños a reaccionar a la muerte más con miedo que con dolor, sobre todo entre los calvinistas (Fiore, 1992); 2) Las relaciones emocionales dentro de las familias eran normalmente ridiculizadas. Además, los matrimonios no se formaban principalmente sobre la base de la atracción emocional, ni se enfatizaban unos lazos intensos entre los padres y los niños. Las serias preocupaciones económicas de las familias suavizarían el «shock» de la muerte, que sin embargo era vital para mantener la familia en un tamaño manejable. Incluso la muerte del consorte podría llegar a ser hasta cierto punto una rutina, por la frecuencia con que solía ocurrir. De hecho, existe evidencia de que las reacciones de los maridos a la mortalidad maternal en el siglo XVIII nos parecerían a nosotros ahora de una monstruosa insensibilidad (Lockridge y Lewis, 1988). En cuanto a la muerte de los padres ya mayores podría ser incluso bien recibida, principalmente en la población más pobre, porque les permitía una completa independencia económica a través de la herencia: era la forma de convertirse en adultos; y 3) La tercera restricción al duelo provenía de la propia naturaleza de la muerte. Tras una larga enfermedad, la muerte puede incluso, en cierta medida, ser vista como un alivio. Además, morir en casa, rodeado de los familiares, sin demasiado dolor, parece permitirles a muchas personas adaptarse a la situación de perder al ser querido. Hoy día, en

cambio, el dolor parece ser, en general, mayor, al haberse reducido drásticamente las tasas de mortalidad, especialmente en el caso de los niños pequeños, al ser habitual que las familias tengan muy pocos niños (generalmente uno o dos) e incluso a causa del hecho de que son más las personas que mueren fuera de su casa (en el hospital, en la carretera, etc.) o que mueren de repente, especialmente de ataques cardíacos o en accidentes de tráfico.

No es por azar, pues, que las cosas en este campo empezaran a cambiar justamente a partir de los primeros años del siglo XIX dando lugar a lo que los sociólogos llamaron el advenimiento de las reacciones modernas al duelo (Lofland, 1985; Rosenblatt, 1983; Wells, 1994). Y ello tuvo que ver principalmente con estos dos cambios, que tuvieron lugar en la época victoriana: primero, el amor adquiere una gran importancia en las familias de clase media (Lystra, 1989): amor entre los esposos y amor a los hijos, sobre todo a los pequeños, favorecido en gran medida por la reducción de las tasas de nacimiento, y segundo, con la cada vez más frecuente y más profunda creencia en el progreso, creencia derivada de la Ilustración, se comienza a pensar que muchas muertes son totalmente impropias del siglo XIX, sobre todo las muertes de niños. Las revistas populares para mujeres bombardean a sus lectoras con mensajes que señalan que si se abandonaran ciertas prácticas parentales de educación ya no habría mortalidad infantil. Todo ello

conllevó un creciente sentido de culpa cuando había una muerte en la familia, principalmente si era infantil, y el consiguiente aumento del dolor. Pero «más que cualquier cambio concreto funcional, fue un cambio cultural lo que estuvo detrás de la creciente atención al duelo en la cultura de clase media del siglo XIX» (Stearns y Knapp, 1996, pág. 134). Por consiguiente, concluyen Stearns y Knapp (1996, pág. 149), «entender la historia moderna del duelo y su imprevista, aunque comprensible, complejidad, es una etapa esencial para entender la propia emoción. El duelo no es una mera respuesta; está condicionada por su dependencia del cambiante contexto cultural, altamente sensible a los problemas funcionales y culturales». De ahí que, dadas las profundas transformaciones culturales habidas a lo largo de los últimos 150 años, también la emoción ha sufrido importantes cambios en ese periodo, porque, en suma, como las demás emociones, «las reacciones de duelo son en cierta medida construidas socialmente» (Stearns y Knapp, 1996, pág. 132).

Como estamos viendo, pues, no es tanto el tratamiento del tema de las emociones lo que caracteriza a la nueva psicología social, que en absoluto es algo nuevo (de hecho, ya fue tratado por Aristóteles, Santo Tomás, Vives, Descartes, etc.), sino la *forma de tratarla*: la nueva psicología social considera que las emociones, como el resto de los fenómenos psicosociales, son en esencia *construidas socialmente*. Veamos un hecho curioso que parece

confirmar lo que acabo de decir. Las emociones las «sentimos» físicamente, es decir, fisiológicamente, en uno u otro órgano, pero con enormes diferencias culturales: en unas culturas «sienten» el amor en el corazón, en otras en el riñón o en la espalda, etc. Y es que los órganos corporales están psicologizados y culturizados. Así, para los europeos occidentales actuales es el corazón el lugar donde están depositadas las emociones (en particular algunas como el amor). Y, de hecho, tales emociones creemos «sentirlas físicamente en el corazón». Pero las personas de otras culturas creen sentirlas en otros órganos. Por ejemplo, los tahitianos las sienten en los intestinos (Levy, 1973, pág. 515) o los Gahuku-Gama en el estómago (Read, 1967, pág. 214). En definitiva, las emociones son construcciones sociales donde lo fisiológico, lo social y lo cultural son elementos indisociables, aunque con un claro protagonismo sociocultural. Tomemos como ejemplo el pueblo de los ilongot, al norte de las Filipinas, para quienes uno de los elementos fundamentales de la psique del hombre maduro es un estado que se denomina *liget*. Según lo describe la antropóloga Michelle Rosaldo (1980), sería más o menos equivalente a los términos con que designamos la «energía», la «ira» y la «pasión». Sin embargo, ese estado no se identifica con ninguno de los términos que tenemos nosotros ni corresponde a una posible combinación de ellos. El *liget* es una característica propiamente masculina, cuya expresión nosotros ni siquiera podemos imaginar. Poseído por el *liget*, un joven ilongot puede echarse a llorar, ponerse a cantar, o

expresar mal humor. Tal vez rechace ciertos alimentos, la emprenda a cuchilladas contra los canastos, lance gritos furiosos, derrame el agua o exteriorice de mil maneras su irritación o su confusión. Y cuando el *liget* llega a su apogeo, se verá empujado a cortarle la cabeza a un nativo de la tribu vecina. Una vez que haya hecho todo esto, sentirá que su *liget* se ha transformado y es capaz de transformar a otros. Su energía aumenta, siente el deseo del sexo y adquiere un sentido profundo de conocimientos. Resulta difícil imaginar que el *liget* sea un elemento básico de la constitución biológica, que acecha de alguna manera dentro de nosotros, busca expresarse y permanece inhibido bajo las capas artificiales de la civilización. El *liget*, pues, es una construcción propia de la cultura ilongot, del mismo modo que los sentimientos de angustia, envidia o amor romántico son una construcción propia de la nuestra.

Un segundo ejemplo es la maternidad (Gergen, 1992). En la época moderna consideramos que el amor de una madre por sus hijos representa un aspecto fundamental de la naturaleza humana: se trataría de una emoción con una clara base genética. Si una madre no muestra amor por sus hijos (por ejemplo, si los abandona o los vende), nos parece totalmente inhumana (aunque consideramos bastante menos inhumano al padre que abandona a su esposa e hijos). Pero eso no fue siempre así. En Francia y en Inglaterra, durante los siglos XVII y XVIII los niños vivían en forma marginal. Los escritos de la época ponen de relieve una

generalizada antipatía hacia ellos. Entre los pobres, que no practicaban el aborto ni tenían fácil acceso al control de la natalidad, abandonar a un hijo era una costumbre difundida. A todas luces, el concepto de «instinto maternal» habría parecido extraño en estas sociedades. Más aún, incluso la lactancia del niño era vista en muchos círculos como una pérdida de tiempo para la madre. Si la familia era lo bastante rica, el recién nacido era enviado al campo la mayoría de las veces para que alguna nodriza se ocupara de él; y a raíz de los malos tratos que recibían de estas nodrizas, o de que la leche que les daban no fuera alimento suficiente, era muy común que estos niños murieran. Esas muertes infantiles se tomaban como un asunto de rutina, ya que era fácilmente reemplazado por otro; los diarios íntimos, al relatar las costumbres familiares, muestran que la muerte de un niño causaba tan poca inquietud en la familia como la de un vecino, o menos; incluso las actividades económicas de la familia a lo largo de aquella jornada ocupaban más espacio. Leamos al gran Michel Montaigne: «Dos o tres de mis hijos murieron mientras estaban con sus nodrizas; no diré que estas muertes no me causaran algún pesar, pero ninguna me acongojó demasiado» (¡ni siquiera recordaba si eran dos o tres los hijos que se le habían muerto!). La conclusión es que el concepto del amor materno/paterno instintivo es un producto de la evolución reciente en Occidente, es decir, es una construcción social y cultural.

En cambio, en este aspecto las cosas cambiaron mucho

durante el romanticismo. De hecho la actual concepción de las emociones así como el lenguaje o el vocabulario que las designa es en buena medida un producto de la época romántica, como es el caso, por ejemplo, del *duelo*, que ya hemos visto. Como escribe Rosenblatt (1983), dado que los individuos eran capaces de experimentar un amor profundo, la pérdida de un ser querido engendraba un dolor inmenso, a cuya expresión se otorgaba excelso valor porque permitía dar voz a las profundidades del ser, y era por ende ennoblecedora. Los diarios íntimos de la época revelan la fuerte tendencia a conservar incólume y omnipresente la imagen del muerto, y a comunicarse con él a través de la plegaria o de sesiones espiritistas.

Por otra parte, se hace de todo punto imprescindible en cualquier aproximación socioconstruccionista a las emociones el análisis del lenguaje utilizado para referirnos a los estados anímicos (véase Danziger, 1990, 1997). Como escribe Gergen (1992, pág. 285), hablamos a menudo de nuestros pensamientos e intenciones, sentimientos y esperanzas, sueños y temores, deseos, creencias y valores, y sin estos términos no podríamos avanzar mucho en nuestra vida privada o institucional. Un amorío no sería un amorío si careciéramos de lenguaje para designar nuestras emociones; una causa criminal difícilmente podría proseguir sin un discurso relativo a las intenciones de los involucrados, y si les despojáramos del concepto de alma a numerosas instituciones religiosas, se desmoronarían. Y es que aunque

tales categorías (emoción, religiosidad, motivación, inteligencia, etc.) han sido construidas por la comunidad desde hace siglos, los psicólogos están contribuyendo de una forma importante a darles un significado específicamente psicológico, a la vez que sus datos empíricos están dándoles la apariencia de poseer una naturaleza empírica, es decir, la apariencia de que realmente representan una parte sustancial de la realidad. Pero, no obstante, resulta de todo punto imposible entender el significado de tales términos al margen de su significado histórico y cultural. Y esto es más importante dado el ya endémico ahistoricismo de la psicología occidental, consecuencia de la equivocada postura tomada en su momento cuando quiso ser como las ciencias naturales: si la psicología es una ciencia natural, no puede ser histórica y deberá estudiar sus objetos (la emoción, la cognición, la motivación, etc.) como fenómenos históricamente invariables. Ése fue el gran error de la psicología.

Y, sin embargo, la psicología, y más aún si cabe la psicología social, deben situarse histórica y culturalmente. Es decir, la psicología y la psicología social son disciplinas eminentemente históricas y culturales porque históricos y culturales son los fenómenos que estudian, incluyendo, obviamente, las emociones. De ahí que la integración de los dos enfoques tradicionales de que hablábamos, el biológico y el antropológico, es difícil, por no decir abiertamente inviable, si no introducimos la influencia cultural en el propio

desarrollo de lo biológico y de lo fisiológico humano. Y resulta imposible integrar tales dos enfoques también a causa de la representación y el concepto que los estudiosos del tema tienen ya no sólo de las emociones en sí, cuanto de la vida y del propio ser humano así como de los procesos de constitución del sujeto humano. Por ejemplo, un positivista que mantiene un realismo ingenuo, jamás podrá llegar a un acuerdo en este tema, ni en ningún otro, con un socioconstruccionista antipositivista que mantiene una posición antirrealista y relativista. Y aquí nos encontramos con uno de los más importantes núcleos explicativos de la polémica en el estudio de las emociones. Así, incluso a la hora de estudiar las emociones básicas, los resultados serán necesariamente diferentes cuando se defiende que el lenguaje no es sino el espejo de la realidad, exterior al lenguaje y al individuo, y cuando se defiende que el lenguaje no refleja la realidad sino que la *construye*, o cuando se piensa en el ser humano como en un ser eminentemente biológico y cuando se le piensa como un ser esencialmente sociocultural e histórico. Nuestras emociones dependen del momento histórico que nos ha tocado vivir. Por ejemplo, ya no hablamos abiertamente de nuestra *melancolía* o de nuestra *acidia*, como causas que nos dispensarían de trabajar o que nos permitirían eludir nuestras obligaciones sociales como sí hubiera podido ocurrir durante el siglo XVII. Sin embargo, hoy día sí hablamos de nuestra *depresión*, de nuestra *angustia*, sobre lo *quemados laboralmente* que estamos o del *estrés*: ninguno de estos términos habría

tenido importancia hace sólo unas pocas décadas. Este tipo de variaciones sociohistóricas son difíciles de cuadrar con la presuposición individualista de pretensiones universales y biológicamente fijas: las emociones son, pues, construcciones sociohistóricas. Pero tampoco olvidemos que si las emociones son construidas socialmente, también son socialmente constituyentes, pues contribuyen a que seamos como somos.

5. Los celos como una emoción paradigmática

Para los psicólogos evolucionistas, todas las emociones en general y los celos en particular, son inseparables de lo que para ellos constituye el centro neurálgico de la evolución: *la selección natural*. Por consiguiente, y de acuerdo con estos teóricos, las presiones que la selección ejerce para que los varones sean más asertivos, junto a las presiones que existen para que vigilen y controlen la sexualidad femenina, explica su tendencia a dominar a las mujeres así como las diferencias entre unos y otras en rasgos tales como la agresividad (Buss, 2003). ¿Quién tiene razón, pues, los psicoevolucionistas o los culturalistas? Los evolucionistas apoyan su postura señalando que las consistencias transculturales existentes en el campo de las diferencias sexuales son incompatibles con el enfoque cultural. Por ejemplo, un examen inicial de

las preferencias de pareja en hombres y mujeres de 37 naciones diferentes sugería, como predice la teoría de la selección sexual, que hombres y mujeres, a la hora de preferir pareja, se centran en características distintas (Buss et ál., 1990), de forma que a las mujeres las interesan más los recursos de la su posible pareja mientras que a los hombres más el atractivo físico. Sin embargo, un reanálisis de esos mismos datos (Eagly y Woods, 1999) explica esas diferencias como un producto social, de manera que tales diferencias dependerían de la igualdad/desigualdad de género existente. Por ejemplo, en los países en los que hay una mayor igualdad de género es menor la tendencia de las mujeres a priorizar el criterio de la posesión de recursos a la hora de elegir pareja. Cuando a las mujeres se les dan pocas oportunidades de conseguir recursos por sí mismas, tienden a elegir parejas que los tengan, pero no ocurre lo mismo cuando ellas tienen ya esos recursos o pueden conseguirlos. Y es que si igualamos las demás condiciones, también aquí hombres y mujeres son más parecidos que diferentes (Hyde, 2005). Sin embargo, a pesar de esto, el metaanálisis llevado a cabo por Hyde (2005) encuentra dos claras excepciones a esta gran similitud entre hombres y mujeres, y las dos son consistentes con las tesis evolucionistas, una de las cuales, la primera es la práctica del sexo casual, que sigue siendo mayor en los varones. Sin embargo, como ya he dicho, patrones conductuales que duran ya milenios no pueden ser modificados en sólo una o dos generaciones. A pesar de ello, es conocido que tanto las actitudes hacia el sexo como las

conductas sexuales e incluso el sexo casual están cambiando mucho actualmente y a gran velocidad.

Veamos mejor, pues, y como ejemplo paradigmático de lo que quiero mostrar en este capítulo, el caso de los celos, contrastando las perspectivas evolucionista, la cultural y la socioconstruccionista, y siguiendo aquí, en gran medida, a Canto, García Leira y Gómez–Jacinto (2009). A causa del interés que comenzó a mostrar la psicología social por el análisis de las relaciones amorosas y debido, también, al papel que desempeñan los celos como uno de los factores causales en la violencia de género, se ha comenzado a estudiar con cierta intensidad el tema de los celos que se producen en las relaciones románticas (Salovey, 1991; Barrón y Martínez, 2001; García–Leiva, Gómez–Jacinto y Canto, 2001, Gómez–Jacinto, Canto y García–Leiva, 2001; Canto et ál., 2009). Los celos son una emoción compleja negativa que surge ante la sospecha real o imaginada de una amenaza a una relación considerada valiosa. Entendidos como una emoción, los celos son una respuesta que nos alerta de que una relación que queremos mantener está en peligro. Pues bien, la perspectiva evolucionista ha analizado las diferencias entre hombres y mujeres en su forma de experimentar los celos según el tipo de infidelidad de su pareja, habiendo encontrado (Buss, 1992; 1994, 2000; Buss, Larsen, Westen y Semmelroth, 1992; Buss et ál., 1999) que los hombres se sienten más preocupados que las mujeres por una hipotética infidelidad sexual de sus parejas,

mientras que a las mujeres les preocupa más una hipotética infidelidad emocional. Este hecho, que hasta ahora parecía evidente, es explicado por los psicólogos evolucionistas como una predisposición genética. Los celos serían un mecanismo que tendría como finalidad el mantenimiento de la relación con la pareja. Al ser muy frecuente la infidelidad entre los seres humanos, los celos actuarían como una señal de alarma ante una posible amenaza. De hecho, la infidelidad tiene lugar en todas las culturas y en todas las épocas y suele ser una causa importante de divorcio y hasta de maltrato de pareja. Para los psicólogos evolucionistas, las diferencias encontradas entre mujeres y hombres son debidas a los diferentes problemas adaptativos que han tenido que afrontar durante el curso de la evolución para garantizar el éxito en la supervivencia y la transmisión de los propios genes: existen importantes diferencias entre hombres y mujeres en la cantidad de energía que invierten en la reproducción de sus genes y en el grado de seguridad de tal inversión, de forma que los hombres, que pueden fecundar a un gran número de mujeres ya que disponen de la capacidad de generar una cantidad elevada de espermatozoides, realizan una menor inversión de energía que las mujeres para la reproducción con éxito de sus genes, mientras que éstas deben tener un periodo de gestación de nueve meses lo que, evidentemente, supone una mayor inversión de energía y tiempo para el mismo fin: una vez que el óvulo ha sido fecundado, las posibilidades de reproducción de sus genes puedan reducirse al éxito del

desarrollo y final feliz de su embarazo. Es el hecho de que los espermatozoides sean tan baratos y los óvulos tan caros lo que explicaría el hecho de que los hombres se impliquen en una mayor cantidad de relaciones sexuales, mientras que las mujeres se implican más en estrategias sexuales que aseguren la probabilidad del éxito reproductivo, por lo que prefieren elegir a una sola pareja, pero que posea los recursos suficientes para asegurar su subsistencia y la de su prole, y a quien serán sexualmente fieles. Este proceso se basaría, según Trivers (1972), en las importantes diferencias existentes entre los hombres y las mujeres en cuanto al grado de seguridad en la inversión parental que se llevaría a cabo tras la fecundación de un óvulo. La mujer siempre tendría la certeza de que el hijo que espera es suyo, y que, por lo tanto, perpetuaría sus genes, mientras que para que el hombre se sienta igual de seguro de su paternidad debe vigilar y controlar el comportamiento sexual de su pareja, asegurándose de que la mujer fecundada sólo ha mantenido relaciones sexuales con él, por lo que, en los hombres, los celos constituirían un mecanismo de alerta ante las amenazas a la seguridad de su paternidad. Para las mujeres, la principal amenaza para su cría es que su pareja desvíe recursos hacia las crías de otras mujeres con las que mantiene relaciones. De ahí que las mujeres se centrarán más en los celos emocionales porque la infidelidad más amenazante para sus hijos consistiría en que el hombre dirigiera sus recursos a otra mujer y a otros hijos. Las mujeres, con el fin de tener un compañero que le garanticen los

recursos para el cuidado de su prole, requieren una pareja que sea fiel emocionalmente. Por su parte, la evolución de los hombres hacia los celos sexuales tendría más que ver con el intento de garantizar la paternidad y tener certeza de que las inversiones en la prole lo son en los propios genes. Así, pues, los hombres para garantizar la transmisión de sus genes necesitarían una pareja sexualmente fiel y así evitar el riesgo de invertir en un hijo que no fuera suyo (Buss, 2000). Los datos empíricos existentes parecen apoyar estas tesis: los hombres dicen sufrir más que las mujeres cuando imaginan a su pareja en una infidelidad sexual, mientras que las mujeres dicen sufrir más que los hombres cuando imaginan una infidelidad emocional de sus parejas (Buunk et ál., 1996; Edlund et ál., 2006).

Sin embargo, los anteriores datos pueden también ser explicados desde la perspectiva cultural y socioestructural, como un subproducto del patriarcado. En efecto, cuando los hombres monopolizan los recursos, las mujeres se hacen más dependientes de los hombres en tanto que son sus proveedores, lo que incrementa la motivación de las mujeres para mantener el flujo de recursos proveniente de su pareja masculina. Una explicación socioestructural igualmente plausible, pues, sugiere que las circunstancias sociales crean diferencias sexuales en cuanto a celos colocando a las mujeres en una posición de dependencia de los recursos de sus parejas (Rudman y Glick, 2008, págs. 272–273).

Por tanto, y frente a la explicación psicoevolucionista, la

psicología cultural (DeSteno y Salovey, 1996; DeSteno, Bartlett, Braverman y Salovey, 2002; DeSteno, Valdesolo, y Bartlett, 2006; Harris, 2000; 2003a; 2003b; Harris y Christenfeld, 1996a; 1996b; Hupka, 1981; Hupka y Bank, 1996) ofrece explicaciones alternativas que sitúan el origen de tales diferencias entre hombres y mujeres tanto en el proceso de socialización como en las influencias sociales y culturales. Las diferencias entre hombres y mujeres serían entendidas y explicadas desde las diferentes adscripciones de unos y otros a las normas y roles de género dominantes en un contexto ideológico determinado, mientras que las diferencias sexuales serían producto de las diferentes expectativas que hombres y mujeres atribuyen al comportamiento social (Eagly, 1987). En este sentido, es la cultura la que determina las condiciones generadoras de los celos y las respuestas que se esperan en tales situaciones.

Por otra parte, desde una perspectiva socioconstruccionista, la aparición de los celos dependería de los acuerdos socialmente compartidos sobre qué situaciones suponen una amenaza sobre algún aspecto relevante que el individuo posee, como podría ser la propiedad sexual (Hupka, 1981; Mullen, 1991). Por consiguiente, los celos, como cualquier otra emoción, no pueden ser estudiados adecuadamente sin tener en cuenta la cultura en la que se han formado y en la que se expresan, que es realmente la que los ha construido. Como escriben Canto et ál. (2009), la intensidad de la respuesta de los celos,

las emociones con las que se asocian, las circunstancias que los provocan y las conductas asociadas a los mismos, serán especificados como normativos por el grupo social en el que tienen lugar ya que, en definitiva, la conducta de un individuo no puede entenderse fuera del grupo social al que pertenece. Además, existen muchas investigaciones cuyos resultados contradicen los planteamientos de Buss. Por ejemplo, Harris (2003a), al revisar los datos sobre las diferencias de sexo ante los dos tipos de infidelidades, nos informa que los resultados que apoyan la hipótesis evolucionista provienen principalmente de los estudios con autoinformes que utilizan el dilema de elección forzada diseñado por el propio Buss y que les obliga a elegir el tipo de infidelidad que más celos les provocarían (infidelidad sexual versus infidelidad emocional). Pero Harris (2003a) subraya que existe un gran número de investigaciones que, incluso utilizando el dilema de elección forzada, no apoyan la hipótesis de Davis Buss, y que cuando se utilizan otros tipos de medidas raramente se encuentran tales diferencias entre hombres y mujeres, como es el caso de los estudios de DeSteno y Salovey (1996), de DeSteno et ál. (2002) o de Sheppard, Nelson y Andreoli–Mathie (1995). Más en concreto, y contrariamente a la hipótesis de Buss (2000), varios estudios han proporcionado datos que muestran que tanto los hombres como las mujeres se sienten más dañados y doloridos por la infidelidad sexual que por la emocional (DeSteno et ál., 2002; Harris, 2003b). Como puntualizan Canto et ál. (2009), parece evidente que en aquellas culturas

que dan más importancia a la actividad sexual las personas se verían más afectadas por la infidelidad sexual y, por el contrario, en aquellas otras que dan más importancia a los aspectos emocionales de la relación, sus miembros se verían más afectados por la infidelidad emocional, independientemente de que sean hombres o mujeres. Y también en las culturas en las que las mujeres (o los hombres) han aprendido a dar más importancia al componente afectivo de la relación de pareja importará más la infidelidad sentimental, mientras que en las que se aprende a dar más importancia al componente sexual en la relación, y será más importante la infidelidad sexual. De ahí que, al parecer, y como apunta la citada investigación de Jesús Canto, en nuestro país están cambiando las cosas en este tema, de manera que, a medida que las mujeres van dando más importancia al componente sexual en sus relaciones de pareja, más les va preocupando también la infidelidad sexual. Por consiguiente, es el contexto cultural el que determina qué situación es amenazante para el hombre y para la mujer (Hupka, 1981), ya que las emociones no se pueden comprender sin considerar el contexto social y cultural en el que tiene lugar; es más, la experiencia misma emotiva transcurre en un contexto que se constituye en parte de la experiencia. Los celos son un tipo de relación social que se da entre personas que conviven en una cultura y en un momento histórico determinado, por lo que cualquier manifestación de celos nos dice mucho de la relación, de las características de esas personas (persona

celosa, pareja y rival), así como de la cultura y momento histórico en la que se den. Ponerse en alerta ante la percepción de una posible amenaza sería una respuesta adaptativa, pero la intensidad de la reacción, la conducta percibida como amenazante, las respuestas permitidas y las emociones asociadas serían prescritas socialmente (Canto et ál., 2009, pág. 51).

6. Conclusión

En resumidas cuentas, sin poner en duda la selección natural, debo insistir en el hecho de que en las explicaciones psicoevolucionistas existen al menos dos grandes problemas. El primero consiste en que sus argumentos son altamente circulares y recurrentes. Por ejemplo, la psicología evolucionista explica la infidelidad sexual masculina en términos de selección natural, pero también podría explicar de la misma manera la fidelidad. Así, puesto que hace falta algo más que depositar el esperma para conseguir que la descendencia subsista y alcance la edad madura, tanto las mujeres como también los hombres salen ganando al invertir conjuntamente en sus hijos, de forma que los hombres que son fieles a sus parejas y a su

descendencia constituyen una garantía más sólida de que los hijos sobrevivirán para perpetuar sus genes.

Además, la monogamia también aumenta la certidumbre de paternidad del hombre.

Los críticos de la psicología evolucionista reconocen que la evolución ayuda a explicar tanto nuestros puntos en común como nuestras diferencias (cierto grado de diversidad ayuda a lograr la supervivencia). Pero sostienen que nuestra herencia evolutiva común no predice, por sí sola, la enorme variación cultural en los patrones de matrimonio humanos (desde una esposa a una sucesión de esposas hasta múltiples esposas y múltiples maridos y cambio de parejas). Ni tampoco explica los cambios culturales en los patrones de conducta en tan sólo décadas. El rasgo más significativo que nos ha dado la naturaleza es, al parecer, la capacidad de adaptarnos, de aprender y cambiar. Ahí reside lo que todos consideran el poder moldeador de la cultura (Myers, 2008, pág. 145).

Por consiguiente, estoy de acuerdo con Fiske et ál. (1998, pág. 957) en que ha sido la evolución la que ha producido la propensión humana a construir cultura y que ha sido la cultura la que ha conformado, subsiguientemente, el curso de la evolución, lo que significa que la biología y la cultura se han conformado una a otra, en el mismo sentido en que lo habrían hecho la psique y la cultura. Ahora bien, en esa compleja interconexión entre el yo, la cultura, los procesos

psicológicos y lo biológico, lo que va a ser fundamental es la *enculturación*, es decir, el aprendizaje de la cultura. «Aprender una cultura es el meollo del proceso por el cual la biología, la psique y la cultura se forman uno a otro» (Fiske et ál., 1998, pág. 961). Y ello se observa de una manera particularmente clara en el campo de las emociones. Todo ello parece apoyar algo que a mi ya hace años me quedó muy claro: el hecho de los psicólogos acudan a explicaciones biologicistas no es sino una mera tapadera para ocultar su ignorancia con respecto a cómo funcionan realmente los procesos psicosociales.

El segundo problema de las posiciones biologicistas es que con frecuencia olvidan algo tan central en la evolución humana como es la *plasticidad* de nuestra biología, sobre todo de nuestro cerebro, nuestro sistema nervioso y hasta nuestros genes. En efecto, a pesar de que algunos autores, como es el caso de Carlos Alcover (2008) parecen ser claros partidarios de las posturas evolucionistas y de la neurociencia social, sin embargo cuando insisten en la plasticidad cerebral están subrayando, lo quieran o no, la importancia de lo social y de lo cultural, hasta el punto de que es lo biológico lo que es transformado por lo cultural, más que al contrario. Y de tal plasticidad ya hablaba ya hace más de un siglo el gran William James, cuando en su clásico *Principios de psicología* escribía: «La materia orgánica, en especial el tejido nervioso, parece estar dotada con un grado

de plasticidad extraordinario; de este modo podemos enunciar como primera proposición la siguiente: los fenómenos de hábito en los seres vivos se deben a la plasticidad de los materiales orgánicos de que están compuestos sus cuerpos» (James, 1890, pág. 87). Sesenta años después, Donald Hebb (1949) afirmaba que la experiencia modifica las conexiones corticales, de forma que incluso el cerebro de una persona adulta está constantemente cambiando en respuesta a la experiencia. A favor de esta plasticidad cerebral se van pronunciando cada vez más científicos (Carreiras et ál., 2009; Gottesman y Hanson, 2005; Kolb et ál., 2003), plasticidad que si parecía de «sentido científico común», comenzó a ser demostrada experimentalmente a finales del siglo XX. Ahora bien, lo que aquí debe destacarse, por decirlo con palabras de Alcover (2008, pág. 191), es que las consecuencias de la plasticidad del cerebro humano implican que el aprendizaje, la adquisición de habilidades, las influencias interpersonales y sociales, y otras variables del contexto pueden ejercer un efecto en la estructura física del cerebro, modificándolo y estableciendo nuevas relaciones y circuitos neurales que a su vez alteran su funcionamiento. En la actualidad se ha comprobado experimentalmente que la remodelación constante es una de las características definitorias del cerebro. Y también se dispone de abundantes pruebas de que la relación entre los cambios en el cerebro y los cambios en la conducta es bidireccional: la experiencia también puede alterar la estructura neural.

Esta plasticidad puede prolongarse a lo largo de toda la vida, desde el desarrollo embrionario hasta la vejez (Rosenzweig et ál., 2005).

Por último, tengamos en cuenta otras dos limitaciones en que suelen caer las explicaciones biologicistas. La primera es que se desentiende demasiado de algo tan evidente como son las influencias culturales y, poniendo un énfasis excesivo en las similitudes entre la especie humana y las demás especies animales, olvida lo cultural, que es lo más esencialmente humano. Por ejemplo, a pesar de que, ciertamente, los celos desempeñan un importante papel en la violencia de los hombres contra las mujeres, las tasas de violencia varían mucho de unas culturas a otras (Archer, 2006), siendo mucho mayores en las culturas tradicionales, más desiguales, que en las modernas, más igualitarias. De hecho, la violencia masculina contra las mujeres correlaciona fuertemente con las diferencias sexuales en estatus y poder (Archer, 2006; Yodanis, 2004), dándose las tasas más altas de violencia contra las mujeres allí donde el poder, el estatus y los recursos de éstas son menores y las tasas más bajas allí donde las mujeres tienen más recursos, estatus y poder. Es más, aunque el ganar más poder y estatus dentro de la sociedad protege hasta cierto punto a las mujeres, en ciertos contextos sociales específicos las agresiones sexuales pueden reflejar el intento de los hombres de oponerse a los cambios en el balance de poder y de estatus entre hombres y mujeres. Por eso, estas agresiones sexuales suelen ser más

frecuentes en aquellos ámbitos laborales, tradicionalmente masculinos, cuando empiezan a ser ocupados por mujeres, como es el caso de las academias militares (Smith, 2006). De hecho, como puntualizan Rudman y Glick (2008, pág. 309), la historia le ha dado la razón y, de hecho, los países donde las mujeres tienen un mayor «empoderamiento» son también los que tienen unos indicadores económicos y unas libertades democráticas más fuertes (Jackson, 2006). La segunda es el esencialismo que conlleva, lo que, a la vez, sirve de justificación, supuestamente científica, al *status quo* actual en cuestiones de género y, por tanto, también de la subordinación social de la mujer, y de la imposibilidad casi total de que las cosas cambien, lo que llevaría a los hombres, y sobre todo a las mujeres, a un fatalismo de consecuencias incalculables. Sin embargo, los teóricos evolucionistas más actuales no tienen más remedio que acudir a explicaciones más complejas que ya tienen en cuenta cómo los animales humanos fueron adaptándose a los diferentes y rápidos cambios ambientales (Caporael, 2004).

Pero el hecho de haber olvidado los aspectos culturales de la conducta humana y, a la vez, haber creído que ésta es universal, le ha permitido a la psicología circunscribir sus investigaciones a sólo una pequeña parte de la población humana, en concreto a sólo el 5 por 100 de los habitantes del planeta (Arnett, 2008), es decir, se ha limitado a coger muestras pretendidamente representativas sólo de Estados Unidos y, menos, de Europa Occidental, Pero con ser eso una

importante limitación, sin embargo, a mi modo de ver, no es eso lo más grave. Lo realmente grave ha sido creer que sus conclusiones, con esas muestras tan poco representativas de la población mundial, son aplicables a todos los habitantes del planeta, pues creen haber encontrado las «leyes que rigen la naturaleza humana», como consecuencia de su contumaz persistencia en mantenerse en un obsoleto positivismo ya trasnochado. En efecto, como argumenta y demuestra Arnett (2008), resulta fácil constatar que la mayoría de los autores de los artículos de las seis principales revistas de la APA son autores estadounidenses, que la mayoría de las muestras de sujetos que utilizan también lo son, y que son igualmente estadounidenses la mayoría de quienes componen los consejos editoriales de tales revistas, cuando realmente la población de Estados Unidos constituye menos del 5 por 100 de la población mundial, cuando se sabe que existen muchas y muy importantes diferencias culturales entre los países más desarrollados y los menos desarrollados, así como entre unas culturas y otras, especialmente entre las occidentales, que son individualistas, y las orientales, que suelen ser colectivistas (Greenfield et ál., 2006; Heine y Norenzayan, 2006; Kagitcibasi, 2007; Kientzhaub, 2005; Kitayama, 2006; Kitayama y Cohen, 2006; Kitayama, Duffy y Uchida, 2006; Miller, 2006; Shweder et ál., 2006), estando muchas de tales diferencias estrechamente relacionadas con las emociones, con la forma como las construimos y, por tanto, como las sentimos. Por ello, se trata de una psicología muy restrictiva

y de muy corto alcance (Shweder et ál., 2006; Valsiner, 2007), tanto la psicología clínica (Stout, 2004) como la propia psicología social (Rozin, 2001, 2006). En consonancia con lo anterior, Jeffrey Arnett (2008) exige que se haga una psicología menos estadounidense. A mi no me parece muy grave que la mayoría de la psicología que se publica en tales grandes revistas científicas y/o profesionales tenga ese profundo sesgo, lo grave, insisto, es que realmente se crean que están estudiando *la naturaleza del funcionamiento social, emocional y cognitivo del ser humano*, es decir, que están estudiando la psicología de *todos* los seres humanos (Cole, 2006; Rozin, 2006), cuando eso no es así. Los genes no son plantillas fijas, sino que su expresión depende del entorno, sobre todo del entorno social y cultural. Y las propias emociones adquieren su sentido real justamente en ese entorno, de tal forma que es son construidas social y culturalmente.

BIBLIOGRAFÍA

ALCOVER, C. (2008), «Neurociencia social: hacia la integración de las explicaciones sociales y biológicas de la conducta social», en J. F. Morales, C. Huici, A. Gómez y E. Gaviria (eds.), *Método, teoría e investigación en psicología social*, Madrid, Pearson/Prentice Hall, págs. 187–211.

- ARCHER, J. (2006), «Cross-cultural differences in physical aggression between partners: A social role analysis», *Personality and Social Psychology Review*, 10, 133–153.
- ARMISTEAD, N. (ed.) (1983a), *La reconstrucción de la psicología social*, Barcelona, Hora (original inglés, 1974).
- (1983b), «Introducción», en N. Armistead (ed.), *La reconstrucción de la psicología social*, Barcelona, Hora, págs. 7–23.
- ARNETT, J. J. (2008), «The neglected 95%: Why American Psychology needs to become less american», *American Psychologist*, 63, 602–614.
- AVERILL, J. R. (1996), «Intellectual emotions», en R. Harré y W. G. Parrott (eds.), *The emotions: Social, cultural, and biological dimensions*, Londres, Sage, págs. 39–56.
- BARRÓN, A. y MARTÍNEZ, D. (2001), *Los celos: una perspectiva psicológica y social*, Málaga, Aljibe.
- BOND, M. H. (1986), *The psychology of the Chinese people*, Nueva York, Oxford University Press.
- BUSS, D. (1992), «Mate preferente mechanism: consequences for partner choice and intrasexual competition», en J. H. Barkow, L. Cosmide y J. Tooby (eds.), *The adapted mind: Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, Nueva York, Oxford University Press, págs. 249–266.
- (1994), *The evolution of desire: Strategies of human mating*, Nueva York, Basic Books.
- (1996), «The evolutionary psychology of human social strategies», en E. T. Higgins y A. W. Kluganski (eds.), *Social*

psychology: Handbook of Basic Principles, Nueva York, Guilford Press, págs. 3–38.

– (2000), *The dangerous passion: Why jealousy is as necessary as love and sex*, Nueva–York, Free Press.

– (2003), *Evolutionary Psychology: The new mind is designed to kill*, Nueva York, Penguin Press.

BUSS, D. y KENRICK, D. T. (1998), «Evolutionary social psychology», en D. T. Gilbert,

S. T. Fiske y G. Lindzey (eds.), *Handbook of social psychology*, 4.–ed., vol. 2, Nueva York, McGraw–Hill, págs. 982–1026.

BUSS, D. M. y ABBOTT, M. et ál. (1990), «International preferences in selecting mates: A study of 37 cultures», *Journal of Cross–Cultural Psychology*, 21, 5–47.

BUSS, D.; LARSEN, R. J.; WESTEN, D. y SEMMELROTH, J. (1992), «Sex differences in jealousy: Evolution, physiology, and psychology», *Psychological Science*, 3, 251–255.

BUSS, D.; SHACKELFORD, T. K.; KIRKPATRICK, L. A.; CHOE, J. C.; LIM, H. K.; HASEGAWA

M.; HASEGAWA, T. y BENNET, K. (1999); «Jealousy and the nature of beliefs about infidelity: Test of competing hypothesis about sex differences in the United States, Korea and Japan», *Personal Relationships*, 6, 125–150.

BUUNK, B. P. (1991), «Jealousy in close relationship: A exchange–theoretical perspective», en P. Salovey (ed.), *The Psychology of jealousy and envy*, Nueva York, Guilford Press, págs. 148–177.

- CANTO, J. M.; GARCÍA, P. y GÓMEZ JACINTO, L. (2009), «Celos y emociones: Factores de la relación de pareja en la reacción ante la infidelidad», *Athenea Digital*, 15, 39–55.
- CAPORAEL, L. R. (2001), «Evolutionary psychology: Toward a unifying theory and a hybrid science», *Annual Review of Psychology*, 52, 607–628.
- (2004), «Bones and stones: Selection for sociability», *Journal of Cultural and Evolutionary Psychology*, 2, 195–211.
- (2007), «Evolutionary theory for social and cultural psychology», en A. W. Kruglasky y E. T. Higgins (eds.), *Social psychology: Handbook of Basic Principles*, 2.a ed., Nueva York, Guilford Press, págs. 3–18.
- CARREIRAS, M.; SEGHER, M. L.; BAQUERO, S.; ESTEVEZ, A.; LOZANO, A.; DEVLIN, J. T. y PRICE, C. J. (2009), «An anatomical signature for literacy», *Nature*, 461, 983–986.
- CARROLL, J. M. y RUSSELL, J. A. (1996), «Do facial expression signal specific emotions: Judging emotion from the face in context», *Journal of Personality of Social Psychology*, 76, 205–218.
- CHURCH, A. T. y LONNER, W. J. (1998), «The cross-cultural perspective in the study of personality: Rationale and current research», *Journal of Cross-cultural Psychology*, 29, 32–62.
- COLE, M. (2006), «Internationalism in psychology: We need it now more than ever», *American Psychologist*, 61, 04–91.
- CRESPO, E. (1986), «A regional variation: Emotion in Spain», en R.

Harré (ed.), *The social construction of emotions*, Oxford, Basil Blackwell.

DAMASIO, A. R. (1996), «El error de Descartes: la emoción, la razón y el cerebro humano», Barcelona, Crítica Drakontos.

DANZIGER, K. (1990), *Constructing the subject: Historical origins of psychological research*, Nueva York, Cambridge University Press.

– (1997), *Naming the mind: How Psychology found its language*, Londres, Sage.

DARWIN, C. (1984), *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*, Madrid, Alianza (original, 1872).

DECI, E. L. y RYAN, R. M. (1990), «A motivational approach to self: Integration in personality», en R. A. Dienstbier (ed.), *Nebraska Symposium on Motivation: Vol. 38. Perspectives on motivation*, Lincoln, University of Nebraska Press, págs. 237–288.

DESTENO, D. A. y SALOVEY, P. (1996), «Evolutionary origins of sex differences in jealousy? Questioning the “Fitness” of the Model», *Psychological Science*, 7, 367–372.

DESTENO, D.A.; BARTLETT, M.; BRAVERMAN, J. y SALOVEY, P. (2002), «Sex differences in jealousy: Evolutionary mechanism or artifact of measurement?», *Journal of Personality and Social Psychology*, 83, 1103–1116.

DESTENO, D. A.; VALDESOLO, P. y BARTLETT, M. (2006), «Jealousy and the threatened self: Getting to the Heart and the green-eyed monster», *Journal of Personality and Social Psychology*, 91, 626–641.

- EAGLY, A. H. y WOOD, W. (1999), «The origins of sex differences in human behaviour: Evolved dispositions versus social roles», *American Psychologist*, 54, 408–423.
- EDLUND, J. E.; H EIDER, J. D.; SCHERER, C. R.; FARC, M. M. y SAGARIN, B. J. (2006), «Sex differences in jealousy in response to actual infidelity experiences», *Evolutionary Psychology*, 4, 462–470.
- EKMAN, P. (1992), «An argument for basic emotions», *Cognition and Emotion*, 6, 169–2001.
- (1994), «Strong evidence for universals in facial expressions: A reply to Russell's mistaken critique», *Psychological Bulletin*, 115, 268–287.
- FERNÁNDEZ–ABASCAL, E.; JIMÉNEZ, M.P. y MARTÍN, M. D. (2003), *Emoción y motivación*, Madrid, Centros de Estudios Ramón Areces.
- FIORE, D. (1992), *Children and the death experience from the Eighteenth Century to the present*, Trabajo no publicado, Pittsburgh, Carnegie Mellon University.
- FISKE, S. T. (2004), *Social beings: A core motives approach to social psychology*, Hoboken, Wiley.
- FISKE, A. P.; KITAYAMA; S., MARKUS, H. R. y NISBETT, R. E. (1998), «The cultural matrix of social psychology», en D. Gilbert, S. Fiske y G. Lindzey (eds.), *Handbook of Social Psychology*, 4.^a edición, Nueva York, McGraw–Hill.
- FRIJDA, N. H. (1986), *The emotions*, Cambridge, Cambridge University Press.

- GARCÍA–LEIVA, P.; GÓMEZ–JACINTO, L. y CANTO, J. M. (2001), «Reacción de celos ante una infidelidad: diferencias entre hombres y mujeres y características del rival», *Psicothema*, 13, 611–616.
- GAVIRIA, E. (2007), «Los procesos psicosociales desde la perspectiva evolucionista», en J. F. Morales, M. Moya, E. Gaviria e I. Cuadrado (eds.), *Psicología social*, 3.a ed., Madrid, McGraw–Hill, págs. 33–62.
- (2008), «Psicología social evolucionista: ¿la nueva síntesis?», en J. F. Morales, C. Huici, A. Gómez y E. Gaviria (eds.), *Método, teoría e investigación en psicología social*, Madrid, Pearson/Prentice Hall, págs. 337–353.
- GERGEN, K. J. (1992), *El yo saturado*, Barcelona, Paidós.
- (1996), *Realidades y relaciones: Aproximaciones a la construcción social*, Barcelona, Paidós (original, 1994).
- GERGEN, K. J. (1999), *An invitation to social construction*, Londres, Sage.
- GERGEN, K. J. y DAVIS, K. A. (eds.) (1985), *The social construction of the person*, Hillsdale, N. J., LEA.
- GÓMEZ–JACINTO, L.; CANTO, J. M. y GARCÍA–LEIVA, P. (2001), «Variables moduladoras de las diferencias de sexo en los celos», *Revista de Psicología Social*, 16 (3), 293–313.
- GOTTESMAN, I. I. y HANSON, D. R. (2005), «Human development: Biological and genetic processes», *Annual Review of Psychology*, 56, 263–286.
- GREENFIELD, P.M. (1994), «Independence and interdependence as

developmental scripts: Implications for theory, research, and practice», en P. M. Greenfield y R.R. Cocking (eds.), *Cross-cultural roots of minority child development*, Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum, págs. 1–37.

GUISINGER, S. y BLATT, S. J. (1994), «Individuality and relatedness: Evolution of a fundamental dialect», *American Psychologist*, 49, 104–111.

HARRÉ, R. (1986), «The social constructions of emotions», Oxford, Basil Blackwell.

HARRÉ, R. y PARROTT, W.G. (1996) (eds.), *The emotions: The social, cultural and biological dimensions*, Londres, Sage.

HARRÉ, R.; CLARKE, D. y DE CARLO, N. (eds.) (1989), *Motivos y mecanismos: Introducción a la psicología de la acción*, Barcelona, Paidós (original, 1985).

HARRIS, C. R. (2000), «Psychophysiological responses to imagined infidelity: The specific innate modular view of jealousy reconsidered», *Journal of Personality and Social Psychology*, 78, 1082–1091.

– (2003a), «A review of sex differences in sexual jealousy, including self-report data, psychophysiological responses, interpersonal violence, and morbid jealousy», *Personality and Social Psychology Review*, 7, 102–128.

– (2003b), «Factors associated with jealousy over real and imagined infidelity: An examination of the social-cognitive and evolutionary psychology perspectives», *Psychology of Women Quarterly*, 27, 319–329.

HARRIS, C. R. y CHRISTENFELD, N. (1996a), «Gender, jealousy, and

reason», *Psychological Science*, 7, 364–366.

– (1996b), «Jealousy and rational responses to infidelity across gender and culture», *Psychological Science*, 7, 378–379.

HARTER, S. (1990), «Causes, correlates and the functional role of global self-worth: A life span perspective», en R. J. Sternberg y J. J. Kolligian (eds.), *Competence considered*, New Haven, CT, Yale University Press, págs. 67–97.

HEBB, D.O. (1949), *Organisation of behaviour: A neuropsychological theory*, Chichester, Wiley (trad. cast.: *Organización de la conducta*, Madrid, Debate, 1985).

HEINE, S.J. y LEHMAN, D. R. (1995), «Cultural variation in unrealistic optimism: Does the West feel more invulnerable than the East?», *Journal of Personality and Social Psychology*, 68, 595–607.

HO, D. Y. (1993), «Relational orientation in Asian social psychology», en U. Kim y J.

W. Berry (eds.), *Indigenous psychologies: Research and experiences in cultural context*, Newbury Park, CA: Sage, págs. 240–259.

HUPKA, R. B. (1981), «Cultural determinants of jealousy», *Alternative Lifestyles*, 4, 310–356.

HUPKA, R. B. y BANK, A. L. (1996), «Sex differences in jealousy: Evolution or social construction?», *Cross Cultural Research*, 30, 24–59.

HYDE, J. S. (2005), «The gender similarities hypothesis», *American Psychologist*, 60, 581–592.

IACOBONI, M. (2007), «Facetoface: The neural basis of social

mirroring and empathy», *Psychiatric Annual*, 37, 236–241.

IBÁÑEZ, T. (1990a), *Aproximaciones a la Psicología Social*, Barcelona, Sendai.

– (1996a), «Construccionismo y psicología», en A. Gordo y J. L. Linaza (eds.), *Psicologías, discursos y poder*, Madrid, Visor, Granada, Universidad de Granada, págs. 325–338.

– (1996b), «¿Cómo se puede no ser construccionista hoy día?», en T. Ibáñez, *Psicología social construccionista*, México, Universidad de Guadalajara.

IZARD, C. E. (1994), «Innate and universal facial expressions: Evidence from developmental and cross-cultural research», *Psychological Bulletin*, 115, 288–299.

JACKSON, R.M. (2006), «Opposing forces: How, why, and when will gender equity disappear», en F. D. Blau, M. B. Brinton y D. B. Grusky (eds.), *The declining significance of gender?*, Nueva York, Russell Sage, págs. 215–243.

JAMES, W. (1890), *The principles of psychology*, Nueva York, Dover Publications.

JIMÉNEZ BURILLO, F.; SANGRADOR, J. L.; BARRÓN, A. y DE PAÚL, P. (1992), «Análisis interminable: Sobre la identidad de la Psicología Social», *Interacción Social*, 2, 11–44.

IZARD, C. E. (2007), «Basic emotions, natural kinds, emotion schemas, and a new paradigm», *Personality Psychological Science*, 2, 260–280.

– (2009), «Emotion theory and research: Highlights, unanswered questions, and emerging issues», *Annual Review of*

Psychology, 60, 1–25.

- KAMEDA, T. y TINDALE, R. S. (2006), «Groups as adaptive devices: Human docility and group aggregation mechanisms in evolutionary context», en M. Schaller, J. A. Simpson y D. T. Kenrick (eds.), *Evolution and social psychology*, Nueva York, Psychology Press, págs. 317–341.
- KITAYAMA, S. (1997), *Self criticism in Japan*, Kyoto (Japón), Kyoto University Press.
- KITAYAMA, S. y MARKUS, H. R. (1994), «The cultural construction of self and emotion: Implications for social behavior», en S. Kitayama y H. R. Markus (eds.), *Emotion and culture: Empirical studies of mutual influence*, Washington, DC, American Psychological Association, págs. 89–130.
- KITAYAMA, S.; MARKUS, H.R.; MATSUMOTO, H. y NORASAKKUNKIT, V. (1997), «Individual and collective processes in the construction of the self: Self-enhancement in the United States and self-criticism in Japan», *Journal of Personality and Social Psychology*, 72, 1245–1267.
- KOLB, B.; GIBB, R. y ROBINSON, T. (2003), «Brain plasticity and behavior», *Current Directions in Psychological Science*, 12, 1–5.
- LALAND, K. N. (2007), «Niche construction, human behavioural ecology and evolutionary psychology», en R. I. M. Dunbar y L. Barrett (eds.), *The Oxford handbook of evolutionary psychology*, Oxford, Oxford University Press, págs. 35–47.
- LAU, R. R. (1984), «Nonconfrontational strategies for management of interpersonal conflicts», en E. S. Krauss, T. P. Rohlen y

P.G. Stenhoff (eds.), *Conflict in Japan*, Honolulu, University of Hawaii Press, págs. 41–60.

LAZARUS, R. S. (1991), *Emotion and adaptation*, Nueva York, Oxford University Press.

LEVY, R. (1973), *Tahitians*, Londres, Chicago University Press.

LOCKRIDGE, K. A. y LEWIS, J. (1988), «Sally has been sick: Pregnancy and family limitations among Virginia gentry women, 1780–1830», *Journal of Social History*, 22, 519.

LOFLAND, L. (1985), «The social shaping of emotion: The case of grief», *Symbolic Interaction*, 8, 171–190.

LUTZ, C. A. (1988), *Unnatural emotions: Everyday sentiments on a Micronesain Atoll and their challenge to western theory*, Chicago, University of Chicago Press.

LYSTRA, K. (1989), *Searching the heart: Women, men and romantic love in nineteenth-century America*, Nueva York, Oxford University Press.

MAMELI, M. (2007), «Evolution and psychology in philosophical perspective», en R. I. M. Dunbar y L. Barrett (eds.), *The Oxford handbook of evolutionary psychology*, Oxford, Oxford University Press, págs. 21–34.

MARKUS, H.R. y KITAYAMA, S. (1991), «Culture and the self: Implications for cognition, emotion, and motivation», *Psychological Review*, 98, 224–253.

– (1994), «The cultural construction of self and emotion: Implications for social behavior», en S. Kitayama y M. R. Markus (eds.), *Emotion and culture: Empirical studies of*

mutual influence, Washington, DC, APA, págs. 89–130.

MARKUS, H. R.; KITAYAMA, S. y HEIMAN, R. J. (1996), «Culture and basic psychological principles», en E. T. Higgins y A. W. Kruglanski (eds.), *Social Psychology: Handbook of basic principles*, Nueva York, Guilford.

MARKUS, H. R.; MULLALLY, P. R. y KITAYAMA, S. (1997), «Selfways: Diversity in modes of cultural participation», en U. Neisser y D. Jopling (eds.), *The conceptual self in context*, Nueva York, Cambridge University Press, págs. 13–60.

MESQUITA, B. y FRIJDA, N. H. (1992), «Cultural variations in emotion: A review», *Psychological Bulletin*, 112, 179–204.

MESQUITA, B.; FRIJDA, N. H. y Scherer, K. R. (1997), «Culture and emotion», en J. W.

Berry, M. H. Segall y E. Kagitcibasi (eds.), «Handbook of cross-cultural psychology» vol. 3, *Social behavior and application*, Boston, Allyn and Bacon, págs. 255–297.

MILLER, G. (2006), «Neuroscience: The emotional brain weights its options», *Science*, 313, 600–601.

– (2008), «Neuroscience: Mirror neurons may help songbirds stay in tune», *Science*, 319, 369.

MILLER, P. J., FUNG, H. y MINTZ, J. (1996), «Self-construction through narrative practices: A Chinese and American comparison of early socialization», *Ethos*, 24, 1–44.

MULLEN, P. E. (1991), «Jealousy: a community study», *British Journal of Psychiatry*, 164, 35–43.

MYERS, D. G. (2008), *Exploraciones de la Psicología Social*, Madrid,

McGraw–Hill (traducción de la 4.– edición, original, 2007).

ORTONY, A. y TURNER, T. (1990), «What's basic about emotions?», *Psychological Review*, 97,315–331.

OVEJERO, A. (1999), *La nueva psicología social y la actual postmodernidad*, Oviedo, Universidad de Oviedo.

(2000a), *Ortega y la postmodernidad*, Madrid, Biblioteca Nueva.

– (2000b), «Emotions: reflections from a socioconstructionist perspective», *Psico–thema*, 12,16–24.

– (2009), *Fundamentos de Psicología Jurídica e Investigación Criminal*, Salamanca, Universidad de Salamanca.

– (2010), *Psicología Social: Algunas claves para entender la conducta humana*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva.

PARROTT, W. G. y HARRÉ, R. (1996), «Overview», en Paul, Luci y Galloway, Jianna (1994), *Sexual jealousy: Gender differences in response to partner and rival. Aggressive Behavior*, 20, 203–211.

PLOTKIN, H. (2007), «The power of culture», en R. I. M. Dunbar y L. Barrett (eds.), *The Oxford handbook of evolutionary psychology*, Oxford, Oxford University Press, págs.11–19.

READ, K. (1967), «Morality and the concept of the person among the Gahuku–Gama», en J. Middleton (ed.), *Myth and cosmos*, Nueva York, Natural History Press, págs. 185–230.

RING, K. R. (1967), «Experimental social psychology: Some sober questions about some frivolous values», *Journal of Experimental Social Psychology*, 3, 113–123.

- ROSENZWEIG, M. R.; Breedlove, S. M. y Watson, N. V. (2005), *Psicobiología: Una introducción a la neurociencia conductual, cognitiva y clínica*, Barcelona, Ariel.
- ROSALDO, M. Z. (1980), *Knowledge and passion*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1984): «Toward an anthropology of self and feeling», en R. A. Shweder y R. A. Levine (eds.), *Culture theory: Essays on mind, self, and emotion*, Nueva York, Cambridge University Press, págs. 137–157.
- ROSENBLATT, P.C. (1983), *Bitter, bittersweet: Nineteenth-century diarist and twentieth-century Freud theories*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- ROZIN, P. (2006), «Domain denigration and process preference in academic psychology», *Perspectives in Psychological Science*, 1, 365–376.
- RUDMAN, L. A. y GLICK, P. (2008), *The psychology of gender: How power and intimacy shape gender relations*, Nueva York/Londres, The Guilford Press.
- RUSSELL, J. A. (1991), «Culture and the categorization of emotions», *Psychological Bulletin*, 110, 426–450.
- (1994), «Is there universal recognition of emotion from facial expression? A review of cross-cultural studies», *Psychological Bulletin*, 115, 102–141.
- (1995), «Facial expression of emotion: What lies beyond minimal universality?», *Psychological Bulletin*, 118, 379–391.
- SALOVEY, P. y ROTHMAN, A., «Envy and jealousy: Self and society»,

en P. Salovey (ed.), *The psychology of jealousy and envy*, Nueva York, Guilford, págs. 271–286.

SAMPSON, E. E. (1988), «The debate of individualism: Indigenous psychologies of the individual and their role in personal and societal functioning», *American Psychologist*, 43, 15–22.

SCHALLER, M.; PARK, J. H. y KENRICK, D. T. (2007), «Human evolution and social cognition», en R.I.M. Dunbar y L. Barrett (eds.), *The Oxford handbook of evolutionary psychology*, Oxford, Oxford University Press, págs. 491–504.

SEAR, R.; LAWSON, D. W. y DICKINS, T. E. (2007), «Synthesis in the humanevolutionary behavioural sciences», *Journal of Evolutionary Psychology*, 5, 3–28.

SHEPPARD, V. J.; NELSON, E. S. y ANDREOLI–MATHIE, V. (1995), «Dating relationships and infidelity: Attitudes and behaviours», *Journal of Sex & Marital Therapy*, 21, 202–212.

SHWEDER, R. A. (1993), «The cultural psychology of emotions», en M. Lewis y J.M. Haviland (eds.), *Handbook of emotions*, Nueva York, Guilford, págs. 417–431.

SINGELIS, T. M. (1994), «The measurement of independent and interdependent selfconstruals», *Personality and Social Psychology Bulletin*, 20, 580–591.

SMITH, B. (2006, 23 de agosto), *Female cadets report assaults as Citadel*, ABCNews.

STEARNS, C. Z. (1993), «Sadness», en J. Haviland y M.Lewis (eds.), *Handbook of Emotion*, Nueva York, Guilford Press, págs.

547–562.

- STEARNS, P. N. y KNAPP, M. (1996), «Historical perspectives on grief», en R. Harré y W. G. Parrott (eds.), *The emotions: Social, cultural and biological perspectives*, Londres, Sage, págs. 132–150.
- TORREGROSA, J. R. y CRESPO, E. (eds.) (1984), *Estudios básicos de Psicología Social*, Barcelona, Hora.
- TRIANDIS, H. C. (1995), *Individualism and collectivism*, Boulder, Westview Press.
- TRIANDIS, H. C.; BONTEMPO, R. y VILLAREAL, M. (1988), «Individualism and collectivism: Cross-cultural perspectives on self–ingroup relationships», *Journal of Personality and Social Psychology*, 54, 323–338.
- TRIVERS, R. L. (1972), «Parental investment and sexual selection», en B. Campbell (eds.), *Sexual selection and the descent of man*, Chicago, Adline, págs. 136–179.
- WELLS, R. V. (1994), «Taming the “Kings of Terrors”: Ritual and death in Schenectady», *Journal of Social History*, 27, Nueva York, 1844–1860, 717–734.
- WHITE, G.M. (1993), «Emotions inside out: The anthropology of affect», en M. Lewis y J. M. Haviland (eds.), *Handbook of emotions*, Nueva York, Guilford, págs. 29–40.
- WILSON, E. O. (1975), *Sociobiology: The new synthesis*, Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press (trad. cast.: Barcelona, Omega, 1980).
- YODANIS, C. L. (2004), «Gender inequality, violence against women,

and fear: A crossnational test of the feminist theory of violence against women», *Journal of Interpersonal Violence*, 19, 655–675.

YOUNGSTROM, E.A. e IZARD, C.E. (2008), «Functions of emotions and emotion–related dysfunction», en A. J. Elliot (ed.), *Handbook of approach and avoidance motivation*, Mahwah, N. Y., Erlbaum, págs. 363–380.

Capítulo IX

EL PAPEL DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL DE LA SALUD EN LAS POLÍTICAS PÚBLICAS EN MATERIA DE SALUD

Gabriela Navarro Contreras
Adriana Marcela Meza Calleja

En distintos reportes de salud (Butland, Jebb, Kopelman, McPherson, Thomas, Mardell y Parry, 2007; Olaiz-Fernandez, et ál., 2006, NHANES, 2005–2006, W H O, 2006) se aborda la problemática sobre el creciente aumento de la obesidad a nivel mundial y de las consecuencias que este aumento tiene a nivel de políticas públicas en salud. A raíz de la necesidad de abordar conjuntamente dicha problemática los Estados Miembros de la OMS solicitaron la elaboración de una estrategia mundial sobre régimen

alimentario, actividad física y salud, la cual se realizó, mediante un amplio proceso de consulta (OMS, 2004). En dicha estrategia se señala que la distribución de las principales causas de mortalidad y morbilidad, han cambiado profundamente en los países desarrollados, así como en muchos países en desarrollo. Se ha observado un rápido aumento a nivel mundial de la carga de enfermedades no transmisibles, siendo los factores de riesgo más importantes la hipertensión arterial, hipercolesterolemia, escaso consumo de frutas y hortalizas, exceso de peso u obesidad, falta de actividad física y consumo de tabaco. En dicho documento se hace énfasis en que cinco de los seis factores de riesgo detectados para las enfermedades no transmisibles más importantes están estrechamente asociados a la mala alimentación y la falta de actividad física, siendo algunas de éstas las enfermedades cardiovasculares, la diabetes tipo 2 y determinados tipos de cáncer, las cuales contribuyen sustancialmente a la carga mundial de morbilidad y mortalidad.

También en los informes previamente mencionados como en la estrategia elaborada por la OMS (2004) se hace énfasis en el hecho de que los costos derivados de dicha problemática (tratamientos médicos largos y costosos para tratar las enfermedades crónico degenerativas) tanto a nivel individual como social, serán enormes en un futuro no muy lejano (Gady, 2007, Segal y Gadola, 2008). De acuerdo con las proyecciones de la OMS (2006), para el 2015

aproximadamente 2300 millones de adultos tendrán sobrepeso y más de 700 millones serán obesos.

La OMS (2004) señala que los gobiernos desempeñan un papel fundamental para crear, en cooperación con otras instancias interesadas, un entorno que potencie e impulse cambios en el comportamiento de las personas, las familias y las comunidades para que éstas adopten decisiones positivas en relación con una alimentación saludable y la realización de actividades físicas que les permitan mejorar sus vidas, todo esto manteniendo un contacto cercano con los conocimientos científicos de vanguardia generados al respecto. En respuesta a dicha demanda en México se elaboró recientemente un Acuerdo Nacional para la Salud Alimentaria (ANSA, 2010), el cual pretende establecer la estrategia nacional contra el sobrepeso y la obesidad, la cual se abordará posteriormente.

El objetivo del presente trabajo es plantear la necesidad de la integración de los conocimientos generados a través de la Psicología de la Salud, con énfasis en la investigación derivada de la Psicología Social, tanto para la comprensión de las problemáticas de salud que nos aquejan como país, en específico en lo referente a la salud alimentaria y al grave problema de sobrepeso y obesidad que enfrentamos en México actualmente, tanto para el diseño e implementación de programas de prevención y promoción de la salud, así como en el tratamiento de problemas específicos como el de la obesidad, partiendo de una breve descripción de

conceptos como salud y enfermedad, así como del quehacer de la psicología de la salud y la psicología social de la salud.

1. Definición de salud–enfermedad

A partir de la segunda mitad del siglo XX es cuando la salud comienza a concebirse como un proceso dinámico y variable de equilibrio y desequilibrio entre el organismo humano y su ambiente total, también es cuando se comienza a resaltar la importante influencia de las relaciones humanas, económicas y sociales; es en este periodo cuando se comienza a hablar del proceso salud–enfermedad, siendo la medicina la disciplina que toma el papel protagónico en el combate de la enfermedad y el devolver la salud. Como menciona Morales (1999) aparece una paradoja interesante ya que en esa época se da un gran avance en los medios tecnológicos para curar las enfermedades y se empiezan a utilizar indicadores para caracterizar supuestamente, el estado de salud, cuando en realidad lo que se caracteriza es la enfermedad en términos de morbilidad y mortalidad así como de incidencia y prevalencia de las enfermedades en los grupos de población. Sin embargo, no surgen paralelamente indicadores para caracterizar la salud en términos positivos,

lo cual, como menciona el autor, «ha contribuido a que se desdibuje la noción de salud y cada vez sepamos menos de qué estamos hablando cuando nos referimos a estado de salud» (pág. 18).

La salud ha sido considerada como un valor social, así como un acontecimiento vivido por una persona integrada en un grupo sociocultural, y que está determinada por las percepciones y metas compartidas por ese grupo, tanto en el significado que puedan tener los términos salud y enfermedad, así como en los modos en que las personas pueden comportarse ante ambas (Rodríguez Marín, 2001).

A pesar de que el modelo biopsicosocial de salud en su planteamiento básico menciona que en el estado de salud están implicados factores personales, grupales sociales y culturales que son determinantes tanto en el origen como en el mantenimiento, evolución y pronóstico del proceso de enfermar, nos encontramos con que en contadas ocasiones se contemplan realmente dichos factores en la elaboración de las políticas públicas de salud y en los programas específicos de atención de la salud.

La aceptación del concepto de salud integral con sus tres ejes fundamentales: el biológico, el psicológico y el social implica, como menciona Rodríguez Marín (2001), la necesidad de la aplicación integrada de cada una de las partes del modelo, para resolver los problemas de salud para mantenerla o bien para promocionarla. Lo cual demanda la

intervención de las ciencias que estudian el comportamiento y las relaciones sociales.

Sin embargo, hay que considerar, como menciona Morales (1999), que hay otras perspectivas que han ido demostrando que ciertos daños morfológicos e incluso ciertas disfunciones no implican necesariamente la presencia de una enfermedad, por lo cual citando al autor:

... es necesario tener en cuenta que tanto la salud como la enfermedad están condicionadas a su vez por otras situaciones que rebasan los estrechos límites del cuerpo y que tienen que ver con la subjetividad y el comportamiento individual, el ámbito natural y social en que el individuo vive, y los determinantes económicos de su propia realidad... (pág. 17)

ya que aunque existe una íntima relación entre salud, enfermedad y normalidad, la normalidad no se define solo estadísticamente, también se establece socialmente.

2. Psicología de la salud y psicología social de la salud

En la actualidad existe el reconocimiento cada vez más creciente a nivel mundial de que los factores de estilo de vida y el estrés psicosocial contribuyen sustancialmente tanto a

la morbilidad como a la mortalidad de enfermedades cardiovasculares, cáncer, accidentes, entre otras causas de muerte de las sociedades industrializadas, lo cual constituyen algunos de los principales factores que contribuyeron a que a finales los años 70 se desarrollara la Psicología de la Salud como un campo que integra el conocimiento psicológico relevante para el mantenimiento de la salud, la prevención de la enfermedad así como el ajuste a la enfermedad. Así mismo, la Psicología Social ha realizado y realiza importantes contribuciones a este esfuerzo, ya que los estilos de vida están determinados en gran medida por las actitudes hacia la salud y las creencias en salud (Stroebe, 2008), generando un área denominada Psicología Social de la Salud.

También se han hecho aportes importantes para reconocer el papel que juegan los significados atribuidos a la enfermedad en su experiencia en la persona. En el presente libro, Gergen señala algunos de los aportes que se han realizado desde el construccionismo social en Psicología de la Salud.

Podemos señalar que a la psicología de la salud le interesa lo relacionado con variables psicológicas en el proceso salud–enfermedad, que se asume en su carácter multicausal, e incluye también entre sus intereses los problemas que se desprenden de la atención de la salud y las enfermedades de las personas, lo que implica no sólo asuntos organizativos o económicos, sino también de carácter psicológico, pues son

acciones que se producen por personas y para personas (Morales, 1999).

La psicología de la salud se ocupa de la relación biopsicosocial de la mente y el cuerpo en un medio sociocultural dado y del desarrollo de nuevas tecnologías del comportamiento para la promoción y mantenimiento de la salud, la que comprende, además, el estudio de factores del comportamiento que afectan el tratamiento de emergencia y la recuperación de la enfermedad física (Holtzman et ál., 1988 en Morales, 1999).

Se puede decir con fines académicos y prácticos, que actualmente existen dos campos dentro de la psicología de la salud, lo cual no impide que se puedan dar intersecciones, así como interrelaciones cercanas entre dichos campos. El primero se refiere a lo que se denomina la Psicología Clínica de la Salud (Reynoso y Seligson, 2005) campo dedicado a la intervención psicológica en situaciones de tratamiento y rehabilitación propias del ámbito de la salud, especialmente en el contexto de tratamiento de la enfermedad, con un fuerte arraigo en la psicología clínica, siendo sus temas principales los relacionados con la adhesión al tratamiento, la relación médico paciente, la preparación a cirugía, la modificación de estados concurrentes con la enfermedad física, la Psicoimmunología, la Psicooncología y en general, como menciona Flórez Alarcón (2007), la intervención psicológica en el contexto de microprocesos de enfermedad. El segundo campo, que es el de mayor interés en el presente

trabajo, es el de la Psicología Social de la Salud el cual se dedica fundamentalmente, como menciona Rodríguez Marín (2001), a los temas de prevención y promoción de la salud, en especial de la prevención universal y de prevención primaria, con un marcado arraigo en la psicología del aprendizaje y de la motivación. Sus temas característicos se relacionan con el estilo de vida, la promoción de la salud, prevención de las enfermedades o disfunciones, prevención del consumo de sustancias psico-activas, el fomento de conductas saludables y la modificación de conductas de riesgo en general.

3. Psicología social de la salud

Por otro lado, tomando en cuenta que el papel de los factores psicosociales en la salud no se reduce a su implicación en la etiología de las enfermedades físicas, sino que se extiende también a su tratamiento, rehabilitación y consecuencias sintomáticas (siendo muchas veces, como menciona Rodríguez (2001), los responsables de la mejoría o empeoramiento de una situación aguda o crónica, a la prevención de la enfermedad y a la promoción de conductas saludables), así como también a las condiciones psicológicas, culturales y sociales en las que se presenta una enfermedad o se construyen determinadas condiciones de salud. Estos

aspectos son relevantes y pertinentes al resaltar el papel que juega esta rama de la psicología denominada Psicología Social de la Salud (PSS).

La PSS hace hincapié como lo menciona Flórez Alarcón (2007), en el hecho de que la dimensión psicológica, la cual se refiere a la aportación del sujeto en la determinación de su comportamiento saludable, se da en un contexto social. También la PSS ha estudiado los factores por los que los individuos se mantienen saludables, o que favorecen las conductas sanas, y los factores por los que se adoptan conductas y hábitos de riesgo o perjudiciales. Así mismo, se ha ocupado de los aspectos psicosociales que hay que tomar en cuenta en los distintos programas de promoción (incremento de hábitos saludables) y prevención (reducción de conductas de riesgo) y de los factores que determinan la participación en el desarrollo de dichos programas (Flórez Alarcón, 2007).

La PSS recupera los aportes de la psicología social sobre el estudio de los factores psicosociales que intervienen en la etiología de problemas de salud y de cómo el sistema sociocultural afecta o influye sobre la salud y la enfermedad a través de los estilos de vida imperantes y sobre todo de las actitudes de la población o el modo en que la desigual distribución de recursos sanitarios y de atención genera problemas de salud por las diferencias significativas que existen en la población en cuanto al acceso a los medios del sistema de cuidado de salud (Blanco y León, 1990 en Flórez

Alarcón, 2007). La PSS participa en el diseño, planificación y evaluación de programas dirigidos a reducir o eliminar los factores ambientales que tengan efectos negativos sobre la salud así como en el diseño de estrategias psicosociales para el aumento de la calidad de vida de los ciudadanos (Flórez Alarcón, 2007). También podemos señalar cómo la psicología social aporta elementos importantes para comprender los significados que existen sobre las enfermedades y la forma en cómo estos significados son parte importante de la experiencia de la enfermedad, así como de que generan actitudes o prácticas particulares en las personas a partir del discurso que existe socialmente de la salud y de la enfermedad.

4. Perspectiva social de la salud y la enfermedad

Si pensamos que la naturaleza del hombre es esencialmente social, no podemos atribuir a lo biológico, exclusivamente, la causa de las enfermedades. Si bien es cierto que históricamente el ser humano y las problemáticas que vive se han concebido de diversas formas, transitando por modelos, desde el biológico hasta ahora el modelo psicosocial, es verdad que durante mucho tiempo, nuestras concepciones sobre la salud y la enfermedad estuvieron influenciados en mayor medida por perspectivas que

recuperaban una visión biologicista. Sin embargo, partimos de una perspectiva que incorpora otros elementos, sobre todo, psicológicos y sociales, en la construcción de estas situaciones. Como mención a Ovejero: «Hoy en día nadie duda que la enfermedad y la salud humanas no son meras cuestiones biológicas, orgánicas, químicas, bioquímicas y fisiológicas, sino que son algo más; son cuestiones psicológicas y sociales también y desde luego psicosociales» (Ovejero, 1987, pág. 11).

Es decir, que la salud y la enfermedad no se reducen a aspectos de tipo biológico y físico, sino que incluyen otros elementos necesarios para su comprensión y que pueden situarse en las relaciones humanas y en las formas de interacción social, en los discursos sociales y en los significados que en ellos se reproducen.

Así también, es importante considerar ciertas reflexiones sobre la salud y la enfermedad como nociones que son portadoras de significados que son compartidos y producidos socialmente y que permiten hablar de que ambas son construcciones sociales. Como señala Gergen (2001), la experiencia del dolor y la enfermedad pueden depender también de los significados que asignamos a ellos. La definición de la salud y enfermedad en su contexto social y de significación es también importante para indagar desde otra perspectiva los efectos que pueden tener sobre las personas, que van desde las implicaciones orgánicas que las definen, como los efectos sociales que genera el padecer una

enfermedad y su diagnóstico en las relaciones interpersonales. Las enfermedades y sus causas pueden poseer un origen psicosocial, y esto implica situar en un mismo nivel las cuestiones orgánicas y biológicas como las cuestiones psicológicas y sociales (como el estilo de vida por ejemplo) en el estudio de la salud y la enfermedad. En la salud influyen además las prácticas sociales que pueden desarrollarse para generar estilos de vida saludables y a través de ellas también se construye la salud.

La salud siempre ha sido un tema en el cuál confluyen diversos intereses, el principal a nuestro parecer, la búsqueda y mejora de las condiciones de la salud, pero no por esto se habrá de negar que las políticas en torno a ésta se ven influidas por las condiciones socioeconómicas que se presentan en cada país. Los asuntos de la salud siempre han estado relacionados con las condiciones políticas, económicas y sociales de determinados grupos populares, aunque en épocas anteriores estas relaciones no eran objeto de investigaciones sistemáticas (Ovejero, 1987).

Por citar un ejemplo, a fines del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII se habían conjugado los elementos necesarios para que se desarrollara un concepto de medicina social, que tenía como objeto de estudio la relación entre la salud y las condiciones de vida determinadas por la posición social, factores nocivos por grupos debido a su situación social y elementos que impiden mejorar el bienestar general (Rosen, 1985, citado en Ovejero, 1987, pág. 17). En otro ejemplo, las

pestes, movilizaron en épocas anteriores de tal forma a la sociedad que, no solamente llamaba la atención a la medicina y generaba una necesidad de ser atendida en términos de salud, sino que también posibilitaba una organización social basada en la clasificación, a través de relaciones de poder, que delimitaba y distinguía a los enfermos de los no enfermos y que maximizaba las condiciones de salud en una sociedad (Foucault, 1975/2001). «No se trata tampoco de una suerte de gran rito de purificación, como en el caso de la lepra; en el de la peste estamos ante un intento de maximizar la salud, la vida, la longevidad y la fuerza de los individuos. Y, en el fondo, de producir una población sana...» (Foucault, 1975/2001, pág. 54).

Foucault (1975/2001) señala que cuando la sociedad se planteó la clasificación, la delimitación de lo sano y lo enfermo, se llevó a efecto una vigilancia constante, una revisión constante de cada individuo, para saber desde entonces quien se ajustaba a la regla, a la norma de la salud que comenzaba a definirse. Esto mostraba cómo la salud, no estaba abstraída del orden social, sino al contrario, jugaba un papel importante, en doble sentido por lo menos, en su construcción.

Por ello, ya planteaba Rosen que áreas de la salud, como la Medicina Social por ejemplo, debían delimitar su campo de acción en tres aspectos sociológicos significativos: a) La salud en relación con la comunidad, b) La salud como valor social,

c) La salud y la política social» (Rosen, 1985 en Ovejero, pág.18)

La necesidad de plantear un enfoque psicosocial, que incluya los elementos que la sociedad aporte de diversas formas para la construcción de la salud y de la enfermedad es un imperativo para la Psicología Social de la Salud. El conocimiento que puede generarse en este campo, no es solamente muy importante para la disciplina, sino también que es muy importante para la sociedad. En esos conocimientos están las posiciones que asumirán tanto la ciencia como la población sobre la salud, sobre la enfermedad, sobre la atención, sobre el apoyo social, sobre las políticas que deben llevarse a cabo en este campo. Es por ello que se tiene que reconocer el papel social e histórico de la salud y la enfermedad para poder dar aproximaciones integrales de ambos conceptos.

También, porque es difícil tener definiciones claras y precisas sobre ambos términos, ya que remiten a situaciones complejas que se experimentan de forma diversa en los distintos grupos sociales y en las distintas condiciones socioeconómicas en las que construyen la realidad. Es difícil la generalización y cualquier aproximación debe reconocerse limitada y restringida en función de los elementos y situaciones antes señaladas. En todo caso, es importante considerar los riesgos y dificultades que posibilitan ciertas condiciones y estilos de vida de determinados grupos y las políticas con las que se intenta abordar a la salud, así como

tomar en cuenta también la experiencia de cada persona, como individuo, y su experiencia como parte de un grupo o una clase social. Ineludiblemente está también presente la información que circula socialmente a través de los medios de información y de las relaciones de control y poder que plantea el área de la salud, a través de las cuales se construyen formas de relación y subjetividad en las personas y que inciden de forma importante en sus estilos de vida y sus percepciones sobre la salud y la enfermedad. Lo que nos interesa, es poder establecer relaciones entre diversas problemáticas en salud y nuestras percepciones y significados, así como las prácticas que generamos en torno a ella.

5. Psicología social, alimentación, obesidad y salud

Como menciona Morales (1999, pág. 19), menos difícil que caracterizar la salud y quizás menos fácil que caracterizar la enfermedad, puede ser la identificación del riesgo que está presente en un individuo concreto en un momento particular de su vida, para el desarrollo de una determinada enfermedad o un grupo de ellas, siempre y cuando podamos tener suficiente información sobre dicho sujeto y sobre sus

circunstancias, y siempre que dispongamos del conocimiento suficiente acerca del modo en que dicha enfermedad se asocia con algunas o todas esas circunstancias.

Por lo anterior es importante considerar que la comida juega un rol importante en nuestra vida en una gran variedad de formas, en el nivel más básico, la comida y la bebida son necesarias para sostener la vida, sin embargo para la mayoría de la gente la comida es más que la mera sustancia, la interacción con la comida es placentera y algunas veces es fuente de alivio del estrés diario. El consumo de alimentos también estructura nuestra vida diaria mientras que la selección que hacemos de dichos alimentos tiene implicaciones en nuestra figura y en nuestra salud, e incluso puede representar una manera de presentarnos ante los demás a través de la conformación de una identidad. Así mismo, a través de los contextos en los que se da la alimentación, se da parte importante de la socialización, se transmiten costumbres, creencias e incluso valores.

En este punto entra en juego la psicología social de la alimentación, que es la aplicación de los principios de la psicología social a la comprensión de los comportamientos relacionados con la alimentación, se ocupa de acuerdo con Conner y Armitage (2008), de lo concerniente a la forma en cómo los pensamientos, sentimientos y comportamientos impactan la elección de alimentos. Más ampliamente, está interesada en cómo nuestra interacción con otros y nuestro ambiente social puede influir en qué alimentos comemos y

en las cantidades que lo hacemos, análisis que resulta de gran importancia en la comprensión de la problemática relacionada con el sobrepeso y la obesidad.

La relación entre obesidad y enfermedad ha sido cada vez más documentada en los últimos años en el campo de la salud (Stroebe, 2008), ésta se relaciona, entre otras, con el aumento de tensión arterial, niveles de colesterol desfavorables, mayor resistencia a la insulina, aumento en el riesgo de cardiopatías, accidentes cerebro vasculares y Diabetes Mellitus, entre otras.

Reconocemos que la atención hacia la obesidad se da casi exclusivamente desde la parte médica, atendiendo a los aspectos físicos, biológicos y fisiológicos, pero se descuidan los aspectos psicosociales que inevitablemente ocurren en éste y cualquier otro problema de salud, donde se considera al individuo como la unidad de análisis en un contexto estrictamente individual, a la enfermedad como una alteración anatómica y/o fisiológica, que se manifiesta en disfunciones de los parámetros «normales». Sin embargo, si consideramos las condiciones sociales, podemos observar que este tipo de relación, como la de obesidad–enfermedad, no está determinada sólo por las cuestiones biológicas, sino también por otro tipo de situaciones sociales, e incluso se habla de ambientes obesogénicos, que propician la manifestación de predisposiciones genéticas a la obesidad.

Por citar un ejemplo, debido principalmente a que México

ocupa el segundo lugar de obesidad en el mundo, de acuerdo a los últimos datos reportados por la OCDE en septiembre del 2010, donde se reporta que 30 por 100 de la población tiene obesidad y el 70 por 100 presenta sobrepeso. Derivado la estrategia mundial sobre régimen alimentario, actividad física y salud propuesta por la OMS (2004) se presentó recientemente el Acuerdo Nacional para la Salud Alimentaria (2010) que presenta 10 objetivos prioritarios de atención. Llama la atención la precisión que se hace respecto a que «los primeros seis objetivos dependen principalmente de la *voluntad individual* y la existencia de condiciones y ofertas adecuadas que permitan, por ejemplo, aumentar la actividad física y consumir agua potable, frutas y verduras» (pág. 26), sin mencionar de qué manera puede ocurrir esto, cuáles serán los mecanismos para desarrollar las condiciones y ofertas adecuadas. Como en este y otros casos, se puede observar el énfasis que se da a una perspectiva de la salud estrictamente biológica o física, y se muestra en los dos de los objetivos que plantea este ejemplo de México y que a continuación presentamos: Fomentar la actividad física en la población en los entornos escolar, laboral, comunitario y recreativo con la colaboración de los sectores público, privado y social.

Mejorar la capacidad de toma de decisiones informadas de la población sobre una dieta correcta a través de un etiquetado útil, de fácil comprensión y del fomento del alfabetismo en nutrición y salud.

Consideramos que para una mejor comprensión de la obesidad, debe considerarse una perspectiva más amplia que incluya, no solamente las acciones concretas que deben llevar a cabo las personas en relación a su cuerpo, sino también el considerar la forma en cómo las personas definen a la salud y a la enfermedad, qué papel atribuyen a la alimentación en sus vidas y qué tipo de significados se transmiten y reproducen a través de la comida. Así como también, qué papel juega en la gente el discurso social de la belleza y la construcción o producción social del cuerpo.

Sin embargo, no se encuentra en el documento, como un punto relevante, el reconocimiento de la necesidad de realizar investigación al respecto, que permita indagar sobre los puntos anteriores y para fundamentar las acciones a realizar por el Estado, a quién se le encomiendan las principales acciones a través de sus distintas dependencias, a pesar de que el Acuerdo está basado en la estrategia mundial sobre régimen alimentario, actividad física y salud (OMS 2004), donde sí se hace énfasis en seguir de cerca los datos científicos generados al respecto.

Consideramos que para lograr una mejor comprensión del problema de la obesidad, requerimos tomar en cuenta distintas aproximaciones provenientes de la psicología como de otras ciencias, como por ejemplo la aproximación ecológica del modelo propuesto por Bronfenbrenner (1979) el cual considera aspectos como el Micro-sistema del individuo, que comprende a la familia, los pares, la escuela y

el vecindario; el Meso-sistema que incluye las interacciones entre varios microsistemas, el Exo-sistema que contempla factores económicos y fuerzas políticas y finalmente el Macro-sistema que contempla las ideologías, normas y actitudes de la sociedad en general. Otras aproximaciones relevantes a considerar en estas problemáticas son el estudio de las creencias y representaciones sociales asociadas a la salud, la enfermedad, la alimentación y la obesidad, así como sus interacciones. También puede considerarse la propuesta del construccionismo social como una perspectiva que ha desarrollado ya algunos aportes a la psicología social de la salud, entre otras. Se ha observado en diversos estudios que existen creencias, discursos y representaciones muy arraigadas en la población mexicana, que al no ser consideradas en la elaboración de los programas tanto de promoción de la salud, prevención de la enfermedad, así como de intervención, pueden dificultar o incluso impedir el buen desarrollo de la implementación y apropiación de medidas como las presentadas en el Acuerdo Nacional para la Salud Alimentaria elaborado en México en fechas recientes.

En el caso de México, el sistema de salud no ha podido desarrollar un papel óptimo en su desempeño, ya que actúa casi exclusivamente en un nivel curativo, una vez que la salud está en mayor o menor grado deteriorada, dejando fuera en la mayoría de los casos los aspectos del contexto social que rodean a la enfermedad, a pesar de que desde hace muchos

años la OMS en su calidad de autoridad en salud a nivel mundial, plantea la importancia de las dimensiones psicológica y social en la salud. En México, el sistema de salud se organiza operativamente sobre la base de un concepto casi exclusivamente biológico de la enfermedad y su consideración biomédica, apoyándose sobre todo en la especialización técnica y la asistencia hospitalaria. Esta situación, debe considerarse también como un elemento central en el significado que tiene la gente sobre su propia salud, en un sistema centrado en la curación y no en la prevención y la significación de la enfermedad.

Por otro lado, cuando se toman en consideración los comportamientos de salud, suelen tomarse como elementos aislados de su contexto, lo cual nos lleva a la formulación de programas de promoción de la salud y prevención de la enfermedad, que intentan cambiar comportamientos específicos sin considerar elementos de gran relevancia en problemáticas tan complejas como las relacionadas con la salud, de las cuales estos elementos son solo una parte. Hay que tomar en cuenta el nivel del sistema macro-social que sostiene y les da sentido a esos patrones de conducta.

El diseño de las intervenciones para prevenir en una primera instancia y atacar, en una segunda o viceversa, el problema del sobrepeso y la obesidad, así como gran parte de los problemas de salud deben tomar en cuenta, como ya se mencionó, aspectos sociales y culturales además de los biológicos, así como las aportaciones provenientes de la

aplicación de distintas teorías, aproximaciones y principios derivados de la Psicología social, algunos de los cuales ya han sido mencionados y otros, desde diversos enfoques, como la teoría de la Comunicación Persuasiva, Teorías sobre la Formación y Cambio de Actitudes, Teorías de la Atribución, la Teoría de las Representaciones Sociales, el Construccionalismo Social o el Análisis del Discurso, por citar algunas propuestas. En consecuencia, sería importante recuperar, por ejemplo, el alcance de los medios masivos de información en el diseño e implementación de las campañas para la prevención de la enfermedad y para la promoción de hábitos y estilos de vida saludables, incorporando los aportes de dichas propuestas para generar un mayor alcance en la población y también comprender las formas en cómo la salud y la enfermedad son representadas en el discurso social.

Es necesario que el Estado y los organismos relacionados al campo de la salud, comprendan los beneficios que pueden obtener con la integración de los aportes de la Psicología de la Salud y de la Psicología Social de la Salud en la elaboración e implementación de sus políticas públicas, y consecuentemente puedan crearse los espacios necesarios y suficientes para que los psicólogos sociales se puedan integrar en los centros de investigación y equipos de trabajo que elaboran y ejecutan las políticas públicas en materia de salud.

La PSS puede aportar, desde una perspectiva psicosocial,

elementos no solamente para atender problemáticas como la obesidad promoviendo estilos de vida saludables y promoviendo nuevos hábitos alimenticios, sino también, posibilitar una comprensión integral de este tipo de problemas e indagar sobre la relación que guarda con otras situaciones de la vida cotidiana. La PSS es una disciplina en crecimiento y tiene muchas posibilidades en los tiempos actuales, sobre todo, en una sociedad en la que cada vez más se marca una diferencia de acceso a la atención en salud y una gran desigualdad en cuanto a la distribución de la riqueza. Puede generar líneas de estudio que puedan ahondar en los efectos que tiene la sociedad de consumo en la construcción de estilos de vida cada vez más influenciados por los estereotipos de la belleza o basados en un contexto social de desigualdad. Si pueden considerarse los aportes de esta área de conocimientos para promover cambios de las prácticas de la gente en torno a problemas como la obesidad, también podemos reconocer la posibilidad de cuestionar el contexto social en el que este tipo de prácticas se producen en relación a una sociedad basada en la saturación social de la información y en los efectos que ésta tiene en los significados de las personas, significados sobre su salud y su enfermedad.

BIBLIOGRAFÍA

ANSA (2010), *Acuerdo Nacional para la Salud Alimentaria*.

Estrategia contra el sobrepeso y la obesidad, México, D.F.

BRONFENBRENNER, U. (1979), *La ecología del desarrollo humano*, Barcelona, Paidós.

BUTLAND, B.; JEBB, S.; KOPELMAN, P.; MCPHERSON, K.; THOMAS, S.; MARDELL, J. y otros (2007); *Tackling Obesities: Future Choices – Project Report*. Recuperado el 27 de marzo de 2009, de Government Office for Science, UK: http://www.foresight.gov.uk/Obesity_?nal/17.pdf

CONNER, M., & Armitage, C. J. (2008); *The Social Psychology of Food*, Buckingham, Open University Press.

– (2008), *The Social Psychology of Food*, Buckingham, Open University Press. FLÓREZ ALARCÓN, L. (2007), *Psicología Social de la Salud. Promoción y prevención*, Bogotá D. C, Manual Moderno.

FOUCAULT, M. (1975/2001), *Los Anormales*, México, Fondo de Cultura Económica.

GADY, J. (2007), «The obesity epidemic», *Journal of human nutrition and dietetic*, 501512.

GERGEN, K. (2001), «Psychological science in a postmodernism context», *The American psychologist*, 56, 803–813. Recuperado 17 de abril de 2010, de <http://www.swarthmore.edu/x20607.xml>.

MORALES, C. F. (1999), *Psicología de la Salud. Conceptos básicos y proyecciones de trabajo*, La Habana, Cuba, Editorial Científico Técnica.

NHANES (2005–2006), *National health and nutrition examination*

survey. Recuperado el 15 de abril de 2009, de Center for disease control: http://www.cdc.gov/nchs/about/major/nhanes/nhanessmmwrs_obesity.htm

OLAIZ-FERNANDEZ, G.; RIVERA-DOMMARCO, J.; SHAMAH-LEVY, T.; ROJAS, R.; VILLALPANDO-HERNÁNDEZ, S.; HERNÁNDEZ-ÁVILA, M. y otros (2006), *Encuesta Nacional de Salud y Nutrición*, Cuernavaca, Morelos, Instituto Nacional de Salud Pública.

OMS (2004), *Estrategia Mundial sobre régimen alimentario, actividad física y salud*.

OVEJERO, A. (1987), *Psicología social y salud*, Oviedo, Servicios de publicaciones de la Universidad de Oviedo.

REY NOSO, L. y SELIGSON, I. (2005), *Psicología Clínica de la Salud. Un enfoque conductual*, México, Manual Moderno.

RODRÍGUEZ MARÍN, J. (2001), *Psicología Social de la Salud*, Madrid, España, Síntesis S.A.

SEGAL, L. M., & GADOLA, E. A. (2008), «Generation O Addressing Childhood Overweight before It's Too Late», *Annals of the American Academy*, 615, 195–213.

STROEBE, W. (2008), *Social Psychology and Health*, Buckingham, Open University Press.

WHO (septiembre de 2006), *Fact Sheets*. Recuperado el 15 de abril de 15, de World Health Organization: <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs311/en/index.html>.

Capítulo X

REPRESENTACIONES SOCIALES: UNA PERSPECTIVA SOBRE LA SOCIEDAD PENSANTE

Júpiter Ramos Esquivel

Las Representaciones Sociales (a partir de ahora RS) constituyen una aproximación teórica y conceptual muy polémica dentro de la Psicología Social. Es constante escuchar dentro de la academia críticas muy marcadas a esta propuesta que hacen cada vez más difícil hablar sobre ellas. Y esta dificultad no es por no asumir las críticas, sino porque todas son muy discutibles en el contexto académico actual, donde cierto relativismo, a veces radical a veces moderado, dificulta las argumentaciones absolutistas y las posiciones radicales. Esto, es ante todo, mucho mejor que el enfoque

positivista y su versión de la realidad absoluta. Sin embargo, al final de cuentas, cada propuesta teórica no deja de ser una aproximación a la realidad, una interpretación como muchas otras y que buscan aportar, sobre todo ahora, críticamente, argumentos sobre la sociedad actual. Eso fortalece las discusiones en la academia promoviendo la búsqueda de mejores argumentos sobre una teoría o buscar reinterpretarla a la luz de las discusiones o de la historia de cada disciplina o área de conocimientos. En este caso, el presente trabajo busca hacer un aporte modesto y crítico desde la teoría de las RS recuperando los aportes de Serge Moscovici sobre este concepto y su construcción sobre la idea de una sociedad pensante. En todo caso, lo que buscamos aportar, es una recuperación crítica de esta perspectiva y desde elementos fundamentales para entenderla. Esperamos que estos argumentos, puedan aportar a la comprensión de las RS en un contexto distinto de pensamiento, más cercano a una Psicología Colectiva, que no busca delimitar contenidos particulares en los individuos (como suele hacerlo la psicología en general) sino situarlos en la interacción social y como parte de un pensamiento más amplio como lo es el pensamiento social, del cual las RS son una parte importante. Es por ello que partiremos de situar su concepto en esta sociedad pensante, señalando el papel del sentido común en la realidad y la forma en cómo las RS hacen el mundo familiar a través de él y de la interacción social, situándolas como un *marco de conocimientos* a partir del cual se interpreta y construye la realidad. Este es un intento

de recuperación de las RS que busca, a la luz de las críticas, situar a esta teoría en un orden de ideas donde no han sido adecuadamente situadas.

1. Sobre el concepto de representación social

Las Representaciones Sociales se caracterizan por dos peculiaridades: una, su ubicación estratégica en la intersección de la sociología y de la psicología, que las convierte en un concepto eminentemente psicosociológico (Moscovici, 1979; Jodelet, 1989; Ibáñez, 2003). Otra, su composición polimorfa, que recoge e integra una serie de conceptos que se presentan en un alcance más restringido de las RS. Estas peculiaridades las convierten en un concepto *marco* que apunta hacia un conjunto de fenómenos y de procesos más que a objetos claramente diferenciados. La reelaboración del concepto se centró en ubicarlo como un medio para comprender la realidad social y psicológica, a partir de puntos de encuentro de ambos mundos, lo así llamado *psicosocial*. Moscovici ofrece en su primer trabajo sobre las RS una aproximación conceptual:

Es una modalidad particular del conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos... sistema de valores,

nociones y prácticas que proporciona a los individuos los medios para orientarse en el contexto social y material para dominarlo... como medio para sus intercambios y como código para denominar y clasificar las partes de su mundo... es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuáles los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran a un grupo o en una relación cotidiana de intercambios, liberan los poderes de su imaginación (Moscovici, 1979, 1718).

Moscovici plantea a las RS como una forma de conocimiento y como orientación para la acción sobre el entorno. Presupone su relación con un conjunto de elementos y procesos de tipo cognitivo y que implican la acción del individuo ante la información a través de sus percepciones como un posible *producto*. Pero, también, el reconocimiento de que la representación está ligada a la acción con el entorno, integra a la vez una serie de elementos de tipo sociológico y una versión de la realidad que es *construida* mediante la interacción y que implica a ésta como un *proceso*⁹.

9 Esto implicó para Moscovici un trabajo nada sencillo, sobre todo, a un nivel de comprensión de la realidad que resultó incluso pionero en algún sentido, por ejemplo, siendo de los primeros autores que planteó la noción de sistema y metasistema (Doise, Clémence y Lorenzi-Cioldi, 2005). También, el reconocimiento del papel cognitivo del sujeto en la construcción de las representaciones ha sido objeto de grandes críticas, presuponiendo por algunos autores que la RS enfatiza su carácter cognitivo sobre su carácter

El concepto de RS, está ligado a una noción de pensamiento social que Moscovici comprende desde la colectividad, que no puede explicarse por fenómenos concretos o individuales, sino al contrario, y es importante en este concepto, que está ineludiblemente ligado a los grupos y la comunidad.

No puede comprenderse del todo a las RS sin recurrir a los planteamientos de Moscovici sobre una Psicología Colectiva que forma los argumentos principales de su Psicología Social, esto es, una Psicología del pensamiento social, que sitúa a las RS en una sociedad pensante¹⁰.

social, sobre todo desde la Psicología Discursiva (puede revisarse a Potter y Billig (1992) o a Potter y Edwards (1999), por ejemplo). De fondo, no deja de notarse cierta confusión respecto de los planteamientos de la teoría de las RS, sobre todo los que se enfatizan en el presente trabajo, como lo llegó a hacer en su momento Parker (citado por Banchs, 1994). No es el objetivo ahora centrarnos en concreto en esas críticas, pueden revisarse textos de Banchs (1994) o Moscovici (2003b) para ahondar sobre estas cuestiones.

10 No ahondamos aquí sobre los orígenes del concepto en Durkheim y de las implicaciones que tuvo el cambio de representación colectiva por el de representación social y cómo en ese proceso Moscovici tuvo que argumentar las razones por las que este concepto implicaba una perspectiva diferente no solo del individuo sino también de la sociedad. Para ello pueden revisarse los textos de Moscovici (1979,1984,1989, 2003.a, 2003b), Jodelet (1989), Banchs (1990), González (2001), Farr (2003), Ibáñez (2003), entre otros.

2. La teoría de las representaciones sociales: del sentido común a la representación y viceversa

2.1. Pensamiento reificado y pensamiento ordinario

La teoría de las RS se asienta sobre la base de una epistemología del sentido común que busca recuperar el papel de este como una forma de conocimiento en oposición al conocimiento científico. Como señala Moscovici (1984) este conocimiento actúa sobre la realidad mientras que el conocimiento científico actúa en respuesta o reacción a la realidad. Han sido los avances que ha tenido la ciencia en los últimos 2 siglos los que han colocado a su conocimiento en un nivel de «superioridad» sobre el sentido común (a partir de ahora SC).

Moscovici (1979) explica el procedimiento que sigue el conocimiento científico para insertarse en el SC, y como éste permite a los «sabios aficionados», la gente común, crear y recrear nuevas versiones de la realidad y de las explicaciones científicas que recuperan a través de los medios de comunicación y de las publicaciones científicas, revistas, diarios, entre otros¹¹.

11 Según Jodelet, «el estudio de las representaciones sociales trata de un conocimiento «otro» que el de la ciencia pero que está adaptado a, y corroborado por, la acción sobre el mundo» (1997: 63).

Moscovici y Hewstone (1984) señalan que el hombre occidental tiene el privilegio de residir entre dos campos o mundos diferentes de pensamiento: el del pensamiento racional y el pensamiento irracional o intuitivo. Gergen (2003) señala que se suele distinguir dos culturas en la realidad, la de los «conocedores» ubicados en las esferas de la ciencia, y la de los «ignorantes» ubicados en el campo de la práctica. El papel de los «conocedores» es el de generar conocimientos, el de los «ignorantes» aprender la verdad y aplicarla en la acción.

El papel del SC no es exclusivamente la recepción de conocimientos científicos sino también el de su replanteamiento, de su reintroducción o *representación* en la vida diaria. El conocimiento científico por sí solo no es digerible en la vida común, incluso para los científicos. El SC posibilita a las personas, al hombre de la calle, una experiencia intelectual que le presenta a la ciencia de forma más digerible y accesible. «Todo el mundo quiere consumir ciencia, o al menos probarla, pero a condición de que ésta se presente en forma comestible, agradable al paladar» (Moscovici y Hewstone, 1984: 680).

El SC, corresponde a una forma de pensamiento más «natural» que se adquiere sin una formación particular. En él, las personas saben directamente lo que saben, es por ello, que las representaciones constituyen formas de comunicar «lo que ya sabemos», porque están en el SC (Moscovici, 1984).

Es una forma de conocimiento que «crea» sus propias reglas a través del lenguaje, sus formas comunicativas y constituye universos de conocimientos, mundos de discursos. «En conjunto, parecen participar en un «mundo del discurso» constituido a partir de materiales cuidadosamente controlados según reglas explícitas, cuyo objeto somos nosotros, con nuestros problemas, nuestro porvenir y, en definitiva, todo lo que existe como nosotros» (Moscovici, 1979, 34).

A diario escuchamos cosas en los medios de comunicación y en las conversaciones de los demás que nos resultan «conocimientos» ajenos o extraños que no podemos muchas veces traducir a un «lenguaje común». Sin embargo, es importante resaltar que la recuperación que se hace de esos conocimientos, en un acto de familiarización de lo extraño, es siempre un proceso del lenguaje, pues es a través de él principalmente, como la realidad se integra a nuestro «mundo de discursos».

A veces las personas pueden escuchar hablar de algún evento o invento científico y tienen la conciencia de que en algún momento esta situación se vincula a su realidad. Esto se debe a que la información de un mundo está constantemente circulando por el otro, y esto es solamente en la medida en que el conocimiento, como *contenido* o *producto*, y las formas como *proceso*, logran integrar la información en términos comunes a los miembros de ambos mundos. Las RS integran el conocimiento que circula

socialmente a los intereses de los individuos y grupos que lo reproducen a través del lenguaje y a través de la acción. Cada quién «mastica» y digiere el conocimiento científico como quiere y actúa en función de ello. En ese marco, las representaciones constituyen formas de regular la información de la ciencia a través de las reglas del SC, de hacer familiar la información extraña, de hacer propio lo ajeno, de hacer visible lo invisible, en los términos y formas del conocimiento ordinario.

2.2. El papel del sentido común en la realidad

Ahora bien, la ubicación de ambos mundos no constituye exclusivamente una separación o distinción de formas de conocimiento y de conocimientos en sí mismos, sino que plantea una aproximación a la realidad y también a las formas en cómo ésta se construye o produce¹². Actualmente

¹² Berger y Luckmann (1997) señalan precisamente cómo la realidad se construye a través del sentido común y de las conversaciones en las que este circula. Reconocen además el papel que tiene este conocimiento en la construcción y existencia de la realidad. Es por ello que Moscovici se da cuenta que al intentar explicar la forma en cómo las RS se forman en el sentido común, aparece la necesidad de definir la realidad en la que éste aparece y el papel que tiene en la producción de la misma. Aun así, las discusiones por aceptar a la teoría de las RS como tal, y como una teoría del conocimiento siguen vigentes.

existe todavía una idea muy aceptada de que la ciencia hace avanzar a la sociedad y que el científico es un actor que simplemente reproduce la realidad mediante la observación sistemática. Esta perspectiva tiene sus bases en la ciencia de corte positivista y en la idea de progreso que fue desarrollada en la modernidad¹³. Pero esto nos lleva a considerar el papel que tienen otro tipo de conocimientos en la producción de la realidad, así como la posibilidad de una concepción no naturalista de la realidad y del conocimiento.

El SC constituye, primero, un cuerpo de conocimientos producido de forma espontánea por los miembros de un grupo, basado en la tradición y el consenso. Segundo, una suma de imágenes mentales y de lazos de origen científico, que son consumidos y transformados para servir en la vida cotidiana (Moscovici y Hewstone, 1984). El SC como forma de conocer está ineludiblemente ligado a las RS pues es a través de éstas como pueden observarse dos puntos importantes: uno, que lo que conocemos a través del SC, al no responder a una lógica coherente o racional, no es verdadero ni falso por sí mismo, sino en la medida en que responde a la estructura de conocimientos que nos pertenecen como miembros y parte de un grupo social; otro,

13 Puede encontrarse esta argumentación en autores como Gergen (1997, 2003); Ibáñez (2003, 2001); Rorty (1996); Fernández (1994); Potter (1998); Ovejero (1999); Collier, Minton y Reynolds (1996); entre otros. Este enfoque ha resultado también como una perspectiva acrítica de la realidad y que se ha impuesto de forma hegemónica y universal, con un interés muy marcado en mantener el orden social y en enfatizar un individualismo ontológico.

que estos conocimientos que no son ni verdaderos ni falsos constituyen en gran parte información de la ciencia que circula en los medios de comunicación y que es apropiado y traducido a un lenguaje ordinario, que es metido en el saco de nuestro conocimiento ordinario para que se parezca a todo lo demás.

A la gente no le importan los logros científicos si no están relacionados con el mundo que conoce y tal y como lo conoce. Como gente común, señala Moscovici (1984), tendemos a considerar el mundo de la forma anterior, porque el mundo en el que nos movemos o nos involucramos es completamente social.

En el empleo de este conocimiento «el universo se puebla de seres, el comportamiento se carga de significados, algunos conceptos se colorean o se concretan, se objetivan, como suele decirse, enriqueciendo la textura de lo que la realidad es para cada uno» (Moscovici, 1979, 33)

2.3. La aproximación a la sociedad pensante

Las RS se asientan sobre la base de una *sociedad pensante*. Recuperando los aportes de la Psicología de las Masas y de la Psicología Colectiva principalmente, Moscovici sostiene la existencia de estas como una forma de *pensamiento de la*

*sociedad*¹⁴. La sociedad es vista como un conjunto de personas que piensan a través de representaciones, significados, memoria y prácticas compartidas y el medio de intercambio de estos pensamientos, entre grupos y sociedades, es a través de la comunicación. Moscovici (1984) considera que esta sociedad pensante y comunicativa, se expresa a través de las conversaciones y los diálogos que establecemos cotidianamente con las personas y los objetos. La sociedad está hecha de personas y de cosas, que interactúan constantemente como contenidos del SC a través del *pensamiento social*. Cuando estamos con los demás, en realidad, «pensamos con nuestras bocas»: «Entre otras personas, por lo tanto, pensamos para conversar, pensamos, como lo hago para escribir, con nuestras bocas» (Moscovici, 2003b).

A través de las RS se ubica esta posibilidad de *representar* la realidad en los términos de nuestra información disponible, de las imágenes y de los pensamientos de la sociedad pensante. Por ello, la manera de entender a las RS es «resumergirlas» en el lugar donde se producen y reproducen, donde toman forma, en el laboratorio social: el marco social de la comunicación y del lenguaje» (Moscovici, 2003b, 72).

14 Si bien en la tradición norteamericana el estudio de la conducta social a través de los individuos no permitía este tipo de conceptos que denominaban «verbalistas» o «metafísicos», en la Psicología Social europea han sido bien aceptados.

En esta sociedad comunicativa el medio ambiente está compuesto por el pensamiento social y este por las RS, que aparecen ante nosotros en las conversaciones como una especie de atmósfera a través de la cuál pensamos. En el proceso de pensamiento de la sociedad, el conocimiento y su forma están constantemente renovándose pero a partir del conocimiento anterior que le sirve de camino o de forma a través de imágenes y pensamientos que son memoria: «representar lo ya representado». El mundo se clasifica o se ordena, se vuelve familiar, pero no exclusivamente por un proceso individual o lineal, sino que el pensamiento social plantea en sí mismo un «(des)orden de pensamiento» que está en constante producción. En todo caso, el individuo «toma» de ese orden las formas que corresponden con el «lenguaje común» de los grupos y espacios donde habita, de los lugares que ocupa en el mundo. Los objetos y las imágenes que tenemos de esos objetos, no son *productos* exclusivos del individuo, son también *procesos* de la sociedad¹⁵.

Por ello las RS constituyen una forma de realidad, pues en ella están impregnadas las ciudades que habitamos, las personas que circulan por las calles, las cosas que utilizamos a diario, los paisajes y la afectividad de los recuerdos. Bajo

15 Es imposible concebir a la teoría de las RS como «cognitivista» cuando se recupera su tradición desde la Psicología Colectiva, es menospreciar y reducir demasiado los aportes de la teoría, no por el investigador de las RS exclusivamente, sino también por aquél que hace la lectura de la teoría sólo desde estos elementos.

esta idea del pensamiento como medio ambiente y/o de la sociedad pensante, se da cuenta de cómo el pensamiento social tiene una forma y éste se basa en la forma en cómo se comunica la sociedad: generalmente a través del SC. De ahí que las RS tienen la forma de la sociedad porque están hechas de la comunicación, de gente y de cosas como una totalidad¹⁶. El estudio o conocimiento de la sociedad pensante se da, primero, estudiando las circunstancias en las que los grupos se comunican, toman decisiones y buscan esconder o revelar algo, y, segundo, sus logros y sus creencias, esto es sus ideologías, ciencias y RS (Moscovici, 1984). El pensamiento donde se asientan las RS es el resultado de la interacción social.

Las RS se forman en los «laboratorios sociales» como fábricas, hospitales, en los cafés, tabernas, salones públicos, etc. donde los individuos expresan su sociabilidad a través de conversar juntos. La sociedad pensante incluye los marcos donde las RS toman forma (Moscovici, 2003b)¹⁷. La sociedad pensante está hecha de comunicación, como una

16 La idea de *totalidad* fue una de las que más se encuentran presentes en la Psicología Colectiva y la Sociología de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, de autores como Wundt, James, Simmel, Durkheim, Blondel, Mead, Goffman, Lewin, entre otros. Para una referencia mejor de la Psicología Colectiva puede revisarse a Fernández (1994).

17 Moscovici plantea que las RS deben estudiarse en los lugares dónde se producen y también que este es un trabajo de la Psicología Social distinto del que hace la Sociología. Esos lugares donde se producen son aquellos que forman parte de la sociedad donde circula el sentido común. Plazas, calles, jardines, escuelas, fábricas, talleres, ferias, fiestas, celebraciones, etc.

totalidad, «como una atmósfera cotidiana constituida por símbolos que se comunican entre sí, es decir, mediante la actividad comunicativa de la especie humana» (Fernández, 1994, 160). Bajo la premisa de una forma distinta de pensar a la de los individuos, la sociedad expresa lo que la cultura y la historia son a través de las RS, pues éstas constituyen el fondo y figura de su pensamiento. Como señala Fernández (1994), la representación social supone la existencia de un pensamiento lento, una parte osificada del Espíritu, que se constituye de todo aquello que es reconocido públicamente como real, que es lo que produce la sensación de un mundo ordenado, confiable y con sentido.

En resumen, Moscovici dice lo siguiente de la sociedad pensante:

Así que lo que estamos sugiriendo es que los individuos y los grupos, lejos de ser receptores pasivos, piensan por ellos mismos, producen e incesantemente comunican sus propias representaciones... en las calles, en los cafés, oficinas, hospitales, laboratorios, etc. La gente analiza, comenta, crea «filosofías» espontáneas, no-oficiales, que tienen un impacto decisivo en sus relaciones sociales, sus elecciones, la manera en que crían a sus hijos, planean y, en fin, eventos, ciencias e ideologías simplemente les proveen «comida para el pensamiento» (Moscovici, 1984).

2.4. Lo familiar y lo no familiar

El mundo nos proporciona una cantidad enorme de pensamientos a través de los cuáles representamos a las cosas y personas, y a las situaciones que involucran a ambos (cosas y personas) en este mundo lleno de pensamientos. El mundo donde nosotros construimos representaciones y estas como pensamientos con cierto grado de autonomía son integrados todos entre sí con la noción de lo *familiar* y lo *no familiar*. Esta idea que no es exclusiva de las RS y que también se desarrollan en otras perspectivas permite entender la forma en como el pensamiento de la sociedad actúa a través de los individuos y viceversa en forma de un proceso. Proceso en el que, insistimos, solo se da mediante la interacción del individuo con la sociedad, de ida y vuelta.

Las personas creen en cosas que «encuentran» constantemente en la vida cotidiana tal y como se las ha presentado el SC. Las personas «encuentran» los objetos que la sociedad construye para que sean descubiertos por los «sabios aficionados». Encuentran las enfermedades que dicen en los noticieros en ellos mismos o en alguien más, encuentran las patologías psicológicas, la superinteligencia o la violencia en el hogar.

Esta sociedad integrada por «sabios aficionados» está

constantemente circulando información de la ciencia traducida al lenguaje común y dicha traducción no es otra cosa que el proceso que implica una representación¹⁸.

En el proceso de «traducir» esta información para sí y para los demás tiene que recurrir a las *formas* que le resultan *familiares*. Tiene que hacer la información digerible y comunicable en los términos que marca la *interacción social*, puesto que no cuenta con una formación especializada como la del científico ni tampoco la tiene el público al que se comunicará. Es un proceso de reciclaje de la ciencia y su conocimiento a través del SC que incluye un proceso de acomodación de la información para sí y los demás¹⁹.

El proceso de representar implica una acción de *familiarización* del mundo que tiene que ver con la reproducción de los diferentes conocimientos obtenidos a través de las personas y de la realidad física, esto es, cambiando las palabras en imágenes, los dibujos por ideas,

18 La pregunta es si esa traducción tiene que delimitarse o evidenciarse de forma concreta, como se ha intentado por los investigadores de las RS o como parece «exigirse» por algunos en las críticas que se le hacen. Si las RS pueden ser vistas como parte del pensamiento social, una delimitación rígida no debe ser una exigencia o un imperativo. Además, no estamos seguros, por ejemplo, de que un discurso o los significados puedan también delimitarse claramente sin dejar de ser aproximaciones particulares.

19 En este sentido, Moscovici reconoce que dicha traducción para sí implica necesariamente a los demás, pues es gracias a ellos, como grupo o comunidad, que se cuenta con las palabras y los objetos para hacer *familiar* lo no *familiar*.

las emociones por conceptos, y así sucesivamente (Moscovici y Hewstone, 1984). Implica además un largo trabajo de metamorfosis, sea de lenguaje, de razonamiento, de afectividad, de estética, o de todos a la vez. El «sabio aficionado» busca «estar al corriente» de las informaciones que circulan en el colectivo y busca integrarla «en un cuadro coherente de lo real o deslizarse en un lenguaje que permita hablar de lo que habla todo el mundo» (Moscovici, 1979, 37). Esto constituye el proceso de *familiarización* que Moscovici distingue como parte importante del proceso de conocimiento del SC y de la conformación y función de las RS.

Este proceso de *familiarizar* el mundo implica reconocer que los sujetos no son pasivos en el conocimiento, sino al contrario, «poseen la frescura de la imaginación y el deseo de dar un sentido a la sociedad y al universo que les pertenecen»²⁰ (Moscovici, 1979, 37). Implica la noción de un sujeto y de una realidad que interactúan constantemente para renovarse o reconstituirse constantemente, no a partir de lo «real» sino de aquello que responde a la intención de volver el mundo manejable o accesible a nosotros.

Es en ese proceso donde las representaciones actúan, cambiando la información «extraña» en información

²⁰ Moscovici señala que las representaciones individuales o sociales «hacen que el mundo sea lo que pensamos que es o que debe ser» (Moscovici, 1979, 39), es hacer *familiar* lo *no familiar* (Moscovici, 1984).

«familiar», cambiar todo el universo a la forma de nuestro propio universo.

2.5. Convencionalización y prescripción

En la acción de familiarización del mundo mediante las RS están implicados dos procesos que constituyen a la vez formas de apropiación de la realidad. Moscovici señala que las RS deben ser vistas como: a) medio ambiente y, b) que son específicas a nuestra sociedad (Moscovici, 1984). Es así que el «peso» que tienen respecto de nuestros pensamientos e ideas sobre la realidad es tal que se nos imponen con una fuerza que resulta a veces incomprensible orientando nuestras versiones de la realidad y las acciones sobre la misma. Si son parte del pensamiento social, deben tener una fuerza similar. No pueden ser exclusivamente procesos individuales y cognitivos, la idea del pensamiento como medio ambiente es retomada como una metáfora para explicar la forma en cómo muchas de nuestras acciones y pensamientos no están determinados de manera individual²¹.

21 Aquí se percibe la forma en cómo el concepto de Moscovici recupera parte de la propuesta de Durkheim de las representaciones colectivas y el carácter coercitivo que tienen sobre las personas. Sobre todo, que la conciencia social y los hechos y fenómenos sociales se imponen a los individuos con gran

Las RS, primero, *convencionalizan* al objeto, persona y evento con que nos encontramos. Es darle una forma definida, ubicarlo en una categoría y establecerlo en un modelo de cierto tipo (es el proceso de *familiarizar*) (Moscovici, 1984). Ya que todo nuevo elemento que llega a nosotros debe ser «acomodado» a las formas en cómo pensamos, las representaciones integran la información mediante la *convencionalización* de la misma. Así se afirma que la tierra es redonda, que los políticos son corruptos, que la vejez es enfermedad o abandono.

Las formas en como pensamos son las formas de la sociedad, de la colectividad, del lenguaje. Además, este proceso nos permite identificar de manera más clara *qué es qué*, es decir, *qué* dicen para nosotros, en función del conocimiento del SC, *qué* y *cómo* son las cosas, ayudándonos a clasificar la información de cierta manera (Moscovici y Hewstone, 1984).

En segundo lugar, las representaciones son *prescriptivas*, esto es, que se imponen con una fuerza incontenible, la cuál es una combinación de una estructura que está presente incluso antes de que se empiece a pensar²² y de una

fuerza. Así también, la noción de Mead sobre que el pensamiento está hecho de significados compartidos en el proceso social. También insistir en el papel que tiene el individuo en la realidad, reconstruyéndola.

22 Esta idea de estructura preexistente también podría interpretarse desde la idea de Mead que señala que antes de los actos sociales existe algo llamado *proceso social* que les da sentido y los incluye. En este caso, la estructura

tradición que dice lo que se debe pensar (Moscovici, 1984). El pensamiento como medio ambiente se impone a nosotros con la fuerza que tienen las informaciones y la comunicación. El sentido que la información tiene para nosotros o el peso que se le atribuye socialmente puede hacernos creer en lo que no creemos o hacer lo que no hacemos, claro, en el marco del pensamiento del cual también formamos parte. Es el encontrarnos con las respuestas «ya hechas» o dadas por la sociedad. Una parte importante de la información que clasificamos se nos impone con la fuerza o todo el peso de los hechos (Moscovici y Hewstone, 1984)²³. La representación que tenemos de algo no está directamente relacionada con nuestra manera de pensar, sino a la inversa, porque nuestra manera de pensar y lo que pensamos depende de esas representaciones. Estas son forzadas sobre nosotros, transmitidas, y son el producto de toda una serie de elaboraciones y de cambios que ocurren en el correr del tiempo y que son el logro de varias generaciones (Moscovici y Hewstone, 1984)²⁴.

está dada por las formas del pensamiento social, por la interacción social.

23 Un ejemplo interesante es precisamente el estudio de Moscovici de la RS del Psicoanálisis en su obra *El Psicoanálisis, su imagen y su público* y la forma en cómo se imponen sus versiones de las cosas al ser compartidas por el grupo o la clase social, a tal grado, de «crear» psicoanalistas de la calle o sabios aficionados de la calle. Cuando las ideas religiosas, por ejemplo, se imponen con gran fuerza, el *Psicoanálisis* puede ser representado como una especie de confesión (Moscovici, 1979).

24 En esta idea Moscovici hace sentir la influencia de las aportaciones hechas por el Conductismo Social de G. H. Mead y su explicación de la sociedad y

Estas RS están ligadas entonces al pasado, a la memoria colectiva, al lenguaje y, como muchas de nuestras experiencias, se mantienen vivas con el paso del tiempo, para continuar e infiltrarse en las experiencias e ideas actuales.

2.6. El pensamiento como proceso y producto

Las RS son resultado de la sociedad y su pensamiento, son parte de la memoria colectiva y expresan la forma en cómo el pensamiento social se mantiene con el paso del tiempo; pero también, las representaciones tienen cierto grado de autonomía respecto de la sociedad en cuanto a su dinámica. Estas pueden cambiar constantemente en el fluir mismo del pensamiento social que tampoco es estático. La sociedad pensante es dinámica y su conocimiento dialéctico.

la interacción a través del *otro generalizado* y también, indirectamente, la similitud con la propuesta de Schutz sobre el papel que tienen los *predecesores* en la construcción de nuestra realidad. En relación a esta propuesta, habrá algunas similitudes en cuanto al uso de algunas ideas como el reconocer la importancia que tienen los conocimientos de las generaciones anteriores y la posibilidad de que esos conocimientos se actualicen o transformen por nosotros en el presente, sin embargo, Moscovici se desmarca de la propuesta de Schutz señalando las limitaciones que esta teoría presenta para explicar el papel del sujeto en la construcción de la realidad y que también será en el caso de Berger y Luckmann sobre la forma de explicar el conocimiento del sentido común (Moscovici, 2003b; Marková, 2003).

Si el pensamiento social resulta de la interacción, entendida esta como una forma dinámica de compartir conocimientos y de construir conocimientos, es imposible considerar a las RS como pensamiento estático (y que puede delimitarse fácilmente), sobre todo y por eso, Moscovici las reviste del pensamiento social al mismo tiempo que las hace parte de él²⁵. Los «sabios aficionados» de la calle, las personas comunes y corrientes, están constantemente actualizando su conocimiento en una sociedad en la que los medios de comunicación y la información que circula a través de ellos son tan amplios que rompe con los límites antes conocidos. Las personas hablan de medicina, de filosofía, de biología (del genoma humano por ejemplo), de física, etc. como si hablaran del clima o de las dificultades para encontrar empleo. Es con la misma seguridad y certeza con la que se dicen las cosas simples y esto se debe precisamente a que el pensamiento social está constantemente renovándose y utiliza a la ciencia para ello. El conocimiento que circula de «boca en boca» es un conocimiento socialmente elaborado.

Las RS son vistas como proceso y producto en una actividad de apropiación de la realidad exterior al pensamiento, como pensamiento constitutivo y constituido (Jodelet, 1989), son a la vez *pensamiento constituido* y *pensamiento*

25 La misma acción de *representar* implica que el conocimiento se presente de forma distinta a como es, y esta presentación diferente resulta porque el pensamiento social está constantemente actualizándose.

constituyente (Ibáñez 2003). En el primer caso, se transforman en *productos* que intervienen como estructuras preformadas en la vida social a partir de las cuales se interpreta la realidad. En el segundo caso, intervienen en la elaboración de la realidad²⁶. El pensamiento social está constituido por las RS y estas a su vez son una expresión de este, sin embargo, no puede considerarse solamente que estos sean pensamientos dados.

Si se plantea la realidad social como un proceso constante o dialéctico de conocimientos y pensamientos, entonces, las RS deben ser entendidas también dentro de la dinámica del

26 Este es otro punto que permite situar a las RS de forma activa, pero también, se sustenta en la idea de que la realidad no es estática (como en Durkheim) aun la fuerza con la que se impone a los individuos. También, nos aproxima a la noción de un sujeto activo del conocimiento indispensable para que las representaciones constituyan los marcos con los que se interpreta la realidad y cómo la realidad cambia cuando las RS cambian, sobre todo, por la posibilidad que tienen los sujetos de aumentar, corregir, cambiar las representaciones. Puede notarse la influencia que tienen ideas que se desarrollan de forma paralela a los planteamientos de Moscovici y que tienen raíces en una tradición de pensamiento similar. Tal es el caso de la Fenomenología de Schutz (1974, 1977), quien también plantea que los individuos tienen la posibilidad de cambiar la realidad que han dejado los *predecesores*, idea que es retomada por trabajos como los de Berger y Luckmann (1997). También se observan nuevamente los aportes de Mead que reconoce que la realidad no existe independientemente de los sujetos y del proceso social. Una teoría más que puede observarse alrededor de la idea de que las RS constituyen *procesos* y *productos* es similar a la que plantea Cornelius Castoriadis sobre el Imaginario Social que también retoma la posibilidad de la existencia de un *pensamiento instituido* y un *pensamiento instituyente*.

pensamiento social. Por tanto, las representaciones tienen que permitir la posibilidad de cambiar en el transcurso de su existencia y, también, la posibilidad de desaparecer. Es normal que estas puedan presentarse de forma borrosa porque la atmósfera en la que se construyen lo es también así. La complejidad de la realidad social imposibilita delimitar las formas, puesto que en una sociedad en constante movimiento las formas no son estáticas, si las RS no pueden ser delimitadas claramente, no es un problema exclusivo de las mismas sino también de la forma en cómo son interpretadas. La sociedad pensante no es estática y por ello, las representaciones tampoco.

Como *productos*, las RS constituyen elementos importantes para interpretar la realidad (para pensar la realidad), para tomar una posición sobre el objeto y generar u orientar la acción en el mundo. Como *procesos* permiten la circulación de la información, remodelan y traducen simbólicamente la realidad que es interpretada (al mismo tiempo que constituyen un *proceso* de interpretación en sí mismo), cambian las imágenes, las ideas, los pensamientos y constituyen una forma de conocer la realidad, precisamente, porque «representar una cosa o un estado, no es simplemente desdoblarlo, repetirlo o reproducirlo, es reconstituirlo» (Moscovici, 1979, 39).

3. La estructura de las representaciones sociales: su campo, su marco, su totalidad

3.1. Los marcos de las representaciones sociales: la noción de campo o totalidad

Si se intenta lograr una comprensión a fondo (lo más posible) del concepto de RS es necesario considerar los elementos que describen su estructura, pero también, y en mismo grado de importancia, la *forma* de las RS como *proceso simbólico y colectivo*. En relación a éste último, deben ser vistas *siempre* como fenómenos colectivos que constituyen la realidad en la que las personas hacen y dejan de hacer cosas. Es importante entonces considerar que el término mismo se plantea como una especie de *marco* de conocimientos sobre la realidad (conocimientos en sentido plural) los cuáles son tan diversos por sí mismos que es difícil identificar tanto el momento de su origen como sus características concretas²⁷. Como ya se mencionaba, el pensamiento de la sociedad no es estático sino dialéctico²⁸ y se debe a que está conformado por una diversidad de pensamientos que interactúan y constituyen la totalidad del pensamiento social.

Fue desde la Psicología Colectiva y la Psicología Social

27 Cualquier intento por lograr esto no dejará de ser solamente una aproximación, como son siempre los estudios de RS.

28 Ivana Marková señala que las RS constituyen una teoría dialéctica (citada por Banchs, 2000).

donde se planteó principalmente este tipo de nociones que influyeron de forma importante en la noción de RS. Halbwachs con su concepto de Memoria Colectiva desarrolló la noción de *marcos sociales* como una totalidad a través de la cuál funciona la memoria, planteando que esta no es exclusivamente una función individual, sino que los marcos de la memoria dependen del grupo o de la colectividad²⁹. La memoria colectiva constituye un pensamiento continuo que difiere de la memoria y pensamientos individuales, depende más bien de la forma en cómo los grupos recuperan el pasado como algo conjunto y que les permite cierta identidad (Halbwachs, 2004).

Si la memoria no se reduce a los recuerdos individuales debe incluir una serie de marcos que incluyan una serie de elementos que están presentes al momento de recordar el pasado, y estos constituyen las rutinas, los pensamientos, los espacios, los lugares, los objetos, por lo que la memoria colectiva se extiende hasta donde alcanzan los límites de los grupos que la conforman (Halbwachs, 2004). La memoria y sus marcos constituyen la *totalidad* de las mentes colectivas.

El ejemplo de M. Halbwachs es ilustrativo de un pensamiento que se planteó en el siglo XIX y que se mantuvo en los primeros años del siglo XX en propuestas como las de

²⁹ Así mismo Halbwachs también reconoce la existencia de la mente colectiva en oposición a la conciencia individual, en la primera siempre existirá una huella de la sociedad (1939/2005).

Durkheim y su noción de *conciencia colectiva*, en Mead y su idea de *interacción*, en Kurt Lewin y su concepto de *campo*, en Goffman y su idea de *escenario*, en Simmel y su idea de *socialidad*, entre otros. Durkheim (2000), por ejemplo, marca la diferencia entre las representaciones individuales y las colectivas dándole más peso a la *conciencia colectiva* a la que le atribuye una fuerza mayor que la de las conciencias individuales, a las cuales incluye como una totalidad. G. H. Mead (1999) señala que la significación de los actos no puede estar separada de la situación social que los envuelve, esto es, el *proceso social*, y que la significación «tiene que ser concebida objetivamente como existente completamente dentro de ese campo» (Mead, 1999, 116). «Para Mead, como, por caso, para Simmel, cada interacción es una sociedad, y en cualquier fenómeno del tamaño que sea el caso es el mismo» (Fernández, 1994).

De la misma forma, las RS constituyen un *marco* que integra tanto procesos individuales como colectivos. Como señala Jodelet (1989), en este concepto pueden observarse fenómenos de adhesión a las formas de pensamiento de la clase social, del medio o del grupo de pertenencia, a razón de la solidaridad y la afiliación social. Las RS constituyen un campo o unidad en el que se incluyen pensamientos, afectos, percepciones, conceptos, imágenes, a nivel individual como también pensamientos, ideas, conocimientos, afectos, a nivel colectivo o social. Las representaciones son una *totalidad* que incluyen lo individual y lo social, lo físico y lo

simbólico, los conceptos y las imágenes, las palabras y las ideas, así como conforman e integran *procesos y productos*³⁰. La realidad no está segmentada ni es un producto individual, y no puede medirse su complejidad. Es por ello que Jodelet plantea que las RS: «Deben ser estudiadas articulando elementos afectivos, mentales y sociales y en integración paralela con la cognición, el lenguaje y la comunicación, con la consideración de las relaciones sociales que afectan las representaciones y la realidad material, social e ideal desde la que intervienen» (Jodelet, 1989, 58).

Las RS constituyen un marco de conocimientos del SC de la misma forma que constituyen un *marco de interpretación de la realidad*. Así, la toma de posición del individuo, su actitud, ante una situación dependerá de las diferencias en cuanto a la información sobre los mismos grupos, la información que

30 Hasta aquí puede observarse la poca diferenciación que existe entre la idea de que las RS constituyen el pensamiento social y que también están constituidas por este. No quiere decir que sean estrictamente lo mismo, sino que están integrados por *lo mismo*. La diferencia central radica en que, obviamente, el pensamiento de la sociedad es mucho más amplio. Éste se conforma de RS que son pequeñas versiones de pensamiento, que están estructuradas bajo la misma «lógica» y que presenta características y funciones similares. Sin embargo, el pensamiento de la sociedad, como medio ambiente, constituye una totalidad mucho más amplia y profunda, constituye el fondo y forma última de la realidad, sus límites, sus fines. El pensamiento social, dice Fernández (2004) es la realidad y viceversa, está hecho de lenguaje, de objetos, de espacios, de lugares. En todo caso, las representaciones constituyen los vínculos que existen entre estos y que, ineludiblemente, constituyen a aquél, al pensamiento de la sociedad.

se tiene sobre sus acciones e identidad y un campo de conocimientos a partir de los cuáles el grupo es identificado. Estos son los elementos fundamentales de su estructura: la actitud, la información y su campo. Estos elementos definen los ejes que conforman su estructura y a los procesos que la integran, principalmente, la objetivación y el anclaje³¹.

3.2. La Objetivación

Es importante reconocer que lo que hasta ahora se ha señalado acerca de las RS debe entenderse a partir de dos posiciones o dimensiones de análisis del concepto. Primero, una dimensión epistemológica, que implica reconocerlas en términos de una sociología del conocimiento que permite una aproximación para comprender la realidad. En ese sentido, su estructura es vista como la forma en que se interpreta y se conoce la realidad: asumiendo una posición, la información y conocimiento de ese mundo y un campo de esos conocimientos. Segundo, una dimensión sociogenética, que presupone que se originan en la interacción social (que implica el contexto social y la acción constructiva de los sujetos) y, por tanto, es importante analizar cómo su estructura, por ejemplo, se compone de una serie de

31 En este trabajo no se tratan las funciones de las RS, será en otro momento donde puedan abordarse.

contenidos que remiten a grupos particulares, y que en la dinámica del pensamiento social está la génesis de las RS³².

El proceso de *objetivación* debe entenderse en ambos sentidos, es decir, al mismo tiempo que remite de forma concreta la transformación de las palabras en imágenes, también remite cómo el SC permite conocer e interpretar la realidad mediante esa traducción³³. Según Moscovici

32 Por lo menos estas dos dimensiones pueden notarse desde nuestro punto de vista, Duveen y De Rosa (1992) plantean dimensiones similares como *ontogénesis* y *microgénesis*. Moscovici distingue estas dimensiones de análisis como *pensamiento acerca del mundo* y *pensamiento en el mundo*.

33 Conviene aclarar también que estos mecanismos tanto de *anclaje* como de *objetivación* han generado discusiones constantes sobre las RS y algunos de sus críticos han señalado el papel centrado en lo *cognitivo* de estos procesos. Ello se debe quizás a la confusión sobre los términos y a una lectura muy particular de la propuesta de Moscovici, en la cual, generalmente se ignoran los aportes del concepto para entender la realidad social o los aportes desde la Psicología Colec- tiva sobre la *sociedad pensante*. Es verdad que muchos de los que han escrito sobre las RS, dada su relación con conceptos como las actitudes o teorías como la de la cognición social lo han hecho desde una posición más cognitivista, pero no por ello, términos como el de la *sociedad pen- sante* o incluso de *pensamiento* deben ser asumidos como situaciones meramente individuales y cognitivas. También se debe quizá a que muchos de los trabajos que le siguieron se apropiaron del concepto para investigarlo desde metodologías ya establecidas para otros conceptos como el de actitud o el de prácticas (puede verse en textos como el de Doise, Clémence y Lorenzi-Cioldi [2005], Abric [2001], Guimelli [1993]; Flament [2001], entre otros) y que han llevado a las RS a ser comprendidas en términos del individuo o se han alejado de la idea original de las RS como parte de una sociedad pensante. Sin embargo, estas ideas anteriores tienen que reflexionarse a la luz de la epistemología del concepto. Se ha dicho hasta ahora las RS constituyen un término intermedio entre ambos mundos (individual y social), por tanto, es injusto que las críticas se centren en las

objetivar es descubrir la cualidad icónica de un ser o una idea imprecisa, para reproducir un concepto en una imagen. El hecho de comparar ya es concebir, un proceso de llenado de lo que está vacío con sustancia, es volver visible (icónico) lo invisible (abstracto) en nuestras mentes, reconociendo también que no todas las imágenes pueden describirse con palabras y viceversa.

La sociedad está llena de palabras, de lenguaje. La sociedad está constantemente pensando a través de las palabras y de ideas y es a través del SC como toman *forma* común. Es una especie de «se parece a» o «tiene forma de» que la sociedad hace con cada idea que en ella circula. En ese proceso los pensamientos toman sentido, cuando pueden estar en nuestras mentes como las demás cosas del mundo, como una imagen.

Las palabras que circulan en la sociedad están constantemente refiriéndose a objetos específicos y tenemos una constante compulsión para proveerlas de significados concretos equivalentes. Como las palabras no hablan acerca de «nada» tienen que ligarse a algo, a encontrar su equivalente no verbal (Moscovici, 1984). Los significados a los que recurrimos, aunque sean concretos, no son propios de la cognición como tanto de la interacción

aproximaciones metodológicas o en aquellos que han centrado su enfoque en aspectos cognitivos (como algunos de los arriba citados). Las RS es parte de una *sociedad pensante* y no tienen que ver con una realidad exclusivamente cognitiva y segmentada.

social. Es a través de ella como se pueblan de imágenes los conceptos, de las formas imaginarias de la sociedad. No todas las palabras pueden ser ligadas a imágenes, tal vez porque no existen suficientes imágenes y fácilmente accesibles; aquellas palabras que pueden ligarse a imágenes, que son seleccionadas, debido a su facilidad para ser representadas, se integran del *núcleo figurativo* que está formado por un complejo de imágenes que reproducen un complejo de ideas³⁴. La objetivación no solamente dota de una imagen al objeto sino también de realidad, además de que, atribuida la imagen, se integra a los significados que ya se tienen y los modifica de la misma manera que el objeto es modificado al atribuirle la imagen.

Moscovici encontró esto en el caso del Psicoanálisis, donde una serie de conceptos de esta teoría, como neurosis o psicosis, son dotados de imágenes, a través de cosas o personas, para poder familiarizarlo. Es así que en ese proceso los conceptos cambian su sentido e incluso su contexto de utilización. De significar un conflicto de una estructura psíquica pasan a constituir imágenes que se atribuyen a otras imágenes (de la neurosis al neurótico), de ser un concepto pasa a una imagen, a verse como algo real que influye

34 Existen múltiples ejemplos sobre como las imágenes expresan las ideas. Desde el trabajo de Moscovici donde el confesionario expresaba la idea del psicoanálisis como práctica, la enfermedad puede decir algo del cuerpo, la calavera de la muerte, la homosexualidad del VIH sida, las arrugas de la vejez, el sexo del amor, la computadora del cerebro, el dinero del éxito, entre muchas otras cosas.

directamente en la forma en cómo nos relacionamos con las cosas y las personas. Moscovici pone el ejemplo alrededor del término de «complejo» desde el Psicoanálisis que, aun cuando es un concepto vago y difuso, es dotado de realidad e influye en la forma en cómo la gente se puede relacionar con una persona, pues, no solamente puede simbolizar su personalidad o su forma de comportarse, sino que lo *representa*, es su «compleja» personalidad y su «compleja» forma de comportarse (Moscovici, 1984).

Las imágenes si existen y pueden ser esenciales para la comunicación y la comprensión social, es porque están dotadas de realidad (y no pueden estar sin realidad), igual que no puede haber humo donde no hay fuego. Además, como *deben* tener una realidad les *encontramos* una para cada imagen, no importa cuál sea. Jodelet (1984) señala que en el proceso de objetivación la intervención de lo social se traduce en el *agenciamiento y la forma* de los conocimientos relativos al objeto de una representación, se articulan con una característica del pensamiento social, la propiedad de hacer concreto lo abstracto, de materializar las palabras.

En general, el proceso o mecanismo de la *objetivación* consiste en concretar lo abstracto, en materializar lo ideal. Doise, Clémence y Lorenzi-Cioldi (2005) señalan que este mecanismo tiene la función social de facilitar la comunicación mediante la disociación de un concepto o de un enunciado en relación con un marco conceptual científico o ideológico desde el que se le otorga su sentido completo.

3.3. Anclaje

En el caso del *anclaje* este refiere a la incorporación de nuevos elementos de saber en una red de categorías que son familiares (Doise, Clémence y Lorenzi-Cioldi, 2005). Es el proceso mediante el cual se atrae algo extraño y molesto que intriga a los sujetos dentro de su sistema particular de categorías para compararlo con una categoría (y su modelo) la cual se piensa que es adecuada (Moscovici, 1984)³⁵.

Anclar es nombrar y, al mismo tiempo, clasificar algo. Es darle la forma que tienen los conceptos y categorías ya establecidas en la vida diaria, ligar una información con otra mediante una acción de comparación y equiparación, en la cual el objeto es definido en términos comunes o establecidos. Moscovici (1984) señala que las cosas que no pueden clasificarse resultan amenazantes para nosotros y experimentamos resistencia y un distanciamiento respecto de ellas; la forma en cómo esta resistencia se va eliminando es etiquetar ese «algo» o «alguien» con un nombre familiar.

³⁵ Uno de los ejemplos más citados al respecto es también el estudio de Jodelet en una aldea en Europa donde los pacientes psiquiátricos que son puestos en su medio social por la asociación médica son categorizados por los estándares comunes y comparados con idiotas, vagabundos, espásticos, entre otros (Jodelet, 1984; Moscovici, 1984; Farr, 1984).

Este proceso es una forma de reducir las distancias entre nosotros, los objetos y las personas, mediante la selección de una característica al azar que se usa como una categoría (judío, enfermo mental, neurótico, médico, etc.) y que se convierte en co-extensiva con todos los miembros de la categoría. Cuando la categoría es positiva se le acepta, cuando es negativa se le rechaza (Moscovici, 1984). No es una decisión individual el que una categoría sea positiva o negativa, es un *proceso* de construcción, que recupera elementos de significación individuales y colectivos, que requiere de la comunicación que se da a través del lenguaje que «dice» si las cosas son positivas o no desde la cultura.

El anclaje arraiga a la representación y sus objetos a una red de significaciones permitiendo situarlos respecto a ciertos valores sociales, dándoles coherencia. Además, juega un rol decisivo esencialmente porque realiza su inscripción en un sistema de nociones «ya pensado», pensado por nosotros, pensado por los otros, pensado por la sociedad.

Por un trabajo de la memoria (que no es exclusivamente individual), el pensamiento constituyente se apoya sobre el pensamiento constituido para depositar la novedad en cuadros pretéritos, en lo ya conocido. Ibáñez (2003) señala que la función del *anclaje* es integrar la información sobre un objeto dentro del sistema de pensamiento tal y como lo tenemos ya constituido.

Dice que, en cierto sentido, siempre se ve lo nuevo a través

de los «lentes antiguos» y los deformamos lo suficiente para hacerlo entrar en los esquemas que nos son familiares.

Jodelet (1984) señala que este proceso de *anclaje* implica dos aspectos importantes. El primero refiere al enraizamiento social de las RS y de su objeto. La intervención de lo social se traduce en el *significado* y la *utilidad* que les confiere. Un segundo aspecto refiere a la *integración cognitiva* del objeto representado dentro del sistema de pensamiento que ya preexiste y las transformaciones derivadas de este sistema.

Las RS se inscriben sobre algo conocido, es decir, «algo que ya había sido pensado» (Jodelet, 1984, 490). Esto implica muchas veces un choque entre la información nueva y la ya conocida generando resistencias entre ambas. Esta es una dualidad interesante de las representaciones (el contacto entre la novedad y las representaciones preexistentes) que «consiste en ser tanto innovadoras como rígidas, tanto movientes como permanentes, y en ocasiones, en el seno de un mismo sistema» (Jodelet, 1984, 490). A este fenómeno es a lo que Moscovici llamó *polifasia cognitiva*³⁶.

Como señala Jodelet (1984) hacer propio algo que es novedoso es, de alguna forma, aproximarlos a lo que ya

36 Según Jodelet esta tiene dos implicaciones: primero, la incorporación de lo nuevo puede estimularse por el carácter creador y autónomo de la RS y, segundo, que el *anclaje* hará prevalecer los antiguos marcos de pensamiento, alineando lo nuevo a lo ya conocido (Jodelet, 1984, 490-491).

conocemos, calificarlo con palabras de nuestro lenguaje. Nombrar, comparar, asimilar o clasificar, supondrá siempre un juicio que revela algo de la teoría que uno se hace del objeto que ha sido clasificado. Podemos decir que es darle un lugar común a las cosas, es situarlo en el lenguaje, es ubicarlo como parte de nuestras interacciones sociales.

En resumen, ambos procesos, tanto objetivación y anclaje, constituyen los mecanismos a través de los cuáles la realidad se produce y se reproduce. Por un lado, los sujetos recuperan los conceptos y las ideas, se apropian de ellos, atribuyéndoles una imagen o materializándolos con algo *familiar*; al mismo tiempo, toman del pensamiento como *medio ambiente*, de los objetos e imágenes que constituyen ya una realidad para ellos las *formas* con las que se traducirán las palabras en imágenes. Esta acción no es meramente cognitiva o individual, esto implicaría decir que la sociedad se reduce a nuestra mente o a un individuo. Podemos más bien decir que nuestra mente y los individuos tienen y tendrán siempre a la sociedad presente en ellos.

4. Las representaciones sociales como objeto de la psicología social

Las RS constituyen no solamente un marco de

conocimientos de los individuos y los grupos sino también lo constituyen para la Psicología Social. No sabemos aun si la Psicología Social debe tomar un rumbo definido, en las condiciones actuales, las diferentes líneas críticas de pensamiento de la Psicología Social, como el construccionismo social, las representaciones sociales, el análisis del discurso o la psicología social crítica, siguen ganando terreno en una lucha común, que es contra la Psicología Social de influencia positivista y contra los intentos de plantear verdades absolutas y formas hegemónicas de conocimiento. Sin embargo, en esa posición, estos enfoques comparten causas y recurren a argumentos comunes en pro de nuestra disciplina como la hace la teoría que aquí planteamos (ver a Banchs, 1994). La teoría de las RS puede asumirse como una propuesta para la Psicología Social que aun está vigente y que sigue siendo válida para hacer investigación o para pensar sobre la sociedad, aun con los desaciertos que pueda presentar. Ahora reconocemos que no hay verdades absolutas y que tampoco existen teorías puras, y esta teoría no puede asumir una posición de ese tipo. Debemos en conjunto ofrecer aproximaciones teóricas que sirvan como un argumento más para las formas de verdad absoluta, cuyos efectos no se dan solamente en la ciencia, generando formas de control del conocimiento e imposición de formas de verdad, sino que también se pueden ver en la forma de ver el mundo por la gente común. Es por tanto, necesario seguir recuperando estas perspectivas a la luz de la reflexión crítica, pero

también de tomar posición ante el conocimiento que busque ser hegemónico en nuestra área, la Psicología Social. Por ello también, nuestras posiciones críticas deben revisar constantemente sus argumentos para no caer en lo que criticamos y sumir posiciones con las cuales no congeniamos, como cuando, reconociendo el papel del lenguaje en la construcción de la realidad asumimos una posición de superioridad o de mejor comprensión sobre la misma ante otras propuestas que no lo plantean de esa forma. Aun debemos discutir si la realidad está hecha totalmente del lenguaje, aun debemos discutir si la realidad puede delimitarse en esos términos, aun debemos incluso seguir discutiendo de qué forma se construye la realidad, y no darla por sentada cómo lo hacen, por ejemplo, algunos teóricos construccionistas o discursivos (ver a Potter y Edwards, 1999; Iñiguez, 2003; Ibáñez, 2001, 2003). No debemos dar por sentadas las cosas, no debemos dejar de dialogar tanto con nuestros supuestos como con los de las otras propuestas (como la del positivismo que tanto se critica). Solamente así las aproximaciones teóricas lograrán mejores argumentos para plantear alternativas de comprensión en la Psicología Social, y sobre todo, que sean tolerantes e incluyentes. Esa es la posición que debemos de asumir al respecto de nuestra disciplina, crítica y política, y también sobre nuestros conocimientos y creemos que esa es la posición que, de fondo, se comparten desde diversos enfoques alternativos en Psicología Social como los citados arriba. Este trabajo busca por ello, sin decirlo, ser crítico de las críticas y también

de los argumentos al interno de los diversos autores de las RS.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRIC, J. C. (1993), «Central system, peripheral system: their functions and roles in the dynamic of social representations», *Papers on social representations*, 2, pág. 75–78. <http://psr.jku.at/>. Revisado: 10 de agosto del 2008.
- ABRIC, Jean–Claude (2001), «Las representaciones sociales: aspectos teóricos», en Jean–Claude Abric (dir.), *Prácticas sociales y representaciones*, México, Ediciones Co–yoacán.
- BANCHS, M. A. (1990), «Las representaciones sociales: sugerencias sobre una alternativa teórica y un rol posible para los psicólogos sociales en Latinoamérica», en B. Jiménez–Domínguez (1990), *Aportes críticos a la psicología en Latinoamérica*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- (1994), «Deconstruyendo una construcción», en *Papers on social representations*, vol. 9, págs. 3.1–3.15. <http://psr.jku.at/> Revisado: 10 de agosto del 2008.
- (2000), «Aproximaciones procesuales y estructurales al estudio de las representaciones sociales», en *Papers on social representations*, vol. 3, págs. 1–23 <http://psr.jku.at/> Revisado: 10 de marzo del 2010.
- BERGER, P. y LUCKMANN, T. (1997), *La construcción social de la*

realidad, Buenos Aires, Amorrortu.

COLLIER, Minton y Reynolds (1996), *Escenarios y tendencias de la psicología social*, Madrid, Tecnos.

DOISE, W.; CLÉMENCE, A. y LORENZI-CIOLDI, F. (2005), *Representaciones sociales y análisis de datos*, México, Instituto Mora.

DURKHEIM, E. (2000), *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*, Madrid, Alianza.

DUVEEN y DE ROSA (1992). «Social representations and the genesis of social knowledge», en *Papers on Social Representations*, vol. 1, pág. 94–108, <http://psr.jku.at/> Revisado: 10 agosto del 2008.

FARR, R. M. (1984), «La teoría de las representaciones sociales», en S, Moscovici, *Psicología social II*, Buenos Aires, Paidós.

FLAMENT, C. (2001), «Estructura, dinámica y transformación de las representaciones sociales», en Jean-Claude Abric (dir.), *Prácticas Sociales y Representaciones*, México, Ediciones Coyoacán.

FERNÁNDEZ, P. (1994). *La Psicología Colectiva: un fin de siglo más tarde*, México, Anthropos.

– (2004), *La sociedad mental*, Barcelona, Anthropos.

GERGEN, K. (1997), *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Paidós.

–(2003), *An invitation to social construction*, Londres, SAHE Publications.

- GOFFMAN, E. (1997), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- GONZÁLEZ, M. A. (2001), «La teoría de las representaciones sociales», en M. A. González y J. Mendoza (comps.), *Significados colectivos: procesos y reflexiones teóricas*, México, ITESM.
- GUIMELLI, C. (1993), «Concerning the structure of social representations, en *Papers On Social Representations*», vol. 2, págs. 85–92, <http://psr.jku.at/>. Revisado: 12 de agosto del 2008.
- HALBWACHS, M. (2004), *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- (2005), «Los cuadros sociales de la memoria», en G. Giménez, *Teoría y análisis de la cultura*, vol. II, México, Intersecciones.
- IBÁÑEZ, T. (2003), *Psicología Social Construccionalista*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- (2001), *Municipiones para disidentes*, Barcelona, Gedisa.
- IÑIGUEZ, L. (2003), *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*, Barcelona, UOC.
- JODELET, D. (1984), «Las representaciones sociales: fenómeno concepto y teoría», en S. Moscovici, *Psicología social II*, Buenos Aires, Paidós.
- (1989), «Représentations sociales: un domaine en expansion», *Les Representations sociales*, París, Preses Universitaires de France.
- MARKOVÁ, I. (2003), «La presentación de las representaciones sociales: diálogo con Serge Moscovici», en J. A. Castorina

(comp.), *Representaciones sociales. Problemas teóricos y conocimientos infantiles*, México, Gedisa.

MEAD, G. H. (1999), *Espíritu, persona y sociedad*, Barcelona, Paidós.

MOSCOVICI, S. (1979), *El psicoanálisis, su imagen y su público*, Buenos Aires, Huemul.

– (1984), «The phenomenom of social representations», en S. Moscovici y R. Farr, *Social representations*, Cambridge, Cambridge University Press.

MOSCOVICI, S. y H EWSTONE, M. (1984), «De la ciencia al sentido común», en S. Moscovici, *Psicología social II*, Buenos Aires, Paidós.

MOSCOVICI, S. (1989), «Des représentations collectives aux représentations sociales: éléments pour une histoire», en D. Jodelet, *Les representations sociales*, París, Preses Universitaires de France.

– (2003a), «La conciencia social y su historia», en J. A. Castorina (comp.), *Representaciones sociales. Problemas teóricos y conocimientos infantiles*, México, Gedisa.

– (2 003b), *Notas hacia una descripción de la representación social*, en *Psic. Soc. Revista Internacional de Psicología Social*, vol. 1, núm. 2, enero–junio de 2003, 67–118. México.

OVEJERO, A. (1999), *La nueva psicología social y la actual postmodernidad. Raíces, constitución y desarrollo histórico*, Oviedo, Universidad de Oviedo.

POTTER, J. (1998), *La representación de la realidad*, Barcelona, Paidós.

- POTTER, J. y BILLIG, M. (1992), «re–representing representations. Discussion of Raty and Snellman», en *Papers On Social Representations*», vol. 1, pág. 16–20, <http://psr.jku.at/>. Revisado: 12 de marzo del 2010.
- POTTER, J. y EDWARDS, D., «Social representations and discursive psychology: from cognition to action», en *Culture and psychology*, vol. 5, Londres, Thousand Oaks, CA and New Delhi, Sage publications. Revisado: 13 de mayo del 2010, págs. 447458.
- RORTY, R. (1996), *Objetividad, relativismo y verdad*, Barcelona, Paidós.
- SCHUTZ, A. (1974), *Estudios sobre teoría social*, Buenos Aires, Amorrortu.
- SCHUTZ, A. (1977), *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu.

Capítulo XI

CONTEXTUALIZANDO LAS NUEVAS PROPUESTAS DE LA PSICOLOGÍA DE LA CIENCIA

Rubén Martínez Miranda
Melissa G. Orozco

En los últimos veinte años, los avances de la psicología de la ciencia en sus diferentes áreas (desarrollo, cognitiva, personalidad y social, por nombrar las más avanzadas) han ido generando una expectativa creciente dadas las posibilidades que han abierto para conocer nuevos aspectos sobre la generación de conocimiento científico y sobre los mismos científicos que, desde hace ya tiempo, han venido siendo estudiadas –aunque de manera distinta– por el resto de las

metaciencias. En esta *subdisciplina naciente*³⁷, tres obras han señalado los diferentes elementos teórico-metodológicos que prestan apoyo al campo, asimismo, han rescatado un número de esfuerzos que anteriormente habían emprendido la iniciativa de estudiar la ciencia desde la psicología (Shadish, Houts, Gholson & Neimeyer, 1989; Shadish & Fuller, 1994; Feist, 2006). Además de estas tres referencias clave, actualmente muchas investigaciones enriquecen las discusiones y dan muestras de las herramientas con las que cuenta esta subdisciplina (Gorman, Tweney, Gooding & Kincannon, 2005; Dunbar, 1999).

Pese a esta considerable literatura sobre el tema que se ha acumulado en casi veinte años, para muchos la psicología de la ciencia sigue siendo hasta cierto punto un aspecto desconocido dentro de la psicología. Ello se debe a muchas razones relativas tanto a su novedad, como a su estado actual de consolidación, sin embargo, un impedimento significativo que al menos constituye parte de nuestra experiencia en nuestra Facultad, es la falta de interés por parte de los psicólogos en tomar la ciencia y tecnología como objetos de estudio con derecho propio. ¿Por qué –se preguntan– estudiar la ciencia y los científicos cuando hay problemas más apremiantes y que necesitan quizá más atención?

37 La expresión «subdisciplina naciente» es tomada de Feist & Gorman (1998).

Las razones no son tan sencillas de explicitar y por ello queremos ir las introduciendo desde ahora a manera de atraer a los lectores de este capítulo a lo que seguirá.

Como lo han hecho evidente numerosos estudios del dominio de la CTS (Ciencia, Tecnología y Sociedad) y como a su vez lo han ratificado los psicólogos de la ciencia (Feist & Gorman, 1998, pág. 3), la ciencia y la tecnología han cambiado radicalmente 'nuestro' mundo material y 'nuestra' cultura y esa razón, para muchos, tiene por sí sola el peso suficiente para que volteemos nuestra atención hacia el estudio de la producción de conocimientos científicos y tecnologías. No obstante, autores como Serres (2001; 2005) han expuesto lo difícil que resulta percibir la novedad cuando estamos inmersos en un mundo de constantes cambios; para el caso de la tecnología, por ejemplo, nuestro comportamiento habitual nos obliga a tomarla por sentado. Así, Bijker y Law han mencionado que la falta de curiosidad por el estudio de la tecnología «tiene un sentido perfecto» porque, de otro modo, «si nos detuviéramos a pensar por qué nuestros artefactos (...) funcionan o toman la forma que toman, jamás nos las arreglaríamos para hervir el agua y hacer el café de cada mañana» (Bijker & Law, 1992, pág. 2).

Así pues, como puede verse, gran parte del interés en el estudio de la ciencia y la tecnología no sólo radica en el hecho de prestarles más atención porque transforman continuamente nuestro mundo, ya que, contradictoriamente, la mayoría de las tareas cotidianas

hace necesario que pasemos por alto estos avances y logros. Sin embargo, las catástrofes (naturales o tecnológicas) y los problemas que eventualmente pueden desencadenar, nos recuerdan que la ciencia y la tecnología deben de ser analizadas demuestren problemas o no.

El interés de las metaciencias en el estudio de la producción de conocimientos y artefactos surge así ante la posibilidad de que las ciencias y las tecnologías presentan problemáticas diversas desde su origen, ellas «pudieron haber sido de otro modo», es decir, las ciencias y las tecnologías no tienen una trayectoria que *a priori* esté definida o sea única y, aunque algunas dificultades de nuestro lenguaje también interfieren complicando nuestro entendimiento y consideraciones sobre las mismas, dejándonos la idea de tratarlas siempre como productos (ibíd., págs. 3–7), la apuesta es que hay factores sociológicos, económicos, políticos, etc., que influyen en la producción de conocimientos científicos y artefactos. A esto la psicología de la ciencia ha venido a agregar que sin reflexiones psicológicas nuestro entendimiento sobre el conocimiento científico y sobre los científicos e ingenieros estará limitado, por ello y por razones más particulares que iremos desplegando a lo largo de este artículo, se hace imprescindible conocer este nuevo dominio de investigación.

En el presente capítulo, vamos a situar algunas de las principales contribuciones que han dado marcha a este

campo y que se han dado a la tarea, por un lado, de rastrear los aportes que desde cada una de las áreas de la psicología podrían resultar útiles a fin de estudiar la ciencia y la tecnología y, por otro, de buscar las conexiones que dichos abordajes podrían establecer con los estudios CTS que son, por así decir, el conglomerado de las metaciencias. Este esfuerzo de situar los diversos aportes generados no es exhaustivo, pero es una aproximación desde la que pretendemos poner énfasis en los supuestos que han ido conformando la base de este dominio, así como en los abordajes de estudios concretos y sus respectivas críticas que ya han dado muestra de los retos que enfrenta la psicología de la ciencia frente a otras disciplinas y que constituyen un aliciente fundamental para el encausamiento de indagaciones futuras en este campo. Así pues, nuestro intento de contextualizar estos aportes tiene como fin poner al alcance del lector una serie de ideas básicas sobre esta *«sub-disciplina naciente»*.

1. Del pesimismo al optimismo en la psicología de la ciencia

Aunque ha sido difícil establecer con precisión el origen de la psicología de la ciencia (Feist & Gorman, 1998; Feist, 2006), la literatura sobre el tema ha ubicado dos momentos,

hasta ahora, de su desarrollo. Uno de ellos ha sido descrito como «la etapa del pesimismo» (1970–1980) y el otro como «la etapa del optimismo» (1985–2000). El cambio de una etapa a la otra no sólo está marcado por una serie de revisiones y propuestas que han definido de mejor modo cómo la psicología podría abordar el estudio de la ciencia y de los científicos, este cambio es también señal de una reorganización de la literatura y de una selección de teorías, métodos y temas que podrían ser prometedores para el establecimiento de esta subdisciplina, lo cual ha tenido como resultado la identificación de un mayor número de investigadores dedicados a este campo.

1.1. El pesimismo en la psicología de la ciencia

La primera etapa, que aquí estamos tomando entre 1970 a 1980 siguiendo a Feist & Gorman (1998), pero cuyas raíces van más atrás en la historia, está conformada por una serie de trabajos que trataron de explicar algunas características personales de los científicos que supuestamente contrastaban tanto con las características de otros profesionales así como con las del individuo en general. En estos estudios aspectos como la sociabilidad, la inteligencia, la personalidad y otros, fueron analizados con una orientación poco explícita y más que estar insertos en una

psicología específica, se trata de «estudios pasados y presentes» que estaban en emergencia (véase Shadish & Fuller, 1994, pág. 4). Por lo mismo, en estos trabajos no mucha atención es dedicada a la ciencia, pues «la unidad de análisis» es el individuo científico que es considerado como un ser especial, por decirlo de otra manera, en estos primeros trabajos la ciencia sólo es un derivado de lo que los científicos hacen y no un conocimiento que pudo ser transmitido ya fuera por interacciones o por otro tipo de fuentes y que como tal, también pudiera ser estudiada. Como señalan Shadish y Fuller la hipótesis básica en este tipo de psicología sugiere que el éxito de la ciencia se halla en las características psicológicas especiales de los genios científicos, quienes son considerados cualitativamente diferentes de otros individuos.

Hay básicamente dos limitantes con esta psicología una es, a nuestro juicio, el reduccionismo de la ciencia entendida independientemente del científico y cuya concepción determina la manera en que es tratado el científico en tanto objeto de estudio, la otra es la falta de relación de los hallazgos psicológicos con las discusiones presentes en las metaciencias. Ambas limitantes han sido señaladas antes con diversos alcances. Maslow, por ejemplo, criticó la visión reduccionista de la ciencia en algunos de estos trabajos psicológicos y señaló la necesidad de elaborar versiones «más humanistas» de la psicología que mostraran al individuo científico con otros matices además de aquellos

que enfatizaban capacidades intelectuales (Feist y Gorman, 1998, pág. 4). La otra crítica que intenta ligar las reflexiones de la psicología con algunas discusiones de las metaciencias es más reciente y forma parte de un pequeño conjunto de estudios que reanimaron este campo de investigación luego de 1980, esta crítica se ha ocupado de señalar sobre todo las semejanzas y diferencias respecto a la «madurez» que guarda la psicología de la ciencia y la tecnología con la amplia gama de estudios CTS que tienen ya más trascendencia y un número considerable de logros, a su vez, esta crítica ha lanzado propuestas muy concretas sobre lo que la psicología de la ciencia podría ser.

En cierto sentido, la etapa uno se trata de una etapa pesimista por estos tipos de limitaciones y porque el terreno conquistado por las explicaciones filosóficas, históricas y sociológicas, de una forma u otra, había comenzado a descartar que los éxitos de la ciencia radicarán en las «mentes» o capacidades «cognitivas» de los científicos. De tal suerte que, para las metaciencias el éxito (y en algunos casos el fracaso, véase Bloor, 2003) de la ciencia se explica y se atribuye más al uso de la lógica científica–verificacionista (Ayer, 1986), al método falsacionista (Popper, 1965), a las situaciones favorables o desfavorables del contexto económico, político y social (Merton, 1973), o a la resolución de controversias científicas (Bloor, 2003). Esta etapa pesimista de la psicología de la ciencia ha sido sobre todo caracterizada en evaluaciones sobre el tema surgidas

durante la década de 1970, periodo de escasos trabajos en el campo (Feist & Gorman, 1998, pág. 4). Y, pese al valor heurístico que pudiera haber en algunos de ellos, el diagnóstico generalizado de esa época señala de forma contundente la inmadurez de esa psicología. De este modo, autores como Fish, quienes han revisado el desarrollo de la psicología de la ciencia, señalaron que los estudios sobre los «atributos psicológicos de los científicos» de ese entonces, eran investigaciones «disparatadas» y de «naturaleza inconsistente» (ibíd., pág. 3; Feist, 2006). Más recientemente, Gholson, Shadish Jr., Neymeyer y Houts (1985) calificaron esa época como un gran «fracaso» para la psicología, frente a los logros alcanzados por las otras metaciencias. Para estos autores, cinco son las causas que explican el fracaso de la psicología de la ciencia de esa época: dificultad de los psicólogos por no saber comunicar sus descubrimientos a las otras metaciencias; falta de contribuciones únicas al estudio de la ciencia; difusión de hallazgos de manera aislada y poco sistemática; falta del planteamiento de enunciados arriesgados; dependencia del paradigma lógico empirista dominante (ibíd., págs. 6–7). En resumen, a la luz de las otras metaciencias, los conocimientos psicológicos parecieron «mundanos», «redundantes» e «incapaces de atraer el interés de las otras disciplinas metacientíficas», así como el de los propios psicólogos.

1.2. El optimismo de la psicología de la ciencia

Pese al pesimismo que marcó parte del comienzo de la psicología de la ciencia, las evaluaciones realizadas tuvieron como resultado un florecimiento de la subdisciplina que parece haber asentado un punto de partida mucho más sólido. Este 'nuevo comienzo' de la psicología de la ciencia se remonta a mediados de la década de los ochenta del siglo pasado con el surgimiento del libro *Psychology of Science Contributions to Metascience* (Gholson, Shadish Jr., Neymeyer y Houts, 1985), donde un grupo de filósofos, historiadores y psicólogos reunidos en la Universidad de Memphis, Arizona, se dio a la tarea de organizar un ambiente favorable que posibilitara un intercambio de comunicación más fluido entre los psicólogos, además de sistematizar una amplia bibliografía cuya principal característica era tomar como referencia lo que ellos mismos denominaron «los dominios teóricos de la psicología». Dentro de esos dominios fueron incluidos el cognitivo, para estudiar la formulación y evaluación de múltiples hipótesis; el de la psicología social, para investigar, entre otros, los impactos que tiene la regulación ética en las prácticas de investigación; el de la personalidad, para estudiar la conducta organizacional de los científicos; etc. (ibíd., pág. 10).

Además, aquí también fueron incorporadas las contribuciones de Simonton. Su hallazgo sobre la creatividad científica es una de las más sólidas aportaciones al estudio de la ciencia desde la psicología. La teoría sobre la variación

ciega y la retención selectiva es una detallada explicación del porqué el genio científico crea procesos y productos originales con los que cambia radicalmente la visión y la transformación del mundo. En su investigación sobre la creatividad científica Simonton no niega que el genio nace en un contexto social y político específico, a decir del autor, entre más heterogéneo en ideas y expresiones sea el contexto, mejores serán las condiciones que favorezcan el nacimiento de genios. Por lo anterior, Simonton desafía las teorías psicologicistas que explican la personalidad del científico como una entidad con cualidades superiores por encima de cualquier individuo y donde el ambiente se presenta completamente aislado del científico. Asimismo, Simonton desafía las teorías sociológicas, por ejemplo aquellas de Merton, que rechazan la creatividad del genio científico como un componente explicativo del desarrollo de la ciencia, pues para autores como Merton, «los descubrimientos y las invenciones son virtualmente inevitables» (Mertonen Gholson, 1989, pág. 200).

Los dominios teóricos de la psicología son pues en su mayoría herramientas de la disciplina ‘madre’, la psicología, que han sido utilizadas para explorar algunas dimensiones del trabajo científico tales como la resolución de problemas, la colaboración, la generación de preguntas, etc.³⁸. Por

38 Otras dimensiones del trabajo científico que también han sido indicadas dentro de esta obra cubren la selección de carreras, la planeación de programas, la selección de problemas, la implementación de proyectos, la selección de métodos, la dirección de proyectos, el análisis de datos, la

supuesto, los dominios teóricos señalados no son los únicos y muchas otras áreas de investigación teórica y empírica han sido sugeridas, entre las más importantes es posible mencionar aquellas abiertas por los estudios de la cognición, los cuales han hecho un número de esfuerzos considerables para superar el psicologismo. Desde estos estudios, se ha recuperado una noción en la que el abordaje de la producción de conocimiento científico es incorporado dentro de la investigación psicológica, la cual entiende el conocimiento como un ejercicio de solución de problemas (Nersessian, 2005) más que como una práctica social situada (véase Pickering, 1992). Desde esta área, mucho se ha hecho para responder a las críticas de la antropología de la ciencia y a otros estudios metacientíficos que habían descartado la importancia que pudieran tener los factores cognitivos en la generación de conocimiento científico. Justamente, lo que aquí se está haciendo es elaborar nuevos marcos conceptuales, como el llamado enfoque ambiental, en el que se intenta que confluyan elementos de las explicaciones culturales y sociales con aquellos de la psicología cognitiva (Nersessian, 2005).

A principios del siglo XXI, otras nuevas aportaciones de la psicología para el estudio de la ciencia vinieron a enriquecer

interpretación, el uso del trabajo de otros, el procesamiento de información, la colaboración, el comportamiento organizacional, la evaluación de la ciencia, la obtención de financiamiento, el entrenamiento de nuevos científicos, la responsabilidad social (Gholson, et. ál., 1989, pág. 11).

el campo: las de Gorman sobre la personalidad de los evaluadores de revistas científicas que influyen en la aceptación y/o rechazo de artículos científicos; las de Rosenthal sobre el proceso de cognición social que influye en el «efecto del experimentador», las de Shadish sobre la influencia que tiene la percepción en la evaluación de la calidad de la ciencia; las de Feist relativas al estudio de la conducta y del pensamiento científico para proveer «evidencias empíricas de validez predictiva» con el objeto de identificar a la gente joven que llegarán a ser los mejores científicos de la siguiente generación (Feist, 2006).

A pesar de los avances, los psicólogos siguen cuestionándose «por qué la psicología de la ciencia sigue tardando tanto en consolidarse como disciplina metacientífica» (ibíd., págs. 26–27). Parece ser que los esfuerzos de la psicología no han sido aún lo suficientemente relevantes frente a las otras metaciencias, pese haber integrado esa vasta literatura que intenta dar cuenta del posicionamiento único de la psicología para evaluar empírica y estadísticamente los contenidos técnicos de la ciencia, así como predecir psicológicamente cuál puede ser una mejor generación de científicos. A nuestro juicio, la psicología sigue aún en un estado de incertidumbre en lo referente a su relación con otros estudios metacientíficos, pero hacia su interior cada vez son más claras las contribuciones que puede generar y está generando. Algunas razones nos hacen pensar lo anterior. En la actualidad algunos de sus

principales portavoces siguen señalando que «a la psicología no se le ha hecho el suficiente caso» (ibíd., pág. 145); por otro lado, dentro de la subdisciplina muchos de sus dominios teóricos aún son independientes, pero se espera que puedan intersectarse para ofrecer una visión más integral; finalmente, muchos psicólogos no se sienten plenamente identificados con este campo de investigación; y otros hasta «abiertamente lo han abandonado» (ibíd., págs. 26–27).

Resumiendo, dos tipos de problemas siguen estando presentes en esta etapa 'optimista'. Uno de ellos es la definición del objeto de estudio. Si bien estas contribuciones establecen que el objeto de estudio para la psicología de la ciencia es el «estudio científico de la conducta científica y de los procesos mentales», los psicólogos de la ciencia también han reconocido que con este tipo de definiciones tan abiertas, la psicología de la ciencia no está exenta de seguir el camino un tanto disperso que se observa en la psicología en general (Gholson et. ál., 1985, pág. 9). El otro problema y que quizá es el punto más débil de esto, es la enorme dificultad por establecer un debate actualizado con las metaciencias más maduras. Más allá de lo que la psicología de la ciencia realiza hoy en diferentes dominios, son aún pocos los trabajos conjuntos con historiadores, filósofos y sociólogos de la ciencia (ibíd., pág.14). Hasta cierto punto, uno podría pensar que la psicología de la ciencia está aislada del debate internacional favorecido por el movimiento CTS, dado que con el alcance de este movimiento en la década de

los setenta (Pickering, 1992), las hipótesis relativas al carácter social de los contenidos de las ciencias se han constituido en el principal eje explicativo entre algunas de las corrientes más dominantes en las metaciencias. De tal suerte que estas primeras contribuciones que intentan poner en el debate a psicología de la ciencia con las otras disciplinas parecen todavía quedar un tanto relegadas.

Con todo, la diferencia respecto a la etapa anterior es el interés que estas contribuciones han logrado despertar en los psicólogos. Aunque no deben descartarse que aún sigue siendo un punto de intenso cuestionamiento las razones por las que la psicología de la ciencia sigue tardando tanto en consolidarse como disciplina metacientífica (Feist, 2006).

2. El programa empírico de la psicología de la ciencia (PEC)

Habiendo discutido de manera muy general algunos de los supuestos básicos que conforman la psicología de la ciencia, y las dimensiones del trabajo científico que se intenta capturar a través de sus diversas herramientas teórico-metodológicas, vamos a volver ahora sobre cómo ha sido definido el objeto de estudio de la psicología desde uno de sus dominios, la psicología social. Esta es una de las dimensiones que ha recibido mayor atención y desde la cual

se ha hecho un valioso esfuerzo por revisar las teorías y métodos de la psicología social psicológica para aplicarlas como herramientas para el estudio de la ciencia. De esta manera, muchos de los temas que animaron la psicología social americana (actitudes, atribución, relaciones inter e intragrupal, etc.) en estudios con no científicos, han sido retomados junto con sus metodologías para proponer cómo podría ser abordado el estudio de los científicos y las dimensiones de su trabajo. A la par de esto, muchas de las discusiones de la CTS que son relevantes para esta propuesta han sido igualmente organizadas dentro del primer Programa Empírico Conceptual de la psicología social de la ciencia: el PEC (Shadish y Fuller, 1994).

Como propuesta, este programa continúa el camino abierto en el libro *Psychology of Science Contributions to Metascience* mencionado anteriormente, y recoge otras dos líneas de trabajo: la de los estudios pioneros de la psicología de la ciencia y la de los estudios de la cognición, ésta última un punto de interés convergente tanto para psicólogos como para epistemólogos naturalistas.

Las tres referencias que se retoman en el PEC permiten reafirmar: 1) que la psicología es un área que cuenta con antecedentes en el estudio de la ciencia, 2) que sus métodos y teorías permiten explorar aspectos de la ciencia que otras metaciencias no han explorado y/o que aún no cuentan con evidencia empírica y, 3) que la identificación de tales aspectos y su abordaje desde la psicología social es una

forma de establecer un debate más organizado entre la psicología y los estudios CTS.

El punto 2 es desde luego el más enfatizado en este programa y en reflexiones similares como la de Fuller (Fuller, 1994), donde se hace más explícito que el PEC constituye una continuación del Programa Fuerte propuesto por Bloor (2003), en tanto que busca abordar empíricamente el estudio de «entidades epistémicas» como la inteligencia, la creencias, la razón, los procesos cognitivos y otros., algunas de las cuales, aun cuando forman parte de las reflexiones del Programa Fuerte y otras perspectivas, dejan aspectos sin explorar. Un ejemplo de lo anterior son los estudios sobre la cognición mencionados antes que abordan la ciencia como una cuestión de resolución de problemas, otro son las propuestas sobre el estudio de la actitud que apuntan a explicar «las disposiciones favorables y desfavorables que tienen los individuos hacia los objetos» (Shadish & Fuller, 1994, págs. 34). Para el PEC, este tipo de trabajos podría ayudar a entender cómo los objetos (teorías científicas, fenómenos empíricos, hipótesis de trabajo, etc.) predisponen de manera favorable o desfavorable a los científicos, como podría ser el caso de la realización de ciertos experimentos cruciales que son de interés para el asentamiento de hallazgos. Una propuesta aún más audaz son los trabajos sobre la atribución, con los cuales se espera identificar qué procesos cognitivos posibilitan predicciones sobre el mundo real, y de igual modo, se espera poder medir

ese grado de atribución predictiva. Para medir ese grado de atribución, se han propuesto tres criterios: a) consenso, b) distinción y c) consistencia, de manera que esto sugiere la posibilidad de evaluar qué tan «altas» o «bajas» pueden resultar las predicciones de los científicos. Para el PEC lo anterior puede resultar útil con el objeto de analizar de qué manera los científicos juzgan la validez de una teoría científica. Una alta atribución sería que una teoría sea juzgada como válida porque 1) hay otros científicos que están de acuerdo con su validación, 2) porque los científicos no están satisfechos con las teorías que disponen en ese dominio y 3) porque la validez del juicio se ha sostenido de manera permanente; por su parte, una baja atribución sería que una teoría tenga poca validez porque 1) muy pocos científicos la consideran válida, 2) porque existen otras alternativas que explican más o menos lo mismo 3) porque en vez de considerar la validez de un juicio que se ha sostenido de modo permanente, los científicos consideran aspectos de la personalidad del científico y no su propuesta (ibíd., págs. 28–29).

En las nueve características substantivas que definen la orientación del PEC, uno de los puntos que resulta más medular es el de «el estudio del científico en su contexto». Esta delimitación analítica no está contrapuesta a los planteamientos generales de la psicología de la ciencia en el sentido de una dicotomía individual/social, más bien, intenta capturar con métodos y teorías de la psicología social ciertos

fenómenos descubiertos en estudios con no científicos (conformismo, atribución y otros) que no están exentos del quehacer y el acontecer de la ciencia y la tecnología.

Ahora bien, el estudio del científico en su contexto parece dar lugar a más de una acepción en la psicología social de la ciencia. Por un lado, resulta común asociarlo con algunos trabajos de la microsociología que para dar cuenta de cómo «los contenidos técnicos» de la ciencia están mediados por «factores sociales», se han dado a la tarea de «seguir a los científicos» dentro del laboratorio (véase Latour, 1992). Más, a diferencia de esta aproximación, el PEC pretende estudiar al científico desde cuestiones «más psicológicas» que los parámetros comúnmente empleados por los estudios micro para mostrar lo individual tal como sería: los intereses, las jerarquías y/o conformación de agencias. Otra diferencia que es importante señalar es que a diferencia de estos estudios micro donde lo social es estudiado y entendido como una red que se va constituyendo en el curso de la actividad científica (ibíd.), el PEC no parece tener un posicionamiento claro respecto a cómo abordar lo social. Más específicamente, lo que podría decirse es que este programa es atento a los planteamientos micro y macro de la sociología de la ciencia que podrían comprometer a la psicología social en discusiones muy particulares como las referentes a la «cientifización de la sociedad» (Shadish y Fuller, 1998, pág. 61). Y, desde nuestro punto de vista, la cautela que se aprecia aquí no tiene que ver tanto, como lo

han sugerido algunos (Iñiguez y Pallí, 2002), con la idea de preservar el conservadurismo sobre la definición de lo social en tanto simples interacciones que mantuvo la psicología social americana, sino con la falta de estudios que ayuden a definir qué aspectos de lo social pueden retomarse a muy distintos niveles para poder poner en marcha un debate más organizado entre perspectivas psicológicas y sociológicas de la psicología social.

Conclusiones

Abrimos este capítulo indicando las razones por las que algunos estudiosos han incursionado dentro del estudio de la ciencia y la tecnología. Los psicólogos no son la excepción y ya un número creciente de estudios así lo demuestran. Dos etapas en su desarrollo han puesto los cimientos que hoy día dirigen la mayoría de las investigaciones. Estas ideas básicas enfatizan estudiar al científico en su contexto, esto es, en sus relaciones con otros pares, en sus tareas de resolución de problemas, en sus orientaciones en las diversas dimensiones de la actividad científica, a partir de aquellos parámetros que desde hace tiempo ha venido delineando la psicología. Por su puesto, estos parámetros no constituyen un punto de partida firme que sea incuestionable para abordar ahora el estudio de los científicos, más bien, ellos son referencias que

también están en revisión y cuyo análisis resulta fundamental para abrir camino a la psicología entre las otras metaciencias.

El ámbito de la psicología de la ciencia actualmente necesita de investigaciones empíricas que den sustento a la subdisciplina. Como hemos dicho, el desafío de esto consiste en hacer contribuciones únicas y ya la literatura ha más o menos señalado los espacios por los que se podría avanzar. Hoy día se hace imprescindible sumarse a este tipo de estudios porque el desarrollo de investigaciones no sólo permitirá consolidar la disciplina, sino porque también ayudará a descifrar aspectos importantes acerca de la vida científica y de su despliegue en los laboratorios de investigación.

BIBLIOGRAFÍA

AYER, A. (comp.) (1986), *El Positivismo Lógico*, México, F.C.E.

BIJKER, W. y LAW, J. (eds.) (1992), *Shaping Technology. Building Society*, USA, MIT. BLOOR, D. (2003), *Conocimiento e imaginario social*, España, Gedisa.

DUNBAR, K. (1999), «The scientist In Vivo: How scientists think and reason in the laboratory», en L. Magnani, N. Nersessian y P. Thagard, *Model–Base reasoning in scientific discovery*, Plenum, Press.

FEIST, G. y GORMAN, M. (1998), «The Psychology of Science:

Review and Integration of a Nascent Discipline», *Review of General Psychology*, vol. 2, núm. 1, págs. 3–47. FULLER, S. (1994), «The social psychology of scientific knowledge: Another Strong Programme», en W. R. Shadish y S. Fuller (eds.), *The social psychology of science*, Londres, Guilford Press, N.Y., págs. 162–180.

GHOLSON, B.; SHADISH JR., W.; NEYMEYER, R. y HOUTS, A. (1989), *Psychology of Science. Contributions to Metascience*, USA, Cambridge University Press.

GORMAN, M.; TWENEY, T.; GOODING, D. y KINCANNON, A. (2005), *Scientific and Technological Thinking*, Londres, LEA Publishers.

IÑIGUEZ, L. y PALLÍ, C. (2002), «La psicología social de la ciencia: revisión y discusión de una nueva área de investigación», *Anales de psicología*, 18 (1), 13–43.

LATOUR, B. (1992), *La ciencia en acción*, Barcelona, Editorial Labor.

MERTON, R. (1973), *Sociology of Science*, Chicago, University of Chicago Press.

NERSESSIAN, N. (2005), «Interpreting Scientific and Engineering practices: Integrating the Cognitive, Social, and Cultural Dimensions», en M. Gorman, R. Tweney, D. Gooding y A. Kincannon (eds.), *Scientific and Technological Thinking*, Londres, LEA Publishers.

PICKERING, A. (1992), *Science as Practice and Culture*, USA, Chicago Press.

POPPER, K. (1965), *La Lógica de la Investigación Científica*, Madrid, Tecnos.

SERRES, M. (2001), «Lo virtual es la misma carne del hombre», en <http://www.eduteka.org/pdfdir/Serres.pdf>.

– (2005), «Estamos frente a una nueva humanidad», en http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=683921.

SHADISH, W. R.; HONTS, A. C.; GHOLSON, B. y NEIMEYER, R. A. (1989), «The psychology of science: An introduction», en B. Gholson, W. R. Shadish, R. A. Neimeyer y A. C. Houts (eds.), *Psychology of science: Contributions to metascience*, Cambridge, England, Cambridge University Press, págs. 1–16.

SHADISH, W. R., FULLER, S. y GORMAN, M. E. (1994), «Social Psychology of Science: A conceptual and empirical research program», en W. R. Shadish y S. Fuller (eds.), *The social psychology of science*, Londres, Guilford Press., N.Y., págs. 3–123.

Capítulo XII

SEIS TESIS ACERCA DE LA ECONOMÍA DE LA INFORMACIÓN

Enrique De La Garza Toledo

Muchas propuestas de etapas de la sociedad y la Economía capitalista surgieron luego del derrumbe de las antiguas teorías, con la Gran Transformación de inicios de los ochenta. Uno de los conceptos novedosos previos a esos años fue el de sociedad Postindustrial de Daniel Bell y de Touraine. Se trataba de la sociedad basada en la información, vinculada también a la extensión de los servicios a expensas, primero, de la agricultura y luego de la industria. Muchos otros conceptos compitieron para caracterizar los nuevos tiempos de fin del Estado interventor

en la Economía y benefactor, de los grandes proyectos de reforma de la sociedad (socialismo), de la clase obrera industrial como portadora de un gran proyecto transformador. Así, se habló del fin de la modernidad y el advenimiento de la postmodernidad. En un nivel diferente del fin del modo de regulación fordista y la llegada del postfordista. Pero uno de los criterios de periodización que predominó fue el de la llegada de la sociedad del conocimiento –que implica cambios más extensos que los que atañen a la Economía–, o bien de la información, en términos de modelo económico de la Nueva Economía, la Economía de la Información o bien del Conocimiento. Es de hacer notar que tantas periodizaciones y caracterizaciones de la etapa actual del capitalismo no dejan de obscurecer o endulzar la realidad del Neoliberalismo como formación socioeconómica –concepto poco popular entre los neoliberales– y portan algún concepto de utopía de sociedad, en forma diferente de las de la etapa moderna (Estado benefactor, Socialismo) al pensar la posibilidad de una sociedad de libertad, de creatividad, de flexibilidad y riesgo excitante y conveniente.

Es el caso de la línea que va de la sociedad postindustrial de Daniel Bell a la del Conocimiento, Información, pensada en torno de la informática y la computación actualmente, la de la red de internet que no es propiedad de nadie en especial, que permite la comunicación sin fronteras, que rompe las fronteras del trabajo fordista, y las limitaciones

cognitivas del modelo de producción y de sociedad anterior. Aunque una parte de los teóricos de la sociedad del conocimiento reconocen la polarización mundial actual entre los informatizados y los que no lo están, sobre todo por condiciones educativas y de miseria material, no deja de haber una apuesta optimista por las potencialidades democráticas y de creatividad que tendría la sociedad de la información. Las utopías duras vinculadas a la idea de Revolución han sido substituidas por otras más compatibles con el Neoliberalismo. Con respecto de estas concepciones sobre la sociedad del conocimiento solo trataremos lo que concierne a la producción y la Economía, conscientes de que las implicaciones de la sociedad del conocimiento exceden al funcionamiento económico y productivo y tienen consecuencias en el conjunto de las relaciones sociales, aunque de manera diferenciada por clase social y región del planeta.

Tesis 1: El concepto de Economía del Conocimiento es de menor alcance que el clásico de Tecnología como factor de producción.

Al respecto tendríamos que problematizar si conocimiento es un concepto más complejo que el de información. La diferencia simplista habla de que el conocimiento tendría un carácter explicativo y la información descriptivo, el conocimiento un contenido teórico y la información

empírico. Lejano está el día en que para el positivismo la percepción a través de los sentidos estaba dada y que había una distinción tajante entre lenguaje teórico y observacional, hoy se acepta que lo teórico puede ser observacional y que la observación más simple pone en juego conceptos, de esta manera no resulta obvia la diferencia entre conocimiento e información. También se dice que la información es atomizada, datos atomizados sin relación de unos con los otros, y el conocimiento debería verse como sistema. Sin embargo, hay muchos datos no atomizados que se consideran información (por ejemplo, los datos de empleo de la Encuesta Nacional de Empleo, que se generan con una lógica descriptiva, pero que están ordenados y no simplemente atomizados). Lo que sí es cierto es que el conocimiento es más amplio que el dato empírico, en esta medida cabe más el concepto de Economía del Conocimiento que de la información, en todo caso el primero incluye al segundo. Pero, cuando se habla de Economía basada o bien ramas que generan conocimiento, se trataría en particular del conocimiento científico, porque puede haber un conocimiento no científico (por ejemplo, la magia negra)³⁹. En esta medida con designar como Economía del Conocimiento a la forma actual no se avanza mucho más de la antigua aserción de que la producción moderna

39 También ha quedado superado el criterio de demarcación entre ciencia y no ciencia del positivismo, las corrientes epistemológicas actuales más importantes se dividen entre un relativismo extremo que no los distingue y la propuesta del continuum entre ciencia y no ciencia.

descansa cada vez más en la ciencia aplicada a la producción. Es decir, el concepto de Tecnología es más preciso y de potencial de desarrollo que el ambiguo de conocimiento. El de Tecnología permite preguntar si todo conocimiento aplicado a la producción es científico, la respuesta es negativa; también si habría que diferenciar entre ciencia básica y conocimiento tecnológico, aplicado a la producción, y, por tanto, cuales son las condiciones para que se dé el paso de la invención a la aplicación productiva y porqué corresponde este tránsito a profesiones diferentes.

En otras palabras, en la supuesta sociedad del conocimiento es perfectamente válido y de mayor riqueza el concepto de Tecnología moderna, el conocimiento tecnológico por supuesto puede convertirse en una rama de la producción y no simplemente el conocimiento o la información. Habría que agregar que hay formas no materiales de producción que no puede ser asimiladas a la producción de conocimiento y que entran en un concepto más abarcante que es el de producción de símbolos, el conocimiento es simbólico pero no toda producción de símbolos es cognitiva, por ejemplo el mercado de espectáculos masivos de Rock, plagado de símbolos en donde el componente cognitivo es marginal frente a los de naturaleza emotiva, valorativa cultural, estética, con formas particulares de razonamiento.

Tesis 2: Lo nuevo es la importancia de la ciencia aplicada a la producción y la conversión de la investigación científico-tecnológica en una rama en sí misma de la producción con su mercado.

Por supuesto que en una concepción más amplia de sociedad de la información no solo importan el conocimiento científico, también los símbolos emotivos, valorativos, estéticos, etc. Y estos se producen, se compran y se venden, pero no se trata solo de información o de conocimiento. En el caso de la Economía y en particular de la producción, lo que importa realmente en el periodo actual es la gran importancia del conocimiento científico para producir mercancías. Sin duda que se puede vender y comprar información, pero esta para convertirse en proceso productivo tiene que procesarse, interpretarse, adaptarse. En este contexto, los medios informáticos (combinación de computación y telecomunicaciones) sin duda que impactan a los procesos productivos en cuanto a poner a disposición en forma más rápida información y poder conectar en tiempo real a los agentes y medios de producción, independientemente de su ubicación geográfica. Sin embargo, excepto en ramas en las que el producto es a su vez informático, la informática es un medio y un insumo que no agota la mayoría de los procesos de producción. En este punto es conveniente cruzar la supuesta linealidad hacia la sociedad de la información con la polémica anterior de tercerización de las Economías. Especialmente las

Economías desarrolladas desde los años sesenta mostraron mayores tasas de crecimiento en el sector servicios que en la manufactura, el tránsito hacia Economías de servicios –los productos informáticos y de investigación científico tecnológica serían tipos de servicios– abrió una primera polémica acerca de sus implicaciones, cuando las Teorías acerca de la sociedad capitalista tuvieron como modelo la sociedad industrial. Una primera consideración lleva a diferenciar entre productos materiales e inmateriales, en los primeros es posible diferenciar claramente las fases de producción, circulación y consumo, y los agentes involucrados pueden ser diferentes en cada etapa. En la producción inmaterial se puede presentar la compactación entre producción circulación y consumo –como en la obra de Teatro– en donde el producto se consume al mismo tiempo que se produce y en la relación de producción está directamente involucrado el cliente, derechohabiente, usuario –hospitales, escuelas, etc.

Tesis 3: La llamada Economía de la información es parte de un proceso mayor en el que no siempre la informatización es lo distintivo.

Es decir, la extensión de los servicios puede implicar procesos de uso intensivo de la informatización y otros no. Por ejemplo, el pequeño restaurante puede funcionar sin informatización. Además, como señalábamos la producción

de conocimiento e información puede verse como un tipo solamente de la producción de símbolos. El símbolo tiene que ver con la representación, es decir, es la interfase entre significado y significante y, en esta medida, nunca pueden reducirse a lo cognitivo, ni mucho menos a lo científico, sin olvidar la importancia de la ciencia en la vida social actual. La producción inmaterial puede ser cara a cara entre quien la produce y quien la consume –la obra de teatro–, pero puede ser también de traslado territorial con o sin la relación cara a cara con el usuario –el transporte aéreo de pasajeros implica la relación cara a cara, el de carga no con el cliente. Pero en el mundo actual efectivamente la producción de símbolos ha crecido en importancia, esta producción no se reduce al conocimiento científico, la información debería ser considerada como un tipo de símbolos, se informa con símbolos, la información implica comunicación simbólica, símbolos que son interpretados por el usuario y pueden formar parte de su conciencia, pero la conciencia no es solo conocimiento.

Tesis 4: Las transformaciones en productos –de materiales a simbólicos–, en procesos de producción, medios y objetos de trabajo debe llevar a la reconsideración del concepto de Trabajo.

Los objetos de trabajo en la manufactura y la agricultura eran y son materiales, pero son a la vez simbólicos –el

significado que para los obreros mineros tiene la mina–, ahora aumentan los objetos de trabajo con mayor contenido simbólico e incluso puramente simbólicos, en donde los de conocimiento son solo una parte. Asimismo, los medios de producción fueron pensados en la manufactura como materiales, aunque siempre tuvieron un componente simbólico –el significado de las máquinas para los obreros–, actualmente habría medios de producción –por ejemplo paquetes de computación– eminentemente simbólicos. En cuanto a la actividad laboral, es más fácil imaginar que tiene un aspecto material pero también simbólica, intercambio de símbolos con los otros trabajadores, con supervisores y jefes e incluso con entes abstractos como la empresa, la gerencia, etc. De la misma forma los productos materiales de la manufactura y la agricultura nunca dejaron de tener para los productores y consumidores un aspecto simbólico –el significado del coche de lujo–, pero hoy la producción de puros símbolos adquiere gran importancia, se producen, venden y compran símbolos, no solo como conocimiento sino de muchas otras formas.

La rama actual de los espectáculos visuales Rock, opera, conciertos, etc., vende un producto eminentemente simbólico llamado espectáculo, se utilizan bienes materiales –edificios, instalaciones, iluminación, sonido, etc.–, pero estos son meramente accesorios al elemento central que el símbolo, los símbolos vendidos no son puros, pueden tener componentes cognitivos, valorativos, emotivos, estéticos,

pero en general en los espectáculos el elemento emotivo mezclado con el estético posee mayor importancia para el consumidor.

Es decir, en cuanto al significado del Trabajo importa la naturaleza del objeto de Trabajo, de los medios de producción, de la actividad productiva, del producto y de la forma de relación con los clientes.

Por otro lado, cabe terminar con la confusión, contenida en el concepto de producción «intensiva en conocimiento». Entre producción propiamente de conocimiento, con contenido eminentemente simbólico, de la producción de medios de producción a partir de estos conocimientos y, sobre todo, entre la producción de conocimiento y la operación de la maquinaria y el equipo basados en dichos conocimientos en la producción de bienes materiales. De entrada podríamos afirmar que toda producción implica conocimiento, decía Marx que para el productor el producto existe dos veces, primero en su conciencia y posteriormente como objeto separado de quien produce, objetivado. El concepto de objetivación no solo del conocimiento sino de la actividad productiva del productor, en donde el conocimiento es solo una dimensión, actualmente muy importante, en la cadena que va de la invención a la inversión en fábrica, implica que el conocimiento se objetiva en tipo de proceso productivo, en maquinaria y equipo, en conocimientos nuevos para el que operará en fábrica. Pero las mediaciones entre investigación y desarrollo y producto

material o inmaterial para el mercado, implican objetivaciones y traducciones entre los diversos actores involucrados. Objetivaciones del conocimiento que entre otras cosas significa que quien opera la máquina no tiene que conocer todo el trasfondo científico que intervino en su diseño, mucho menos la concatenación que implica el proceso productivo en su conjunto o como cadena productiva. Una Máquina herramienta de Control Numérico Computarizado (MHCNC) puede haber implicado un gran contenido de conocimiento pero no se puede equiparar el trabajo y el conocimiento del diseñador de M H C N C con el del obrero de la máquina que los opera para generar productos electrónicos. De esta confusión proviene una clasificación exagerada con consecuencias improcedentes en cuanto a las ocupaciones intensivas en conocimiento en las que se incluyen a los obreros de la máquina, por el hecho de operar equipo «intensivo en conocimiento». Una industria puede requerir conocimiento sofisticados en la fase de invención y de su transformación en tecnología, pero la tecnología al convertirse en planta productiva implica otro tipo de conocimientos en donde no hay determinismo tecnológico. Una tecnología de punta («intensiva en conocimiento») no necesariamente tiene que operarse con personal igualmente sofisticado en conocimiento. Lo anterior tienen dos justificaciones, primero que el contenido de conocimiento científico va de mas a menos en el camino a veces largo que va de la invención a la producción en planta, esto se debe a que la ciencia implica simplificación

relativa de la realidad y los modelos científicos en laboratorio, planta piloto e incluso como diseños de planta forzosamente tienen que asumir supuestos y con ello simplificar la realidad de un proceso productivo concreto. Es decir, todo diseño implicará dejar de lado variables fisicoquímicas supuestamente no relevantes y sobre todo sociales dentro del proceso productivo, de esta forma los procesos productivos no son en general determinísticos, en el mejor de los casos probabilísticos y en la cotidianidad de la vida en el trabajo los actores (obreros, supervisores, jefes, gerentes) llenan con sus decisiones aquello que falló en los diseños o los poros de incertidumbre. Este llenado cotidiano con decisiones en el proceso productivo implica también lo que Edwards denominó la negociación del orden en la planta, la negociación cotidiana en torno de las decisiones frente a actores que pueden dar significados diferentes por intereses, cultura a lo que debería de hacerse. Estas decisiones cotidianas ponen en juego conocimiento científico pero también conocimiento práctico, experiencia, intereses y poder, que remiten no simplemente a lo intensivo del conocimiento sino al antiguo concepto de Calificación de la mano de obra, en términos de conocimientos (científicos y no), experiencia, habilidades y capacidad de trabajo en red. Es decir, hay procesos con calificaciones altas o bajas, no simplemente intensivos en conocimiento. Porque un proceso productivo, una maquinaria o un equipo «intensivo en conocimiento» puede operarse a veces con mano de obra poco calificada o muy

calificada, dependiendo de las decisiones de la gerencia en cuanto a como organizar el trabajo; es decir, sí decide la segmentación de tareas entre operaciones simples y mantenimiento y control de calidad sofisticado o no, de las dos formas se puede operar el equipo «intensivo en conocimiento».

A esta confusión han contribuido las tesis acerca del aprendizaje tecnológico, es cierto que la tecnología no simplemente se opera en forma mecánica sino que la complejidad de los procesos implica una adaptación y la posible innovación incremental en el proceso mismo de producción, con la incorporación de conocimientos tácitos, pero en general no se puede comparar en cuanto a «contenido de conocimiento» la fase de invención como ciencia básica, con la conversión en Tecnología, con el paso a planta piloto, con el arranque de planta y con la operación de la misma en stady state. Es decir, entre invención y operación de planta hay muchas mediaciones que implican trayectorias diferentes más que determinismo tecnológico, además de que lo tecnológico es solo una dimensión importante dentro de lo que permite la culminación del proceso productivo en un producto generado con determinada eficiencia. Reducir el problema de la productividad al aprendizaje tecnológico es francamente improcedente, sobre la productividad hay que investigar cuales son los factores macro, mezo y micro que inciden.

Tesis 5: Es simplista la visión de futuro de una sociedad del conocimiento con trabajadores autónomos, creativos, informatizados en forma generalizada.

En particular la aserción de que hoy solo se compete por intensidad en conocimiento. El mundo actual no es el de la convergencia en Modelos de Producción sino el de la Polarización. Hay procesos «intensivos en conocimiento», junto a otros en mano de obra, servicios que no extinguen a la manufactura sino la trasladan a regiones del tercer mundo, basados en tecnología de punta y basados en la mano de obra barata y que pueden utilizar maquinaria y equipo «intensiva en conocimiento» por la simple vía de importarla. Decir que todos los procesos productivos se encaminan hacia la tecnología de punta es indemostrable en las actuales condiciones, salvo que como Castells se haga la simplificación en el conocimiento de los factores que inciden en la productividad y la competitividad. Es diferente a decir que una vía que interesa voluntariamente desarrollar a los teóricos de la sociedad del conocimiento no es la de la mano de obra barata sino la de la intensidad en el conocimiento, pero lo anterior no es una simple constatación de lo que pide el mercado sino de actores que deciden entre opciones no por estricto cálculo racional sino impulsando una forma de desarrollo que para los países de América Latina es posible pero no la más viable.

Tesis 6: El énfasis en la buena nueva de la Economía del Conocimiento tiene una explicación subjetiva en aquellos huérfanos de antiguas utopías radicales, mezclada con la legitimidad que da su adopción por organismos internacionales y los financiamientos que fluyen paralelos a dicha legitimidad.

El problema de porqué una concepción, aunque no forme una Teoría, se impone en el concierto internacional de las academias y políticas públicas no es simplemente por su contenido de verdad, sino que hay detrás actores que la impulsan y con poder suficiente para imponerla. En el caso del conglomerado en torno de la sociedad del conocimiento no se puede ignorar el papel que importantes centros académicos mundiales (Sussex, Berkeley, etc.) desempeñan en la creación de nociones, imágenes, estados de ánimo de la comunidad académica y el de los organismos internacionales que influyen en gobiernos, financian grandes investigaciones, difunden en publicaciones académicas o no (FMI, Banco Mundial, OCDE, etc.). En este camino no habría que despreciar el papel de los discípulos reales o imaginarios de los gurús de la sociedad del conocimiento, «encargados» de formar a otros, de replicar investigaciones, de difundir a los grandes maestros. Todo esto en un contexto de nociones que se vuelven legítimas no simplemente por su valor de verdad sino por la potencia de los actores que las impulsan y la cantidad de financiamientos que movilizan. La base material de estas concepciones no se pone en duda, la

gran importancia del conocimiento científico en el mundo actual, en la producción y en la vida cotidiana, la potenciación del acceso a la información de una parte de la humanidad a través de la computación y la informática, la aplicación creciente de la telemática a los procesos de producción. En lo que hay divergencias es el significado de estas transformaciones, para los trabajadores, para las empresas, para el ciudadano, para el hombre en sus relaciones sociales.

A partir de la caída del socialismo real y del estado keynesiano se han sucedido utopías alternativas a aquellas que dominaron parte del siglo XIX y del XX: el Toyotismo como visión amable de la organización del trabajo, los distritos industriales como alternativa eficiente a las grandes corporaciones, los clusters como formas de transmitir la modernidad a través de la cadena productiva, el aprendizaje tecnológico como bálsamos de la baja productividad. Todas estas visiones amables de futuro se han caracterizado por la unilateralidad en los factores que inciden en la productividad y competitividad: organización con involucramiento y participación de los trabajadores, capital social de las pequeñas empresas asociada, posibilidad de potenciar la tecnología a partir de recursos escasos. Con la Sociedad de la información se afirma en forma no menos unilateral que la productividad y competitividad solo puede basarse en la intensidad en el conocimiento. Pero la realidad de China y la diversidad de Modelos de Producción coexistentes nos

hablan de que los factores que influyen sobre la productividad y la competitividad son complejos y diversos según la rama, el país, la región. No basta con señalar que un proceso es «intensivo en conocimiento» –preferimos seguir hablando de nivel tecnológico–, habría que considerar la forma de organización del trabajo, el tipo de relaciones laborales, los encadenamientos productivos y entre clientes y proveedores, el mercado de la tecnología, del trabajo, las culturas laborales, gerenciales y regionales que inciden sobre el trabajo, los mercados del dinero, además de variables macroeconómicas diversas. En otras palabras, está en cuestión el aporte del concepto de Economía del Conocimiento para el análisis Económico y productivo.

El conglomerado de conceptos que giran en torno a la noción de sociedad del conocimiento es difícil aceptar que conforman una o varias Teorías, por lo pronto son nociones con pocas articulaciones entre sí, casi siempre en forma de tipologías. Si estos conglomerados intentan volverse Teorías necesitan de un diálogo más serio con disciplinas que de antaño estudian fenómenos relacionados, como serían las del aprendizaje, las largas polémicas epistemológicas, entre otras.

BIBLIOGRAFÍA

- ARROW, K. (1962), «The economic implications of learning by doing», *Review of Economic Studies*, 29, 155–173.
- DE LA GARZA, Enrique (coord.) (2006), *Teorías Sociales y los Estudios del Trabajo, nuevos enfoques*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica.
- EDWARDS, R. (1980), *Contested Terrain*, Londres, Heinemann.
- NOVICK, M, et Ál. (2002), *Nuevos Puestos de Trabajo y Competencias Laborales*, Montevideo, OIT.
- SHAIKEN, H. (1990), *Mexico in the Global Economy*, San Diego, Universidad de California Press.
- VILLAVICENCIO, D. (2000), «Economía y Sociología, historia reciente de una relación conflictiva», en E. de la Garza (coord.), *Tratado latinoamericano de Sociología del Trabajo*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica.

Capítulo XIII

IDENTIDAD Y VIDA COTIDIANA

Iraam Maldonado Hernández
Marco Antonio Carrillo Pacheco

Dentro de las investigaciones psicosociológicas, los científicos de serias disciplinas, a fuerza de aplicar intensos reactivos a los fenómenos del imaginario colectivo, sólo han considerado dignos de conocimiento aquellos sucesos que retroalimentan un contenido de conceptos e ideas ya catalogadas en la investigación administrada, al igual que a aquellas realidades que exhiben una conexión de argumentos para dar una conclusión indiscutible, y en gran parte de las ocasiones sólo consideran aquellos fenómenos que le dan sentido a una actitud científica caracterizada por

el engordamiento de los currículos personales y la búsqueda de certificaciones y reconocimientos a través de la técnica metodológica rigurosa.

Pocas veces los fenómenos de la vida cotidiana son sucesos y situaciones reconocidas como temas expuestos para la comprensión conjunta, solo acudimos a ellos a través de considerarlos una problemática inaplazable, pues irrumpen con el *status quo* imperante y mediamos el trato con estos fenómenos a través de tipologías que no permiten socializar el saber y se queda concentrado en las academias, los congresos y las discusiones al interior de los gremios intelectualizados.

Así pues, aunque hay algunas consideraciones a los problemas sociales, estos se hacen bajo una lectura más instituida, dejando de lado la emergencia de nuevas aristas y alternativas para la comprensión de dichos problemas. Toda vez que, entre los múltiples modelos científicos, el que se orienta hacia los fenómenos humanos y sociales ha concentrado y ha dedicado más atención en la resolución de conflictos restaurando un orden, una normalidad, una estándar de vida, clausurando la disidencia y arrojándola al ghetto de las anormalidades, toda vez que consideran a la psicología una disciplina adaptativa.

Estos enfoques que se cuadran al estudio de la relación entre individuo y la sociedad, hasta ahora no han sido lo suficientemente modestos como para atribuirle un estatus

de complejidad a esta relación, a no ser por algunos académicos que agotan las teorías de la complejidad dentro de la boga académica, sin generar una implicación con la realidad más allá de las versiones escrituradas de dicha teoría.

Se busca más el reconocimiento y la novedad de nuestras palabras, antes que comprender el por qué de la infertilidad de estas. No se busca extender esta idea a una polémica insuperable, ni tampoco se busca la monotonía y la trivialidad de su significado, lo que se pretende mediante este trabajo es alcanzar una reflexión en torno al estatuto de la realidad social y las implicaciones de los sujetos en ella dentro de la cavilación académica y viceversa, tratando de poner una distancia con aquellas intenciones de seguir discutiendo el valor de las teorías para la burocracia científica, tan parecida a las demás burocracias.

Sin esta pretensión ambiciosa, solo estaríamos buscando ensayar ideas en una especie de boxeo con la propia sombra, como ocurre luego en los congresos y encuentros de Psicólogos sociales, donde se recrea una psicología social hermética, en el sentido de que se concentran en el autoelogio y/o en la descalificación. Una psicología social construida únicamente para la comprensión y discusión entre psicólogos sociales.

Para algunas miradas psicosociológicas, categorías como contingencia, sujeto y vida cotidiana, son clasificadas de

manera negativa. Esto se debe más que a una cuestión de inconmensurabilidad con el conocimiento, a la manifestación del temor que provoca mirar en esa dirección, toda vez que el reconocimiento de estas categorías implica minar las «certezas» que se han construido en torno al individuo en sociedad dentro de la mirada del conocimiento científico moderno.

En cambio, para la psicología social contemporánea el individuo aislado no comporta elementos para comprender los fenómenos de la realidad social y mucho de esta mirada se debe a la historia misma de los estudios de la disciplina y la psicología en general, donde el individuo es visto como una especie de unidad mínima para el análisis de la sociedad. Desde la psicología de las masas de Le Bon, la preocupación de qué es lo que pasa con el psiquismo de la persona en circunstancias colectivas, es el énfasis que se ha puesto a las explicaciones para hablar de algunos procesos psicosociales. Las teorías de la influencia social, también ponen su atención en lo ocurrido con el individuo o la persona bajo circunstancias normalizadas (obediencia a la autoridad, conformidad, etc.). Tradiciones de pensamiento psicosocial como la psicología colectiva propone un distanciamiento de la mirada centralizada en el sujeto y pone en juego otras dimensiones, a decir, esas realidades de «en medio» que se producen en la interacción, en el choque y encuentro de las subjetividades.

Desde esta mirada la psicología social contemporánea se

va caracterizando por la búsqueda de alternativas en cuanto a su manera de adquirir, crear y ejercer conocimientos; el reduccionismo al individuo parece tener un estatuto negativo dentro de la disciplina de la psicología social, pues considera que por el contrario, entorpecen la riqueza que se puede sacar de las interacciones sociales.

Promueve la reconstrucción de la mirada de la psicología social haciendo una historización de una antigua discusión que ha guiado el hacer de la psicología social y de las ciencias sociales, a saber, «la dualidad entre individuo y sociedad» que inevitablemente ha devenido en tradiciones de pensamiento: en un primer momento la tradición centrada en la explicación del individuo, llamada propiamente individualista (psicología social norteamericana), y en un segundo momento la tradición psicosociológica *aún en desarrollo*, inquietada por la importancia del contexto sociocultural en la interacción del hombre con su realidad.

Esta segunda es la que con sus aportaciones reconstruye la psicología social contemporánea.

Esta escuela psicosociológica propone otra forma de concebir al ser humano: como un «individuo colectivo» donde se entienda a la construcción social como fuente y parte de los procesos simbólicos que le dan sentido a los sujetos; reconociendo abiertamente a la psicología social como el pretexto para analizar las realidades producidas por la intersubjetividad, entendiendo ésta como un espacio donde

se dan las construcciones de significados y sentidos, tanto del pensamiento como de los objetos que lo significan.

Retomar el principio de la dualidad y distinguirlo del enfoque de la dicotomía. Fernández Christlieb caracteriza de la siguiente manera la noción de dualidad: «los opuestos pueden incluirse necesariamente, que es lo que se puede denominar “dualidad”, donde no existe día sin noche, alegría sin tristeza, y evitar una parte es acabar con la otra» (Christlieb, 2000, pág. 168), individuo y sociedad vistos desde la dualidad son esferas de la realidad social que se complementan, y cualquier saber acerca de estos no puede ser visto desde un enfoque fragmentario. De ahí que bajo el esquema de la ciencia moderna, dicotómicamente «individuo» y «sociedad» se excluyan, se anulen, en lugar de encontrar los espacios, los objetos y los discursos que engloban la idea de pensamiento social, donde se relacionen dialécticamente, y en cuya interacción se fueran otorgando significado y esos sean comprendidos hermenéuticamente.

Es a través de la incursión de la lectura hermenéutica donde se ha dado el análisis de los espacios vacíos que dejaban las primeras tradiciones psicosociológicas, sus limitantes, sus incoherencias de fondo para con el estudio de «lo social»; haciendo frente a la dicotomía, es posible refundar el pensamiento sostenido en la dualidad, que consustancialmente entiende a la humanidad como un «completo», a la sociedad intersubjetivamente, como un

mundo de relaciones, a la cultura fundada en el intercambio simbólico, en la alteridad, donde significados y sentidos constituyen la unidad de la comunicación viabilizada por el lenguaje.

Toda reconstrucción histórica es interpretativa, regresar a los orígenes del interés por comprender la intersubjetividad, el fenómeno colectivo y el simbólico es una actividad necesaria para clarificar los objetos propios de la ciencia social. Esta actividad, tiene sentido, se trata de un problema de refundación, y de arraigo (pertenencia). La reconstrucción histórica de la tradición psicosociológica puede seguir siendo alimentada, es necesario que lo sea, ya que la mayoría de los estudios sobre historia de la psicología, descansan principalmente en lo que para nosotros resulta ser un campo pobre de investigación: biografías y la primacía del dato; esto tiene clara justificación por ser la psicología social una disciplina sin un marco conceptual y donde el eclecticismo y el individualismo ha predominado como orientación teórica en pro de una genealogía propia. La reconstrucción, es un rescate de las miradas de quienes han observado más allá de la fragmentariedad, enlazando el mundo de la gente, de la cultura; y que unidos en una praxis dialógica conforman otro paradigma, capaz de pensar a la cultura desde sí misma.

Sencillamente la cultura, la sociedad, la subjetividad, la comunicación, para ser comprendidas en su propia naturaleza, no pueden ser calzadas en un modelo

estructuralmente fragmentario, pues la cultura es antes que otra cosa, unidad. No se podía pensar o seguir pensando a la cultura de forma dicotómica.

Desde sus inicios, e influenciada por la constitución del pensamiento occidental, la psicología ha concentrado en la individualidad su atención, ante la irresistible pregunta filosófica–científica, ¿Qué es el hombre? oportunidad que le sirve para adentrarse a los rubros científicos y deja de ser sólo una curiosidad del saber filosófico. Ante la cual, fórmula una serie de ejercicios experimentales y ya no meras suposiciones teóricas, que le permitan responder a esa cuestión. A partir de ahí y en la continuidad de un debate casi insuperable la psicología empieza a dar cuenta de ello desde concepto, categorías, nociones, como: identidad, personalidad, Yo, inconsciente entre otras, que entran en el juego de responder la pregunta reduciendo todas las posibilidades de explicación a individuo «aislado».

En el entendido de que toda la filosofía moderna concentra la explicación de la realidad social en esa unidad de análisis: el individuo. Nada difiere a los imaginarios creados por la religiosidad cristiana, la filosofía griega, bajo la premisa que las repuestas están en el interior, considerando lo exterior como solo un efecto. No obstante, esta mirada también trae implícita la mirada de una súper entidad que le da orden, causa y sentido a toda la realidad, llámese Dios, Naturaleza o Estado. La distancia entre el sujeto y el mundo, la cultura y la naturaleza, dentro de este planteamiento se viven como

verdades de facto, que se inscriben de manera histórica. Esta dicotomía es la que condiciona los discursos que circunscriben la explicación acerca del hombre, y que se implican en el pensamiento social como ordenes establecidos los cuales sirven de referente para las prescripciones de normalidad/anormalidad, donde se cimenta la psicología tradicional, inducida por la posibilidad de dar respuestas desde los axiomas de la ciencia moderna, que se encuentra permeada de inicio en una figura ideológica acerca del progreso y la razón. Predecir y controlar, pasan a ser rutas desde las cuales se puedan acotar «problemáticas» humanas.

En este predominio de la mirada moderna sobre el hombre, se interpreta a la identidad desde la perspectiva cartesiana, es decir desde el mundo autocentrado que va dejando en segundo plano la contingencia y el entrecruzamiento de las relaciones en la constitución subjetiva del hombre. Y se construye un imaginario de un mundo hecho a la medida del hombre. Que como ya sugerimos antes, al paso de la historia se constituye como verdades que estrechan la mirada desde la cual se generan las terapéuticas resoluciones a situaciones sociales estigmatizadas como problemáticas.

La pregunta por el sujeto debe traer para la psicología social un acercamiento con distintas tradiciones y escuelas del pensamiento filosófico, sociológico y psicológico, pues es esta categoría desde la cual se puede conjurar una mirada

compleja que dé para la comprensión de los fenómenos socioculturales, es una inducción a pensar nuestra subjetividad como distancia con respecto a nuestro cuerpo, la naturaleza, o la cultura, al mismo tiempo que nos precisa a comprender nuestra dependencia a éstos para conformar nuestra identidad.

En gran medida, la psicología social contemporánea asume una actitud crítica ante la reificación de aquellos rituales y dinámicas culturales a través de las cuales los diferentes colectivos dan sentido y actúan sobre el mundo, generando la lectura de una realidad social que les permiten hacer proyectar sus sentidos culturales, hacer explícitas sus pautas y contenidos simbólicos transmitidos, al mismo tiempo que circunscriben su estar en el mundo, su identidad y su sentido de pertenencia, toda vez que se trata de un medio de comunicación contingentemente abierto.

La descomposición, la reducción de la representación del hombre moderno a su naturaleza estructural, nos ha distanciado de poner nuestra atención a otro tipo de dimensiones humanas como la vida cotidiana y la afectividad colectiva que constituye el vínculo que desvanece la distancia individuo y sociedad o cultura y naturaleza, y la implicación del sujeto como contingencia de las relaciones ahí producidas.

Estos espacios de la vida social colectiva dan la posibilidad de darle un valor a la alteridad sin excluirla, asumiendo la

situacionalidad y el carácter procesal de dicha realidad social, y los propone como categorías para constituir otro paradigma complejo de hombre y sociedad.

La representación tradicional de la psicología y las disciplinas que reproducen la legitimación y naturalización, está basada en la reducción de lo colectivo como espacio público, a una noción de la identidad, como aquello que aparta y diferencia a las personas que son iguales de las que no lo son, dándole énfasis a un carácter exclusivo, excéntrico y exótico a la diferencia. La identidad y la alteridad en lugar de ser espacios para la construcción y el encuentro, se convierten en excusas para la distinción de privilegios y agravios entre las personas.

La disidencia y la alteridad son concebidas por el pensamiento científico como caos que puede ser reintegrado al orden al generar en el imaginario social la simulación de certidumbre ontológica mediante el establecimiento de institucionalidades identitarias, la normalización y regulación del pensamiento y el comportamiento, en detrimento de las insurgencias subjetivas que implican la fractura con el individuo autorreferente moderno. «En el límite, la afirmación absoluta de la individualidad necesita la destrucción absoluta de los otros. (...) El proceso de afirmación de la individualidad, a través de la historia, posee un aspecto atrocemente bárbaro, homicida» (Morín, 1997). La reintegración social desde la modernidad hasta la llamada

posmodernidad se ha constituido históricamente como instituciones que son sutiles mecanismos de control y exclusión social que han impedido e impiden la construcción de un espacio público donde emerjan sujetos con características que son otorgadas por el contexto espacio-temporal y no por determinismos y asignaciones institucionales.

Estos determinismos han impedido dentro de la psicología social expandir el conocimiento más allá de un orden regulatorio, ya que la encomienda está dirigida en la adaptación y readaptación de los sujetos. A decir el trato que le dan a cuestiones como la identidad, que es vista como una esencia que va desarrollándose en los diferentes ciclos vitales.

La identidad vista desde una mirada psicosocial propone darle otro matiz comprendiéndola como la que da al individuo el sentimiento de pertenencia, brindándole una existencia y otorgándole la posibilidad de relacionarse con la otredad. Los procesos de adquisición y desvanecimiento de la identidad están entendidos dentro de un marco de lo social, el sujeto se define, sin determinarse⁴⁰, en referencia al entorno al cual quiere pertenecer. En un primer momento,

40 Haciendo a un lado la creencia de que sólo hay una identidad (y que es individual), la cual se construye desde la infancia y que lo que le continua es solamente un fortalecimiento de ella. No, más bien aquí la vemos de manera más flexible, como una identidad en constante revisión y negociación según la interacción social de los sujetos.

hay esfuerzos cotidianos por arraigar un mínimo de referentes para la pertenencia, a partir de lo cual se refuerza su sentimiento de pertenencia mediante lo simbólico que le permite erigir los aspectos necesarios para evitar que los individuos aparezcan excluidos socialmente, es entonces una creación cultural en donde lo que produce son significados; es la manera de reconocerse, mencionarse y brindarse una existencia.

La identidad es un espacio de creación y recreación cultural, es la posibilidad con la que cuentan los sujetos sociales para hacer cosas, otorgarles un significado y ejercer un sentido en forma particular y general de la sociedad, para nombrar y nombrarse, para reconocer y reconocerse, para construirse y deconstruirse. La identidad es un proceso que incluye procesos tanto de reconocimiento como de desconocimiento, de ubicación y reubicación, mediante la cual los sujetos se incluyen en un orden simbólico y en un imaginario. Es la búsqueda del sujeto por hacerse presente en la sociedad, por ser un actor.

Los procesos mediante los cuales los individuos se incorporan a un campo socio-simbólico se concentran en la interacción social de estos, donde no solo ocurren identificaciones sociales e imaginarias, sino también el encuentro con las alteridades, que se constituyen en el seno de otras culturas.

La identidad como categoría de análisis dentro de la

psicología social contemporánea debe plantearse como una descolocación del sujeto/individuo que construye la modernidad, convirtiéndolo en un espacio en el cual se enuncia y registra los ideales del pensamiento capitalista; negando la contingencia para glorificar la necesidad de controlar tecnológicamente nuestra subjetividad, sujetándonos al consumo del sentido a través de las mercancías, vehiculizando mediante la estandarización de la realidad nuestra necesidad de certidumbre, impregnándonos del temor al descontrol, generando la angustia ante el cambio para rechazar violentamente todo aquello que atente con el orden hegemónico de nuestras ficciones institucionales. Así pues en el mundo contemporáneo y en la ciencia que lo legitima sistemáticamente, encontramos dispositivos de control social que exigen el reconocimiento de la singularidad como una forma para vaciar de lo social la idea de identidad, sujeto, e incluso la idea de sociedad misma se ve desarraigada de la espontaneidad para cada vez mas asirse a una maquinaria productora de mercancías, una sociedad de masas centrada en el consumo, incorporada a los Ágoras de los medios de comunicación masiva.

Ante estos contextos, la psicología social está implicada en generar las vías de comunicación dentro de espacios públicos, cotidianos y colectivos, como fuente de una nueva política intersubjetiva, atendiendo a la diferencia cultural en donde el sujeto se relacione con su ser colectivo en relación

con las otredades. La vida cotidiana se enuncia como un espacio de interacción simbólica donde se crean y recrean los individuos, como un proceder en una relación participativa con la situación. Para también librar a la disciplina del reduccionismo con el que se ha estrechado la noción de identidad dentro de las disciplinas psicológicas tradicionales. La búsqueda por los discursos que rompan con las relaciones de poder al interior de las sociedades marginales, para crear un nuevo espacio para la interacción social. Desplazando los esencialismos identitarios recuperando la importancia de la vida cotidiana y la contingencia del sujeto como descentramientos, de la vida sistemáticamente administrada.

Pensar acerca de la vida cotidiana, recupera posibilidades investigativo–epistemológicas. Ya se sabía que algo existía allá afuera de los laboratorios y de las categorías universales, pero las miradas que siempre vieron de arriba para abajo, jerarquizaron la importancia científica de ciertas nociones que presentaban una lógica en cuanto a las explicaciones del orden de la razón, entonces aquellos universos que no presentaban estas lógicas son vistas como un subsuelo, dotado de un nivel inferior de pensamiento, el mundo de las ideas precientíficas, nivel primitivo del conocimiento, del cual no se podría tener un dato contundente. Haciendo del sentido común de la gente el sentido menos importante, de ser una sabiduría convencional pasó a ser un pensamiento ordinario, supersticioso gestado desde la ignorancia,

generando una descalificación de la experiencia cotidiana sustituida por el lenguaje mediático y los conceptos científicos. Enquistando la realidad social, dividiéndola, enfriándola, acallándola, perdiéndola entre tanto dato y gráfica –entre tanta definición–; suena algo trágico, especialmente si se trata de la vida cotidiana. Definirla «y ya» sería adelgazarla a la talla del traje de la ciencia positiva, anestesiarla, para dejar caer sobre ella un poder de definitólogos o conceptólogos, que han de ser esos que hacen los diccionarios y los manuales. «Definición» se refiere a todo lo que ya está finalizado, acabado, finiquitado y terminado, por eso lo que es definitivo es terminante, y por eso las palabras del diccionario son términos, algo así como “acaboses”; un vocabulario es una terminología» (Fernández, 2001, pág. 33).

En todo caso la vida cotidiana será aquello que se escapa a las explicaciones, a las reglamentaciones, a las buenas maneras frías. La vida cotidiana es la médula de la vida social, donde se encuentran los sentidos primigenios de la vida. Es la extensión de la afectividad surgida en las manifestaciones de la masa.

Ciertamente, las razones que despuntan el interés por el estudio de la vida cotidiana son consustanciales a esa afectividad de la cual hablamos. El espíritu del estudio del espíritu cotidiano es parte de él mismo, al menos eso pretende, de otra manera las pretensiones meramente científicas de la psicología social lo manosearía y lo metería

al laboratorio para cortar y separar. Las intenciones de la psicología social constituyen una lucha por hacer que la ciencia social retorne a lo público, al mundo compartido y salga de sus «munditos» desposeídos de los procesos que los hacen posibles.

Resulta necesario delinear posibilidades de pensar la vida cotidiana no consumadamente enajenada, porque es cierto que la «lógica espontánea» tiene este costado endurecido y desgastado, hecho pura pragmática, lo cual ya no cobija significado intenso alguno, sino más bien, alguno ya muy aplacado.

Anteponer la esfera común de la vida, o bien, resituarla como importante; es una utopía social que lo que tiene sentido para *la gente*, sea importante para alguien más que no sea la misma gente. Ha de haber sido una revolución estética decir que los significados trascendentes o importantes, no eran esos que producían los genios, sino aquel cosmos cálido de la gente común y corriente; este es el espíritu que da forma al estudio de la cotidianidad; de allí sus insurrectos orígenes.

No es gratuito que la vida cotidiana cobre importancia para las disciplinas que se lían con el pensamiento de la sociedad, porque la vida cotidiana no siempre tuvo estatuto de significatividad, tampoco siempre se le pudo contemplar; ella misma emerge como importante para sí misma. Muchas cosas ocurrieron para que la «realidad suprema» se hiciera

visible, se personificara. El llamado al estudio de la vida cotidiana, plantea deslindes epistémicos a una tradición de pensamiento, que en grande se denomina «paradigma alternativo», «hermenéutica», «relativismo» y que más en pequeño se nombra «psicología comprensiva», estudio de los significados.

La psicología colectiva, se propone quedarse cerquita de la realidad cotidiana cuando se propone comprender la comunicación y la cultura, y así plantarle cara al mundo de forma que estudiarlo sea ir formando parte del mismo, aportando nuevos significados⁴¹. El arte *diaria* (Fernández, 2000) es el sentido mismo de su ser como sociopsicología: «Lo que aquí importa es la comprensión de la vida colectiva, y ésta se basa no en datos precisos, sino en significados verosímiles; como decía Wundt, se busca la probabilidad psicológica» (Fernández, 1991, pág. 97).

Hablar de vida cotidiana implica reconocer que «la gente» existe –no como idea abstracta– sensiblemente, por lo tanto

41 «En las dimensiones de la comunicación caben las palabras, pero también los gestos como las sonrisas y los contactos como los besos, o los ceños fruncidos y los golpes, las cosas como los muebles y los semáforos, los lugares como las azoteas y las esquinas, los huecos como la velocidad y el silencio. Todo lo que existe en el espacio es comunicativo (...) La cultura, tanto la alta cultura como la cultura menor y cotidiana, está construida de comunicación, no de información: cultura es la forma de entender el mundo, el proceso de darle sentido a la vida, y por lo tanto, es el modo de pensar y sentir del espíritu (...) la comunicación colectiva es lo que no está en la información masiva» (Fernández, 1991, pág. 19–20).

no siempre es la misma gente⁴² y que vale la pena ser gente. La vida cotidiana es un Espíritu⁴³ hecho de significados intensos. Y ello se traduce para la ciencia, en que puede despojarse del peso de la idea de neutralidad, que puede ser comprometida y que se puede mezclar con la prole lo que equivale a ampliar sus horizontes y reducir esos afanes controlatodo.

Los significados intensos (cargados de afectividad, de imágenes) y que era la gente: la gente que regatea en el mercado y regatea en silencio en el supermercado, la gente que saca sus tendederos al patio de enfrente, que cierra su calle para hacer una fiesta. La vida común no es un club privado, sino lo que atravesamos todos: velorios y tener nuestra cuchara predilecta, lo descuadrado, llegar tarde, gritos, pasillos sucios, empujones. Sólo así podemos aceptar que existan las muelas picadas, la mugre en las uñas, o los

42 «Entre los gentiles como en el “gentío” no hay jerarquías, porque toda la gente, como todo buen profano, tiene el difícil privilegio, o “don de gentes”, de ser igual a todos, de no ser excepción de nada: de ser nadie, en especial de la mejor manera posible» (Fernández, 1994, pág. 238). «Y es que la gente, en general, es un elemento más del espacio colectivo, y una creación del espíritu colectivo. Cada época y cada espacio construye un tipo de gente diferente; se sabe que la gente que habita los sueños, que habita las cocinas es distinta de la gente que habita las calles los parlamentos: no usan las mismas palabras y las imágenes de la misma manera, ni piensan y sienten del mismo modo; al insensible tecnócrata de la oficina también se le ocurren dulces tonterías mientras se peina en el espejo» (Fernández, 1991, pág. 46)

43 Un espíritu es una entidad *autónoma y autosuficiente*: inmundo completo, ya aparte; una estructura triádica independiente (Fernández, 1994, pág. 230).

senos caídos; en la vida de a de veras, caben las imperfecciones.

Para ir cerrando esta reflexión. La psicología social contemporánea tiene dentro de su hacer, destacar como se descentralizan aquellos discursos psico-sociológicos que han construido una imagen de la identidad y han despreciado la contingencia de ésta en la vida cotidiana, en el entendido que el campo de lo social, la vida pública de los individuos no es un espacio cerrado. Resulta interesante esta apreciación, no sólo para el campo del conocimiento, sino en la estrecha relación de éste con la construcción de nuevos imaginarios, en donde la identidad y el campo de estudio, es decir, la vida social de las personas, tiene la función de metáfora de todas las condiciones de posibilidad del sujeto, sin la necesidad de reducirlos a un orden o lógica única, generando desde la psicología social espacios heterogéneos, performativos, que nos permitan deconstruir relaciones de poder cimentadas en discursos esclerotizados dentro de las instituciones que sólo buscan perpetuarse desde la legitimización burocrática.

BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ CHRISTIEB, P. (1991), *El espíritu de la calle. Psicología política de la cultura cotidiana*, México, Universidad de Guadalajara.
- (1994), *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*, Colombia, Anthropos/Colegio de Michoacán.
- MORÍN, Edgar, *El método. La humanidad de la humanidad. La identidad humana*, Madrid, Cátedra, 1997.

Capítulo XIV

REGULACIÓN DEL TRABAJO Y EL GOBIERNO DE LA SUBJETIVIDAD: LA PSICOLOGIZACIÓN POLÍTICA DEL TRABAJO

Eduardo Crespo
Amparo Serrano⁴⁴

Introducción

Para que sean posibles ciertas relaciones sociales –en el caso que aquí nos interesa, las relaciones laborales en la sociedad capitalista actual– es necesario que se construyan

⁴⁴ Trabajo financiado por el proyecto SEJ2007–64604 (M.º Ciencia y Tecnología Plan Nacional I + D +i).

determinado tipo de sujetos y de mentalidades. La regulación del trabajo se hace posible mediante el gobierno de la subjetividad. Tal y como desarrolla Weber, la instalación del sistema capitalista ha requerido la aceptación de una cultura moral, un *espíritu* (hábitos, actitudes, costumbres e ideas) racional, movido por el éxito económico y el afán adquisitivo. El avance de este modelo económico es indisociable de una subjetividad capitalista (una mentalidad orientada hacia el trabajo y la motivación de logro). Karl Polanyi (2006), a su vez, analizó con gran precisión el proceso sociopolítico de transformación de los trabajadores a las exigencias disciplinarias del primer capitalismo industrial y de conversión del trabajo en mercancía, regida por las supuestas leyes del mercado. Esa *gran transformación*, tal como él la calificó, implicó un ejercicio de la coerción y de la violencia tanto física como moral –psicosocial en gran medida– ya que supuso la producción de un nuevo tipo de sujeto, el obrero industrial y un nuevo tipo de subjetividad, que hiciese posible la aceptación de la regularidad y el ritmo impuesto por las máquinas, así como el principio de regulación heterónoma de los movimientos e iniciativa del trabajador, reclamado por el orden productivo de la fábrica.

Podríamos considerar, y no somos los únicos en hacerlo, que en los últimos decenios se ha producido una segunda gran transformación en la economía, en la configuración de las relaciones laborales y en las demandas sobre los trabajadores. Tres metáforas parecen articular el análisis de

este cambio: el paso a una modernidad *líquida* (Bauman, 2007), la *inestabilidad* en el modelo social y productivo y la creciente tendencia hacia una individualización, que corre pareja con un proceso de *inseguridad referencial*. La licuefacción de los referentes normativos y políticos reclama a los sujetos una actitud de perpetua adaptabilidad y maleabilidad: los materiales líquidos se adaptan, «por naturaleza», al recipiente que les contiene. Una cultura de la brevedad, de exigencia de reinvención constante, de permanente adaptación al cambio y de diversificación de los tiempos sociales (Alonso, 2007) puede implicar el debilitamiento del sujeto, al condenarle a desplazarse en un permanente desorden axiológico (Sennett, 2006), obligarle a moverse sin parar porque, cuando se patina sobre suelo resbaladizo, parar significa caer (Bauman, 2007). Así, frente a una trayectoria biográfica del trabajo articulada de modo lineal, segura y estable, las carreras profesionales y familiares cambian su linealidad y estabilidad y se vuelven cada vez más discontinuas; los ciclos biográficos tienen que (y pueden) ser organizados individualmente, de modo que se adapten a un modelo de gestión del trabajo y de los tiempos sociales más personal e imprevisible.

Este proceso de vulnerabilidad política, en donde los sujetos no disponen del control de las condiciones de desarrollo del trabajo, va acompañado de un creciente proceso de individualización, que hace responsable al sujeto de condiciones que, como nunca, escapan de su control. En

este marco, es posible entender que la regulación del desempleo y de la vulnerabilidad social (políticas de empleo y de lucha contra la exclusión y la pobreza) lleve aparejada la producción, de forma paradójica, de determinados procesos de subjetivación.

Estos cambios en el modelo de producción han generado modificaciones en los procesos de producción de sujetos y mentalidades, adaptados a las nuevas exigencias productivas. Uno de los análisis más interesantes de este cambio, a nuestro entender, es el que realizó Foucault (2007) quien considera que el nuevo gobierno de las subjetividades, lo que llama razón gubernamental, supone un estilo indirecto de control, un control de la *conducta de la conducta* (McNay, 2009)⁴⁵, control que se materializa en el pensamiento económico neoliberal. El neoliberalismo ha producido una traslación radical en el análisis de la economía y del trabajo. La economía cuyo objeto clásico de estudio eran los procesos de producción, intercambio y consumo, pasa a definirse como «el estudio y el análisis del modo de asignación de recursos escasos a fines que son antagónicos» (Foucault, 2007, 260). En esta economía neoliberal –por ejemplo, la de Gary Becker– el análisis del trabajo se transforma en el estudio del modo en que el trabajador o

45 O de la regulación del autogobierno. Como plantean Walters y Haarhr (2005, 13) «el poder funciona de acuerdo a los modos en que nos gobernamos a nosotros mismos; nos anima a adoptar subjetividades tales como las del activo buscador de trabajo, la de ciudadano capacitado, la de consumidor responsable etc.».

trabajadora utiliza los recursos de que dispone, los recursos o capital humano. El salario, según esto, no es ya entendido como una contraprestación por el tiempo dedicado al trabajo, sino como un ingreso, una renta, resultante del rendimiento de un capital. Esta descomposición del trabajo en capital y renta tiene una consecuencia fundamental y es que «el capital definido como lo que hace posible una renta futura –renta que es el salario– es un capital prácticamente indisociable de su poseedor» (Foucault, 2007, 263). De este modo, actividades como la formación profesional, pero también las aptitudes personales, las motivaciones, las actitudes, la agenda de relaciones sociales y hasta la propia familia se convierten en inversiones laborales, susceptibles de producir una renta y, a la inversa, la negligencia en esa inversión se puede traducir en pérdidas de renta. El trabajo se convierte, así, en un asunto estrictamente personal, en una actividad empresarial, en la que el trabajador es convertido, paradójicamente, en empresario: un empresario de sí mismo.

Esta individualización de las relaciones laborales afecta de modo radical al sujeto propio de la psicología y la psicología social, ya que un aspecto esencial del neo-capitalismo va en la dirección de lo que hemos caracterizado en otras ocasiones (Crespo y Serrano, en prensa) como psicologización. La psicologización la consideramos como una tecnología de lo social orientada a la producción de subjetividades, por medio de la cual los problemas sociales

son transformados en problemas personales, mediante el recurso a conceptos y explicaciones de corte psicológico individual. La psicologización es una característica central del nuevo capitalismo.

El discurso del nuevo capitalismo se manifiesta en muy diversos foros. Probablemente el más conocido y estudiado sea el discurso gerencial, del *management*, ya que es uno de los ámbitos más importantes de producción ideológica (Boltanski y Chiapello, 1999; Fernández, 2007). Nuestro objetivo es analizar los procesos recientes de transformación de la regulación política del trabajo a partir del ejemplo de las políticas de empleo, especialmente de la Unión Europea, aun cuando el tipo de discurso es prácticamente universal (Serrano, 2009).

Las políticas sociales para gestionar el desempleo van dirigidas no sólo a luchar contra la exclusión social sino que también contribuyen a construir y nombrar el problema en sí, definiéndolo, identificando sus causas y proponiendo soluciones. Un aspecto fundamental de la política tiene que ver con lo que Monedero (2010) ha denominado «el gobierno de las palabras», es decir, con la construcción discursiva de problemas y actores. En este sentido, estas políticas contribuyen a un proceso de producción de sujetos (el desempleado, por ejemplo).

El estudio de este discurso pone de manifiesto el proceso de psicologización del trabajo, al que están contribuyendo

las ciencias sociales, y particularmente, la producción de un modelo de sujeto atomizado, consecuencia de una mirada descontextualizada y sustancialista que hace abstracción de la interdependencia que lo constituye en su naturaleza social. La desocialización del trabajo, por medio de la psicologización, no hace sino reforzar la vulnerabilidad política del trabajador.

Estas políticas coinciden con una tendencia creciente a reforzar el ejercicio de la responsabilidad de uno mismo, según el cual cada persona tendría que organizar de forma autónoma su propio proyecto de vida y actuar por sí mismo (véase, por ejemplo, el espectacular aumento de la literatura de autoayuda). Se trata de tecnologías que inducen a asentar la obligación del gobierno de uno mismo. Se fomenta una concepción normativa de la autonomía que ignora el carácter interdependiente de las relaciones sociales. De este modo, una apelación a la norma de autonomía y de responsabilidad corre pareja con una desocialización del sujeto de esa autonomía y un creciente proceso de vulnerabilización política. Este es el eje de las paradojas en las que incurren las políticas sociales y de empleo, al presentarse como discursos sociales dirigidos a reforzar un concepto de sujeto activo, mientras que a un mismo tiempo definen, en términos puramente tecnocráticos, prácticas en donde las políticas se restringen a la gestión de una situación que viene externamente impuesta y, en el seno de la cual, el ciudadano es visto como un cliente, que reclama motivación

y provisión de incentivos psicológicos. A nuestro entender, una psicología social crítica puede contribuir, entre otras cosas, a impugnar esta *doxa* o visión del mundo, que se nos impone con la fuerza de la obviedad, e inducir modos alternativos de pensamiento, es decir, contribuir a repolitizar el trabajo.

Desarrollaremos nuestra exposición en cuatro partes. En una primera se hace una reflexión acerca de los crecientes procesos de psicologización como tendencia ideológica propia de las sociedades modernas.

En una segunda parte planteamos la relevancia de una perspectiva psicosocial, particularmente un enfoque de corte sociológico, en el estudio de las políticas de empleo. En tercer lugar, orientamos esta perspectiva al estudio de un nuevo concepto que se ha instalado en el léxico social para nombrar la crisis del mercado de trabajo, la noción de flexiguridad. En cuarto lugar, y como conclusión, planteamos las paradojas que fomenta este modo de articular una respuesta frente a la crisis del trabajo y los efectos despolitizantes que ésta induce.

1. La psicologización como tecnología de producción de sujetos en las sociedades postindustriales

La psicologización forma parte de un proceso de

producción política de lugares comunes, constituidos como supuestos no problemáticos, dados por descontado. Esta *doxa*⁴⁶ se constituye en el fundamento que permite clasificar las grandes cuestiones sociales ante las que nos enfrentamos (la pobreza, por ejemplo, o el desempleo), calificándolas, antes que nada, como problemas, como situaciones que requieren –o no– de intervención (la corrupción política, por desgracia, no es, para mucha gente, un problema, ya que dan por descontado que forma parte de la vida política). Esta *doxa* posibilita cierto tipo de explicaciones y no otras. En el caso de la psicologización, las explicaciones de las situaciones y la atribución de responsabilidades se desplaza de las instituciones (mercado, Estado, etc.) a las personas individuales, recurriendo a un discurso de corte psicológico o, para ser más exactos, pseudo-psicológico, ya que la psicología no es necesariamente una ciencia individualista. La *doxa* psicologizante se caracteriza por el recurso a un modelo de sujeto individualista y por una configuración como tecnología moral y política, como una tecnología de interpelación, productora de sujetos, de auto-demandas y de atribución de responsabilidades⁴⁷.

46 La *doxa* es para Bourdieu aquello que define lo que puede pensarse y decirse, que configura el sentido común (Bourdieu, 2001). En la retórica clásica la *doxa* es el sentido común que, a diferencia de la *episteme*, fundamenta su verosimilitud en el acuerdo social (Crespo, 2001).

47 Conviene distinguir entre psicologización e individuación, (tal como hemos señalado recientemente en otro lugar: Crespo y Serrano en prensa). La individuación –o individualización– es un proceso propio de la

La psicologización implica no sólo un modelo de sujeto sino una práctica discursiva que lo constituye y lo legitima. La práctica discursiva que va conformando un proceso de disciplinamiento moral está construida como un sistema de explicaciones, cuyo centro es la atribución de causalidad por los acontecimientos que se viven o se padecen, y que conforma un saber no cuestionado.

El sujeto psicologizado es un sujeto entendido de modo asocial, en el que la noción de cohesión social es secundaria. La explicación del comportamiento –y, por tanto, la posibilidad de intervención y cambio– se da a nivel individual.

Los principales determinantes de la conducta (actitudes, motivaciones, valores...) y el destino de las personas se supone que están contenidos en ellas mismas. Es lo que se ha denominado un sujeto auto–contenido (Shotter, 1993, 1996) o, tal como lo caracteriza Norbert Elias (1982 a, b, 1987), *homo clausus*⁴⁸. Elias recurre, como es sabido, al

modernidad, mientras que la psicologización es un modo muy específico y limitado de entender esta individuación, es un modo socialmente débil, a–social, de entender el individuo moderno. La individuación que caracteriza a la modernidad está vinculada, en gran medida, al proceso de autonomización del sujeto y, eventualmente, a la emancipación del mismo respecto de la opresión de la comunidad tradicional. La psicologización es, sin embargo, un modo muy particular de construir el sujeto moderno, como sujeto individualmente considerado, para lo cual la tecnología de un cierto tipo de psicología ha sido, y sigue siendo, fundamental.

48 Este autor utiliza este concepto, tanto para describir la experiencia propia

concepto de figuración o configuración, que diferencia de los de acción e interacción:

Las investigaciones anteriores muestran con bastante claridad por qué las teorías sobre la acción y la interacción pueden impulsar relativamente poco el estudio sociológico empírico. En la base de ambas subsiste la misma concepción del hombre que, tácticamente, apadrinan del modo clásico muchas investigaciones históricas, a saber, la imagen de hombres aislados de los cuales, en última instancia, cada uno es absolutamente independiente del otro: un individuo en sí: un *homo clausus* (Elias, 1982a, 193).

Respecto a la experiencia propia de la subjetividad moderna considera que mucha gente experimenta que existe algo así «como si su ‘mismidad’ existiese de alguna manera en su propia ‘interioridad’ y como si esa ‘interioridad’ estuviese como separada por una muralla invisible de todo lo que queda ‘fuera’, del denominado ‘mundo exterior’» (Elias, 1982b, 143).

Elias considera que ésta es una visión común pero limitada, que han hecho suya las ciencias sociales, en especial la psicología. Frente a esta idea, Elías habla de otra posible versión del sujeto moderno, la del *homo apertus*, que invita a pensar al individuo no como una sustancia, sino como una

de la subjetividad moderna como para fundamentar su epistemología.

relación, y por tanto, en donde ocupa un papel fundamental el principio de la interdependencia (Newton, 1999; Scheff, 2001; Dean, 2004).

La psicologización supone, junto con la individualización, un proceso de moralización, una transformación de las demandas y exigencias externas en autodemandas. La exigencia moral, en el caso del discurso psicologizante, se estructura más como un código de conducta que como un código de castigo. Es un discurso más productivo que represivo. La productividad propia de este discurso, en el caso del trabajo, se manifiesta como una moral personalizada en la que la vida se concibe como carrera, el objetivo de dicha carrera es la realización personal y los problemas que se presentan son tratados como retos personales (Crespo, 2009). Esta diferencia, sin embargo, entre lo productivo y lo represivo se difumina, como veremos, en el discurso paradójico al que recurren distintas instancias encargadas de intervenir en la gestión del desempleo y, por tanto, de atribuir responsabilidades.

La moralización está íntimamente vinculada con la atribución –y exigencia– de responsabilidades y, concomitantemente, con la legitimación de los diferentes sistemas de intervención. La cuestión estriba en que determinadas situaciones padecidas por las personas, fundamentalmente precariedad y exclusión social, son transformadas discursivamente, por medio de un disciplinamiento moral, en situaciones de las que se hace

responsable al propio sujeto. De este modo, se puede responsabilizar de aquello de lo que uno no puede hacerse cargo (por ejemplo, del mantenimiento del puesto de trabajo), llegándose a un tipo de discurso paradójico, donde se afirma lo que, a la vez, se niega: se afirma la autonomía y agencia del sujeto moderno, a la vez que se niega su capacidad de hacerse cargo de la situación que padece (Clot, 2009).

Una característica central de este trabajo moral va en la dirección de un progresivo desplazamiento del lugar de la responsabilidad, desde las instituciones hacia los sujetos individuales. Esta es una posición compartida, aun con matices diferentes, por los principales analistas de nuestra sociedad. Bauman –recogiendo, a su vez, una conocida definición de Beck–, expresa de forma sintética, y adecuada a nuestro entender, esta nueva situación: a uno, por una parte, le hacen responsable de sí mismo, pero por otra ‘depende de unas condiciones que escapan constantemente a su aprehensión’ (y en la mayoría de los casos también a su conocimiento); en dichas condiciones, ‘la manera en que uno vive se convierte en la solución biográfica de las contradicciones sistémicas’. El apartar la culpa de las instituciones y ponerla en la inadecuación del yo ayuda o bien a desactivar la ira potencialmente perturbadora o bien a refundirla en las pasiones de la autocensura y el desprecio de uno mismo o incluso a recanalizarla hacia la violencia y la tortura contra el propio cuerpo (Bauman, 2001, 16).

Esta nueva moralidad ya no se fundamenta en relatos religiosos, como ha sido el caso a lo largo de la historia. La nueva fuente de discursos morales son, en gran medida, las ciencias sociales que sustituyen con su autoridad, ampliamente reconocida en nuestras sociedades, la autoridad anteriormente atribuida a lo divino. Tal discurso moral ha adoptado un nuevo estilo, de corte individualista, articulándose en una nueva ética e ideología de la inversión en uno mismo, que está fuertemente marcada por la omnipresencia de un discurso económico y psicológico (Sennett, 2006; Boltanski y Chiapello, 1999; Chiapello y Fairclough, 2002; Virno, 2003).

2. Una perspectiva psicosocial en el estudio de las políticas de empleo

Las ciencias sociales han jugado un papel importante en los procesos de producción de discursos (*epistemes*) que configuran la *doxa* o sentido común contemporáneo, en torno a las grandes cuestiones sociales. En el caso de las políticas de empleo, dos disciplinas están jugando un papel central, la economía y la psicología. La autoridad de la economía está contribuyendo a un proceso de naturalización del trabajo, proceso al que se ha incorporado más recientemente la psicología (o un modo de hacer psicología)

que ha inducido procesos de individualización en el ámbito de las políticas de empleo.

Por un lado, la economía ha promovido importantes tecnologías del saber sobre el desempleo. La perspectiva económica predominante en el estudio del desempleo ha sido la medición del impacto de las intervenciones sociales en el fomento del empleo o en la adecuación de la oferta y la demanda de trabajo, a partir de un paradigma que concebía al trabajo bajo la metáfora del mercado. Esta concepción del trabajo como mercado, presente en gran número de investigaciones sobre el desempleo, incide en la representación de las fuerzas que influyen en la vida humana de una determinada época y en la (imaginada) capacidad política con la que se sienten dotados los individuos para poder domesticar estos elementos. Rehenes de estas representaciones despolitizantes, concebimos las estructuras sociales como si se tratara de entidades extra humanas, con sus propias leyes internas y, por tanto, independientes de la acción humana (fatalidad de las leyes económicas).

A esta hegemonía de la economía, se ha añadido una reciente y progresiva incorporación de la psicología en el ámbito de estudio e intervención en las políticas de empleo (por ejemplo, la orientación laboral), tras la asunción de nuevas metáforas para representar el desempleo, como es la de (falta de) activación. Esta situación promueve una

codificación de nuestros problemas en un lenguaje psicológico, más que político, estimulando un proceso de creciente psicologización de las relaciones sociales. Esta psicologización incita a pensar la subjetividad con instrumentos conceptuales como la moral o la psicología clínica, que convierten al individuo en centro de exigencia moral. Esta hegemonía de la economía y de la psicología reclama una reorientación del discurso y del pensamiento, una reorganización de la percepción. Este es el objetivo del análisis reflexivo y crítico sobre las políticas de empleo al que la psicología social puede contribuir a través de la deconstrucción de la *doxa* psicológica y económica.

Nuestro análisis toma como punto de partida el estudio de las políticas de empleo, como procesos a través de los cuales se elaboran las representaciones que una sociedad se da para entenderse y actuar sobre lo real (Muller, 1990). Las respuestas ante cuestiones del orden social que se consideran problemáticas, se organizan en base a un marco categorial contingente, que construye el desempleo y la pobreza como realidades, en tanto que objetos de estudio y de intervención. Las políticas de empleo inducen modos de producir subjetividades, transmiten un sentido común acerca del trabajo, de lo que significa el desempleo y de cómo se construye el orden de las responsabilidades, así como ideas acerca de lo que es justo o ilegítimo en un determinado contexto social.

Pero a su vez, estas políticas de empleo pueden también

entenderse como un campo de fuerzas, en el sentido que le da Bourdieu, como el resultado de luchas permanentes entre diversos agentes y, por tanto, destinadas a imponer la definición de las reglas del juego y los principios legítimos de división del campo. Las luchas por el poder se juegan no sólo como relación entre fuerzas económicas y sociales sino también simbólicas. Los cambios en las propuestas de organización de las políticas de empleo ponen de manifiesto mutaciones en las relaciones de fuerza con las que los actores sociales organizan los conceptos que construyen el modo de percibir el desempleo y la ciudadanía, en particular, y los modos de subjetividad en general.

Este es el caso de la noción de desempleo. Los conceptos que nombran la «ausencia de trabajo» integran marcos interpretativos que orientan la mirada que se dirige hacia el trabajo, contribuyendo a producirlo y a transformarlo, a un mismo tiempo. El análisis de la evolución de los términos que designan la privación de trabajo muestra un desplazamiento continuo de sentido, convirtiéndose así la falta de trabajo no sólo en un objeto de conocimiento, sino también de transformación política. Tal como destaca Lecerf (2002), la aparición a finales del siglo XIX del concepto de desempleo transformó radicalmente la capacidad política de intervención social de los sujetos afectados por esta situación. La noción de desempleo no sólo nombra una situación de exclusión social sino que, a un mismo tiempo, incorpora un juicio moral. Sin este juicio no habría habido

paro, sino miseria. La exclusión del trabajo no sería sino un modo más de pobreza, un fenómeno natural frente al cual nos encontraríamos desarmados. Con la noción de desempleo, se establece una diferenciación en función del carácter voluntario o no de esta situación de privación de trabajo, que transformó la dirección de las atribuciones de responsabilidad frente a esta situación de desempleo. Al establecerse una distinción positiva (carácter involuntario) en el seno de los «sin trabajo» (privación de trabajo), se desplazó la cuestión del desempleo hacia un nuevo orden semántico y se activó un marco de sentido que nos remite al orden de las injusticias. El desempleo sería así caracterizado como un fenómeno social, resultado de decisiones políticas frente a las cuales es necesario actuar. La capacidad de nombrar la ausencia de trabajo con la ayuda de representaciones políticas permitió, en su momento, hacer visible el vínculo que estas situaciones tienen con relaciones asimétricas de poder y desigualdad política. La apropiación, por parte de los movimientos sociales de la época, de esta categoría y su incorporación al léxico sindical facilitó la socialización del riesgo, frente a las nociones anteriormente hegemónicas, vinculadas a la culpa (Castel, 1997; Bilbao, 1997).

Tras los recientes cambios en el modelo productivo (y las consiguientes transformaciones en las relaciones de fuerza), se ha generado nuevamente un importante desplazamiento semántico de la categoría de ausencia de trabajo. A esta

situación ha contribuido, en gran medida, la difusión de conceptos, como son los de empleabilidad, activación, y el más reciente de flexiguridad. Una característica común de estas nociones, difundidas para nombrar la –así llamada– crisis del mercado de trabajo, es el énfasis puesto en el gobierno de las voluntades, que coincide con una tendencia ideológica, presente en diversos ámbitos sociales, en hacer de la dependencia una patología moral⁴⁹. Desde esta valoración, se condena la dependencia (o, más bien, interdependencia) que se deriva de vivir en sociedad y ser ciudadano de un Estado moderno (véase el discurso de las llamadas políticas *pasivas*), mientras que se obvia, y, por tanto, se invisibiliza la dependencia vulnerabilizadora del mercado (entendida, entonces, como «independencia»). Esta tendencia ideológica, ilustrativa de una determinada tecnología de gobierno, es particularmente visible en los discursos acerca del desempleo.

49 El acento puesto en un modo de gobernanza dirigido a la regulación de las voluntades (recurso a la voluntad, a la autonomía, a la responsabilidad) está presente en ámbitos sociales tan dispares como son el consumo (llamada al «consumo responsable», «turismo responsable», etc.) y la producción (apelación a la «responsabilidad social de las empresas»).

3. Políticas de empleo y tecnologías de poder/saber

3.1. El sujeto protegido

Las políticas de empleo pueden ser entendidas como un conjunto de técnicas dirigidas a hacer governable una sociedad. Son así susceptibles de entenderse como modos de gobierno del desempleo y de producción del desempleo, inseparables de conocimientos particulares, tipos de pericia, discursos, etc. Las políticas de empleo son construcciones contingentes, redefinidas permanentemente.

Las políticas de flexiguridad se construyen por oposición a las tecnologías precedentes de protección social. El sujeto protegido surge en las sociedades liberales del siglo XIX, como resultado de las contradicciones en las que había incurrido la sociedad de mercado. La instauración del modelo ontológico que reclamaba el nuevo orden económico, basado en el principio de la individualidad, fomentó una contradicción interna, tal y como destaca Donzelot (1994), entre la condición de heteronomía y subordinación que caracteriza toda relación asalariada, por un lado, y el reconocimiento del principio formal de soberanía política, por otro. La protección social ha permitido hacer conciliables estas paradojas del sistema liberal. Sus dos técnicas de gobierno de lo social más ilustrativas son el seguro social y el derecho laboral, técnicas éstas que producen un nuevo tipo de sujeto: el sujeto protegido. El

seguro invita a pensar lo social con una representación probabilista, universalista y estadística: el riesgo (de vejez, desempleo, enfermedad) es una categoría homogénea y unificadora. Con este tipo de representación se considera, pues, que todos los individuos corren similares riesgos y que éstos son calculables y aleatorios (Rosanvallon, 1995). Junto al seguro, el derecho constituye una importante tecnología de gobierno de las contradicciones del liberalismo.

Cuestiona tres de los más importantes dogmas del liberalismo: igualdad de los contratantes, abstencionismo del Estado y entendimiento directo entre contratantes individuales, (Martín Valverde, 1987), reconstruyéndolos en torno a tres nuevas ideas: la asimetría inmanente en toda relación asalariada, la necesaria intervención del Estado a través de la protección social y la dimensión colectiva de las relaciones laborales (Palomeque López, 2002).

La noción individualista de falta personal, que pone el acento en la responsabilidad, es sustituida por la noción social de riesgo (y su socialización: la solidaridad colectiva). La cuestión del riesgo social pasa a ocupar un lugar central en los modos de pensar el trabajo, y los aspectos vinculados con las actitudes personales (negligencia personal, falta de previsión, déficit de voluntad) y su juicio (culpas y responsabilidades) pasan a un segundo plano.

Frente al diagnóstico moral que prevalecía en un primer momento del capitalismo, en la percepción y regulación de

la inactividad (gobierno de las voluntades), se fomenta una regulación política.

3.2. El sujeto activ(ad)o

Frente a esta *episteme* del sujeto protegido, propio de las sociedades industriales europeas, hace su entrada, más recientemente, la categoría de flexiguridad. Esta noción no es sino el último eslabón de una cadena de conceptos, como el de empleabilidad y activación, que integran un paradigma epistémico, esto es, un modo alternativo de nombrar el problema de la carencia de trabajo y de asignar, a un mismo tiempo, responsabilidades para combatirlo. Implica la transformación axiológica y política de los marcos de regulación y de representación de la exclusión social. Un nuevo orden político se instaura: la lucha contra el desempleo comienza a ser sustituida, a lo largo de los años noventa, por la intervención sobre el desempleado, dando lugar a una creciente individualización y psicologización del trabajo. Los *a priori* y presupuestos que facilitaron la institucionalización del trabajo y la socialización del riesgo en caso de pérdida del puesto de trabajo, van a verse cuestionados desde diversos frentes. Se transforman las tecnologías de gobierno del desempleo, y con éstas, se promueve un cambio en las técnicas dirigidas a regular las

formas de conocimiento del mismo. La noción de utilidad social se impone a la de justicia social, el usuario pasa a ser cliente, el desempleo, des-empleabilidad y la protección social pasa a concebirse como una política pasiva. Estas lógicas toman forma en la legislación, en las técnicas de investigación y conocimiento del desempleo y en las tecnologías de intervención.

La noción de flexiguridad es fruto de un importante trabajo semántico. A pesar de su ambigüedad conceptual y la posible contradicción o antagonismo interno (entre flexibilidad y seguridad), está consiguiendo articular un debate acerca de la necesidad de transformar los modos de regular el trabajo. Supone una supuesta conciliación de voces/representaciones/marcos de regulación aparentemente contradictorios, que muestran la impronta de distintas huellas que pugnan por un poder simbólico. Las nociones de flexibilidad y seguridad han ocupado, tradicionalmente, espacios semánticos contrapuestos y enfrentados. La polarización histórica de estas nociones ha permitido articular, en gran medida, los antagonismos políticos entre las demandas empresariales y las voces de los trabajadores. Estos antagonismos han tenido como fundamento la asimetría y desigualdad intrínsecas en la condición económica de trabajadores y empresarios⁵⁰. La

⁵⁰ Como destacamos en un momento anterior, las tecnologías de gobierno hegemónicas en el sistema industrial visibilizaron y pusieron de relieve tres cuestiones clave de las epistemes del orden industrial: la asimetría de poder en las relaciones laborales, la vulnerabilidad del trabajador y la inmanente

noción mixta de flexiguridad re-significa este antagonismo, facilitando la coexistencia de lo diferente (y desigual), que deja así de aparecer como excluyente.

El carácter mixto de esta noción es manifestación de la interacción de voces polifónicas que se incorporan en este concepto. No se trata sólo de la mezcla de *voces plurales*, sino también de la coexistencia de puntos de vista que se enfrentan entre sí. El mezclar, como lo hace el concepto de flexiguridad, la noción de flexibilidad y la de seguridad, que evocan dos marcos de regulación del trabajo contrapuestos, no hace sino mostrar la pervivencia, en una misma noción, de punto y contrapunto⁵¹. Semejantes palabras híbridas realizan un importante trabajo semántico. Donde había sólo un pensamiento, se produce un desdoblamiento y un deslizamiento 'bajtiniano' de sentido. Apropiándose de una noción, como es la de seguridad, ajena y contrapuesta al discurso de la flexibilidad, e integrándola en su propio discurso, la vuelve bivocal y confiere así otra orientación semántica a la noción de flexibilidad.

La noción de flexiguridad suprime la premisa previamente supuesta y que es la incompatibilidad de flexibilidad y seguridad, produciendo un nuevo lugar común, en el que

interdependencia en las relaciones sociales.

51 Al igual que señala Bajtin (1979/2004), cuando destaca cómo los héroes de Dostoievski conversan con sus caricaturas (Iván Karamázov con el diablo, por ejemplo).

éstas se hacen compatibles. Como tal lugar común, funciona de modo implícito, de manera que no puede someterse a duda o discusión. El debate político, sin embargo, requiere formulaciones explícitas, ya que una afirmación explícita puede ser discutida y, por tanto, reformulada (Mortara, 1991).

En la noción de flexiguridad –o flexiseguridad–, el núcleo lexemático fuerte, la parte invariable de la palabra, es la *flexibilidad*. Esta flexibilidad no es cuestionada, es dada por supuesto. La noción de flexiguridad da por descontada la necesidad de un nuevo modo de regulación del trabajo basado en la flexibilidad. El segundo núcleo lexemático es *seguridad*. Este segundo núcleo cualifica la palabra, le da una acepción específica: una seguridad para fomentar la *necesaria* e incontestable flexibilidad. Se genera así un *desplazamiento metonímico* de la noción de seguridad: de la protección social al aseguramiento (adaptación individual a los vaivenes del mercado). En el seno de la estrategia de flexiguridad, los términos del pacto social se transforman. Ya no se trata tan sólo de saber cuánta seguridad hay que garantizar frente a un mayor grado de flexibilidad, que se da como inevitable, sino que se introduce un nuevo significado de la noción de «seguridad». Las nuevas formas de protección social flexigura cuestionan no tanto el grado (la cantidad de) seguridad, sino el tipo de seguridad, que de ser seguridad social pasa a ser autoaseguramiento. La seguridad o autoaseguramiento (adaptabilidad personal) no sería sino la

traducción, a nivel individual, de la flexibilidad (adaptabilidad) institucional del nuevo ordenamiento laboral.

La tecnología de la regulación flexible es presentada como un modelo ideal para la optimización del funcionamiento del mercado de trabajo y como remedio a los desajustes que se vienen produciendo en el mismo. Se ha impuesto la idea de que la regulación del trabajo explica su vulnerabilidad. Se convierte en un axioma responsabilizar del desempleo a la excesiva rigidez del mercado de trabajo. En este trabajo discursivo, la provisión de seguridad aparece, paradójicamente, como la causa de la inseguridad. Pareceríamos asistir a un diagnóstico opuesto al que sirvió para fundar la regulación del trabajo, al hacerse hegemónicas representaciones según las cuales la legislación, más que proteger al trabajador, lo vulnerabiliza. Una nueva convicción se impone en la refundación de la legislación del trabajo: la crisis del desempleo es debida a la falta de adaptación (flexibilización) del ordenamiento laboral a las evoluciones económicas. Este nuevo referente justifica la tendencia incesante a una reforma normativa. En el empeño por la reforma del mercado de trabajo, se promueve la desregulación de las relaciones de trabajo, con lo cual se pretende eliminar una supuesta rigidez, que sería perjudicial *para todos*, trabajadores y empresarios. El credo de la globalización se basa en la invocación al realismo económico para justificar como inevitables, necesarias e

inexorables las políticas de desregulación, haciéndose de las regularidades del mundo económico las reglas ideales de gobierno (Bourdieu, 2001).

La seguridad (autoaseguramiento) consistiría en la autoregulación promovida por el paradigma de la activación. La activación radica en un conjunto de técnicas aseguradoras, dirigidas a la prevención de la dependencia y a producir sujetos activos, empleables, adaptados a las nuevas condiciones, a promover, en definitiva, el gobierno de uno mismo. La naturaleza del problema son las actitudes del trabajador, que pasan a ser el objeto de intervención. La introducción de esta noción de la activación de los trabajadores permite cuestionar las bases normativas y epistemológicas que sustentaron el paradigma de la protección social y facilita la producción de *epistemes* alternativas. El sujeto individual pasa a ser el eje nuclear de las intervenciones (y por tanto, parte del problema). Se extiende, de forma paralela, la tendencia a fomentar la participación del individuo en su proceso de integración. Un ejemplo de este proceso de creciente apelación al estatus moral del desempleado es el *compromiso de actividad*, que, en España siguió a la ley del 2002 (Ley 45/2002), según el cual los servicios públicos acordaban con el desempleado un plan de intervención que era firmado por el desempleado. Este compromiso establece la condicionalidad del seguro de desempleo e incide en la obligación, por parte de los demandantes de empleo, de participar en medidas activas.

Con la firma de este compromiso el desempleado acredita su disponibilidad y su estatus moral como persona motivada. Esta figura, que apela al «compromiso», y que está presente en la regulación del desempleo de gran parte de los Estados miembros de la Unión Europea, revela el énfasis creciente en reclamar a los ‘clientes’ que actúen como ciudadanos responsables. Los aspectos relacionados con la legitimación y el estatus moral (*accountability*) del desempleado van a jugar un papel cada vez más importante en la implementación de los programas de intervención.

Las políticas de activación se traducen en dispositivos dirigidos a la promoción de competencias, cuyo eje nuclear sería la capacidad de gobernarse uno mismo. Un ejemplo emblemático de estas técnicas dirigidas a la promoción del autoaseguramiento es la orientación para el empleo, práctica ésta que se está extendiendo en los diversos estados miembros de la Unión Europea como principal medida de lucha contra el desempleo. Estas prácticas van dirigidas al reforzamiento terapéutico del sujeto, a fin de facilitar las capacidades de intervención sobre sí mismo. Las actividades de seguimiento del técnico interventor con el desempleado van dirigidas a promover la búsqueda de eficacia ética (autoexamen, trabajo sobre uno mismo, promover modos de autorrealización). Un reciente estudio empírico realizado sobre diversos dispositivos de orientación (Serrano *et ál.*, 2009) muestra cómo se convierten estos técnicos de la orientación en profesionales de la ingeniería

de la subjetividad, a través de diversos mecanismos (escucha, ayuda al desempleado, provisión de herramientas actitudinales para enfrentarse a una entrevista de trabajo, preparación del CV, conversación telefónica, etc.) cuyo fin es identificar las necesidades del desempleado (que es tratado como cliente), remotivarlo, neutralizar la dependencia, esto es, identificar los riesgos subyacentes en la relación del sujeto consigo mismo.

Con este tipo de políticas sociales para combatir el desempleo se movilizan una serie de tecnologías de gobierno para combatir la dependencia y la pasividad, que han pasado a convertirse en el problema a combatir. Para ello, se pone en marcha una intervención, basada tanto en presiones exógenas como endógenas. Por un lado, se trata de influir en los comportamientos de los sujetos, a través de sanciones (por ejemplo, limitando el acceso a la protección social, así como multas y sanciones progresivas en un carnet de puntos, similar al carnet de conducir), pero, por otro, se trata de prácticas biopolíticas, dirigidas a la producción de sujetos ‘normalizados’. Esta producción de sujetos se lleva a cabo a partir de tres prácticas consistentes en *a)* el disciplinamiento/normalización⁵² (empleabilidad: norma de

52 Por normalización queremos destacar las prácticas de los interventores públicos (servicios públicos de empleo, técnicos de la orientación, trabajadores sociales, etc.) dirigidas a facilitar que las actitudes y disposiciones de los desempleados se aproximen a la norma de empleo. No se trataría tanto de proporcionar empleo como empleabilidad, esto es, normalizar las disposiciones actitudinales y valorativas de los desempleados

empleo y distancia al empleo), *b)* la vigilancia⁵³ y *c)* la intervención terapéutica (modelo de intervención paternalista cuyo rasgo fundamental sería la *medicalización terapéutica* (Schram, 2000). La dependencia pasa a convertirse, así, en una patología moral.

Los problemas económicos y políticos se transforman, de este modo, en cuestiones de motivos y voluntades personales, estimulándose la *despolitización* de la gestión del conflicto social. Se omite la emergencia del carácter sociopolítico de la exclusión social, al anular el nexo causal que pueda establecerse con la relaciones de poder y opresión. El nuevo objeto de intervención pasa a ser el sujeto inactivo, convertido discursivamente en pasivo y el problema a combatir, el riesgo de dependencia.

4. Conclusiones: la paradoja del discurso psicologizante sobre el trabajo

La psicologización del trabajo induce el ejercicio del

(frente al trabajo, al mercado, a sí mismo, etc.) a fin de facilitar su integración laboral.

53 Se movilizan diversas tecnologías de vigilancia a fin de monitorizar el estatus moral y merecimiento del desempleado, como son la firma de un compromiso de actividad, la demanda al desempleado de presentarse físicamente de forma regular en las oficinas de empleo e incluso, en algunos países y para ciertos colectivos, de permanecer, en estas dependencias, unas horas todos los días, etc.

gobierno de la subjetividad por medio de una despolitización de la vulnerabilidad del trabajador al omitirse los determinantes estructurales de la explotación laboral y la consiguiente invisibilización de las injusticias sociales. Si se despolitiza la realidad social (y económica) y ésta se presenta como la única alternativa posible, se politiza al sujeto (y a su subjetividad), sobre el que se descarga la responsabilidad total de su destino en un medio que difícilmente puede controlar. La psicologización política del trabajo se realiza mediante un discurso que, en otra ocasión, caracterizamos como paradójico (Crespo y Serrano, 2007).

Como es sabido, la paradoja es una figura lógica y retórica que consiste en negar aquello que se afirma, supone una contradicción interna no explicitada, una ruptura con el principio de no contradicción. Un ejemplo clásico es la paradoja del mentiroso, cuya expresión sería «esta afirmación es falsa» (tanto se tome al emisor como veraz o mentiroso no hay modo de saber qué es la verdad). Por paradoja entendemos aquí, en un sentido muy similar al que tiene en la retórica clásica, una manifestación discursiva que se presenta como verdadera, pero encierra u oculta una contradicción. En cierto modo, en el discurso paradójico se presenta de modo unilateral, como una cuestión de hecho, no cuestionable, lo que en realidad es consecuencia de un proceso político de confrontación de posiciones.

Una característica de la paradoja del discurso de la autonomía y la agencia personal, que está en el centro del

discurso de las políticas sociales basadas en la activación, la empleabilidad y la flexiguridad, es su doble estructura: se manifiesta como un lenguaje explícitamente social, que interpela y constituye, sin embargo, a un sujeto radicalmente individual⁵⁴. Este carácter paradójico del discurso del nuevo capitalismo –como ocurría con el *double bind* del que hablaban en la escuela de Palo Alto– contribuye a aumentar la incertidumbre del sujeto, que tiene que asumir como dilemas personales las contradicciones del sistema. Mientras el discurso tradicional de la gestión del trabajo –el discurso taylorista, por ejemplo– mantenía muy clara la diferencia entre los intereses de la dirección y los de los trabajadores, el discurso del *new management* disuelve

54 El concepto de persona, en la visión psicosociológica crítica, implica una concepción social del individuo. La comprensión del individuo como persona ha supuesto un avance radical en el modo de entender la subjetividad y la responsabilidad que se le atribuye. Judith Butler (2009) lo ha analizado muy bien, a propósito de la ética y, por tanto, de la posibilidad de dar cuenta de sí, y de la relación entre violencia ética y responsabilidad. Butler se hace partícipe de la crítica que Adorno hizo al sujeto moral kantiano. El sujeto kantiano, como, a nuestro entender, el sujeto de la Ilustración, es un sujeto adherido a un ideal de razón abstracta. Esta abstracción es la propia de un modelo, a la vez, individualista y universal; es universal por referirse a todo sujeto humano en abstracto –como, por lo demás, la posterior psicología positivista– y a la vez, es un sujeto concebido de modo individualista, no situado histórica y socialmente. Éste es un sujeto caracterizado por el «narcisismo moral». Para Butler estas ideas de Adorno son muy cercanas a las de Foucault cuando se ocupa de la ética en la última parte de su obra. Según Butler, el modelo de sujeto individualista abstracto no capta que «las relaciones sociales están estructuradas por la contradicción y que la divergencia entre principio abstracto, por una parte, y acción práctica, por otra, es constitutiva de los tiempos históricos» (Butler, 2009, 150).

de un modo semi-místico y psicológico esta distinción, convirtiendo a ambos en proveedores de servicios y a los destinatarios del trabajo en clientes. Tal como se ha señalado en algún otro momento (Handler, 2006; Serrano, Martín y Crespo en prensa) la clientelización de las relaciones sociales no sólo afecta a las relaciones laborales sino al mismo concepto de ciudadanía, de sujeto de derechos ciudadanos.

En el discurso de la activación se subsumen posiciones contradictorias y realidades en conflicto. El conflicto, sin embargo, es lo primero que, paradójicamente, desaparece del discurso. Desde la perspectiva de las «políticas activas», las principales paradojas tienen que ver con la desaparición de la política (*politics*) (como lugar de confrontación de posiciones e intereses en conflicto) y su sustitución por las políticas (*policies*), como forma de gestionar una situación que no se cuestiona y que se impone como una afirmación tecno-científica. Prepondera la consideración del ciudadano como sujeto autónomo y responsable, haciendo desaparecer, sin embargo, las condiciones fácticas de ejercicio de esa autonomía y responsabilidad (precariedad y explotación laboral). De modo paradójico, los conflictos sociales y laborales se convierten en problemas personales, y las políticas en procedimientos morales de motivación y activación.

La paradoja puede por tanto analizarse como la

manifestación monológica, unilateral y autoritaria⁵⁵ de una realidad que, al ser una realidad de tipo político, debería ser entendida como dialógica, plural e inherentemente conflictiva. En el caso de las políticas de empleo, la paradoja reside en el carácter asocial y descontextualizado bajo el que se incita a mirar el problema, que omite el hecho de que el ejercicio de la agencia reclama, de forma indisociable, de la afirmación (analítica y política) de la interdependencia.

Este carácter paradójico es la expresión de las demandas contradictorias del nuevo modelo productivo que, por un lado, reclama y requiere, más que nunca, la complicidad y disponibilidad del trabajador, pero por otro, legitima como nunca la precariedad e inseguridad en el trabajo. La paradoja implícita del discurso del nuevo capitalismo debe transformarse críticamente en contradicción explícita, que permita sacar del ámbito de una subjetividad psicologizada los conflictos que genera la nueva situación económica global y posibilite la confrontación pública de posiciones e intereses contrapuestos.

Para ello es necesario politizar el trabajo y las relaciones

⁵⁵ Bajtin vincula la monología y el autoritarismo. Para este semiólogo ruso todo enunciado es parte de un discurso o proceso comunicativo o dialógico. La monología –a diferencia de la dialogía– implica una relación del sujeto con el objeto del discurso considerada de modo aislado respecto a los demás sujetos. La palabra monológica se caracteriza por ser indiscutible, incondicional e inequívoca y, en este sentido, es una palabra autoritaria, que «retrasa y congela el pensamiento» (Bajtin, 1986, pág. 133).

laborales y socializar el modelo de sujeto trabajador. La solidaridad no es un residuo arcaico sino lo único que puede mantener viva a la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E. (2007), *La crisis de la ciudadanía laboral*, Barcelona, Anthropos Editorial.
- BAJTÍN (BAKHTIN), M. (1986), *Speech genres and other late essays*, Austin, University of Texas Press.
- (2004), *Problemas de la poética de Dostoievski*, México, DF, Fondo de Cultura Económica (ed. orig., 1979).
- BAUMAN, Z. (2001), *La sociedad individualizada*, Madrid, Cátedra.
- (2007), *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, Barcelona, Tusquets Editores.
- BILBAO, A. (1997), *El accidente del trabajo: entre lo negativo y lo irreformable*, Madrid, Siglo XXI.
- BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, E. (1999), *Le nouvel esprit du capitalisme*, París, Gallimard.
- BOURDIEU, P. (2001), *Contrafuegos 2. Por un movimiento social europeo*, Barcelona, Editorial Anagrama.
- (2001), *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal (ed. orig., 1985).

- BUTLER, J. (2009), *Dar cuenta de sí mismo*, Madrid, Amorrortu.
- CASTEL, R. (1997), *Las metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós.
- CHIAPELLO, E. y FAIRCLOUGH, N. (2002), «Understanding the new management ideology: a transdisciplinary contribution Fromm critical discourse análisis and new sociology of capitalism», *Discourse and Society*, 13(2), 185–208.
- CLOT, Y. (2009), *¿El trabajo sin seres humanos? Psicología de los entornos de trabajo y vida*, Madrid, Modus Laborandi.
- CRESPO, E. (2001), «La mente como retórica. Consideraciones sobre la constitución social del conocimiento común», en E. Crespo y C. Soldevilla (eds.), *La constitución social de la subjetividad*, Madrid, Libros de la Catarata.
- (2009), «Las morales del trabajo», en E. Crespo, C. Prieto y A. Serrano (eds.), *Trabajo, subjetividad y ciudadanía*, Madrid, Edit. Complutense–CIS.
- CRESPO, E. y SERRANO, A. (2007), «Political production of individualised subjects in the paradoxical discourse of the EU institutions», en R. van Berkel y B. Vankelburg (eds.), *Making it personal. Individualising activation services in the EU*. Bristol, Policy Press, págs. 107–127.
- (en prensa), «The Psychologization of Work: the Deregulation of Work and the Government of Will», *Annual Review of Critical Psychology*.
- DEAN, H. (2004), *The ethics of welfare. Human rights, dependency and responsibility*, Policy Press, Bristol.

- DONZELOT, J. (1994), *L'invention du social. Essai sur le déclin des passions politiques*, Edition du Seuil.
- ELIAS, N. (1982a), *La sociedad cortesana*, Mexico, F.C.E. (ed. orig., 1969).
- (1982b), *Sociología fundamental*, Barcelona, Gedisa (ed. orig., 1970).
- (1987), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Madrid, F.C.E. (ed. orig., 1977).
- FERNÁNDEZ, C. (2007), *El discurso del management: tiempo y narración*, Madrid, CIS.
- FOUCAULT, M. (2007), *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978– 1979)*, Mexico, FCE.
- HANDLER, J. (2006), «Activation policies and the European social model», en M.
- JEPSEN y SERRANO PASCUAL, A. (eds.), *The European social model*, Bristol, Policy Press.
- LECERF, E. (2002), *Le sujet du chômage*, París, L'Harmattan.
- MARTIN VALVERDE, A. (1987), «La formación del Derecho del Trabajo en España», en A.A.V.V., *La legislación social en la historia de España. De la revolución liberal a 1936*, Madrid, Congreso de los Diputados.
- MCNAY, L. (2009), «Self as Enterprise. Dilemmas of Control and Resistance in Foucault's The Birth of Biopolitics», *Theory, Culture and Society*, vol. 26, 6, 55– 77.

- MONEDERO, J. C. (2010), *El gobierno de las palabras*, Madrid, FCE.
- MORTARA GARAVELLI, B. (1991), *Manual de retórica*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- MULLER, P. (1990), *Les politiques publiques*, París, PUF.
- NEWTON, T. (1999), «Power, Subjectivity and British Industrial and Organisational Sociology: The Relevance of the Work of Norbert Elias», *Sociology*, 33 (2), 411-440.
- PALOMEQUE LÓPEZ, C. (2002), *Derecho del trabajo e ideología*, Madrid, Tecnos.
- POLANYI, K. (2006), *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, F.C.E. (ed. orig., 1944).
- ROSANVALLON, P. (1995), *La Nouvelle question sociale. Repenser l'Etat-providence*, París, Seuil.
- SCHRAM, S. (2000), «The medicalisation of welfare», *Social Text*, 18(1), 81–107. SCHEFF, T. (2001), «Unpacking the Civilizing Process: Interdependence and Shame», en T. Salumets (ed.), *Norbert Elias and Human Interdependences*, Quebec, McGill–Queen's University Press.
- SENNETT, R. (2006), *The culture of the New Capitalism*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- SERRANO, A. (2009), «The battle of ideas in the European field: The combat to defeat unemployment and the struggle to give it a name», *Transfer*, 15 (1), 53–71.
- SERRANO, A.; MARTÍN, P. y CRESPO, E. (en prensa), «La régulation paradoxale du travail et la maîtrise des volontés», en B.

Tejerina y B. Cavia, *Ce que la précarité nous apprend de la société. Dialogues franco-espagnol*, Toulouse, Érès Editions.

SERRANO, A.; ARTIAGA, A.; FERNÁNDEZ, C.; MARTÍN, P. y TOVAR, J. F. (2009), *Protección y flexiguridad. La modernización de los servicios públicos de empleo*, Informe proyecto FIPROS, 2008/35. Proyecto financiado por el Ministerio de Trabajo e Inmigración.

SHOTTER, J. (1993), *Conversational realities. Constructing life through language*, Londres, Sage. [Ed. española: *Realidades conversacionales*, B. Aires, Amorrortu, 2001.]

– (1996), «Wittgenstein in practice: From the way of theory to a social poetics», en C. W. Tolman, F. Cherry, R. V Hezewijk e I. Lubek (eds.), *Problems of theoretical psychology*, North York, Captus Press.

VIRNO, P. (2003), *Virtuosismo y revolución. La acción política en la era del desencanto*, Madrid, Traficantes de Sueños.

WEBER, M. (2006), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Buenos Aires, Colección Ciencias Sociales (ed. orig., 1915).

WALTERS, W. y HAAHR, J. H. (2005), *Governing Europe. Discourse, Governmentality and European Integration*, Nueva York, Routledge Advances in European Politics.

Capítulo XV

PROCESOS DE PRECARIZACIÓN LABORAL Y SOCIAL, REFLEXIONES EN TORNO A CONSECUENCIAS PSICOSOCIALES

Candy Uribe Pineda
Rolando Javier Salinas García

Este capítulo analiza los procesos de precarización laboral reflexionando en torno a sus implicaciones psicosociales y sus efectos nocivos en la subjetividad e intersubjetividad como condición generalizada del trabajo. Subraya las consecuencias de los procesos de precarización para los significados del trabajo y para las condiciones de vida. A su vez se pone a consideración la posibilidad de politización de las condiciones de precariedad si tomamos distancia del

determinismo en torno al sujeto que se construye en situaciones de precarización del trabajo y de la vida, un ejemplo de lo anterior se da con el movimiento social generado alrededor de San Precario. Finalmente se analiza la posibilidad de abordaje de la precarización como vivencia colectiva sin demeritar las consecuencias en la construcción de las subjetividades imperantes en la precarización que determinan los mundos del trabajo en la actualidad.

La condición generalizada de precarización del trabajo constituye un fenómeno que por sus consecuencias en la vida de la sociedad convoca al rompimiento de las «sobre demarcaciones disciplinarias» (Wallerstein, 2006), o bien, a la desdisciplinarización (Fernández, 1994) en las ciencias sociales. En el entendido de que la realidad sociocultural es compleja y procesual, donde las departamentalizaciones disciplinarias son demarcaciones artificiales que ante los cambios económicos y socioculturales es necesario traspasar. Los mundos del trabajo, actualmente caracterizados por la flexibilidad, la desreglamentación y la terciarización o subcontratación (Sotelo, 1999) son ámbitos importantes para analizar los procesos de precarización considerando que éstos forman parte integral de la vida social.

La precarización, en su sentido político (entendido como «de interés público»), refiere a condiciones de vida y trabajo sin garantías mínimas de protección social. Precariedad (del latín *precarius*) tiene varias acepciones, entre ellas destacan:

tenido con ruegos, frágil, inseguro, incierto, escaso y se refiere al disfrute de una cosa que se tiene sin plena seguridad o derecho (Moliner, 2007, 820); estos rasgos caracterizan la situación en el trabajo para millones de personas en México, América Latina y otras latitudes del mundo. En este sentido, Dominique Strauss-Kahn director gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI) señala que la gran recesión y la crisis financiera aumentó cuantiosamente el desempleo que hoy día afecta a más de 210 millones de personas en el mundo, esta situación impacta incluso a naciones desarrolladas. El desempleo y el subempleo han ido en aumento, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) ha puesto el acento en esta situación y apunta que, en el caso del empleo juvenil, a finales de 2009, 81 millones de jóvenes económicamente activos entre 15 y 24 años están desempleados, esta cifra es la más alta de la historia (OIT, 2010).

De esta situación pudiéramos interrogarnos, ¿qué sujetos concretos serían rostros emblemáticos de la precariedad actualmente?, los rostros de la precariedad son: hombres y mujeres migrantes, madres solas, jóvenes, refugiados de diversa índole, trabajadores subcontractados, trabajadores de las máquinas, subempleados/as e informales en todo el mundo. Es una tarea importante para las ciencias sociales interrogarnos respecto a las diversas realidades concretas en las que cobra sentido hablar de precarización para cuestionar las determinaciones estructurales e históricas

que la sostienen así como la diversidad de formas que asume en la actualidad y de cómo enfrentan cotidianamente los procesos de precarización grupos sociales y laborales específicos.

Los procesos de precarización transforman los significados del trabajo; en un sentido amplio el trabajo «[...] es concebido como una fuente de realización y plenitud» (Guadarrama, 2007, 9). También es una fuente importante para la formación de identidades (Laport, Becker y Ocampo, 2010; De la Garza, 2008) e históricamente hablando es uno de los principales mecanismos de integración social (Gorz, 1991). Estos significados atribuidos al trabajo se han venido transformando. En la actualidad, la plenitud en la dimensión laboral de nuestras vidas es difícilmente alcanzable dadas las condiciones sociales, económicas y culturales imperantes. La relación con el trabajo se torna mecanizada y las posibilidades de arraigo en el trabajo disminuyen en función del aumento del empleo temporal y la rotación constante. Por lo tanto, los sentidos que construimos en torno al trabajo se relacionan con nuestras experiencias de satisfacción e insatisfacción en el mismo donde cabría interrogarnos ¿cuáles son los nuevos significados del trabajo en los contextos actuales en las que imperan condiciones laborales precarias?, ¿qué sucede con ese sentido de vida alimentado desde el trabajo, con su potencial identitario y de integración social? Si bien la vivencia del trabajo como experiencia social, en mayor o menor grado, alimenta y orienta nuestros

sentidos de vida, la vigencia íntegra de estos significados está seriamente cuestionada; ejemplo de ello son los autores Para-Postmodernos que hablan de la fragmentación de las trayectorias laborales y de vida que, en suma, cuestionan la centralidad del trabajo (De la Garza, 2008).

Por lo anterior es necesario considerar la tarea de investigación de generar conocimiento en torno a esas otras significaciones del trabajo que se construyen en situaciones de precariedad laboral. El análisis psicosocial del trabajo invita a pensar en las transformaciones en los significados del trabajo y en las condiciones del mismo en tanto que en el hacer se es, es decir, en el hacer se construye el «autoconcepto laboral y personal» (Ferrari, Filippi y Cebey, s/a). Lo cierto es que *lo precario* como característica del trabajo, se hizo popular a principios de los 80, el trabajo precario se caracteriza por encontrarse fuera de las normas laborales, por su inestabilidad, discontinuidad y carencia de seguridad; así como por la anulación del poder de mediación de la representación colectiva en las relaciones entre trabajador y patrón (Guadarrama y Torres, 2007).

Sin embargo, la emergencia de conceptos que buscan entender la realidad laboral no ha sido nueva y a la distinción de trabajo precario se le agregan otras como decente y atípico y han surgido desde el seno de la OIT (De la Garza, 1993). A pesar de esto, desocupación, subocupación, sobrecarga horaria, sobrecalificación para una tarea, informalidad, incremento de la responsabilidad,

infraremuneración, capacidad nula de negociación ante el mercado laboral y desfase entre la oferta de consumo y el poder adquisitivo son algunas de las manifestaciones en las que podemos identificar el trabajo precario (Artigas, Cebey, Ferrari y Graciela, 2009, 1–2). Sus principales vectores son los tipos de contratación laboral flexible: pasantías, contratos ilegales, contratos por unos días o por horas. Estos tipos de contratación comparten el hecho de que la parte patronal sorteas su obligación de brindar seguridad social al trabajador que posibilite su bienestar presente y futuro. Esta tendencia en las modalidades de contratación se fortalece con las reformas laborales en las que el Estado juega un papel fundamental en los procesos de desregulación.

En los discursos de autoridades municipales y nacionales sobre la generación de empleo se privilegia el dato cuantitativo de las cifras sobre generación de empleo que omiten la dimensión cualitativa del mismo al soslayar las condiciones materiales de dichos empleos: calidad, duración, salario, prestaciones etcétera que son experimentadas por personas concretas. En nuestro país la desprotección laboral en pro de la desregulación del trabajo opera de facto aun cuando la reforma laboral no esté del todo concluida. Esta reforma laboral se enfoca a la disponibilidad de los recursos humanos para la iniciativa privada y el capital extranjero, la reforma laboral... implica dos costos y un beneficio. Por una parte, trabajadores como tales quedan mermados en sus derechos laborales (por más

que se argumente que la vía de modernización por medio de la tecnología flexible no le sea adversa a la mano de obra): otro de los costos es para la burocracia sindical, porque la sustitución de contratos colectivos por contratos individuales merma la existencia de los sindicatos, que son el ámbito del corporativismo y el charrismo sindical⁵⁶. El beneficio es para los empresarios y sobre todo para los inversionistas extranjeros que por medio de esta reforma abaratarían aun más los costos salariales como ya de hecho ocurre en las maquiladoras⁵⁷ (García *et ál.*, 2009, 80).

Estas condiciones macroestructurales posibilitan que el trabajo precario se vuelva permanente en las trayectorias vitales y laborales de millones de personas. El desplazamiento de la figura del sindicato es de suma importancia en los procesos de precarización ya que la relación entre trabajador y empresa se vuelve vertical e individual esto es evidente en países con baja cobertura de negociación colectiva donde el incremento de los salarios es de un 1 por 100 cuando el PIB per cápita aumenta al 65 por 100, mientras que en países con alta cobertura de negociación colectiva incrementa en un 87 por 100

56 En México, charrismo sindical se refiere a aquellos líderes de organizaciones sindicales verticalizadas que en vez de defender los intereses de los trabajadores que representan, actúan en beneficio de las empresas o del gobierno. [N. e. d.]

57 Maquila se refiere a la producción por encargo. Cuando una empresa se dedica a fabricar productos o partes para otra empresa con los recursos y materiales proporcionados por esta. [N. e. d.]

(Marinakis, 2007). Lo anterior nos conduce a la siguiente interrogante, en las actuales condiciones de trabajos precarios ¿cómo se despliega la construcción de lazos sociales entre los actores cuando la propia organización del trabajo acentúa relaciones individualizadas y debilita el sentido colectivo y político del trabajo?, dicho de otro modo ¿qué sucede con los efectos de despolitización que genera las condiciones de precarización laboral?

Una primera respuesta nos conduce a reconocer que efectivamente la precarización laboral contribuye a la despolitización en el trabajo y por ende el debilitamiento de la vida política relacionada al ámbito laboral, no obstante, es fundamental problematizar con mayor detenimiento esta primera respuesta ya que la precarización laboral como fenómeno social y colectivo lleva implícita la construcción de lazos sociales que no están determinados por la existencia de instituciones como los sindicatos o las empresas ya que de lo contrario se sostendría, de manera implícita una sobredeterminación de la precarización sobre la vida social y a su vez una noción fragmentada del sujeto.

Las y los trabajadores siguen siendo sujetos colectivos complejos e íntegros dentro y fuera del ámbito laboral. Esto indica que la condición de trabajador/a precario/a no se circunscribe a la situación económica–laboral involucra la dimensión social, histórica y cultural a través de las cuales se establecen vínculos e interrelaciones sociales entre diversos grupos. Por lo cual es necesario flexibilizar las fronteras

tajantes entre lo cultural, lo social y lo político–económico y así poder pensar en las influencias recíprocas entre estas esferas (French, 1996) para analizar los procesos de precarización en las diversas esferas en las que participa y cómo la relación entre ellas no es mecánica. Condición de trabajo precario no es igual a despolitización, cabe la posibilidad de sorprendernos de que precisamente en condiciones de individualización puedan generarse novedosos lazos colectivos.

En este orden de ideas, si la vivencia de trabajo precario es una vivencia compartida, es posible que ocurran fenómenos colectivos que apunten a politizar esa experiencia de vida, ¿cómo?, apropiándose de dicha condición estigmatizante para fundar nuevos lazos sociales más allá del comportamiento individualizado (Melucci, 1995). La experiencia de precariedad de la vida puede permitir revitalizar el sentido político a esa misma vida precarizada lo cual sería, en sí mismo, un logro, una invitación que genera alternativas de significación sobre las condiciones de vida precarias, tanto en lo laboral como fuera de éste. Es decir, que en condiciones precarias de vida pueden generarse procesos de construcción de movimientos sociales (Melucci, 1995). Me refiero a la posibilidad de que las personas desplieguen acciones creativas que constituyan alternativas críticas y funjan como vías de politización de necesidades y demandas específicas que en su momento generarían procesos de identidad colectiva entre sus miembros al

visibilizar y cuestionar las tendencias socioculturales y la situación laboral de precarización.

El caso concreto que ha provocado estas reflexiones es el del movimiento social que se congrega en torno a un santo, San Precario, deidad postmoderna procedente del sur de Europa, patrón de «contorsionistas de la flexibilidad, equilibristas de la movilidad, malabaristas del crédito»⁵⁸ y que apareció en Milán convocando más de 5.000 empleados de grandes cadenas comerciales que resignificaron el histórico día del trabajo al declarar la fiesta patronal para San Precario un primero de mayo de 2001, el «mayday». Este movimiento convoca principalmente jóvenes que se autodenominan «el precariado», en alusión a lo que queda en la actualidad del trabajo clásico, es decir el asalariado, fijo y protegido. Este colectivo realiza actos de denuncia pública de las condiciones laborales en las que empresas trasnacionales tienen a sus trabajadores y así como también realizan transgresiones directas decomisando mercancía, logrando que se restablezca el contrato a los trabajadores o convocando a retirarse de un restaurante sin pagar la cuenta.

La experiencia de actores sociales concretos que se congregaron en torno a San Precario ilustra cómo es que un fenómeno social como las condiciones laborales que los atraviesan también posibilitan su contestación. Aun cuando

⁵⁸ Anónimo.

se trate de procesos casi orgánicos a la época contemporánea es importante considerar esas estrategias de acción y subjetivación desde posicionamientos concretos (donde intervienen las dimensiones de raza, etnia, género, condición social, escolaridad, contexto sociocultural, entre otras) que dan forma a identidades colectivas. Actualmente, la politización de las problemáticas que nos implican como sujetos colectivos y no individuales en la precarización laboral y social brinda una alternativa de la forma en que *experienciamos* (en el sentido pragmatista) los riesgos psicosociales de la precarización de modo solitario. En síntesis, el caso de San Precario y sus fieles nos muestra una alternativa donde se construyen actores sociales en condiciones precarias lo cual es importante considerar como una alternativa que pueda surgir en contextos determinados ya que sería ingenuo decir que la politización de condiciones precarias es la regla y no la excepción.

Por lo tanto, es necesario seguir pensando en los efectos nocivos de la precarización laboral y de la vida implica ya que trabajo y vida social, producción y reproducción son realidades interrelacionadas en un proceso continuo donde la precariedad no se reduce a las condiciones salariales y laborales, es decir, implica consecuencias materiales e inmateriales. La precarización como tendencia sociocultural se materializa en diversos estados de contingencia a los cuales nos enfrentamos en la vida diaria. Tomemos en cuenta el ejemplo de contingentes de desempleados que

circulan en busca de empleo como única alternativa a sabiendas que, de conseguir un empleo será por poco tiempo. Por más que deseen quedarse en ese sitio, son empujados/as a circular porque no existe otra posibilidad de subsistir en su condición social de alto grado de vulnerabilidad.

Si bien experimentamos la precarización en diferentes grados y en diferentes contextos ésta erosiona la construcción de horizontes a mediano y largo plazo. Reyna Carretero (2009) hace alusión a la construcción actual de la indigencia trashumante que es una forma de exclusión caracterizada por el desarraigo y la pérdida de horizontes temporales y espaciales, así como también por la transformación o anulación de expectativas laborales y relaciones personales. Entonces, en dichas condiciones ¿cómo dibujar posibilidades de construcción personal y colectiva de proyectos de vida y de sociedad? Estas condiciones materiales y simbólicas de vida generan malestar y cambios en la subjetividad y una retahíla de consecuencias nocivas como pérdida de identidad social, fragmentación de los lazos sociales, vulnerabilidad, aislamiento, individualismo entre otras además de la construcción de sujetos fragmentados e inseguros es decir, genera precarización psíquica.

Por lo anterior es importante partir de que la precarización puede analizarse como fenómeno psicosocial lo cual nos acercaría a comprender los modos de vida que se sostienen

en las condiciones laborales del mundo actual. A su vez, posibilita acceder a la gestación de nuevas formas de subjetividad que se configuran en las realidades laborales actuales para América Latina y para México en las que participan las personas en singular, sus grupos domésticos y comunitarios. Además es indispensable un abordaje que tome en cuenta la falta de garantías, el deterioro de la dignidad humana y la inseguridad que trae consigo la precarización, es decir, que enfatice la dimensión ética en el estudio de la precarización, sus impactos en las condiciones de existencia de lo humano en el mundo actual ya que, al parecer, se desarrolla un proceso de objetualización de las personas al quedar sujetas a condiciones de marginalidad, sobreexplotación y exclusión.

Es importante tener en cuenta que en el trabajo se deja «de facto» la vida, entendido esto como el desgaste paulatino que conlleva la actividad productiva que se acumula a lo largo de nuestra vida y que se manifiesta en las enfermedades de origen laboral y en la disminución de capacidades en mayor o menor grado. Si además de este factor intrínseco aunamos la falta de protección social en el presente inmediato y para el futuro ¿qué horizontes se configuran para quienes viven al día? Dichas condiciones favorecen la formación «de un sujeto trabajador que queda liberado a su suerte, obligado a autogestionarse en pos de una ocupación que no garantiza su estabilidad» (Laport, Augusta y Ocampo, 2010, 138). La lógica utilitarista pone al

centro la productividad y la rentabilidad de la empresa y en la periferia de las prioridades queda el fomento de condiciones dignas para la gente que trabaja. Si el trabajo no brinda satisfacción y sentido de vida, los significados del trabajo se reducen al sentido mecánico de la supervivencia.

Una comprensión crítica del trabajo precario nos invita a analizar lo que está en juego cuando se precariza la experiencia de trabajo (Sisto, 2006), es decir, la calidad de vida así como también la posibilidad de planear mínimamente el futuro cercano, eso sin considerar la construcción de proyectos a largo plazo, de generar vida política y generar vínculos sociales ¿Qué vínculos sociales se generan en la precariedad? Una respuesta optimista subrayaría la posibilidad de generar lazos de solidaridad, de apoyo entre las redes sociales. Ante la inestabilidad de los ingresos, aparecen las bondades de los vínculos sociales, la creatividad para economizar el salario, para explicarse a uno mismo y a los nuestros ¿por qué está así la situación?, la prueba de fe, los lazos de amistad. Es fundamental comprender de modo articulado el fenómeno de la precarización al hecho de que los sujetos forman parte de entramados intersubjetivos. No obstante sigue siendo fundamental subrayar que el desgaste de esos vínculos puede erosionarse al punto de la *indigencia trashumante* antes expuesta. Lo cual dejaría como una interrogante pendiente reflexionar en torno a ¿en qué medida las relaciones interpersonales permiten afrontar económica y subjetivamente la precarización de la vida?

Hasta aquí se ha analizado las implicaciones subjetivas, interpersonales y éticas de la precarización del trabajo y de la vida social. La mirada de la psicología social permite problematizar los sobredeterminismos al tiempo que podemos seguir considerando el estudio crítico de los procesos de precarización más allá de lo estrictamente laboral atendiendo a las experiencias intersubjetivas, de lazos sociales que se siguen construyendo en tanto las personas que participan de la condición de precariedad no dejan de pertenecer a redes sociales específicas con las cuales se comparte dicha experiencia. Dicho de otro modo, la precarización laboral puede generar otros procesos intersubjetivos en los cuales se resignifica dicha experiencia.

BIBLIOGRAFÍA

ACEVEDO, M. (noviembre de 1998), *El sentido del trabajo: una construcción colectiva*, recuperado el 27 de agosto de 2010, de Cátedras del Profesor Ferraros: <http://www.catedras.fsoc.uba.ar>

ARTIGAS, M.; CEBEY, M.; FERRARI, L. y GRACIELA, F. (diciembre de 2009), *Subjetividades precarias. rasgos y efectos de las transformaciones en el mundo laboral*, recuperado el 19 de agosto de 2010, de IV Congreso Marplatense de Psicología: <http://www.seadpsi.com.ar>

CARRETERO, R. (2009, Manuscrito), *Indigencia Trashumante*,

México, D.F.

CARRETERO, R. y LEÓN, E. (2009), «Metrópolis Aleph», en *Indigencia trashumante. Despojo y búsqueda de sentido en un mundo sin lugar*, México, CRiM–UNAM.

DE LA GARZA, E. (1993), *La subcontratación, formas y consecuencias laborales*, recuperado el 22 de septiembre de 2010, en: <http://docencia.izt.uam.mx/egt/congresos/subycl.pdf>

– (2008), *Trabajo, Identidad y Acción Colectiva*, México, UAM–i/Plaza y Valdes.

FERNÁNDEZ, P. (1994), *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*, México, Anthropos/Colmich.

FERRARI, L.; FILIPPI, G. y CEBEY, M. (s/a), «Riesgos psicosociales de los trabajadores. efectos subjetivos e intersubjetivos de la precarización laboral. (R. E. www.revista-gpt.usach.cl, Ed.)», *Gestión de las personas y tecnología*, 1–11.

FRENCH, W. (1996), *A peaceful and Working People: Manners, Morals, and Class Formation in Northern Mexico*, Albuquerque, NM, University of New Mexico Press.

GARCÍA, B.; SALINAS, E.; VELÁZQUEZ, L.; CARRANCO, Z. y GONÍNEZ, A. (2009), «Lo Cotidiano del sector industrial en México: 25 años de cambio estructural», *El Cotidiano. Revista de la realidad mexicana actual*, 24 (156), 77–107.

GORZ, A. (1991), *Metamorfosis del trabajo*, Madrid, Sistema.

GUADARRAMA, R. y TORRES, J. (2007), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global. Estereotipos, transacciones y rupturas*, Barcelona, Anthropos/UAM-I.

LAPORT, N.; BECKER, A. y OCAMPO, G. (2010), «Vinculación laboral flexible: construcción de identidad», *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 138–157.

MARINAKIS, A. (2007), «Evolución de los salarios en América Latina, 1995–2006», *OIT*, Santiago de Chile.

MELUCCI, A. (1995), «El conflicto y la regla: movimientos sociales y sistemas políticos», *Sociológica* (28), 225–234.

MOLINER, M. (3.^a ed., 2007), *Diccionario de uso del español* María Moliner, España, Colofón.

NOTIMEX (14 de septiembre de 2010), «El mercado laboral se encuentra en situación desesperada», en: <http://www.jomadaunam.mx/2010/09/14/mdex.php?section=economia&article=026n1eco>, Ed.), *Periódico La Jornada*.

s/a. (s.f.), *Precario, precarización (o precariedad?), precariado?*, recuperado el 11 de marzo de 2010, de <http://www.moviments.net/mayday/?q=node/34>

s/a (s.f.), *Primero de mayo, San Precario*, obtenido de <http://www.moviments.net/mayday/?q=node/69>

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO (2010), «Global Employment Trends for Youth–2010», recuperado el 20 de septiembre de 2010, de <http://www.ilo.org/>

wcmssp5/groups/public/---ed_emp/---emp_elm/---
trends/documents/publication/ wcms_143349.pdf

SOTELO, A. (1999), *Globalización y precariedad del trabajo en México*, México, Ediciones El Caballito.

WALLERSTEIN, E. (2006), *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México, Siglo XXI /UNA M.

Capítulo XVI

INVITACIÓN AL DESEO DE UN MUNDO SIN IGLESIAS, ALIAS, VARIACIONES SOBRE EL RELATIVISMO ⁵⁹

Tomás Ibáñez

Algunas de las personas presentes en esta sala, algunas de las personas que por ventura supieran de mis escritos, claro, podrían estar pensando en este preciso momento que, de tanto cuestionar la existencia de la realidad, he acabado por perder, nada menos que *el propio sentido de la realidad*. Porque, claro, *un mínimo sentido de la realidad* debería haberme incitado a elegir un título más acorde con las

⁵⁹ Publicado originalmente en *Athenea Digital*, 8, disponible en: <http://antalya.uab.es/athenea/num8/sibanez.pdf>

exigencias de un Symposium dedicado *explícitamente* a la Psicología Social. En suma, «ejecute usted tantas variaciones como quiera sobre el relativismo, pero hágalo, por favor, en el foro apropiado porque si nos hemos congregado aquí es para hablar de otra cosa, es para hablar de Psicología Social». De hecho, «Variaciones sobre el relativismo» no era, en absoluto, el título que prefería. Me gustaba mucho más otro título que, quizás porque aún conservo algún sentido de la realidad, no me atreví a poner. Sin embargo, después de la feroz diatriba lanzada contra el relativismo por el cardenal Ratzinger en la homilía que pronunció, horas antes de convertirse en Benedicto XVI, siento ahora el *irresistible impulso* de rescatar el título que no me atreví a poner entonces. Rectifico: esta intervención no se titula: «Variaciones sobre el relativismo», se titula: «Invitación al deseo de un mundo sin Iglesias»... Invitación al deseo de un mundo sin Iglesias... no me estoy refiriendo, claro está, a unas edificaciones que pueden parecernos más o menos bellas, ni tampoco a ese fondo de religiosidad que impregna el imaginario de tantos seres humanos, sino a la *Institución eclesiástica*, y, más allá de la Institución eclesiástica, me estoy refiriendo a ese «aire de familia» que nos permite adivinar la presencia de «la forma Iglesia» por debajo de instituciones tan dispares como puedan serlo la Iglesia Apostólica y Romana, o el actual Gobierno de los Estados Unidos, o incluso, por momentos, la propia Universidad.

En unos tiempos donde arrecian los fundamentalismos

puede resultar extraño preguntarse *¿Cómo sería un mundo sin Iglesias?* No tengo, por supuesto, ninguna seguridad al respecto, pero, muy probablemente, sería un mundo en el cual no se prodigarían con tanta frecuencia, y con tanta virulencia, las proclamas anti relativistas, y, desde luego, sería un mundo donde no se promulgarían encíclicas como la que Juan Pablo II dio a conocer hace algunos años bajo el esplendoroso nombre de «Veritatis Splendor». Una encíclica que el cardenal Ratzinger ha rubricado en la homilía, a la que antes me refería, quizás para dejar bien claro quien era su *auténtico autor apócrifo*. En cualquier caso, estamos prevenidos, que nadie piense, por ejemplo, en el Sida, o en las Guerras Preventivas del señor Bush, o en el Hambre, o, en el Liberalismo Salvaje, por favor, que nadie se confunda, el mayor peligro que amenaza hoy a nuestro mundo no viste esos colores, sino que toma la diabólica forma del Relativismo. Provieniendo de la Iglesia, esa profunda animadversión hacia el relativismo no es nada sorprendente, aunque solo sea porque las Iglesias producen dogmas, porque para ser aceptados los dogmas se sustentan en «el esplendor de la Verdad», y porque resulta que si algo no se deja deslumbrar fácilmente por ese esplendor, es, precisamente, el relativismo. Pero cuando esa misma animadversión proviene de otros ámbitos, supuestamente secularizados, como por ejemplo, la Academia, la cosa ya resulta más sorprendente... salvo que «la forma Iglesia» desborde ampliamente la propia Iglesia. De hecho, el relativismo no puede apartar la sospecha de que, sea cual

sea el ámbito en el que estos se desplieguen, lo propio de los juegos de la verdad consiste en *abrazarse en espiral con las relaciones de poder* para convertirlas en relaciones de dominación. Al fin y al cabo, bien pudiera ser que el deseo de un mundo sin Iglesias no fuese finalmente otra cosa que el deseo de un mundo donde las relaciones de poder no se transmuten necesariamente en relaciones de dominación. Por cierto, a medida que iba hilvanando las palabras de esta intervención, no dejaba de retumbar machaconamente en mi memoria, cada vez con mayor intensidad, una pequeña frase que requería nada menos que la genialidad de Cervantes para condensar en tan poco espacio tanta sabiduría popular: «Media vuelta Sancho, con la Iglesia hemos topado...». Quizás, todo lo que pretendo decir aquí esta ya escrito en los innumerables implícitos de esa maravillosa frase.

Pero, sentido de la realidad obliga, ¿qué relación guardan estas observaciones con nuestra Psicología Social? Ciertamente, podemos definir la psicología social de muchas maneras, pero sea cual sea la definición que nos parezca más acertada, coincidiremos sin duda en que la psicología social es una actividad teórico-práctica ligada, según los casos, a la producción, a la reproducción, a la divulgación, y al uso de un saber específico. Preguntarse por la Psicología Social, conduce, tarde o temprano, pero inevitablemente, a preguntarse también por el conocimiento, y a plantear como mínimo, tres interrogantes: En primer lugar, psicólogas, y

psicólogos, sociales, ¿que es lo que queremos conocer? ¿Conocer? Sí, claro, por supuesto, pero *¿conocer qué?* Y se abre inmediatamente toda la problemática del objeto, toda la problemática de la realidad, y toda la problemática de la definición de esa realidad. En segundo lugar, ¿Cómo conseguir conocer? ¿Conocer?, sí claro, por supuesto, pero *¿cómo conocer?* Y, más allá de la estricta y circunscrita reflexión metodológica, se abre de par en par toda la problemática del conocimiento valido, y toda la problemática del error y de la Verdad. Por fin, ¿para que queremos conocer? ¿Conocer?, sí claro, por supuesto, pero *¿para qué conocer?* Y, nos adentramos directamente en toda la problemática de los fines, y, por lo tanto, en toda la problemática de los valores.

Realidad, Verdad, Valores, tres dominios donde el relativismo avanza unas propuestas que navegan obstinadamente a contracorriente. Por supuesto, podemos, darles la espalda antes de ni siquiera examinarlas, porque *con la iglesia hemos topado, mi querido Sancho*, o podemos resistirnos a dar media vuelta, aunque solo sea por el maligno placer de saborear unos mordiscos de la fruta prohibida, y de ceder unos instantes a ese dulce deseo de un mundo sin Iglesias. Pero si optamos por lo segundo, si decidimos hacer oídos sordos a las exhortaciones de Ratzinger, de Platón, y de los muy ilustrados apóstoles de cierta ideología de la Razón Científica, entonces deberemos tomar la sabia precaución de diferenciar, por una parte, «lo

que dice el relativismo», y, por otra parte, «lo que algunos dicen que dice». Daré un ejemplo. Desde el relativismo se afirma, efectivamente, que no podemos discriminar entre los valores en base a su grado de fundamentación última, por la sencilla razón de que todos los valores son estrictamente equivalentes entre sí si se les evalúa en función de ese criterio. No hay, por lo tanto, valores que sean *intrínsecamente* mejores que otros, y desde ese criterio, pero solo desde ese criterio, no se puede establecer ninguna diferencia, pongamos por caso, entre la crueldad y la solidaridad. Esto es lo que *dice* el relativismo, sin embargo, *lo que se dice que dice* es que no cabe optar entre los valores porque ninguno es mejor o peor que otro. Obviamente, quienes defendemos posturas relativistas optamos constantemente entre valores, aunque solo sea porque optar entre valores forma parte de las condiciones de posibilidad de la propia existencia humana, pero es más, si optamos por ciertos valores en lugar de otros es, precisamente, porque, consideramos que ciertos valores son mejores que otros. La única diferencia con nuestros oponentes *absolutistas* consiste en que reivindicamos la plena autoría de nuestros criterios, y consideramos que su justificación y su defensa son de nuestra entera responsabilidad, mientras que los absolutistas nos eximen de toda responsabilidad en la medida misma en que consideran que ciertos valores son *intrínsecamente* mejores que otros, y solo nos dejan la opción de atenernos a ellos o de infringirlos.

Y, ya que hemos abordado la cuestión de los valores, empezaré por la tercera de las preguntas que planteaba hace un momento: *¿para qué conocer?* No sin subrayar, de paso, que si bien se suele conceder cierta legitimidad académica, a las dos primeras preguntas, *¿qué conocer?* y *¿cómo conocer?*, no ocurre lo mismo con, la tercera pregunta. O bien se reenvía la respuesta a la esfera de la subjetividad y al ámbito de lo privado, *allá cada cual con sus preferencias íntimas*, o bien se supone resuelta de ante mano en base a la supuesta evidencia de que el conocimiento constituye *un fin en sí mismo*.

Bien, ¿para que elaborar conocimiento en el ámbito de la Psicología Social? Una respuesta, que suele disgustar a la inmaculada dignidad de la ciencia, es, simplemente: a cambio de las contrapartidas materiales e inmateriales, que produce esa actividad, es decir, gratificaciones crematísticas y gratificaciones simbólicas: un sueldo, cierto prestigio, y algún reconocimiento, dulces caricias para nuestro ego, pero también, no lo olvidemos, cosecha de algunas migajas de poder académico. Otras respuestas podrían ser: porque esa actividad nos procura cierto placer, o porque nos permite satisfacer nuestra curiosidad. Todas ellas me parecen plenamente legítimas. Lo que ya me parece mucho más discutible, es la respuesta clásica en términos de «conocer por conocer», la ciencia por la ciencia, el conocimiento y su incremento como valores en sí mismos.

Conocer «Ad Maiorem Gloria Scientia», curiosa

concepción cuando emana de una institución que pretende representar la secularización por excelencia. *¿Para que conocer?* La respuesta canónica es tajante: «para incrementar el corpus de los conocimientos disponibles»... Se supone, al parecer, que eso es bueno, y puede que lo sea, no lo discuto, pero que se me diga entonces *¿bueno para qué?* Porque, claro, si se me dice que es bueno en sí mismo, no entenderé qué puede querer decir «bueno en sí mismo». El propio Platón, uno de los grandes responsables de que hayamos antepuesto la búsqueda del conocimiento a otras actividades como por ejemplo la preocupación por la felicidad, o los anhelos de justicia, o la pregunta por la ética no tenía más remedio que justificar el desmesurado privilegio que concedía a la voluntad de saber, presentándola como el medio para acceder, también, *al bien y a la belleza*. «Para conocer más» no es respuesta adecuada a la pregunta «¿para que conocer?» porque solo retarda de un paso la necesidad de aportar respuesta a la pregunta: «¿Y para que conocer más?»

El conocimiento no es un fin, es un medio, y si es un medio, la pregunta «¿para alcanzar que fines?» es irrenunciable. A partir de aquí solo podemos acudir a un debate en términos de valores para justificar los esfuerzos que desplegamos en la elaboración de conocimientos psicosociales. Mi apuesta personal es peculiar, «¿para que conocer?». Pues, por ejemplo, para avanzar hacia un mundo sin Iglesias, para promover prácticas de libertad, y para intentar dismantelar

las relaciones de dominación. Se podrá discutir, como no, la pertinencia de esas finalidades, se podrá discrepar sobre si son, o, no, buenas razones, pero no se pueden descalificar en base a que la única justificación sería consistiría en incrementar el conocimiento, porque ese es tan solo un efecto de la investigación, y no la razón para investigar. Frente a una determinada investigación, el juicio que se suele formular es del tipo siguiente: «Muy bien, usted ha mejorado nuestra comprensión de las representaciones sociales, o de los procesos de construcción discursiva del racismo, y por lo tanto su investigación cumple las condiciones necesarias para recibir el imprimátur de la validez académica». Proceder de esta forma es poner en primer plano lo que es accesorio y olvidar por completo lo principal. Porque, quizás deberíamos preguntarnos, también, si mejorar la teoría de las representaciones sociales, o si enriquecer la aproximación construccionista son repuestas satisfactorias a la pregunta «¿para que conocer?». Y esto adquiere una importancia aun mayor si, como lo creo, aunque no lo voy a desarrollar aquí, los conocimientos que elaboramos no son indiferentes a los fines que presiden a su elaboración. Hasta ahora se concedía, desde la Academia, que los instrumentos, o los procedimientos utilizados para construir un conocimiento podían eventualmente dejar huella en ese conocimiento, lo que aquí estoy sugiriendo es sencillamente que conviene dar un paso más, que también las finalidades que se persiguen pueden dejar huella en los conocimientos.

Pero, ¿qué es lo que se pretende conocer desde la Psicología Social? ¿«Qué conocer»? , pues, «la realidad psicosocial», claro, los fenómenos psicosociales tal y como existen efectivamente, tanto si los conocemos como si no. Nos preocupamos por conocer las representaciones sociales porque ahí están, nos interesamos en investigar los repertorios argumentativos porque están ahí. Esto significa que las representaciones sociales existen antes de que se formule cualquier teoría sobre ellas, existen con independencia de nuestros esquemas conceptuales, existen con independencia de nuestro conocimiento de las mismas. Quizás. Aunque si esto fuese así nunca podríamos saberlo, pero esto es, hasta cierto punto, intrascendente, lo que importa es que si se afirma que esto es efectivamente así, entonces se está promoviendo, implícitamente, una concepción objetivista de la realidad, una concepción según la cual las cosas existen con independencia del entramado de relaciones en el que se encuentran prendidas, y que las hacen ser en la forma que son. El relativismo ontológico nunca ha dicho, a no ser como mera provocación, lo que se pretende que dice, a saber: «que la realidad no existe», lo que afirma es simplemente que su existencia es de tipo relacional. Los objetos, las cosas, no son con independencia del conjunto de relaciones que los constituyen como tales objetos o como tales cosas. No existen por debajo, o por encima o al lado, en definitiva, con independencia, de esas relaciones.

Y, puesto que estamos hablando aquí de objetos de conocimiento, resulta que nosotros, que nuestros conceptos, que nuestros esquemas, y que el resto de nuestros conocimientos, forman parte de lo que se encuentra en relación con esos objetos, y estos no son independientes de esas relaciones. Dicho muy rápidamente, las representaciones sociales, por ejemplo, no son independientes de las teorías que elaboramos sobre ellas. Esto significa que nuestras teorizaciones sobre estas constituyen elementos que entran en su propia constitución, lo cual no significa, por supuesto, que sean producidas por su teorización. Ni el idealismo epistemológico, ni el idealismo lingüístico se pueden colegir tan fácilmente a partir del relativismo.

Si el «que» del «¿que conocer?» no se encuentra ahí esperando sencillamente que lo capturemos en las redes del conocimiento, si no es independiente de la relación de conocimiento que establecemos con el, entonces es obvio que las representaciones sociales que surgen de la teorización de Moscovici incorporan necesariamente la huella de esa teorización. Puede ser más útil, puede ser más interesante, puede ser más heurístico recurrir a esa teorización para investigarlas, pero en ningún caso se puede saltar hasta la afirmación de que se corresponde mejor que otras teorizaciones con la auténtica realidad del fenómeno que se investiga. Y ¿que significa lo que aquí estoy diciendo?, pues sencillamente, que la pregunta por el «que conocer»

lleva incorporada la pregunta por el «para que conocer», porque si con nuestro conocimiento construimos, aunque sea parcialmente, los objetos que estudiamos, entonces, podemos plantearnos que objetos queremos contribuir a construir en función de *para qué* queremos conocer.

Una vez que hemos descartado la insostenible respuesta: «tan solo para conocerlas mejor», la pregunta: «¿Para que queremos conocer las representaciones sociales?» queda planteada en toda su crudeza. Y, quizás debemos prestar alguna atención a la incidencia que pueda tener sobre sus propias características el hecho de que algunos pretendan investigarlas con la única finalidad de incrementar nuestro conocimiento de las mismas.

Por fin, *¿Cómo conocer?* Es decir, como acceder a un conocimiento válido. Pregunta ciertamente importante desde la óptica del relativismo, porque contrariamente a lo que se dice que dice el relativismo, este no considera que todos los conocimientos sean equivalentes entre sí, sino que afirma que ciertos conocimientos son mejores que otros, y que se pueden elaborar criterios para optar entre conocimientos. Ahora bien, lo que el relativismo cuestiona es simplemente que esos criterios puedan expresarse en términos de mayor o menor grado de verdad, es decir, que ciertos conocimientos sean más verdaderos que otros porque describan mejor la realidad sobre la cual versan. Un conocimiento no es mejor que otro porque lo que afirme acerca de la realidad se corresponda mejor con las

características de esa realidad. Para conseguir evaluar ese grado de correspondencia deberíamos poder acceder a la realidad *pre conceptualizada*, a la realidad *pre descrita*, a la realidad tal y como se presenta *desde fuera de cualquier descripción*, y esto resulta, sencillamente imposible.

La Verdad es un concepto ciertamente útil, imprescindible incluso, a tal punto que si quienes propugnamos el relativismo no recurriésemos constantemente a la distinción entre «verdadero» y «falso», no conseguiríamos sobrevivir ni un solo instante. Nadie, ni tampoco quienes defendemos posturas relativistas, cuestiona que la verdad tenga un enorme valor pragmático, pero desde el relativismo se afirma que en eso se agota precisamente todo su valor. El hecho de que una determinada proposición sea útil, no significa nada más que eso, porque no existe ningún puente lógico que nos permita transitar desde la utilidad a la verdad. Y, claro, existe una diferencia abismal entre calificar un conocimiento como verdadero para significar simplemente que resulta útil para determinados fines, y calificarlo como verdadero porque «es» verdadero. En el primer caso, en tanto que la utilidad es siempre relativa a unos fines, se puede cuestionar esos fines, o discrepar de la utilidad alegada, mientras que en el segundo caso, si algo es verdadero «lo es» y punto, la verdad no es negociable ni cambiante, «es o no es», y si «es», entonces, solo cabe su aceptación y la sumisión ante ella. Solo quienes creen en la existencia de la verdad pueden concebir dispositivos

inquisitoriales contra quienes no alcanzan a ver *el esplendor de la verdad*. Y, claro, esto nos devuelve directamente a la cuestión de las Iglesias. Que no se nos diga que es la voluntad de alcanzar la verdad la que impulsa la desinteresada labor de la ciencia, que no se nos vuelva a repetir que debemos aceptar un conocimiento porque este es verdadero, o más verdadero que otro, y, mucho menos aún, que no se siga insistiendo sobre la afirmación según la cual lo que garantiza la *aceptabilidad* de un conocimiento es el procedimiento utilizado para su construcción, porque preguntaremos entonces: «¿su aceptabilidad para qué?». Y no aceptaremos la circularidad de una respuesta que plantee la aceptabilidad como mera adecuación formal a determinados procedimientos de producción de conocimientos. Podemos convenir perfectamente, ¿por qué no? en la utilidad de seguir determinados procedimientos, pero no es esta la validez por la que estamos preguntado.

Para concluir, dejo sobre la mesa la invitación al deseo de un mundo sin Iglesias con la esperanza que esta invitación encuentre eco en alguna sensibilidad afín. Aunque ignoro como podría ser un mundo sin iglesias, de una cosa sí estoy plenamente convencido, y es que nunca se podrá construir ese mundo más que desde fuera de *la forma Iglesia*, es decir, sin engendrar nuevas Iglesias *en el proceso mismo* de luchar contra ellas. La Psicología Social que me seduce es una Psicología Social que nos ayude a avanzar en esa dirección, y, claro, a partir del instante en que determinadas

orientaciones, llámense teoría de las representaciones sociales, o construccionismo social pudieran comenzar a adoptar *la forma Iglesia*, se tornaría urgente abandonarlas, y trabajar con otros planteamientos.

Pero, ¿acaso hay razones para pensar que esas corrientes teóricas empiezan a tomar *la forma Iglesia*? Formulo la pregunta, pero dejo que sea el viento quien susurre la respuesta.